HIROKO OYAMADA

Jardín

Traducción de Tana Oshima



II

HIROKO OYAMADA

JARDÍN

Traducción del japonés a cargo de Tana Oshima

IMPEDIMENTA

URAGYŪ

La planta baja estaba en silencio: mis padres debían de haberse acostado ya. Mi padre había bebido bastante y mi madre se había hartado a llorar. El abuelo estaba en su cuarto, medio dormido. El viento recorrió las habitaciones con un pitido agudo y repetitivo similar al de una flauta que sonaba a la música folclórica de las fiestas. La bombilla incandescente de la lámpara brillaba amarilla. Me pareció increíble que yo hubiera pasado cada noche en esa casa hasta que me fui a la universidad. El futón era pesado y estaba húmedo y no se calentaba nunca. Cambié de posición varias veces. Además de las manchas de humedad y moho, tuve la impresión de que el colchón había absorbido algo peor, algo que desprendía un olor indescriptible.

Esa sensación se me propagó por todo el cuerpo y, como consecuencia, tuve una pesadilla. No recuerdo bien ni la historia ni quiénes aparecían en mi sueño, pero sí que tuve muchas palpitaciones. Con los párpados cerrados, estiré el brazo en busca de ayuda. Rocé el hombro de mi marido, que dormía a mi lado, y quise agarrarlo con fuerza. «Eh», le oí murmurar esquivándome la mano. Entonces caí en la cuenta: no era posible que él estuviera acostado a mi lado. Del susto me desperté y abrí los ojos. Esa era la casa de mis padres y yo había ido a visitarlos sola. Desconcertada, miré a mi

alrededor. La habitación estaba a oscuras. Junto a la almohada vi la silueta de alguien de pie con las piernas separadas y estuve a punto de gritar. La figura tiró del cordón de la lámpara y la encendió. «¿Hasta cuándo piensas seguir durmiendo?» Era mi abuelo. Llevaba un abrigo y un chándal, y había acercado su cara a la mía para observarme. Lo que había pensado que era el hombro de mi marido era en realidad el calcetín de mi abuelo. Toda su ropa, el abrigo de algodón, el chándal y hasta los calcetines, estaba cubierta de bolas de pelusa.

«Nos vamos», dijo tirando varias veces de la entrepierna de su pantalón. Me incorporé. Se me enfrió el cuerpo al instante. «Abuelo, ¿te encuentras bien?» Mi abuelo se movía de un lado a otro. «Nadie ha dicho que me encuentre mal. Nadie me ha dicho tampoco que ibas a venir. Me acabo de enterar ahora por la abuela Sakata.» «¿Ahora?» «Estoy normal. De salud. Normal para mi edad. Abrígate bien, que hace fresco fuera. Y haz pis antes.» «¿Cómo? ¿Por qué?» «No preguntes. Venga, levántate, que nos vamos.» El abuelo dio un pisotón en el suelo, algo irritado. El techo vibró con un leve crujido.

«Voy bajando», dijo, y descendió las escaleras a buen ritmo. Consulté la hora en el móvil: eran las tres de la madrugada. Oí que se abría la puerta corrediza de la entrada. Confundida, saqué un abrigo de lana que solía ponerme cuando era estudiante y me cubrí con él. El pasillo y las escaleras estaban completamente a oscuras. La casa había sido en su origen de una única planta, hasta que se renovó y se construyó la segunda sobre lo que había sido la buhardilla, por lo que las escaleras eran estrechas y empinadas. No tenían barandilla. No sé cómo el abuelo había podido bajarlas tan deprisa. ¿Acaso no lo habían oído mis padres? Cuando por fin, con las dos manos pegadas a la pared, llegué al piso de abajo y salí a la calle, vi que mi abuelo empujaba una bicicleta echando vaho por la

boca. Llevaba un gorro de lana. Oí a un perro ladrar. El aire olía a humo y el cielo estaba extrañamente luminoso. «¿Has meado ya? Nos vamos.» «¿A dónde?» «Al uragyū.» Lo miré sin entender nada. Sus ojos resplandecían. «¿Uragyū?» «Vamos, súbete atrás.» «¿Vamos a ir los dos en tu bici? ¿Vas a pedalear tú? Abuelo, ¿estás seguro?» «Si me canso, pedaleas tú. Yo te aviso.» El abuelo se montó en la bici. Aterrada, me subí a la parte de atrás y le puse una mano sobre el hombro flaco. «… Abuelo, ¿cuántos años tienes?» «Me da igual. Tengo ochenta y tantos, pero me da igual. Me da igual estar bien y me da igual morirme ahora o dentro de diez años.» Se había puesto en movimiento antes de terminar de hablar. Yo estaba a punto de cumplir cuarenta. Eso quería decir que él debía de andar cerca de los noventa. Resultaba increíble verlo pedalear con tanta firmeza. Enseguida adquirió velocidad. «Pobre», susurró.

Como solo llevaba mi propio equipaje, me había cabido todo en una bolsa pequeña. La última vez que visité a mis padres volví con muchos regalos, y mi marido tuvo que cargar con una bolsa enorme. Esta vez hice una parte del viaje en tren de alta velocidad, luego tomé un tren ordinario y por último un autobús, cuya frecuencia se reducía a uno por la mañana y otro por la tarde. Por primera vez en no sé cuánto tiempo, recorrí la zona comercial en torno a la estación de tren y me llevé una sorpresa al ver que muchos establecimientos tenían las persianas mecánicas bajadas. Entre un local y otro sobresalía el cartel llamativo de una famosa cadena de restaurantes. La noche anterior había estado haciendo horas extra hasta tarde y no me había dado tiempo a comprar ningún regalo, así que había pensado en comprar una tarta cerca de la estación. La pastelería tenía un aparcamiento de pago.

Me daba un poco de rabia gastarme los días de vacaciones que

por fin había logrado acumular en ir a visitar a mis padres en una época tan estresante como era finales de año, pero no quería darles la noticia por teléfono. Me iba a divorciar y tenía que decírselo en persona. Esperé en la marquesina frente a una farmacia recién inaugurada y tomé el bus de la tarde. La parada era la misma para distintas líneas de autobús y estaba llena de gente, pero yo fui la única en subirse al mío. Era un autobús que iba hasta la montaña. El interior seguía igual que antes: tanto los asientos con motivos geométricos como aquel anuncio de una tienda de muebles para recién casados que no especificaba la dirección seguían siendo los mismos.

Nada más sentarme me quedé dormida. Me desperté con frío. Miré el reloj: apenas habían pasado quince minutos desde que el autobús se había puesto en marcha. Quedaba mucho viaje por delante.

«Mañana es uragyū», oí decir en voz alta. Al tratar de identificar quién había hablado vi que había un anciano calvo en la primera fila de asientos. El conductor le respondió, casi a gritos: «¿Ya? Claro, que ya es primavera.» Él también era un anciano. «Sí, ya es primavera.» Éramos los únicos pasajeros. Miré por la ventana, somnolienta. Por mucha primavera que marcara el calendario, el aire seguía siendo frío.

De hecho, las figuras borrosas que veía por la ventanilla llevaban, sin excepción, abrigos gruesos de invierno. Todo se veía desenfocado a través del cristal: la librería de segunda mano, la cafetería, la tienda de ropa para caballeros. El local de takoyaki, el de alquiler de vídeos, tan oscuro por dentro… Y de repente me di cuenta: ese autobús no estaba siguiendo la misma ruta que yo recordaba.

«Quería hacer la poda antes de marzo, pero, ya sabes, Takeshi

se rompió la cadera a principios de año. Pensé que podría hacerlo yo solo, pero nada; no sé cuándo voy a poder terminar. Creo que este año vamos a tener poco. Y eso que el campo está ahora en su mejor momento, pero nada; si es que no puedo subir los brazos más que esto.» «Ya, y los hombros se resienten.» «Dicen que es el cuello. Cuando se te duermen los dedos y eso, es el cuello.»

Aunque la zona me resultaba familiar, no reconocía el camino. Quizá habían abierto nuevas tiendas en los últimos años, aunque se veían avejentadas. Por un lado, me parecía haberlas visto antes, pero, por otro, no, y conforme avanzábamos, mi confusión se fue haciendo mayor.

«Entonces ¿qué?, ¿te vas a jubilar?» «Pues no sé… No tengo ninguna afición con la que entretenerme.» El anciano calvo se rio con voz ronca. «Próxima estación: Onose, Onose», anunció el altavoz. El nombre de la localidad me sonaba, pero estaba casi segura de que no formaba parte de la ruta habitual. Como la parada no aparecía escrita en la pantalla, no pude comprobar si se escribía igual que el pueblo del mismo nombre que yo conocía. Tampoco había un mapa en el que pudiera situarlo. De todos modos, nadie pulsó el botón para solicitar la parada y no había nadie esperando fuera, así que el autobús pasó de largo sin siquiera disminuir la velocidad. «Próxima parada: autoescuela Eitoku. Seguridad, confianza y, ante todo, cortesía. Si quiere sacarse el carné, *sí, sale bien de precio.*[1] Los pasajeros que se dirijan a la autoescuela Eitoku pueden bajarse en la próxima parada.» «Por cierto, qué terrible lo del hijo mayor de Gōso. Con el coche. Y encima el pequeño es de aquella manera. Pobre Gōso.»

Intenté dibujar un mapa en mi cabeza. ¿Me habría equivocado de autobús? En ese caso, sería mejor que me bajara ya mismo y cogiera un taxi antes de adentrarme más aún en terreno

desconocido. Durante un instante visualicé los sitios que conocía entre la estación de tren y la casa de mis padres: el instituto al que fui, el concesionario cuyo cartel lucía un caballo enorme… Los edificios que me servían para orientarme flotaron en mi mente sin conexión entre sí y desaparecieron.

«¿Qué le pasa al hijo pequeño de Gōso, se está cavando su propio hoyo?» «Ya ves, sí. Hicieron mal en mandarlo a la universidad. No ha salido de casa desde que ha vuelto. Yo no le he visto la cara. Mandarlos a la ciudad no trae nada bueno.» «Nada bueno.» El conductor hizo sonar el claxon. «Y el mayor, que fue el que se quedó aquí, fíjate lo que le pasó. Siempre se van los mejores.» «En ese caso, nosotros vamos a vivir mucho.» «Próxima parada: Shōnozu, Shōnozu.» Esta vez, el nombre no me decía nada. Nerviosa, levanté la cadera del asiento para ver si había algún mapa que no hubiera visto, pero no lo encontré. «¿Te vas a bajar?», vociferó el conductor. Nuestros ojos se encontraron en el espejo retrovisor. Tenía una mirada astuta y una tez bronceada. «No», respondí, y volví a tomar asiento a toda prisa. «Cuando quieras bajarte me lo dices y paro donde te venga bien», dijo. Pisó el acelerador y se saltó el semáforo, que se acababa de poner en rojo. Los autobuses de provincias te dejan donde tú les indiques, aunque no haya parada. Por supuesto era algo que yo ya sabía, y si el chófer vio necesario explicármelo fue porque me consideró una forastera. Era una observación obvia, pero me dio un poco de pena. «Disculpe… ¿Este autobús va a Suguinobō?» «¿Suguinobō? Uuuy, todavía queda mucho para Suguinobō.» Si quedaba mucho, quería decir que en algún momento llegaría. Sentí un gran alivio y me relajé en el asiento. Quizá el autobús solo había cambiado un poco su itinerario. Miré por la ventana. Vi una cadena de montañas. Algunas eran de un color apagado; otras, amarillentas. Las de tono

mortecino eran montes de cedros que habían sido plantados y luego abandonados, y las amarillentas estaban cubiertas por bosques mixtos mezclados con bambú. De vez en cuando se veían manchas blancas que debían de ser cerezos de montaña en plena floración.

Nos detuvimos y se subió un anciano. Tenía una gorra de los Giants[2] sobre la cabeza cana y probablemente terca, y llevaba una bolsa de plástico atada por las asas. El anciano se sentó justo detrás del calvo, que levantó la mano y le saludó diciendo «eh», y a continuación: «¿Cómo te va? ¿Vas tirando a pesar de todo?» «Pues ahí ando, ya todo más tranquilo. Antes de ayer se cumplieron los cuarenta y nueve días.» «Cada vez irá haciendo más calor a partir de ahora. Oye, ¿vas a ir este año al uragyū?» Giants meneó la cabeza. «¡Pero cómo pasa el tiempo! No sé si voy a ir. ¿Y tú?» «No creo.» «Uragyū, ¿eh?» «Ya es primavera.» La conversación entre los ancianos sonaba cada vez más a un conjuro. ¿A qué se referían con «uragyū»? ¿Sería un regionalismo arcaico? O quizá se trataba de jerga ganadera que tenía que ver con la cría del ganado o algo relacionado con las vacas.[3] Cuando era pequeña había en el vecindario varias familias que criaban vacas y cabras. Me pregunté si seguirían ahí. Nosotros teníamos gallinas chabo,[4] pero ya no. Recuerdo que nos daban huevos y nos los comíamos. Empecé a amodorrarme otra vez. Sentí el frío de la franja metálica del marco de la ventanilla en mi oreja.

«¿Usted también va al uragyū, señorita?» Tardé un poco en darme cuenta de que la pregunta iba dirigida a mí. Al levantar la cabeza vi que el anciano calvo me estaba mirando. Tenía todo el cuerpo girado hacia mí, con uno de los pies en el pasillo del autobús. A juzgar por lo que se podía ver a través de su camiseta blanca, tenía un tórax delgadísimo. «Pues…», me quedé vacilando, pero el conductor intervino enseguida: «¿Para qué si no va a venir hasta tan

lejos una joven forastera?». Hacía tiempo que no me llamaban joven. Antes de que pudiera responder, el anciano calvo abrió la boca. «Seguramente se quede a dormir. ¡Eso sí que es increíble!» «No es tan raro», dijo Giants. «Hasta vienen autocares turísticos. Los jóvenes traen tiendas de esas para acampar, pero las tendrán que prohibir. Hubo unos que montaron la tienda en un solar, y el dueño entró a toda mecha dando marcha atrás y se los llevó por delante. Uno murió, otro quedó herido grave y no sé qué pasó con el tercero, pero algo les pasó a los tres.» «Pero si es así, Suguinobō le pilla un poco lejos.» El conductor giró el volante en una curva. «Qué va, se puede ir andando desde allí. Serán unos treinta minutos.» «¿Qué dices?, imposible. En bici, sí, pero no a pie.» «No me digas que sigues montando en bici. Déjate de bicis, que es peligroso. Dicen que no hay nada más peligroso que un viejo en una bicicleta.» «¿Y cómo quieres que me mueva, si no me han dejado renovar el carné de conducir?» «Pues en autobús, que para eso tenemos descuento de viejos.» Los tres ancianos se rieron. Parecían haberse olvidado de mí. Yo me quedé callada con una media sonrisa. No iba a decirles a esas alturas que en realidad estaba volviendo a mi pueblo para ver a mis padres. Un animal se cruzó en la carretera y el conductor tuvo que dar un frenazo. La gorra de los Giants cayó al suelo y el anciano quiso recuperarla estirando la pierna e intentando colocarla en la punta de su zapato para luego lanzarla al aire y agarrarla con la mano, pero la maniobra no le salió bien. Finalmente levantó medio cuerpo y alargó el brazo para recogerla. Su reloj metálico, de aspecto pesado, se le deslizó por la muñeca haciendo ruido. Giants jadeó un poco mientras se volvía a poner la gorra y dijo: «Pues antes de ayer…».

«Como mi hijo me dijo que iba a venir de visita con mi nieto, me puse con los preparativos, pero resulta que luego me suelta que no

se quedan a dormir, que se vuelven el mismo día. Y fíjate que se fueron sin tomarse ni una cerveza. Y además quisieron llevarse el sutra después de la ceremonia, no sé muy bien para qué.» El anciano calvo debía de estar asintiendo: su coronilla aparecía y desaparecía por detrás del respaldo del asiento. «Entonces le dije a mi nieto… Sabéis que mi nieto se casó, ¿no? Pues le pregunté a su mujer si todavía no tenía listo el mochi[5] y mi hijo se enfadó, me dijo que esas cosas no se les dicen a los jóvenes de hoy, pero yo no sé qué hay de malo en decirlo. Solo pregunté si todavía no estaba listo el mochi.» Esbocé una sonrisa amarga. No sabía que seguía siendo costumbre repartir mochi por el vecindario cuando una familia tenía un hijo. Era cierto que el anciano no tenía mala intención, pero seguro que mucha gente se molestaba al oírlo. «Los tiempos cambian.» «Los tiempos cambiarán, pero es normal que quiera saber sobre mi bisnieto, que yo no voy a vivir para siempre. Me preocupa el futuro.» «¿Nunca sale el tema del futuro?» «No es que no salga nunca, pero… Tú tienes suerte con Takeshi, con él puedes estar tranquilo.» «No te creas, que los nietos… Yo con los nietos no me entiendo tan bien. Cuando vuelven por Bon…,[6] hay tanto que preparar en Bon que les pido ayuda, pero entonces se enfadan los dos, Takeshi y su mujer.» «¿Ah sí?» «Me dicen que trabajan mucho en la empresa y que están cansados, y que ya que me hacen el favor de venir a verme, que les deje descansar. Me dicen que me están haciendo un favor al venir a verme. Qué ridiculez. Soy su abuelo.» El calvo y Giants soltaron una carcajada ronca. El conductor emitió un silbido con los labios y se rio. «No hacen más que regañarnos.» «Que me regañen todo lo que quieran, me va a dar igual. El problema es que, una vez se casan y se marchan, tus hijos y tus nietos se vuelven unos extraños. Por otro lado, ¿cómo les vas a decir que se queden, si aquí no hay trabajo?»

«¿No quieren trabajar en el campo?» «No, no quieren saber nada de eso. Ahora hasta mi padre dice que tendríamos que dejarlo.»

Pensé en mis padres y en mi abuelo. Su única hija se marcha a la ciudad a estudiar y desde entonces ya ni siquiera regresa regularmente por Obon, y tampoco gana lo suficiente como para enviarles dinero todos los meses. A los treinta por fin se casa, pero se divorcia a los cuarenta sin haber tenido ningún hijo. Y, para colmo, les pide que pongan sus nombres como testigos en el certificado de divorcio. Si ellos estuvieran aquí con estos tres ancianos, me estarían poniendo a parir. Ellos nunca en la vida me han reprochado nada. No se quejaron ni cuando dije que me iba a ir a estudiar lejos, ni cuando les conté que me iba a quedar a trabajar, ni cuando les anuncié que me iba a casar con un primogénito de allí. [7] Nunca me preguntaron si estaba el mochi a punto ni me pidieron que fuera a verlos con más frecuencia. ¿O acaso se lamentaban a mis espaldas, con el mismo tono que estos tres ancianos, de tener una vida en la que no podían ni abrazar a sus nietos?

No quería atribuir el divorcio al hecho de que no hubiéramos tenido hijos. Era difícil saber si ese había sido el motivo. Ni a mi marido ni a mí nos quedaban fuerzas para encontrar una razón que pudiera expresarse con palabras. No es que no quisiéramos tenerlos. Pero tampoco lo estábamos deseando. A mi edad ya tengo pocas posibilidades de quedarme embarazada, aunque me volviera a casar. Pero no me sobra el tiempo como para ponerme a rumiar sobre las decisiones que he tomado o no he tomado en mi vida, sobre lo que he tenido o no he tenido. Si te casas, porque te casas; si tienes hijos, porque los tienes. Al final es imposible evitar la angustia y la infelicidad y el sufrimiento. El anciano calvo se dio la vuelta de nuevo y dijo: «Señorita». «¿Sí?», respondí.

«Señorita, ¿usted quiere tener hijos?» «¿Cómo?», dije con los

ojos como platos. «¿Ha venido a eso?» Se me secó la boca. Giants se dirigió al anciano calvo con voz sibilante: «¿Pero no has oído lo que acabo de contar? Que si dices esas cosas hoy en día, te regañan. Es joven todavía, será que viene a pedir por su casamiento.» «O por sus exámenes.» «Vale, vale, me disculpo.» El anciano calvo se llevó la mano a la cabeza. Tenía la coronilla hundida como si se le hubiera abollado. «En ese caso, ¿es la primera vez que viene usted al uragyū?» Yo no entendía nada. Como me quedé callada, siguió: «Claro, ya me parecía. No hace falta que nos responda, joven, no hace falta, a ver si lo vamos a gafar», dijo sacudiendo la mano delante de la cara. «No le hagas decirlo, no le hagas decirlo, que se va a gafar, se va a gafar.» «Pero si es para tener hijos, tendrá que traer también el ura de él.» «¿Ura?» «Un pelo, una uña. O una foto, mismamente.» «También puede ser hueso, con tal de que arda.» Giants se giró hacia mí. «Si es la primera vez…» Tenía la cara roja como si le hubiera dado el sol. «Si es la primera vez, lo más importante es la buena fe, seas quien seas. Que seas sincera y honesta, con la verdad por delante.» La voz de Giants se entrecortó, enredada con alguna flema. Tosió fuerte y me miró a los ojos. Sus pupilas se dilataron y se encogieron con la tos. Asentí sin querer. El anciano dijo «sí, sí», y volvió su rostro colorado al frente.

Había un edificio grande y blanco entre los arrozales. Era un hospital. El autobús se adentró entre las instalaciones, recorrió el área de estacionamiento y por fin se detuvo frente a la entrada. Los dos ancianos se pusieron de pie. Aquello no parecía una parada, y, si los dos se habían bajado sin que el altavoz anunciara el nombre del lugar, quería decir que seguramente siempre se apeaban ahí. Por otro lado, aquel era el último bus del día. ¿Cómo harían para volver? Las puertas emitieron un chirrido atroz al abrirse, como si las

estuvieran desgarrando.

«Bueno, joven, hasta otra. Que vaya bien esa primera vez», me dijo el anciano calvo. «Ya sabes, la buena fe es lo que cuenta», añadió Giants con la respiración agitada. Ambos movieron los brazos bronceados en el aire como si me estuvieran dado unas palmaditas en el hombro, aunque era imposible que pudieran llegar a tocarme porque mi asiento quedaba lejos de ellos. Hice una reverencia con la cabeza. Se bajaron del autobús muy lentamente. El chófer arrancó en cuanto los dos pusieron los pies en el suelo. «Orugas, termitas, ciempiés, problemas de cañerías… Consúltenos en cualquier momento. Si quiere utilizar los servicios de desinsectación de Ōnosamu, bájese en la próxima parada.» «Y usted, joven, ¿dónde se quiere bajar? ¿En qué sitio de Suguinobō? ¿Le vale la parada de la Cooperativa Agrícola?» «Sí.» El conductor aceleró y mi cabeza se inclinó ligeramente hacia delante. El paisaje me iba resultando cada vez más familiar. La tienda en la que compraba dulces de pequeña, el dentista, el colegio. Varias ancianas con sombreros de paja estaban sentadas hablando a orillas de la carretera.

El autobús frenó y se abrieron las puertas. Le di las gracias al conductor y me apeé. Mi madre estaba ahí para recibirme. Llevaba puesto el traje de faena y unos protectores de manos y brazos para evitar quemarse con el sol. «Hola», le dije. Mi madre no respondió y se quedó mirando el autobús que se alejaba. Solo entonces vi la figura de quien parecía una mujer joven sentada en el asiento del fondo. «Mamá, ¿qué tal estás?» «Normal, ¿y tú?» «Más o menos.» Echó a andar hacia la casa. Había unos brotes de hojas traslúcidas en el extremo de las ramas de los árboles. Entre las matas se veían de vez en cuando pequeños capullos. Mi madre los iba pisando con sus jikatabi.[8] «¿Y papá? ¿Está bien?» «También normal.» «¿Está trabajando en la huerta ahora?» «Sí.» «¿Qué toca en esta época?»

«Cebollas, tirabeques.» Había florecillas azules, moradas y blancas, y una polilla revoloteando con unas alas que parecían hojas secas. «Mamá, he decidido que me voy a divorciar», dije de forma que sonara a una decisión firme pero sosegada. Mi madre se agachó de repente, arrancó un tallo de ruibarbo de ciénaga que asomaba por la superficie de la tierra y dijo: «¿Sí?» «Sí, lo siento. Y necesito que firmes el certificado de divorcio.» «¿Yo?» «O tú o papá.» Mi madre arrancó otro tallo de ruibarbo.

Caminamos hasta la casa sin decir nada. Mi madre se fue directa a la huerta con los dos tallos de ruibarbo en el bolsillo. Yo me metí en la casa y subí a mi habitación en la planta de arriba. Las escaleras estaban siempre en penumbra, incluso a mediodía, pero mi cuarto rebosaba luz. Tanto la ventana como las cortinas estaban abiertas, y el sol bañaba todos los rincones del dormitorio. Desde mi ventana vi a mi madre rodear el jardín y cruzar la calle para ir a las huertas que había enfrente. El colchón y la manta con los que iba a dormir esa noche estaban doblados y preparados. Me senté y apoyé la espalda en ellos para contemplar mi habitación. Seguía igual que siempre. Las cosas que más me gustaban o que necesitaba me las había llevado conmigo el día en que me mudé. Todas las cosas que quedaban carecían de valor. Le había dicho a mi madre que podía tirarlas, pero no parecía dispuesta. Yo tampoco, a decir verdad. No quería tener que ponerme a recoger y andar de acá para allá con cajas de cartón. Oí a un perro ladrar a lo lejos. Recordé la única vez que mi marido estuvo en esa habitación y cómo nos reímos mirando fotos antiguas en un álbum que saqué de la estantería. Abrí el álbum con el tapizado rosa. Yo de bebé, yo de niña, el randoseru.[9] La cosecha del boniato,[10] el campamento, el uniforme de marinera.[11] En mis distintas versiones aparecía siempre con la misma cara. Luego vinieron fotos mías con kimono de manga larga[12] y, por

último, el banquete que ofrecimos a los familiares en lugar de una boda al uso. Cuando cerré el álbum y fui a colocarlo de nuevo en el estante, unas cuantas fotos sueltas cayeron al suelo. En todas aparecíamos mi marido y yo en el convite, y en todas había una mancha negra y redonda, como si se hubieran quemado con algo. Pensé que quizá había sido la ceniza de un cigarrillo, pero hacía tiempo que mi padre había dejado de fumar. Metí las fotos en el álbum y lo encajé entre los libros en la estantería. Sentí un escalofrío, pero no supe por qué.

Desde la ventana oí a alguien vociferar en la calle. «Pero si antes estabais caminando juntos. ¿No ha vuelto todavía?» Me di cuenta entonces de que había oscurecido y ya apenas entraba luz por la ventana. Me asomé sigilosamente: vi las siluetas oscuras de varias personas reunidas en un extremo del jardín. Por la voz supe que quien estaba hablando con mis padres era una señora que vivía cerca de nuestra casa. Llevaba mucho tiempo sin ver a mi padre y me dio la impresión de que había menguado. ¿Qué le habría dicho mi madre de mí? Contuve la respiración, y en ese momento me pareció que una de las sombras se giraba hacia mí. Volví a oír a un perro ladrar, solo que esta vez más lejos. La mancha oscura de personas se dispersó y cada uno se marchó por su lado: mi madre a casa, mi padre al cobertizo y la señora salió del jardín.

Mi abuelo no se sentó a cenar con nosotros. Ni siquiera habían sacado platos y palillos para él. «Se encontraba mal y ha estado todo el día en la cama», me dijo mi madre mientras troceaba unos taros. Los habían cultivado y extraído ellos mismos. Los trozos se fueron deslizando hacia el fondo del bol. «¿Pero está bien?» «Ahora tenemos que estar bastante pendientes porque empieza a despistarse.» Mi padre estaba cabizbajo, bebiendo un sake que

había calentado en el microondas. Como ninguno de los dos decía nada, pregunté: «Papá, ¿te ha contado mamá?». Mi padre asintió y levantó la mano como para decir «no sigas». Yo continué en voz baja: «Pues así están las cosas». Nadie respondió. Los taros, ennegrecidos por la cocción, no sabían a nada, y la sopa de miso tenía un dulzor extraño. El televisor estaba encendido, pero nadie lo estaba mirando. Unos niños bailaban dentro de la pantalla.

«¿Sabéis lo que es el uragyū?», pregunté. Mi madre me miró un instante y enseguida devolvió la vista a su plato. «Pues claro», dijo. Mi padre exhaló un suspiro entremezclado con unos gorgoritos y le dio un sorbo al sake. «Yo no sé lo que es», dije sorprendida. Nunca los había oído pronunciar esa palabra en casa y había dado por hecho que ellos tampoco la conocerían. Mi madre reaccionó con indiferencia. «Claro, es imposible que tú lo sepas», respondió mientras cogía un trozo de taro con los palillos y se lo llevaba a la boca. La salsa resbaló por sus palillos de laca rojos. «¿Imposible?» «Sí, porque todos los años lo hacemos tu padre y yo para ti.» «Silencio», dijo mi padre. Mi madre lo miró despacio y se chupó un dedo manchado de salsa. Él estaba vertiendo el cartón de sake en el tokkuri.[13] Le temblaban las manos y se le caían gotas sobre las rodillas. Luego le pasó el tokkuri a mi madre para que lo metiera en el microondas y se limpió las manos y las rodillas con un pañuelo de papel. Entonces preguntó: «¿No podíais tener hijos?». «¿Qué?» «¿Por eso os vais a divorciar?» Posé los palillos sobre el plato. Había gente riéndose en la televisión: ancianos, ancianas, mujeres y hombres jóvenes. «¿No queríais?» Mi madre suspiró. «No es que no quisiéramos.» «¿No pudisteis?», preguntó, seco, mi padre. Incliné la cabeza ligeramente. «Entiendo», dijo, y se limpió las rodillas varias veces con el pañuelo de papel. El chándal azul marino se le llenó de hebras blancas. Mi madre colocó frente a él el tokkuri humeante.

Sentí un hormigueo de dolor que se propagó alrededor de mi ombligo. Mi padre bebió el sake con la cabeza gacha. «¿Dónde están los documentos en los que tengo que poner mi sello? Tráelos. Tengo que poner mi nombre, ¿no? Pues venga, tráelos y lo pongo antes de que me emborrache.» También tenía los dedos llenos de hebras blancas.

Mi abuelo pedaleó sin mediar palabra. Las casas esparcidas aquí y allá tenían las luces apagadas. En un momento dado, el ritmo del pedaleo se alteró y me tuve que agarrar más fuerte a sus hombros. Le noté los huesos. Dejó de pedalear, con la respiración entrecortada. Un autobús pasó a nuestro lado. Pude ver de soslayo que la matrícula era de la provincia vecina. «¿Estás bien?» «A partir de aquí pedalea tú. Es todo recto.» Me senté en el sillín. No estaba nada caliente. Mi abuelo, subido atrás, pesaba mucho más de lo que hubiera creído con lo flaco que estaba. Hacía tiempo que no montaba en bici y al principio estuve a punto de perder el equilibrio. Percibí algo de humo en el aire y oí el crepitar del fuego. Continué avanzando, y mi abuelo habló de repente: «A mí… la verdad es que me da igual una cosa que otra», dijo. «¿Qué?» «A mí me daba igual lo que hicieras. Que volvieras, que no volvieras, que tuvieras hijos, que no los tuvieras, me da igual, a mí ya me queda poco. Pero tus padres no piensan así.» Iba a responderle, pero el olor asfixiante y denso del humo se me quedó atascado en la garganta y me dejó sin voz. «Mira, ya hemos llegado. Es esa casa de ahí.»

Era una casa típica de agricultores con un estandarte rojo. La tela de la bandera estaba adornada con unas letras blancas que decían: HOY ES URAGYŪ. Había mucha gente. Me puse al final de una larga cola. Un gran número de ancianos muy abrigados rodeaban el jardín formando una fila serpenteante. De vez en cuando, entre ellos

se distinguía alguna chica joven o algún chico con la cara pálida. Una mujer de mediana edad cargaba en brazos un oso de peluche que, extrañamente, parecía pesar mucho. Un hombre mayor sostenía una bolsa de plástico con montones de cosas esféricas en su interior. Un matrimonio de ancianos llevaba un álbum de fotos rosado. Un perro pequeño sin correa se puso a corretear entre la gente y a dar vueltas y a ladrar. Echaba vaho por la boca. Observé a mi abuelo, que hacía cola a mi lado. Parecía estar mirando las montañas del fondo, aún en penumbra. Por los flancos se empezaba a ver un cielo blanquecino. «Abuelo, ¿por qué me has traído aquí?», le susurré. «Escucha», dijo sin desviar la mirada de las montañas. «La fe es una forma de sentir… Por mucho que tu padre y tu madre quieran, por mucho que recen, al final lo único que cuenta son tus sentimientos. ¿A qué aspirabas yéndote a la ciudad?» «¿Qué?» «¿Qué esperas ganar con el divorcio? Solo se trata de eso. Si tienes lo que quieres, no tenemos nada más que decir.» Por fin dirigió su mirada hacia mí. Pese a la oscuridad, pude ver que el blanco de sus ojos estaba un poco amarillento. La fila avanzó de repente. Las personas fueron entrando una a una en la casa de los campesinos. Habían desmontado las ventanas y los shōji, y en el espacio diáfano de la sala ascendía hacia el cielo, temblorosa, una columna de humo blanco. Vislumbré los contornos llameantes del fuego: habían prendido una hoguera en el interior de la casa. El perro se me acercó y me olisqueó los zapatos, luego la espinilla, luego las mangas del abrigo, y, finalmente, me miró y me ladró. Cuando quise darme cuenta, mi abuelo se había esfumado.

El fuego era más pequeño de lo que había creído. Habían levantado el tatami y colocado una lona, y sobre ella una especie de maceta grande, en cuyo interior bailaban las llamas amarillas. Había un reloj y un calendario en la pared. Algunas mujeres mayores y

jóvenes vestidas con kappōgui[14] o en delantal iban y venían ajetreadas; algunas estaban sentadas junto al fuego, otras trajinaban para traer pedazos de madera o de papel. Todas ellas parecían de cera. De vez en cuando, las que estaban sentadas junto al fuego echaban unos polvos a las llamas, y cada vez que lo hacían cambiaban el olor y el color del humo. Una mujer con delantal me ofreció media hoja de papel. La acepté, pero no supe qué hacer con ella. Como me vio perdida, dijo con tono antipático: «Ponlo del revés ahí». Señaló el trozo de papel y apuntó con el mentón hacia las manos del anciano que estaba a mi lado. Este sacó de una bolsa de plástico un mochi redondo, lo colocó en medio del papelito y se lo dio a la mujer del delantal. Luego, una joven depositó una fotografía pequeña sobre él. En ella se veía a una pareja sonriendo. La mujer del delantal puso el papel con el mochi y la foto en una bandeja y se la acercó a una de las que estaban sentadas junto al fuego. A su vez, esta dejó caer, con ojos medio dormidos, una especie de pegote negro amasado, y con un par de palillos largos llevó una brasa del fuego hasta él. Una llama del tamaño de la cabeza de una aguja se encendió y crepitó durante un instante. Un olor agridulce se elevó enredado en una fina pluma de humo. La mujer joven y el anciano juntaron las manos, palma contra palma, y susurraron algo. La llama se extinguió enseguida y dejó una pequeña mancha carbonizada en el mochi y en la foto, que ambos recogieron y se llevaron consigo, no sin antes hacer una reverencia de despedida, sonrojados. Llegaron otras personas y se detuvieron junto a mí. El olor del humo me pesaba en el estómago y me sentí mareada. Un hombre de pelo cano colocó sobre su pedazo de papel algo duro y quemado parecido al karintō[15] pero de color ceniza. La mujer del oso señaló la zona del pecho del peluche que llevaba en los brazos y le dijo: «Aquí». Ambos recibieron en sus respectivos papeles una masa negra de

moxibustión, que enseguida prendió y formó un hilo de humo. El pedazo duro de color ceniza se movió ligeramente. El pelo del muñeco de felpa se quemó y se desprendió y cayó a los pies de la mujer que lo sostenía. Tenía los ojos inundados de lágrimas. Otros tenían una llave de coche torcida sobre su trozo de papel o un mechón de pelo que se habían arrancado. Algunos solo mostraban la palma de la mano. Todos ellos prendieron fuego a su objeto, vieron cómo se formaba el hilo de humo, cada cual con un olor diferente, y se marcharon.

«¿Y tú?», me dijo irritada una mujer con un delantal que llevaba cosidos unos retazos de colores con las letras del alfabeto. «¿Y tú?» Todo el mundo se giró para mirarme. Incluso la gente que hacía cola al otro lado de la ventana me estaba observando. Me quedé paralizada con el pedazo de papel en la mano, y en ese momento apareció de la nada un pequeño perro negro, levantó una pata y expulsó un chorro de pis caliente sobre mi pie.

FLORES DEL INFIERNO

Cuando, después de celebrar no sé qué aniversario de la muerte de mi abuela paterna en un templo reluciente apretujado entre un edificio de viviendas de ladrillo y una pizzería roja de las que llevan a domicilio, en plena ciudad, nos dirigíamos al cementerio a visitar su tumba, vimos a lo lejos unas manchas encarnadas. Nos acercamos con recelo. Era como si alguien hubiera plantado solo en nuestra zona decenas de flores del infierno. No había ni una alrededor de otras tumbas y de hecho no recordaba haberlas visto antes en ese lugar. Cuando había ido en verano a hacer la visita de Obon, no recordaba que hubiera ni sombra de ellas: ni un atisbo de tallo, ni un pequeño brote. Mi madre, mi abuelo y yo contuvimos la respiración. Mi padre se llenó de rabia. «¿Por qué tienen que crecer estas cosas solo en nuestra tumba?», dijo, y se dispuso a arrancar los tallos con las manos desnudas. Pero las flores del infierno no salían fácilmente. «No hace falta que las arranques justo hoy…», dijo mi madre sin saber muy bien qué hacer. «¿Por qué tienen que florecer tantas cosas de estas solo en nuestra parcela familiar?», repitió mi padre casi como si vomitara, y tiró del tallo aparentemente frágil unas cuantas veces, pero se le resistió, y al final lo único que consiguió fue que unos pétalos rojísimos y alargados cayeran al suelo. «También es conocida como la flor de los muertos», susurró mi

abuelo, sin intención de ayudar a mi padre. Yo también me quedé callada mirando, de pie, con mi uniforme escolar de marinera.

Una vez arrancadas (quizá mi padre había vuelto unos días después a rematar el trabajo con una pala), las flores del infierno no volvieron a crecer en ese lugar. Creo que fue mi abuelo quien susurró: «No es el tipo de semilla que vuela con el viento y florece en cualquier lugar; ni que fuera un diente de león». Tampoco volvieron a brotar cuando mi abuelo murió poco después y lo enterramos en esa misma tumba. Qué flor tan extraña y siniestra, pensé.

La siguiente vez que vi flores del infierno fue en el jardín de los padres de mi marido. En ese momento no éramos todavía marido y mujer, y, aunque estábamos prometidos, era la primera vez que visitaba la casa de sus padres. Como vivíamos lejos de ellos y en cambio estábamos cerca de mis padres, él había visitado varias veces mi casa, pero yo la suya ninguna. Se trató de una especie de pedida de mano o, más bien, de una forma de que ambas familias se conocieran. Mis padres y yo fuimos en el tren de alta velocidad. A las tres horas de viaje cambiamos a un tren ordinario y nos bajamos unas cuantas paradas después, y desde ahí cogimos un taxi. Mi marido había ido el día anterior. «¿Por qué no le envías un email a Hiroyuki para decirle que vamos a llegar a la hora prevista?» «¿Para qué, si vamos a llegar a la hora prevista?» «No sé, por si acaso… Anda, mira, una granja de gallinas. Claro, en el campo se ven cosas así.» «Parece una fábrica de ciudad.» «Es la primera vez que veo una granja de gallinas. Seguro que hacen mucho ruido por las mañanas.» «Seguro. Ya solo una es ruidosa…» «No se crea», dijo el taxista en voz baja, y todos nos quedamos callados, no sé por qué.

A medida que nos acercábamos a la casa de mis futuros

suegros, tuve la sensación de que el cielo se elevaba y se volvía cada vez más azul. El taxi se detuvo frente a al muro que llevaba la placa con el apellido de mi marido. En una esquina del jardín, que resultó ser mucho más grande de lo que él me había descrito y de lo que yo había imaginado, crecían unas rojísimas flores del infierno. Tenían el tallo más grueso que aquellas otras que recordaba del cementerio. Cuando las vi cerca de la tumba, me habían parecido simplemente siniestras, pero ahí, en el jardín arbolado de una casa tradicional, eran unas flores de otoño naturales y sencillas. Brotaban agrupadas en un rincón del jardín, a un lado del muro que lo separaba de la casa vecina. Pensé que eran muchas, pero era solo por el escarlata intenso de los pétalos; no debía de haber más de diez.

¿Por qué habrían permitido que crecieran ahí unas flores propias de los cementerios, también conocidas como la flor de los muertos, que habían logrado que mi padre enloqueciera y las arrancara de cuajo una por una? Miré a mis padres. Sobre todo a mi padre. Aquel era el peor preámbulo posible al primer encuentro cara a cara entre ellos y mis futuros suegros. Sin embargo, solo comentaron lo grande que era la casa y lo bien cuidado que estaba el jardín, tan verde y tan amplio. «Es muy grande», llegó a susurrarme al oído mi madre, llena de admiración. Mi padre asintió e incluso añadió: «Muy buena casa, sí, señor». «Es verdad que por aquí se ven muchas casas así de buenas, pero esta es especialmente lujosa.» «Son todas casas antiguas y bien mantenidas.» «Claro, porque no hay bloques de pisos por aquí.» Yo me quedé ahí de pie preguntándome si no se habrían fijado en las flores y pensando que, en ese caso, era mejor que continuaran sin percatarse. Quizá alertado por el ruido del taxi, mi marido salió a recibirnos con una reverencia. Se había puesto un traje y todo. Nosotros le devolvimos el gesto. Yo llevaba puesto un

vestido de un color que no es habitual en mí. Consideraba una pequeña victoria el haber elegido aquella prenda sin que nadie me forzara a ello ni me aconsejara. También me hacía sentir un poco incómoda.

A un lado de la entrada se sucedían varias macetas con unos crisantemos altos y enormes, arreglados con esmero. Mis padres no dejaron de admirarlos también, pese a que ni siquiera habían florecido y solo se veían los capullos. «Qué grandes y bonitos.» «¿De quién serán? ¿Del padre o del abuelo?», se dijeron. Al oírlo, mi marido respondió: «Al principio era la afición de mi abuelo, pero mi padre la heredó y ahora es un apasionado». «Entonces quizá tú también lo seas algún día, Hiroyuki…» «No, no lo creo… Ah, bueno, quién sabe. Al principio mi padre tampoco tenía ningún interés… Puede que yo también lo acabe teniendo dentro de varias décadas. Tal vez incluso me aficione al bonsái.» «Qué maravilla, el bonsái.» «Claro, aprovecha que creciste en un entorno tan verde. Es estupendo tener aficiones que tienen que ver con la naturaleza.» Tenía mis dudas de que limitar el crecimiento de las plantas para volverlas enanas o estirar los tallos de los crisantemos con palos para que fueran más altos tuviera algo que ver con la naturaleza. La imagen de las rojísimas flores del infierno aún no me había abandonado cuando me invitaron a pasar a la sala de estar cubierta de tatami y me senté sobre mis pantorrillas a esperar. En el tokonoma[16] de la sala había un ikebana de una flor rosácea que no conocía y unos tallos jóvenes de plateado chino.[17] De un lado estábamos mis padres y yo, y del otro, mis futuros suegros, mi marido y la abuela, sentada en una silla baja. Trajeron una tetera y unas tazas. Fue el padre de mi marido quien rompió el hielo.

«Lamentamos mucho que hayan tenido que acudir desde tan lejos a esta ceremonia de pedida de mano, cuando somos nosotros

quienes deberíamos habernos desplazado. Pero tenemos a una persona de avanzada edad a nuestro cuidado y no nos ha sido posible abandonar la casa.» «Me disculpo por que hayáis tenido que venir hasta este pueblo tan pequeño solo por mí…», dijo la abuela. No sé por qué, se estaba riendo. «No, no, para nada», dijeron mis padres sacudiendo la mano frente a la nariz. Más tarde, mi marido me contó que a su madre le había hecho gracia que los dos hicieran el mismo gesto simultáneamente. «Tiene usted un aspecto estupendo. ¿Cuántos años tiene, si me permite?», preguntó mi madre con interés. «Ochenta y seis.» Mi abuela política se volvió a reír cubriéndose la boca con la mano. Tenía la piel de los dedos, de las manos y de la cara suave y muy blanca, como si se la hubiera maquillado y lustrado. «Se la ve a usted joven.» «Una hace lo que puede… No es algo que se pueda controlar, pero al menos quería poder estar bien para este día.» «A usted le queda mucho todavía. Además, vive en un lugar fantástico. La casa es fabulosa y el jardín, tan grande y tan verde… Sería vergonzoso para nosotros recibirles a ustedes, que viven en tan amplio espacio, en nuestro apartamento de ciudad, que además de pequeño está desordenado y lleno de cosas. Así que nos alegramos de haber venido hasta aquí. ¡Cómo me gustan estas salas grandes con tatami!» «Desde luego. ¡Parece un ryokan!»[18] «Es solo porque estamos en un pueblo. Me imagino que ustedes viven en uno de esos edificios altos de viviendas…», intervino mi suegra con afabilidad. «Sí, vivimos en un décimo en un edificio de treinta y dos plantas.» Mi suegro abrió los ojos, sorprendido. «¡Treinta y dos plantas! Yo creo que nos marearíamos si subiéramos a un piso tan alto.» «¡Desde luego! Tengo entendido que Hiroyuki los ha visitado alguna vez. A mí me gustaría también, alguna vez.» «Por supuesto, ¡cuando quieran! Cuando tengan la oportunidad…» Mi padre se calló antes de terminar la frase.

«Cuando tengan la oportunidad» equivalía a decir «cuando muera la abuela». Lancé una mirada a mi marido. Tenía la espalda, que había mantenido tan recta durante el saludo inicial, completamente encorvada. Desde la ventana de la sala de estar no se veían las flores del infierno.

Habíamos reservado para esa noche dos habitaciones en un hotel frente a la estación de tren, pero por insistencia de mis suegros me quedé a dormir en su casa. Tenían espacio de sobra, y además habían sacado a airear el futón para que lo pudiera usar esa noche. Incluso me habían comprado un pijama de cuadros rosas. Pese a todo, mis padres prefirieron dormir en el hotel. «Será normal entre la gente del campo —susurró mi padre mientras se iba— que después del primer encuentro para una especie de pedida de mano, esa misma noche, se quede a dormir la futura esposa…» «Qué importa. Yo tampoco tengo inconveniente en pasar la noche aquí», dijo mi madre con una sonrisa amarga, pero mi padre rechazó esa opción. «Tenía planeado usar el yukata[19] del hotel para dormir y no he traído pijama», dijo con gravedad. «Ya nos han dicho que nos prestan uno.» «Sí, ¿de quién? ¿Del abuelo muerto?» Mis suegros quedaron en que por la mañana uno de ellos me llevaría a la estación en coche. Mis padres se despidieron, y yo me quedé en la casa con ese vestido con el que era imposible relajarse, comiendo y bebiendo los dulces y el té que me ofrecían sin parar. Mi suegra parecía muy contenta y dijo que iba a salir a por sashimi. Mi marido, en cambio, se quitó el traje y se quedó dormido, probablemente agotado por el encuentro. Cuando me quedé a solas con mi suegro, hablamos de mi trabajo y de los crisantemos gigantes de la entrada, pero pronto agotamos los temas de conversación y nos hundimos en un silencio incómodo. La abuela se levantó despacio. «A ver», dijo. «Yuki, ¿quieres venir a mi cuarto?»

Era un dormitorio de seis tatamis con una puerta acristalada que daba al jardín. Pude ver las flores del infierno a través de la mosquitera de la puerta. «Qué alivio saber que Hiroyuki se va a casar con una persona tan buena», dijo, repitiendo algo que ya había dicho varias veces ese día, y a continuación me ofreció un cojín que había estado reposando sobre una silla de ratán. «Tú siéntate sobre el cojín en el tatami si no te importa. Yo, con este dolor de piernas, no puedo sentarme en el suelo.» «Sí, claro.» La abuela se acomodó en la silla de ratán. Yo coloqué el cojín, que se hundía en el centro dibujando la forma del culo de la abuela, y me senté sobre él con las nalgas sobre las pantorrillas, pero después de titubear un rato cambié de posición y saqué las dos piernas hacia un lado. En la habitación había una cama de hospital con sistema eléctrico de reclinado y una mesa pequeña con varios sobres de medicamentos, una tetera y una taza.

«Ya ha llegado el otoño… Cuando el abuelo estaba vivo, el jardín estaba más cuidado, pero últimamente ya no tanto.» «He visto que las flores del infierno están en flor», dije. La abuela asintió, contenta. «Es una planta medicinal.» Pude sentir la brisa correr a través de la mosquitera, pero las flores no se movieron ni una pizca. Sus pétalos largos y delgados se estiraban abiertos, medio encaramados entre sí. «¿Medicinal?» «Sí. No la flor ni el tallo, sino la raíz. La rallas, la untas en papel vegetal, haces una compresa con ello y te la pones en la mama.» «¿En la mama?», solté, perpleja, casi sin pensar y alzando la voz. A la abuela pareció divertirle mi reacción. «Eso es, la mama. La teta. Hace mucho efecto cuando se hinchan o se endurecen. Yo tenía mucha leche, ¿sabes? Tuve seis hijos. Uno se murió de pequeño, pero a todos los alimenté solo con la teta y todavía me sobraba, ¡no sabía qué hacer con tanta leche! Salía y salía y no paraba de salir.» «Qué maravilla», comenté, sin

tener ni idea de lo que suponía estar embarazada o dar de mamar. «Hasta el punto de que me traían niños de otras casas para que los amamantara. Porque claro, en aquella época no había leche en polvo, de esa tan nutritiva, como la hay ahora. Yo misma estaba sorprendida de lo mucho que producía. Con los míos y con los ajenos.» Sin esperar a que yo le expresara mi admiración, añadió: «Ojalá te pase a ti igual, Yuki. Debe de ser muy duro que no te salga la leche. El niño llora porque tiene hambre, la madre se desespera… Lo único es que, no sé si porque tenía demasiada, de vez en cuando se me formaban como piedras duras y se inflamaban. Cuando me pasaba eso, el abuelo arrancaba una flor del infierno del jardín y rallaba la raíz, que es un tubérculo como la batata. La trituraba con mucho esfuerzo y me hacía la compresa, pero ¿sabes?: hay que tener cuidado porque la flor del infierno es venenosa». «¿Es venenosa?» La abuela se llevó una mano al pecho y puso cara de dolor. «Sí, es venenosa. Tiene veneno en la raíz. Por eso hay que poner el ungüento encima del papel vegetal, para que no toque la mama directamente, pero la persona que la ralla la tiene que tocar, ¿verdad? Es inevitable. Al abuelo siempre se le ponían las manos coloradas y le salían pequeñas ampollas. A mí me daba pena, pero él decía que había que hacerlo para que saliera bien la leche, y hacía ese sacrificio.» «¿Es por eso que tienen tantas flores del infierno en el jardín?» La abuela entornó los ojos y las contempló. Sin hojas ni brotes laterales, solo con su tallo y su flor, era cierto que tenían aspecto de ser o medicinales o venenosas. «No las hemos plantado nosotros. Empezaron a crecer solas ahí, y lo cierto es que nos vinieron muy bien. Hoy en día ya nadie usa remedios caseros, pero si algún día te pasa a ti, si se te hinchan las mamas, yo te preparo la compresa. A estas alturas ya me da igual que se me estropeen las manos.»

No entendí muy bien para qué, pero en ese momento la abuela se masajeó los senos. Me pareció que sus pechos abundantes colgaban y se movían dentro de su ropa floral. Sonreí nerviosa y aparté la mirada. «Qué curioso que sea venenosa y medicinal a la vez.» «Bueno, es que la medicina es veneno. También lo son las medicinas que tengo que tomar todos los días», dijo la abuela señalando los sobres repletos de medicamentos que había encima de la mesa. «Si te las tomaras tú, que estás joven y sana, sería puro veneno.» «¿Mi suegra también utilizó la flor del infierno?» «¿Keiko?» La abuela se calló un momento y esbozó una sonrisa. «Era una muchacha delgada delgada, que parecía que se iba a partir en mil pedazos si se caía. Su cintura era así de pequeña…» Juntó las dos manos y formó un círculo. «Al verle la complexión me temí lo peor, pero como mi hijo y ella se gustaban y querían casarse, tampoco me iba a oponer. La cuestión es que le costó mucho quedarse embarazada, el parto fue difícil y luego no le salía la leche… No era algo que se pudiera arreglar con flores del infierno. Es que no tenía leche. Así que Keiko utilizó leche en polvo desde el principio. Cómodo es, pero me dio un poco de rabia sabiendo cómo me había ido a mí. Si amamanté a niños que no eran míos, podría haber dado de mamar a mi propio nieto sin problemas, pero, claro, a esas alturas ya no me salía nada. Cómo iba a salir, si ya era una abuela.»

Se acercó la taza a los labios mientras se reía, pero la volvió a dejar sobre sus rodillas sin haber bebido. «¿Sabes?» Como vi que inclinaba el cuerpo hacia delante y acercaba la cara hacia mí, yo también me estiré hacia ella. Me llegó un olor dulzón a maquillaje. Las cejas estaban pintadas de gris, y los labios llevaban un carmín suave. Se estaba riendo. «También la leche materna puede ser medicina y veneno.» «¿También?» La abuela se echó a reír de nuevo haciendo que le temblase el cuerpo, con las dos manos alrededor de

la taza de motivos azules y blancos. «¿Para qué crees que sirve como medicina?» «Pues… no sé, seguro que es buena para el estómago.» «No, no es para beber.» Si no se bebía, entonces… «¿Se unta?» «No, no se unta. La respuesta: como colirio.» «¿Colirio?» Me quedé boquiabierta. La abuela continuó riéndose, divertidísima, echando aire por la boca. Se volvió a tocar los pechos. No parecía que llevase sujetador. «Te pones la leche en el ojo. No vale con recogerla en un recipiente, mojar un dedo y dejar caer las gotas. Tienes que acercar la teta al ojo y ordeñarla ahí y echar la leche directamente en el ojo.» «¿Ah sí?», dije sin entender nada. ¿Meter la leche directamente en el ojo? «La leche materna recién ordeñada es muy buena para los orzuelos. Se quitan enseguida. Te levantas al día siguiente y ni siquiera te acuerdas de que tenías el ojo inflamado. En cambio, si mojas el dedo en la leche y dejas caer las gotas, consigues el efecto contrario. El ojo empieza a escocer y a doler. En ese caso se convierte en un veneno.» «¿Eso es… porque entran en ella las bacterias de la mano? ¿Y por qué no utilizar un dispensador de gotas?» «Quién sabe. Yo aprendí que tenía que ser directamente de la mama. Me lo enseñó mi suegra.»

El pelo de mi abuela política, de un gris manchado de negro, blanco y amarillo, se meció suavemente con la brisa que entraba por la mosquitera. El aire olía a una mezcla de otoño, campo, tierra, cosméticos y anciano. «Qué curioso, ¿verdad? No sé quién lo descubriría. Y como a mí me salía tanta, llegué a ponerles leche en el ojo a todos los miembros de la familia. A mis hijos, a mi suegra, a mi suegro, a mi marido…» «¿Qué? Pero… si tienes que hacer que el pecho gotee en el ojo…, entonces te lo ven, también los hombres.» Mi abuela política alzó los hombros. «No es agradable, pero qué le vamos a hacer. Es más importante curar el ojo. Cuando a mi suegro se le inflamaba, era mi suegra quien me pedía que le pusiera mi

leche. No era él, sino ella quien me lo pedía. No le podía decir que no. Así que le decía a mi suegro que se tumbara en el futón, y yo trataba de cubrirme la teta con una almohada y la ordeñaba sobre su ojo. No creas que es fácil dejar caer una sola gota, pero es importante evitar que salga un chorro.» Imaginé la escena y me entraron escalofríos. Yo nunca me prestaría a hacer tal cosa, por mucho que mi suegra me pidiera que pusiera el pecho y lo exprimiera sobre el ojo de mi suegro. Nunca podría. «Pero… ¿sabes qué? A ella no le gustaba. Aunque era ella quien me lo pedía, no veas el odio con el que me miraba mientras lo hacía. Entonces yo me encogía y quería terminar cuanto antes, conseguir sacar una gota con éxito, pero cuanto más nerviosa me ponía, peor… Entiendo que para mi suegra tenía que ser incómodo que su marido me viera, porque claro, tampoco era cuestión de que se tapara los ojos. Otro día pasó algo raro. Yo le estaba poniendo unas gotas de leche a mi marido… Era mi marido, es decir, su hijo.» «Sí.» «Y ella volvió a lanzarme una mirada asesina, como cuando se lo hice a mi suegro.» Oí a mi suegra decir: «¡Ya estoy en casa!» y el sonido de las bolsas de plástico que traía. Me disculpé ante la abuela con una reverencia, me levanté y abrí el fusuma[20] para salir a recibirla. Podía ser otoño en el calendario, pero el sol pegaba fuerte todavía. Llevaba una visera de PVC de color azul marino y sostenía con las dos manos algo grande envuelto en papel. Por como la había descrito la abuela, debió de estar muy delgada en el pasado, aunque ahora parecía una mujer de mediana edad normal, algo cargada de hombros y con grasa en el culo. «Hola, Yuki. Perdona que haya tardado un poco. ¿Dónde está Hiroyuki?» «Se ha quedado dormido…» «¡No me digas! ¿Y te ha dejado aquí sola? ¡Cómo se le ocurre! Ya lo siento», dijo con los ojos muy abiertos. «No pasa nada… La ayudo con la compra.» «No, no te preocupes… Bueno, puede que sí te pida un

favor. Hay más bolsas en el coche. ¿Te importa ayudarme a traerlas?»

Dejó las bolsas que llevaba en la mano en la entrada de la casa y regresó al cobertizo donde aparcaban el coche. Abrió la puerta trasera, donde había dejado las llaves puestas, sacó una bolsa grande y me la dio. Dentro había unos pañales para ancianos. Al verme confundida, me dijo: «Hoy daban el doble de puntos, así que aproveché para comprar muchos. Va cumpliendo años, pero no se atonta ni una pizca». Me resultó extraño que aquella abuela tan dicharachera llevara pañal. Mi suegra extrajo las llaves de la puerta trasera del coche. «Gracias por darle conversación.» «Me ha contado muchas historias interesantes.» «Ay, pobre. Con lo aburridas que son las historias que cuenta la gente mayor. Tú haz como que escuchas y ya está. Con eso se da por satisfecha. Pero te puede entrar por un oído y salir por el otro. Se aburre porque va perdiendo libertad de movimiento, pero en cambio de la cabeza está muy bien.» «Claro.» Cada pañal debía de ser ligero por separado, pero el peso de todos juntos en la bolsa parecía morderme la mano. Al atravesar el jardín me dio la impresión de que las flores del infierno resplandecían más vivas y más rojas que antes. Pensé en comentarle a mi suegra lo que me había contado la abuela, pero ella se adelantó. «Mira, son flores del infierno», me dijo. «Han vuelto a brotar. Cada año crecen en el mismo lugar.» «Ah, ¿sí?» «La verdad es que no me gustan mucho. ¿No dan un poco de miedo? Tan rojas y…, no sé, como intensas. Pero la abuela no quiere que las arranquemos. Se conoce que le gustan. Una vez intenté arrancarlas a escondidas y ella me dijo, haciéndose la despistada: "Ten cuidado, que son venenosas: si las tocas te van a salir sarpullidos en las manos".» «Tengo entendido que…», empecé a decir, pero me detuve. Estaba claro que mi suegra no les veía ningún beneficio a las

flores y, además, a mí misma me habían parecido un poco ominosas. Cuando llegamos a la entrada cargadas con la compra, la abuela nos saludó desde el otro lado del fusuma. Tenía la voz más apagada que hacía unos momentos. «¡Sí, ya estamos aquí!», respondió mi suegra en voz alta.

El hospital en el que estaba ingresado mi marido era grande y había todo tipo de especialidades en los servicios ambulatorios, desde medicina interna hasta ginecología. Por algún motivo, había un acceso diferente para el área de ginecología, y cuando fui a visitar a mi marido, me equivoqué de puerta y me encontré con un cartel vistoso que me advirtió de mi error: ESTÁ USTED ENTRANDO EN EL ÁREA DE GINECOLOGÍA (PARTOS, LACTANCIA, CONSULTAS GINECOLÓGICAS). PARA CUALQUIER OTRA CONSULTA O TRÁMITE, DIRÍJASE HACIA ALLÁ →

Yo había estado en el área de ginecología de ese hospital para una revisión antes de casarme (lo que se llama el chequeo prenupcial), pero en aquel momento no me extrañó que tuviera su propia entrada. Ahora que venía a visitar a un enfermo, tuve la sensación de que me estaban tratando como si estuviese sucia. Quizá tenía algo que ver con la idea de que un enfermo de gravedad al borde de la muerte no debería compartir ascensor con una madre que está a punto de dar a luz. De la misma manera, tal vez se trataba de evitar que un enfermo abatido por el dolor y la rabia y la desesperación sintiera envidia de la mujer que estaba llena de esperanza porque albergaba una nueva vida. Fuera como fuera, las dos áreas del hospital, marcadas por entradas distintas, también se caracterizaban por un color, un olor y una atmósfera diferentes.

Mi marido había sufrido varias fracturas, pero su vida no corría peligro y estaba consciente. Fue en un accidente de tráfico, y lo único que yo sabía en un primer momento era que él estaba herido.

Lo metieron en quirófano sin que me hubiera dado tiempo a preguntar qué había ocurrido exactamente o quién era la otra persona afectada, y como después de la operación enseguida llegó mi suegra desde el pueblo y nos acompañó —pasaba la noche en un hotel—, no tuve ocasión de hablar con él. Ella había regresado al pueblo el día anterior. La otra persona que sufrió el accidente, una mujer, apenas se hizo un rasguño y no requirió hospitalización: se fue a trabajar al día siguiente a la misma empresa en la que estaba empleado mi marido. Eran compañeros de trabajo. De hecho, fue ella quien llamó a la ambulancia y avisó a la policía. La compañía de mi marido nos envió un ramo de flores y una cesta de fruta. La fruta estaba aún demasiado dura para comer, así que seguía intacta junto al cabecero de la cama. El ramo de flores me lo llevé a mi casa porque a mi suegra no le hizo mucha gracia («Son blanquecinas, ni que fuera esto un funeral»). Las dejé decorando nuestro piso. A mí me parecían bonitas. Era cierto que el blanco dominaba, pero había también flores rosas y hojas verdes entremezcladas. Era un tipo de arreglo muy de ahora. Confieso que me irritó el excesivo cuidado que habían puesto en ese ramo, pero no venía solo de parte de ella. Cada flor por separado no desprendía ninguna fragancia, ni siquiera cuando te acercabas a olerlas («Pues claro, a nadie se le ocurre enviar flores aromáticas a un enfermo en el hospital»); sin embargo, cuando volví a mi casa al día siguiente, me sorprendió notar que su perfume había impregnado todo el apartamento. Algunas empezaban a mustiarse y otras estaban ya secas, pero me daba la impresión de que el aroma se hacía cada día más intenso. «Estoy aquí», le dije a mi marido. Entonces él se quitó los auriculares conectados a la tele y me miró. «Hola.» Tenía los ojos cansados, soñolientos.

«¿Cómo estás?» «Bien, más o menos bien.» «Te han quitado el

vendaje de la cabeza.» «Sí, esta mañana.» Mi marido se rascó la cara con la mano ilesa, la derecha. «Qué bien.» «¿Tú estás bien, Yuki?» «Sí.» No estoy bien, cómo voy a estar bien, quise decirle, pero no supe cómo. Seguramente mi marido agradecería que yo no me quejara. Quizá eso era lo que él esperaba. Me sonaba haberle oído comentar algo así alguna vez que mi suegra se había levantado de la silla y había salido de la habitación. Me quedé callada esperando a que hablara, pero no lo hizo. Pensé que era egoísta y arrogante por su parte esperar que yo no dijera nada. «Ahora que se ha ido tu madre estarás menos atendido.» «No te preocupes. Las enfermeras vienen enseguida cuando las llamo, y además todavía puedo usar mi mano buena.» «Es verdad. Menudo problema si te llegas a romper el brazo derecho.» «Sí.» Dos días antes había llegado un nuevo paciente a la habitación y ahora eran cuatro en total. Salvo mi marido, todos eran ancianos. Cada uno recibía sus visitas y casi siempre había un trasiego de gente entrando y saliendo, pero ahora era un momento tranquilo. Las cortinas de color crema que separaban las camas estaban todas corridas. Me senté en la silla redonda que había para las visitas, y la cara de mi marido quedó justo enfrente de la mía. Aparté la vista, estiré la mano y toqué el melón que había dentro de la cesta. Llevaba un lazo en la parte de arriba y seguía muy duro, tan duro que parecía hecho de cerámica.

Sobre la mesa alargada de hospital que atravesaba la cama había un vaso de succión y una taza para el té, unas pastillas y un pequeño objeto de plástico amarillo. «¿Qué es?», pregunté mientras lo agarraba. «Ah, eso es un colirio», me respondió. «Me ha salido un orzuelo y me lo dieron por la noche. Es de los que contienen las gotas justas», dijo señalándose el ojo derecho. Ahora que lo mencionaba, sí tenía el párpado algo inflamado, de un rojo pálido.

Quizá por eso su mirada me había parecido soñolienta, porque no podía abrir bien el ojo. «Anda. ¿Estás bien?» «Todavía no se me ha curado y… me duele y me pica a la vez. Se me olvidaría si estuviera trabajando, pero como ahora me paso el día tumbado, le doy importancia a cualquier tontería.» «Claro.» «Me desespera más el dolor del ojo o el picor de oído que el dolor del brazo y de la pierna… Pero bueno, dentro de poco empezaré con la rehabilitación y estaré ocupado otra vez.» Nos quedamos callados un buen rato. No se oía ningún ruido procedente de las otras camas, ni siquiera una tos, ni un carraspeo, ni un ronquido. Tuve la sensación de que los ancianos estaban conteniendo la respiración, pero no tenía sentido que les interesara tanto nuestra charla. «Bueno, voy a ir a lavar la ropa. ¿Necesitas que compre algo?» «No. Pero gracias. Gracias por la ropa.» Cada cama tenía al lado un casillero. Saqué de él una bolsa con ropa sucia y salí de la habitación.

A un lado del pasillo estaba el control de enfermería y una zona de descanso con unos sofás, una mesa, un televisor, un microondas, periódicos, revistas y un acuario con peces dorados, y al fondo estaba la lavandería de uso compartido. El pasillo era luminoso y se oían risas de niños que se colaban por las puertas entreabiertas de las habitaciones y una voz alegre de mujer —probablemente una enfermera animando a un paciente—, pero el ambiente general era más bien apagado. El olor a hospital se me fue adhiriendo al pelo y a la piel segundo a segundo, pero me pareció que el hedor más intenso provenía de la bolsa con la ropa sucia de mi marido que yo cargaba. Por suerte, una de las dos lavadoras estaba desocupada. La otra no estaba lavando, pero tenía encendida la luz que indica que la ropa ya está centrifugada. Puse en la máquina un poco del detergente y el blanqueador en miniatura que había comprado en la tienda del hospital y pulsé el interruptor. Me sobresaltó el rugido

intenso del agua. En cuarenta minutos dejaría de centrifugar y yo sacaría la ropa y la colocaría en la secadora que había justo encima. Tardaría en total una hora y media. Quizá más. Me quedé un rato escuchando el sonido, distinto al de mi lavadora. Pese a que el lugar era higiénico, el fuerte olor a desinfectante y a soluciones para gárgaras me hizo sentir que un incidente turbio y oscuro acababa de ocurrir y que alguien estaba intentando deshacerse de las pruebas lavando y desinfectándolo todo. Me dirigí a la zona de descanso y me senté en uno de los sofás.

Junto al acuario había un jarrón grande con dibujos de estilo chino, y en él, un ramo abundante de flores con los colores del arcoíris. Un cartel decía que los ramos los hacía alguien de la región, un aficionado a las artes florales que cada semana llevaba un arreglo distinto. Había un anciano leyendo un periódico, y en la mesa, un hombre joven en pijama jugando al otelo con un niño en edad escolar. «Uy», dijo el niño en voz baja, y colocó una ficha en el tablero. «Vaya vaya», dijo el hombre, y de inmediato el niño empezó a darles la vuelta a las fichas haciéndolas sonar, una tras otra, sin parar de soltar pequeñas carcajadas. El hombre tenía las piernas y los brazos morenos y delgados. A juzgar por la tela desgastada del pijama, debía de llevar tiempo en el hospital. Podía volver a la habitación de mi marido y esperar allí, pero no tenía nada que decirle. Claro que había cosas de las que hablar, pero no por mi parte. ¿Era culpa mía? ¿No iba a sacar nunca el tema hasta que lo sacara yo? «Qué paliza me has dado», se lamentó el hombre suspirando con exageración. El niño se rio a carcajadas. El anciano desvió la mirada del periódico y los miró fijamente. Yo cerré los ojos. Oí el ruido de las fichas sobre el tablero, las risas altas que salían de la pantalla gigante del televisor y la mano pasando las páginas del periódico. Me quedé así un buen rato. Puede que tuviera un poco de

sueño. De repente me encontré mal y abrí los ojos.

Sentí unas palpitaciones intensas. Sin pensarlo me llevé la mano al pecho y enseguida la aparté. El corazón me latía a toda velocidad. Sentía dolor, fiebre. Un tipo de dolor nuevo para mí, como si una fuerza interna empujara mi pecho hacia fuera por debajo de mi ropa interior, como si algo estuviera hinchado por dentro; no hinchado de aire, parecía más bien que me hubieran inyectado un cemento duro que aumentaba el volumen de esa zona hasta casi hacerla estallar. Además, estaba caliente. Sentí que mis pechos ya no eran mis pechos, que se habían convertido en otra cosa y ya no formaban parte de mi cuerpo. Volví a palparme despacio con una mano. Una punzada me recorrió. Noté que algo se movía, una presión. Como si la leche, la leche materna, estuviera a punto de salir expulsada en cualquier momento, y pude imaginármelo con claridad pese a que nunca había dado de mamar. Miré a mi alrededor. Nadie me estaba prestando atención. El niño le estaba diciendo al hombre joven «otra vez, otra vez» y el hombre se reía negando con la cabeza. «¿Quieres una Coca-Cola?», preguntó. «No quiero Coca-Cola, quiero jugar otra vez.» El anciano hundía la cabeza detrás del periódico extendido y movía las piernas de forma compulsiva. Los peces dorados nadaban entre unas plantas acuáticas verdes. Las flores de color carmín estaban inmóviles como si fueran de ikebana. Giré la cabeza a un lado y a otro para masajearme el cuello. En un segundo se me habían cargado tanto los hombros que me dolían. Me levanté del asiento y regresé a la habitación. A cada paso que daba me atravesaba un dolor pesado en los dos pechos. Me sudaba todo el cuerpo.

Mi marido había apagado la tele. Supuse que me estaba esperando. La habitación estaba en silencio. Quizá los tres ancianos estaban muertos ya. No se los oía ni roncar ni respirar. El aire estaba

quieto. Mi marido me habló en cuanto abrí la cortina y entré. «Oye, Yuki.» Le miré sin responder. «Quería hablarte de lo que ha pasado.» Desvié la mirada hacia el televisor apagado. Esperaba encontrarme con mi reflejo en la pantalla de plasma oscura y plana, pero no fue así. Aquella pantalla no reflejaba nada. Sin duda tenía los senos hinchados y tensos, a punto de expulsar un líquido caliente y recién producido. Oí cómo alguien en otra habitación escupía una flema. «Lo que ha pasado…», repitió mi marido. Los dos pechos me temblaban con cada latido. «Oye», le dije. Mi marido me miró. Parecía esperar algo de mí. Deslicé los dedos por debajo de mi camisa, luego por debajo del sujetador. Los noté duros como piedras y al tocarlos me recorrió un nuevo pinchazo. Un líquido caliente salió despacio del pezón y chorreó por la curva del pecho. Mojé los dedos pulgar e índice con el abundante líquido y los saqué fuera de la ropa. Olía fuerte. «Yuki, no…», me dijo mi marido, confuso, antes de desviar la vista hacia el frente. Me giré para mirar mientras las gotas me resbalaban de los dedos. Por entre las cortinas asomaba la cabeza de mi suegra, a la que había creído de regreso en el pueblo. Tenía una expresión que nunca le había visto antes. Me pareció de odio, pero en realidad su mirada no tenía nada de fulminante. De hecho, era casi inexpresiva. Ella también tenía los ojos fijos en mí. Su cara se veía casi negra de lo colorada que estaba, pero no dijo nada. Mis pechos ahora apuntaban hacia ella. Estaban empapados. Cada vez salía más líquido y empezaba mojar la camisa. Después de estar un rato callada, mi suegra me llamó por mi apellido. «Señora Tsudamoto.» Por supuesto, también era el apellido de mi marido. En ese momento me di cuenta de que no era mi suegra quien me hablaba, sino la mujer que había corrido al hospital antes que yo cuando mi marido tuvo el accidente. Su cara y su nombre me sonaban de algo, aunque no sabía de qué, y no supe decir si era

joven o mayor, dada su forma de vestir. «Señora Tsudamoto, ya está lista su ropa.» «¿Qué?» «Gracias a que puso usted el nombre de su marido en el pijama, supe que era suyo. Le he dejado la ropa en una cesta para que otros puedan usar la lavadora.» Quien me hablaba no era mi suegra ni tampoco aquella otra mujer, sino una enfermera de mediana edad. «Me he tomado la libertad.»

La enfermera se acercó a mi marido. «Señor Tsudamoto, ¿cómo se encuentra? ¿Le sigue doliendo el ojo? ¿Se ha puesto el colirio?» El ojo estaba más inflamado que antes. Casi parecía que le hubiesen pegado un puñetazo. Quizá se lo había dado yo. Ojalá. Oí a alguien rechinar los dientes en la cama de al lado, y otra persona tosió en la de enfrente. «Sí, me lo he puesto, pero no ha hecho mucho…», respondió mi marido en voz baja. La enfermera esbozó una sonrisa amarga. «Claro, no es inmediato. Son bacterias, al fin y al cabo. Señora, la secadora estaba vacía, puede usted aprovechar para usarla ahora.» Le di las gracias y salí a toda prisa de la habitación. Tal y como me había dicho, mi colada estaba en una cesta de plástico, y en la lavadora que había estado usando había ropa de otra persona. Metí la ropa de mi marido en la secadora, presioné el interruptor y me toqué los pechos. Ya no estaban tensos. Ni estaban calientes ni mojados, ni siquiera me dolían. Me chupé el dedo, ya seco, y noté un ligero sabor a sal.

Al regresar del hospital, la casa olía a flores, pero no se trataba de la fragancia dulzona de los lirios, sino de un olor fuerte a vegetación, a planta y a hojas y a raíces y a la tierra pegada a ellas. Una única flor aguantaba sin marchitarse, sus pétalos todavía rectos, entre tantas otras que se habían resecado y puesto marrones demasiado pronto. No obstante, cuando me acerqué para verla me percaté de que había perdido color y tenía el tallo reblandecido. Deduje que el tufo

que desprendía era quizá el hedor de la descomposición. Justo después de lavarme las manos y hacer gárgaras, sonó el teléfono. Era mi suegra. «¿Qué tal está Hiroyuki?»

Respiré hondo y expulsé el aire. «Tenía buen aspecto. Al mediodía se terminó toda la comida, y de postre tomó un poco de fruta.» Le había sacado una naranja de la cesta y se la había pelado con un cuchillo mientras él me miraba las manos con una expresión triunfal. No me había vuelto a decir nada. «Me dijo que podía cenar solo, así que me vine a casa.» «Qué bien, me alegro. Me encantaría poder quedarme con él hasta que le den el alta, pero estoy limitada. Y es duro quedarse tanto tiempo en un hotel.» «Siento que no puedas quedarte en nuestra casa.» Repetí la misma disculpa que le había dado varias veces en el hospital. «No te preocupes», dijo, y pude imaginarla sacudiendo la cabeza de un lado a otro con vehemencia. «No os sobra el espacio como en la nuestra. Además, me sabe mal decirlo, pero estoy más tranquila en un hotel. Aunque hasta cierto punto. No se descansa del todo bien.» Mi suegra emitió un sonido que era una mezcla de risa y suspiro. «Podrías haberte pasado por aquí, ya que habías venido…» «Bueno, no sé si tengo ánimos. Pero no te preocupes por mí.»

Mis suegros no tenían ni idea de con quién estaba mi marido en el momento del accidente. No era posible que lo supieran, salvo que él se lo hubiera confesado en mi ausencia. «Menos mal que no le ha pasado nada en la cabeza, imagínate que se queda postrado de por vida.» «Sí, desde luego. Por cierto, ¿qué hace usted cuando le sale un orzuelo?» «¿Qué? ¿Un orzuelo?», respondió dubitativa. «Sí, bueno, es que a Hiroyuki le ha salido uno, y le han dado un colirio, pero parece que no le hace efecto y le está incordiando mucho.» «¿Ah sí? Pues no lo tenía cuando estuve yo… No sé por qué, a Hiroyuki le salen muchos orzuelos desde pequeño.» «¿Ah, sí?» «Sí,

no sé si será su constitución. Tendrá que seguir con el colirio, no hay otra manera.» No debía de saber nada acerca de la copiosa producción de leche de su suegra; era lógico, por lo tanto, que tampoco conociera su aspecto medicinal. Según mi abuela política, la madre de mi marido casi no había tenido leche. Eso quería decir que probablemente ese conocimiento no se transmitiese más allá de la abuela. «La leche materna…», empecé a decir, pero mi suegra no pareció oír bien. «¿Qué?» Al otro lado de la ventana, el cielo había oscurecido de repente.

«No, es que… he oído que la leche materna es buena para los orzuelos…» «¿Qué? ¿La leche materna? ¿Qué dices? ¿Quién te lo ha dicho?» «Mi abuela», le dije. «Aunque murió cuando yo era pequeña», añadí. «¿Ah, síííí?», dijo alzando la voz. «No tenía ni idea. Será eso que se llama medicina popular. No lo había oído nunca, pero me han venido recuerdos.» «¿Sí?» «¿Sabes, Yuki? ¡Yo tenía tanta leche cuando tuve a Hiroyuki…!» Me quedé sin respiración. Ella continuó hablando con voz aguda. «Si llego a saber que cura los orzuelos, la habría utilizado para eso. Podría haberla congelado o algo, porque la verdad es que me sobraba.» Hablaba más rápido que de costumbre. «Cuando terminaba de dar de mamar, tenía que seguir sacándomela para que no me doliera, no paraba de salir. Al final se me hinchaban y era muy molesto, a veces hasta me subía la fiebre. Si estaba tumbada, veía las estrellas solo con que alguien pasara a mi lado. Pero a Hiroyuki no le gustaba la leche en polvo, solo quería teta. La verdad es que fue duro. Fue una tortura hasta que por fin se curó.»

«Y esa hinchazón de la teta… ¿cómo la curó?», pregunté en un impulso. «Fui al hospital. Y luego con masajes», respondió ella de inmediato. «¿Y las flores del infierno?» «¿Cómo? ¿Flores del infierno?»

La habitación se había quedado a oscuras sin que me diera cuenta. Solo la blancura de las flores marchitas flotaba en la oscuridad. «Es algo que también me contó mi abuela, por lo visto son buenas para cuando se hinchan los pechos», dije mientras encendía la luz. La habitación se tornó amarilla, las estanterías y la mesa quedaron iluminadas y los botes de maquillaje que tenía tirados sobre ellas arrojaron unas sombras opacas. Cuanto más tiempo pasaba mi marido en el hospital, más se desordenaba la casa. Mi suegra elevó el tono de voz aún más. «¿Ah sí? ¿Las flores del infierno? Entonces tendría que haber dejado alguna para ti, Yuki.» «¿Cómo?» «Las mandé arrancar todas, las que teníamos en el jardín. El otro día. Las flores del infierno y de paso todo el jardín. Hemos quitado también los árboles, ya que estábamos, para dejar el terreno liso. Así, cuando tengáis hijos, podréis poner una piscinita y jugarán ahí. Ahora hay sitio para que corran o jueguen a la pelota. Incluso hay espacio suficiente para construir una casa pequeña si queréis.» «Sí…» Al oír mi tono, soltó una carcajada. «No te estoy diciendo que os vengáis a vivir. Solo hablo de las posibilidades que tiene ahora el jardín.»

Después de colgar, saqué las flores de la esponja para tirarlas. Algunas estaban secas, otras mustias pero todavía húmedas. Se me llenaron las manos de polen. Dejé para el final la única flor que aún seguía viva por la mañana. Los pétalos estrechos caían arrugados sobre el tallo grueso, y los estambres alargados se enroscaban alrededor como una corona. Me quedé mirándola un buen rato: era una flor del infierno de color blanco.

PRÓRROGA

Fui a casa de los padres de mi novia para ayudar a limpiar el cobertizo. Aunque aún no habíamos decidido casarnos, era ya la tercera vez que la visitaba allí. La primera vez me ofrecieron tarta; la segunda, temaki-zushi.[21] El padre lanzó improperios corteses al partido nocturno mientras envolvía en nori[22] el arroz avinagrado. La madre estaba divorciada, y, aunque para mi novia ese hombre no era más que su padrastro, a juzgar por la soltura con que dejaba caer sus insultos, parecía totalmente integrado en la familia. La tercera vez que me invitaron fue para limpiar el cobertizo. No sé si ese era el ritmo apropiado al que debía avanzar la relación, pero me quedó claro que ellos sí estaban considerando el matrimonio. En todo caso, no era algo que fuera a ocurrir a corto plazo, aunque sí imaginé que en diez años tendríamos ya un hijo o dos. Tenía ese horizonte en mente. «Hace diez años que nadie entra en el cobertizo.» «Hicimos la reforma entonces y en ese momento pensamos en tirarlo abajo, pero las cosas se complicaron, lo fuimos postergando y ha pasado una década.» «Me acuerdo perfectamente. Yo estaba con los exámenes de acceso a la universidad, andaba muy agobiada.» «Sí, sí. La casa estaba patas arriba y tú, nerviosísima. Y además yo me volví a casar y no tenía tiempo para nada.» «Claro, nadie le prestó atención al cobertizo.» Madre e hija hablaban a un

ritmo acelerado, interrumpiéndose la una a la otra. El padre estaba viendo un partido en el sofá; no parecía que fuera a participar en la limpieza.

La madre abrió el cobertizo con una llave pequeña. Me llegó un tufo desagradable. Más que la peste a humedad, típica de un lugar que ha estado cerrado dos lustros, parecía como si alguien hubiera estado asando carne y pescado podridos, o como si hubiese verduras en descomposición. Sin embargo, el hedor se esfumó al instante y de inmediato se convirtió en un olor a polvo seco. «Pasa.» Puse un pie dentro. Mi novia y su madre suspiraron. El interior estaba más ordenado de lo que me esperaba. Las cajas de cartón, aunque llenas de polvo, estaban colocadas con esmero, alineadas por las esquinas, y en el lado frontal tenían escrito con letras pulcras VAJILLA 1, LIBROS, etc. Mi novia, que estaba justo detrás de mí, le dijo a su madre en voz baja: «Pues no era para tanto.» «Es verdad. Está bastante… limpio. Despejado… Entonces ¿las puedes sacar? Las cajas.» «Sí, claro», dije girándome hacia ellas. Las dos se quedaron fuera, junto a la puerta, sin intención de entrar. El cobertizo era pequeño, pero cabíamos los tres perfectamente. «Perdona, no puedo acercarme al polvo. Tengo alergia.» «¿Alergia?» «Sí, esta niña tiene alergia al polvo desde pequeña.» «Así que siento no poder ayudarte.» «Sí, sentimos no poder echarte una mano. Pero te agradecemos el favor.» Me subí hasta la muñeca los guantes de trabajo que me habían dejado y me puse manos a la obra en silencio. Pude ver por el rabillo del ojo que la madre le sacudía el polvo del hombro a mi novia.

Al fondo había una caja inclinada, la única sin etiqueta. Era muy pesada. Por las esquinas de la caja se entreveían unas cosas blancas y ovaladas. Eran bolos. «¿Bolos?», susurré. «¿Qué?», me preguntó la madre. «Son bolos…», dije. Frunció el ceño y miró a mi novia.

«No los quiero, los podemos tirar», dijo ella como si nada, apuntándome con el mentón. Tenía una expresión de desagrado que no le había visto nunca. «¿La saco fuera también?» «Sí.» Saqué todas las cajas con bastante esfuerzo, pero nadie me dio las gracias. Las dos se quedaron todo el tiempo fuera del cobertizo comentando el contenido de cada una. «Esto no es inflamable, ¿no?» «Mira, el despertador de Doraemon», se decían mientras abrían unas bolsas de basura y aplastaban el cartón. La caja de los bolos ni la tocaron; yo era el único deslomándome. Una hormiga negra se me quedó enganchada en el guante.

Era ya por la tarde cuando terminamos toda la limpieza. «¡Muchas gracias! El agua está lista si te quieres dar un baño.» Me había llevado una camiseta de repuesto, pero no ropa interior. «Lo que se ha ensuciado es lo de fuera, no hace falta que te cambies los calzoncillos.» Me dieron una toalla y me acompañaron al baño. Sentí que me trataban como si yo mismo fuera algo sucio. El agua estaba caliente y la bañera, limpia. No había ni una pizca de moho. ¿Sería la madre una maniática de la limpieza? ¿Hasta qué punto mi novia tenía el carácter de su madre? Había pensado que lo sabía, pero en realidad no tenía ni idea. Vi unas motas de polvo flotar sobre el agua. Quizá se me habían quedado pegadas a la piel. Intenté atraparlas con las manos, pero se me escaparon. El vapor fue empañando cada rincón de la sala de baño. Hundí el cuerpo hasta los hombros. Volví a ver motas de polvo negras. No, un momento, había algo raro. Miré fijamente. «¿Hormigas?» Me levanté y sentí algo arenoso en las plantas de los pies. También había hormigas en el fondo de la bañera. Y en cada gota que se escurría por mi pelo, y en el grifo, y en el desagüe. Estaban por todas partes. Me sequé por encima, me puse los calzoncillos y salí pitando. «¿Qué ha pasado?», me preguntó mi novia asomándose desde el salón. «¡Hay hormigas

en el baño!» La madre salió corriendo de la cocina. «¿Hormigas?», gritó. «Sí, en la bañera», dije, y en ese momento las vi correteando por mi piel. Me froté el cuerpo, angustiado. Cayeron unas gotas al suelo. Mi novia y su madre se miraron pálidas. «¿Te acuerdas…?» «Esas cosas negras…» Mi novia dobló las rodillas y se derrumbó. La madre se llevó las manos mojadas a la boca. Parecía que iba a vomitar. «Siguen saliendo diez años después», oí a alguien decir con voz grave. «No servirá de nada limpiar el cobertizo. Está claro que no se le olvida.» Era el padre quien hablaba frente al televisor. Cuando lo miré, dio una palmada. «¿Qué?» «¡Y acaba de ganar un punto por un *out* forzado!», exclamó el comentarista. «¡Ha ocurrido lo inimaginable! ¡En la novena entrada, el partido se ha dado la vuelta por completo!» «Esto se va a la prórroga», susurró el padre asintiendo una y otra vez.

PERDIDO EN EL ZOO

Nada más atravesar la entrada, cuando apenas habíamos empezado a avistar la Montaña de los Macacos, la niña estiró los brazos y me pidió que la aupara. Al verme suspirar, mi marido se ofreció a cogerla en brazos. «Vale, papá te lleva», dijo, alzándola. La niña se rio al sentirse elevada a los casi 1,90 metros que medía su padre. Alargó la mano y señaló algo, pero no pude ver qué era. No parecía estar apuntando a la Montaña de los Macacos que había más abajo. El zoo estaba en la cima de un monte y tenía bastantes cuestas. La Montaña de los Macacos se encontraba en la base de una pendiente, y pese a estar algo elevada, quedaba muy por debajo de donde estábamos ahora. Los alrededores del monte habían sido horadados y allanados, por lo que todo tenía poca altitud al final de la cuesta. Cuando yo era pequeña, quienes ocupaban el montículo eran los macacos japoneses de cara colorada, pero en los diez años que transcurrieron entre que dejé de ir al zoo, en mi adolescencia, y cuando volví, ya en la veintena, los macacos japoneses fueron sustituidos por los de cara negra y nariz cuadrada, y la zona pasó de llamarse «la Montaña de los Macacos Japoneses» a, simplemente, «la Montaña de los Macacos». No paraba de entrar gente en el zoo. La mitad eran familias. A veces con abuelos, a veces familias numerosas con los críos en fila; algunos eran amigos

que traían a sus hijos; había también dos chicas jóvenes con sus respectivos niños pequeños lamiendo un helado, probablemente primos. Era primavera y el zoo estaba lleno de vida. Las hojas de los árboles estaban empezando a adquirir un tono más oscuro y el jardín floral junto a la entrada estaba repleto de pensamientos de varios colores, todos en flor, y los pétalos anaranjados de los tagetes reflejaban, abiertos e hinchados, los rayos del sol. Era la primera vez que íbamos desde que mi hija había empezado a caminar. Pensé que quizá con la emoción de ver a los animales se animaría a andar. Tardó en aprender, al menos más que otros niños. No lo hizo hasta casi los dos años. No me pareció que fuera algo que quería hacer y no podía, sino que no se lo planteaba, ni siquiera cuando veía a otros niños de su edad, o incluso menores, dar unos pasitos cortos, o unos pasos sólidos y ágiles, o dar brincos; era algo que no iba con ella. Cuando quería desplazarse, le bastaba con gatear. O, si tenía prisa, pedía al adulto que tuviera cerca que la llevara en brazos. Y cuando por fin logró levantarse y echar a andar, le sirvió solo para comprobar que podía hacerlo, pero continuó sin mostrar demasiado interés en poner un pie delante del otro y, para frustración mía, se podía pasar días enteros sin hacerlo. Y así cumplió los dos años, sin casi caminar ni hablar. Aún no le he oído decir nada que tenga sentido. A veces le oigo decir «manma», pero luego me doy cuenta de que no se refiere ni a mí ni a la comida ni a nada que tenga sentido; es solo un sonido sin significado. El libro que tengo sobre crianza dice que cada niño se desarrolla a su propio ritmo, pero que, como norma general, el noventa por ciento empieza a decir palabras con sentido alrededor del año y tres meses. Por fin llegamos a la Montaña de los Macacos. Justo estaba entrando un cuidador con un cubo lleno de rodajas de pan de molde. «¡Mama, manma!», oí decir muy cerca de mí. Al darme la vuelta vi unas manos y unos pies

diminutos envueltos en un portabebés. «¡Manma, manma!» «Sí, los monitos van a comer manma, pan.» El cuidador llevaba el pelo largo recogido en una coleta y a primera vista parecía una mujer, si bien la voz que emitió al hablar, previa reverencia, era la de un hombre. «Ahora vamos a darles el desayuno a los macacos. El menú de hoy es pan, batata, zanahoria y lechuga.» El cuidador esparció primero el pan por el suelo, luego hizo lo mismo con las batatas y las zanahorias, que sacó del interior en otro cubo, y por último la lechuga. Los macacos eran muy educados y no intentaron coger la comida de los cubos, sino que esperaron a que estuviera en el suelo. Cuando terminó su labor, el cuidador hizo otra reverencia y se retiró hacia el interior. Debía de llevar un micrófono en el cuello del traje, porque durante un rato pudimos oír el roce de su mentón con la ropa y algunos suspiros, hasta que de repente desapareció el sonido. «¡Mira, el monito está comiendo!», gritó una niña de unos tres años. «¡El mono está comiendo una batata!», exclamó otro pequeño. Una voz empezó a hablar por el altavoz. «Gracias por visitar el zoo…» El zoo de primavera estaba animado con voces de niños que iban a ver a los bebés de los animales. No son monos son macacos y qué es un macaco bueno es un tipo de mono pero espera no te vayas corriendo que te vas a perder Mā todavía no camina yo creo que te preocupas demasiado yo no sé cuándo empezó a andar mi hijo creo que antes de cumplir el año yo creo que el mío empezó a los ocho meses mira el puercoespín la cebra y el tapir han tenido bebés pues mi sobrina empezó a andar a los seis meses y traía a sus padres locos es más fácil cuando no saben caminar así que más bien me das envidia porque se pasa el día hablando desde por la mañana hasta por la noche y no puedo estar haciéndole caso todo el tiempo pero ¿por qué el monito no se come las zanahorias? ¿estarán malas? es verdad que no es muy común que a los dos años siga gateando

¿por qué estás de resaca si sabías que íbamos a venir al zoo? ¿eres tonto o qué te pasa? bueno es mejor no presionarles ya sabes que gatear es muy buen ejercicio para ellos incluso puede ser hasta bueno que se prolongue así que no te agobies dicen que los niños pequeños desarrollan su cuerpo a la vez que su capacidad cerebral por eso los que empiezan a andar pronto también hablan antes pero qué es lo que te preocupa tanto te digo que no pasa nada pero si te preocupa mucho la podemos llevar al médico nos dijeron que si teníamos alguna preocupación antes de que volviéramos para su revisión de los tres años podíamos estamos buscando ideas de nombres para las preciosidades de bebés de sí es verdad los bebés absorben las preocupaciones y los temores de las madres son muy sensibles tómatelo con calma sin agobios con calma que ya llegará *cueeervooo por qué llooooraaaas…* La canción atravesó el aire. Era una grabación un poco distinta a la anterior, más antigua. *Cuervo tiene en la montaaañaaa…* «Atención, les comunicamos que un niño se ha perdido. El niño, de nombre Shōgo Tanaka, ha sido visto por última vez en la zona de Monos del Mundo. Tiene seis años y lleva una mochila de Doraemon…» Vengo al zoo a menudo y no hay día en que no se pierda un niño. Ponen la canción sin ningún preludio, la cortan a la altura de «montaña» y anuncian al niño perdido. En los días soleados y festivos repiten el mensaje una y otra vez. A veces son los padres quienes buscan a su hijo, otras es el niño quien busca a sus padres. En el aviso describen los rasgos más identificativos de la criatura: su ropa, los accesorios que lleva, su nombre, su edad. Es un zoo muy grande y no me sorprende que resulte tan difícil encontrarlos una vez se pierden, incluso cuando ya no son tan pequeños. «Ya desde por la mañana. Qué desastre.» Mi marido suspiró por la nariz. «Tú, Māko, ¡qué suerte que todavía no te pierdes!», dijo. Le agarró un mechón de pelo a la niña y se hizo

cosquillas en la nariz. Ella se rio dando patadas en el aire y la suela casi intacta de su zapato estuvo a punto de rozarme la mejilla. «Oye, Mā, ¿no quieres caminar un poco, ya que llevas esos zapatos tan bonitos que te regaló la abuela? ¿Hacemos uno, dos, uno, dos?», le dije poniéndome de puntillas. Entonces mi marido alargó la mano gigante de dedos gigantes y uñas gigantes como tratando de proteger a mi hija de mí. «Déjala, acaba de empezar el día.» «Pero… Ya sé. ¿Vamos aunque sea andando hasta las tortugas? Están ahí al lado. Te gustan las tortugas, ¿verdad? ¿Te acuerdas de que las vimos en un cuento?» Arranqué a la niña de los brazos de su padre y la coloqué de pie a un lado del camino donde había poca gente. Enseguida la niña dobló las rodillas hacia dentro e intentó sentarse. Le habían regalado esas zapatillas de bebé relucientes cuando cumplió un año; un objeto de lujo que había costado casi diez mil yenes, y pese a haberse quedado cerca de doce meses guardadas en una caja, le estaban bien ahora, lo cual quería decir que, efectivamente, quizá algo ocurría con el desarrollo de sus pies. Mientras el eco del altavoz moría en el aire, rodeé a mi hija, la agarré de las manos y tiré de ella. «Uno, dos, uno, dos.» Pero ella no movió las piernas. ¿Acaso no me oía? ¿No me quería? ¿Por qué no quería ni andar ni hablar? ¿Cuánto íbamos a tardar en hacer ese trayecto hasta el parque de las tortugas que, a paso de adulto, se haría en cinco minutos? ¿Seríamos capaces de llegar hasta las tortugas? Como vi que mi marido iba a decir algo, me adelanté y grité: «¡Uno, dos!».

El parque de las tortugas estaba muy tranquilo. A diferencia del resto del zoo, que estaba lleno de gente, allí solo había unas pocas familias. Quizá se debía a que para llegar había que alejarse del camino principal y oponerse al flujo natural que llevaba a la gente de la Montaña de los Macacos a los elefantes. Era un espectáculo

menor; yo también me lo hubiera saltado si no llega a ser por que el niño caminó entusiasmado en esa dirección diciendo: «¡Por aquí!». Al ver el cartel con forma de tortuga, el niño exclamó: «¡Bieeen! ¡Tortugas!». Junto al letrero que decía «Parque de las Tortugas» se erigía un edificio pequeño y rectangular. El sol iluminaba la superficie relativamente grande del parque. No había ni una tortuga. «¿Dónde están las tortugas?», preguntó el niño inclinando la cabeza. Mis suegros se sentaron en uno de los bancos del parque y mi mujer se quedó de pie mirando el móvil, algo alejada de donde estábamos mi hijo y yo. No parecía que nadie más estuviera dispuesto a responderle. Justo vi pasar a un cuidador con un cubo vacío, así que me acerqué a preguntar. «Como el parque está conectado a su casa, entran y salen cuando quieren. Si hace más calor en el interior, se quedan dentro y no salen.» «Pero hoy hace calor.» «Eso digo yo», dijo el cuidador como si no fuera asunto suyo. Me chocó un poco. Tenía cara de ser estudiante universitario y no parecía tomarse aquello muy en serio, pero yo no dejaba de ser un cliente; debería ser más amable, aunque fuera pura pantomima. «Es algo que depende solo de la voluntad de las tortugas. Pero se pueden ver desde dentro si no están en el exterior.» Se quitó la gorra un momento e hizo una reverencia. El pelo negro, recogido en una coleta, se le desparramó sobre la cara y la coronilla sudorosa le brilló al sol. Nada más marcharse él, llegaron dos mujeres jóvenes, también con aspecto de universitarias, que se reían entre ellas. «Anda, no están las tortugas», se dijeron mirándose la una a la otra. Regresé adonde estaba mi hijo. Miraba con atención al parque sin tortugas, como si aquello despertara algún interés en él. «Me han dicho que las tortugas están dentro», dije lo bastante alto como para que las dos estudiantes me oyeran. El niño respondió con una expresión tan infantil me desarmó un poco: «¿Ah sí? ¡No sabía!».

Desde hace un tiempo, no sé qué me pasa con la forma que tienen de hablar los niños. No es que me resulte extraña, es que no puedo evitar que me suene falsa. ¿Dónde se han ido aquellas palabras torpes que soltaban los niños para expresar su primer contacto con el mundo? Esa manera que tenían de decir: «¡Bieeen! ¡El zoo! ¡Qué chulo! ¡Qué suerte!». Me agobia pensar que están evolucionando hacia una existencia plana y homogénea, como si estuvieran todos cortados por el mismo patrón. Incluso me pregunto a veces si no estarán actuando, aunque ¿por qué y para quién? Hablan como los personajes infantiles de los programas de televisión para niños, así que es posible que sea por la influencia de estos. Se lo he comentado a mi mujer, pero no me toma en serio. «¿Qué dices? Estás todo el día con que si la tele esto y lo otro. ¡Si yo no viera la tele, no podría ni cocinar!» Pero si nunca le he dicho que no le deje ver la tele, no sé por qué reacciona con tanta rabia. Nadie le está diciendo que no le permita ver ni un minuto de televisión; solo quiero saber objetivamente qué tipo de contenido ve y durante cuánto tiempo. Pero cuanto más sosegada y racional es mi pregunta, mayor es su confusión. No me queda otra que quedarme callado. «No tienes derecho a opinar, no te enteras de nada. ¿Tú qué vas a saber, si solo hablas con Shōgo el fin de semana?» No es culpa mía que no hable con mi hijo de lunes a viernes. Ella sabía muy bien el tipo de trabajo que tengo cuando se casó conmigo y aun así decidió tener un hijo. Pero ya no le digo nada. Una vez tuvimos una buena cuando el niño era muy pequeño y ella se fue a dormir a casa de sus padres; entonces vinieron mis suegros a entrometerse, que cuál era mi problema, ya sabes el dicho, me dijeron, sé impaciente y perderás, está recién parida e inestable, el parking número uno está todo ocupado, el parking número dos también, en el parking número tres hay un espacio entre columnas pero cómo se ha hecho tan

tarde, porque fulanito tenía tal resaca que ni se podía levantar de la cama qué significa resaca por lo visto las tortugas están dentro qué pena con el buen día que hace pero por qué has tenido que beber si sabías que hoy teníamos excursión al zoo qué estupidez ponerse a beber ah mira han salido las tortugas no me señales así con el dedo quién te has creído halaaa qué grandes es verdad que me gusta pero normalmente sé cuánto aguante tengo papá juega conmigo no sé por qué no salen las otras tortugas pero por qué tenéis que ir a beber después del trabajo con lo tarde que termináis así solita la tortuga parece el Solitario George qué es eso por algo estamos en una época en la que también los hombres se pueden pedir bajas de paternidad, ya podrías pensar un poco más en el niño y en la casa últimamente se han muerto unas cuantas y esta se ha quedado solita quéééé pobrecita le pedimos que cuide usted a nuestra hija un poco mejor eso quiere decir que van a desaparecer porque ya no puede tener crías quiero ir al zoo qué pena pero sabes las tortugas se acostumbran a estar solas pero no pobrecita me da pena quiero que vayamos el domingo vamos todos pero por qué tengo que pedirte permiso para invitar a mis propios padres bueno vamos a comer a qué hora te crees que me tengo que despertar mañana para preparar todos los bentō pero por qué tan borracho hasta luego George adióóóós uno dos, uno dos. En ese momento una mujer salió del interior de la cueva de las tortugas caminando hacia atrás con el cuerpo agachado, me pregunté qué hacía y vi que estaba tirando de los brazos de una niña de aproximadamente un año que parecía estar empezando a caminar. También nuestro hijo tuvo esa fase en la que no coordinaba piernas, cadera y la parte superior del cuerpo; parece que fue ayer, pero en realidad forma parte de un pasado al que ya nunca voy a poder volver. A la madre se la veía seria. Detrás apareció el padre con su figura larguirucha pegada a la niña,

caminando con el cuerpo agachado, como para protegerla. Al cruzarse nuestras miradas hicimos una leve reverencia, como diciendo «así son nuestros días de descanso», y sonreí con amargura. Sabía que había algo que era fundamentalmente distinto en nuestro caso. «Papá, ¡vamos dentro nosotros también!», dijo mi hijo corriendo hacia el interior. Ni mi mujer ni mis suegros se inmutaron. «Espera, espera.» Fui tras él. El interior era húmedo y caliente. Había varios compartimentos acristalados con tortugas. Las había gigantes, las había diminutas como una canica. No sé si porque unas eran crías y otras adultas, o hembras y machos, o simplemente de distintas especies, pero había una gran variedad de tamaños y de dibujos y de colores, y todas estaban amontonadas cerca de los radiadores anaranjados. El niño iba y venía por el pasillo estrecho pegando sus manos a los cristales sin siquiera detenerse a mirar a las tortugas. Se oyó un ruido agudo, clonk, clonk, clonk, clonk, como si estuvieran chocando dos piedras; era un sonido intermitente, seco y pesado. El niño pareció darse cuenta y se detuvo, inquieto. «Mamáááá.» Mi mujer vino corriendo y me lanzó una mirada de odio. Pero si no he hecho nada. «¡Se oye un ruido raro!» «¿Un ruido?» Mi mujer giró la cabeza con el ceño fruncido. «Por ahí», dijo el niño, y la agarró de la mano y la arrastró hacia el fondo del pasillo. El ruido no cesaba. Era un ruido pesado que sin duda presagiaba algo malo. «Ah…», pudo apenas decir mi mujer con la voz ahogada, como si se hubiera tragado una fruta. «Mamá, las tortugas…» Mi mujer respondió enseguida: «Se están peleando». ¿Peleando? Me acerqué a mirar. Una tortuga de caparazón gris y áspero estaba montada sobre otra de la misma especie y empujaba a la tortuga que tenía debajo con la parte de inferior de su cuerpo, o más bien con la parte de abajo, en la que termina el caparazón. «¿Se están peleando?» «Sí.» «Pobres, seguro que les duele.» Las

dos tortugas mantenían abiertos los ojos negros y redondos mientras hacían sonar los caparazones. La tierra bajo ellas estaba mojada y oscura, no sé si porque estaban segregando algún líquido o por algo que no tenía nada que ver con su actividad. Sin darme cuenta miré a mi mujer, que en ese momento tomó al niño de la mano con cierta brusquedad y tiró de él. «Venga, vámonos a comer, si no nos damos prisa se va a hacer de noche, estamos perdiendo el tiempo aquí con estas tortugas…» Y, nada más echar a andar, me lanzó otra mirada de odio. Clonk, clonk, clonk, clonk. «¿Pero por qué se están peleando las tortuguitas?» «Tendrás que aprender su idioma y preguntarles. ¡Venga, vamos, que tendrás hambre!» El niño me miró como si lo estuvieran secuestrando. «¡Qué bien! Después de la comida rica vamos a ver a los elefantes!», vociferé. Mi voz retumbó un poco en la sala estrecha. El ruido de los caparazones no cesaba.

El bentō de Mayu era sorprendentemente sencillo. Un huevo cocido, una salchicha a la plancha, medio pepino y un omusubi.[23] El omusubi no llevaba nada dentro y estaba espolvoreado de furikake[24] por fuera, y las cuatro rodajas de pepino estaban dispuestas sobre una capa de mayonesa. Y dos mandarinas. «Estas son las últimas mandarinas.» «¿Sí?» «Sí, justo quedaban dos en la caja.» Yo solo tenía un tamagoyaki,[25] pero se veía bonito y colorido con el queso y el pimentón, y por encima le había puesto unos pepinillos en vinagre y lo había envuelto todo en una loncha de jamón. También me había hecho dos omusubi de dos colores distintos, uno con arroz blanco y otro con mazegohan.[26] El pollo lo había frito esa mañana después de haberlo dejado marinando toda la noche. Me dejó el pelo oliendo a aceite, así que me di una ducha y la verdad es que me avergonzó un poco haberle dedicado tanta energía, pero al menos Mayu se lo comió todo despreocupada,

preguntándome qué era esto y lo otro, «anda, también has hecho esto, qué bien». «Qué bien cocinas, Chiki. Está todo muy rico. Y ahora las mandarinas, que sientan muy bien de postre.» Las mandarinas que ella me puso en las manos estaban un poco blandengues a pesar de tener un color brillante. Ni dulces ni ácidas, algo resecas, sin jugo, pero sabrosas aun así. Estaban mucho más ricas que los fresones que había llevado en un contenedor aparte con paquetes de hielo seco; me había tomado la molestia de quitarles el tallo y ponerles un palillo de dientes a cada uno. En eso consistía el amor. «Qué calor me ha entrado después de comer», dijo, y se remangó la camisa color pastel hasta los codos. El reloj que llevaba puesto en la muñeca se lo había regalado el chico con el que salía antes, o eso me dijo. Era un hombre agradable, un año mayor que ella. «Cuando salí con él me di cuenta de que no era tan agradable. De hecho, era bastante arrogante.» Fui yo quien le sugerí que siguiera poniéndose el reloj. Temía que pensara que estaba celosa. No, en realidad no era una cuestión de celos. Mis temores iban más allá de eso. Ella había sido mi primera novia. Con ella tuve la primera cita, fuera de los trayectos a la universidad que hacíamos juntas. Sería fácil decir que yo era tan feliz que me daba miedo, pero se trataba de algo distinto. Después de comer se suponía que íbamos a ver a los elefantes africanos, pero decidimos pasar de largo y verlos solo de soslayo, porque eran una de las mayores atracciones del zoo y allí había muchísima gente. No estaban en una jaula, sino en un trozo de tierra polvorienta, con rocas y árboles y una especie de charca poco profunda, seguramente para que se bañaran. Entre ellos y el camino que seguíamos nosotras había una elevación, una especie de dique, y los elefantes, pese a su tamaño, se veían a lo lejos como seres diminutos sin importancia, apenas del tamaño de un coche compacto. Justo cuando estaba a punto de expresar mi

decepción, oí a un niño exclamar con su voz aguda: «¡Mira, qué enormes!». Comprendí, sorprendida, que si los elefantes resultaban grandes para los ojos negros y puros de los niños, entonces eran grandes y punto. Estaban en lo cierto. ¿Cuándo habría perdido yo esa capacidad de asombro? ¿O es que nunca la tuve? Era un día festivo y soleado. Aquello estaba lleno de familias. Se podría decir que solo había familias. Niños contentos, madres sonrientes, padres que atrapaban a sus hijos y los aupaban sobre los hombros, abuelas empujando carritos de bebé, abuelos a los que sus nietos tiraban del brazo. Padres que querían sacar fotos de sus retoños con los animales de fondo y les decían que se pusieran aquí o se movieran para allá, pero estaba todo abarrotado y los animales demasiado lejos, y todos se estaban moviendo y era difícil sacar una buena foto, aunque aun así los niños lo intentaban con buen ánimo y sonreían y hacían la señal de la paz con los dedos. «Pobres niños», murmuré, y entonces Mayu me preguntó en voz baja: «¿El niño de antes, donde las tortugas?». «¿Tortugas?» «Sí, ¿no? Antes, donde el Solitario George, había un niño que tenía unos padres que se llevaban mal y se estaban peleando delante de él. Espero que nunca nos convirtamos en una familia así.» Por supuesto. Si no quería que nos convirtiéramos en una familia así, significaba que deseaba que fuéramos otro tipo de familia. Sin duda. Porque Mayu era una chica normal y yo también soy una chica normal. La primera vez que me enamoré fue un poco antes de cumplir los trece, y desde entonces tuve muchos desamores (o más bien amores no correspondidos que llegaban a su fin), siempre con chicas, y luego, ya en la universidad, me declaré a Mayu, una noche después de quedar para beber con unos compañeros, sabiendo que lo había dejado con un chico más mayor. «No sabía que sentías algo así por mí, Chiki, me he llevado una sorpresa, pero me gustas, así que vale.» Habían pasado tres

meses y, como la relación se había estabilizado y hacía tan buen tiempo, decidimos venir a este zoo lleno de familias y en el que no había casi ninguna pareja sin niños, ni mucho menos de dos chicas. «Parece que la gente se lo está pasando muy bien.» «Y nosotras también.» Se rio y asomó un pequeño colmillo, y su pelo mal atado se soltó al viento con aroma a caca de elefante y me rozó las mejillas. Yo estaba disfrutando y debería haberme mostrado feliz, pero una amargura iba creciendo en mí. Los chiquillos que llamaban a sus padres a voz en grito, los padres a los que llamaban, los elefantes balanceando las trompas con calma… De los tres que había, uno era más pequeño. Posiblemente fuese la cría. Una familia de elefantes. En el zoo no había más que familias, tanto dentro como fuera de las jaulas. Un empleado del zoo sujetaba un cartel que decía: ¿QUIERES DAR DE COMER A LOS ELEFANTES? POR AQUÍ. Había una muchedumbre a su alrededor. «¡Yo también quiero darles de comer!», gritó un niño. El empleado lo miró molesto y le dijo: «Perdona, es que necesitas un ticket para esto». «¿Ah sí? ¿Y dónde lo podemos comprar?», preguntó la madre con tono seco. «Pues se compran con la entrada al zoo…, pero ya están todas las plazas agotadas», respondió el empleado, que parecía de temperamento débil, disculpándose con una reverencia. «Pero… ¿dónde han anunciado esta actividad? ¿En el periódico?» «No…, en la página web del zoo.» «¿Has visto al chico del cartel? Era bastante guapo», me dijo Mayu una vez nos alejamos de la voz afligida del empleado y del habla rápida y aguda de la madre. Me quedé de piedra, pero respondí como si nada. «Tiene pinta de estar en un grupo.» «¿Un grupo? ¿Por qué?» «Por la melena, hoy en día ya no se lleva.» Ja, ja, qué es eso de hoy en día, qué es eso de que tiene que estar en un grupo porque tiene melena, vaya idea, oye, últimamente Chiki se lleva muy bien con Mayu, ¿no? ¿Es verdad que Mayu lo ha dejado

con ese chico que estaba un curso por encima? Seguro que lo dejó Mayu, ella tiene mucho éxito, mira hacia aquí y di «cheese», oye Chiyuki ¿no quieres echarte novio? Me tienes que prometer que me lo vas a presentar en cuanto te eches uno, lo traes a casa, es mi sueño preparar un festín para el novio de mi hija, «Elefantito, elefantito, por qué tienes la nariz tan larga», no digas tonterías, peor sería que nuestra querida hija se enganchara a un tipejo cualquiera, será la evolución, ¿qué significa evolución?, oye Mayu, me han dicho que se te ha declarado alguien de tu trabajo y que lo has rechazado solo los que se adaptaron a su entorno sobrevivieron y esos tuvieron descendencia y a eso se le llama evolución quéééé no entiendo claro que no entiendes papá tampoco lo entiende bien pues a mí me han dicho que está saliendo con alguien qué dices ¿en serio? ¿quién quién? ¿mayor o menor? últimamente Chiki solo está con Mayu yo creo que es mentira que no que no que es verdad es que no quiere andar pero es porque Chiki los elefantes huelen mal no no huelen mal huele a caca pero Chiki tres meses de relación, ¿no será temor a que se acabe? Normalmente las relaciones entre estudiantes se rompen antes de que la pareja se gradúe. Pero ¿de qué me sirve darles vueltas a estas cosas?, lo único que consigo es llegar a un callejón sin salida. Disfruta del momento. O no haberle declarado tu amor. Podrías haber seguido enamorada de ella platónicamente y serías feliz. Un amor solo mío, unos sentimientos solo míos, sin tener que pensar en la felicidad de los demás. No era tan difícil acostumbrarse a la soledad. «¿Por qué pondrán esta canción siempre que un niño se ha perdido?», preguntó de repente Mayu. «¿Qué? ¿Se ha perdido un niño?» «Acaban de poner la canción esa de "cuervooo por qué lloraaaas" y han anunciado que un niño se ha perdido.» Ahora que lo decía, la había escuchado más veces ese día. La canción estaba a punto de terminar. No sé por qué no la había

retenido en mi memoria. «Hay otras canciones que hablan sin rodeos de perderse, como la de "gatito que te has perdido, que te has perdido".» «Pero es que no sé, una canción que habla solo de perderse sería un poco… Creo que como uno se siente muy solo cuando se pierde, prefieren una canción que hable de sentirse solo.» «Chiki, ¿tú te has perdido alguna vez?» «No, creo que no.» La zona de los elefantes era, más que grande, larguísima. Queríamos dejarla atrás, pero no se acababa nunca. Era lo suficientemente extensa como para que a mitad de camino hubiera una tienda de helados y zumos. Las familias no paraban de llegar. Intentos de captura fotográfica, los niños y las trompas de elefante en el encuadre. «Yo tampoco. Yo era de esas que enseguida se iban corriendo a cualquier lado, pero siempre que me daba la vuelta mi madre estaba detrás.» Mayu desprendía un aroma a mandarina y a maquillaje; por mucho que el aire oliera a caca y a pelo de animal, el olor que me llegaba era solo el de Mayu, y aunque todavía no nos habíamos tocado, transmitía una atmósfera húmeda de la que no me había percatado cuando solo éramos amigas y estaba de pie a su lado. «Oye, Chiki.» La cara de Mayu estaba tan cerca que veía mi reflejo en sus pupilas, y pensé en el esfuerzo que había puesto en arreglarme, en el lunar diminuto diminuto a un lado de su nariz. «¿Sí?» Mayu se rio y me cogió de la mano. Se me cortó un poco la respiración al sentir su mano tirando de la mía con fuerza delante de tantas familias con niños. «Hoy me apetece que nos quedemos hasta el final.» «¿Hasta que cierren?» «No, hasta el final», dijo Mayu tirándome de la mano. La suya estaba fría y caliente y blanda, casi como la de un ser vivo desconocido, y entonces me di cuenta de que se había quitado el reloj.

Nada más empezar a trabajar en el zoo hice dos cosas: preguntarle a alguien que llevaba más tiempo que yo por el mono

aquel rarísimo de pelo erizado y subirme al mirador para ver el paisaje. Para lo primero me despacharon diciéndome que nadie antes les había hecho esa pregunta y que nunca hubo ningún mono así en el zoo. Lo segundo fue más fácil. Por supuesto que ya había subido al mirador más veces como visitante, pero lo que yo quería en ese momento era contemplar el atardecer. El zoo cerraba a las seis y media, así que los únicos que podíamos ver el sol ponerse en primavera y verano éramos los empleados. Ese día me escapé en cuanto encontré un rato, subí corriendo al mirador y oteé el zoo desde arriba: las masas de gente habían desaparecido y los animales parecían de juguete. Exhalé varias veces. Luego volví, no, quizá nunca me fui, quizá desde entonces sigo corriendo en círculo por el zoo. Se trata de un mono muy atípico, con manchas blancas y negras en el pelaje, una cola larga, nariz puntiaguda y ojos redondos. Su principal característica es el pelo que le crece erizado desde el final de la cabeza hasta la espalda. Las raíces de ese pelo son negras y blancas, como el resto del pelaje, pero las puntas tienen un color anaranjado. La jaula en la que estaban tenía algún tocón en el suelo y otros que pendían del techo, puentes colgantes y sogas que atravesaban el espacio de un lado a otro. Habría unos diez de ellos viviendo ahí, colgados de las cuerdas o corriendo o despiojándose, y las crías más pequeñas, todavía sin cresta, estaban aferradas a los pechos de sus madres. Recuerdo que me quedé absorto contemplándolos. Tragué aire, sonreí y me di la vuelta para expresar mi entusiasmo, pero allí no había nadie. Bueno, sí había mucha gente, pero todos ellos desconocidos. Mis padres habían estado detrás de mí hasta hacía unos momentos. ¿Dónde se habrían metido? Por un momento volví a mirar a los monos, como si no hubiera pasado nada. Los oí gritar, «iiiih iiiih iiiih», y uno de ellos se suspendió de una de las sogas patas arriba y me miró. Era pequeño,

pero no un bebé, y al abrir la boca redonda mostró una cavidad rosa. Miré hacia atrás una vez más. No estaban. Ninguno de los que estaban allí eran mi madre o mi padre. Me alejé despacio de la jaula. Otro niño corrió a ocupar mi lugar, como si hubiera estado esperando. «¡Mira, mamá, qué mono tan raro!», gritó. Busqué el camino por el que había venido. Bajé por una pendiente suave; si miraba desde ahí se veía cuesta arriba. Había gente y más gente y más gente, y también se veía el camino del fondo. Había una fila de jaulas con otros monos, marrones, rojos, negros, y gente, más gente. Apreté las manos alrededor de las tiras de mi mochila, que llevaba sujetas a los hombros. «Ya no puedo andar más», dijo una niña que venía por detrás. Quiero hacer pis cómprame un tigre blanco quiero brazos me dan miedo los monos quiero comer juega juega juega conmigo no os peleéis mira aquí que mires ayuda. Eché a correr. No por el camino por el que había venido, sino por otro nuevo. Corrí a toda velocidad entre la muchedumbre sin chocarme con nadie. Era mi especialidad, aunque a mi madre no le gustaba, siempre ponía mala cara y me decía que era peligroso y que molestaba a la gente, pero me deslicé raudo, esquivando a la gente, y justo un instante antes de chocarme con alguien, giré, la mochila se tambaleó de un lado a otro en mi espalda y de repente oí la voz lastimera y triste de una mujer cantando en el cielo y me paralicé. *Por qué lloras. El cuervo tiene en la montaña…* este es un aviso de un niño perdido. Se me paralizaron las piernas. Tenemos aquí a una niña llamada Akane Sumiyoshi… Pero yo no era Akane Sumiyoshi y en ese instante sentí, para mi sorpresa, un alivio tremendo. Eché a correr de nuevo. Había ido muchas veces al zoo, pero al recorrerlo así, solo y a toda velocidad, me pareció que era un lugar totalmente distinto. El oso del Himalaya mordía un trozo de leña que sujetaba con las dos manos. Un insecto gigante del tamaño de una nuez

chocó contra un león tumbado e hizo crujir sus alas. Un tapir blanco y negro propulsó un chorro de pis que se pulverizó como si fuera niebla, provocando algún que otro grito entre el público. La canción del niño perdido sonó una y otra vez, pero no dijo mi nombre. Una niña que tenía la cara pegada a las mallas de la jaula de los pájaros pequeños canturreaba al son de la canción: «El cuervo tiene en la montaña… ¡una jaula en la que lo han encerrado!». Dos cervatos saltaban como locos y se mordisqueaban el culo el uno al otro. En una caseta pequeña dormían encogidos y superpuestos montones de pagumas. Tenían un círculo blanco alrededor de los ojos, que parecían cerrados, pero de repente un grupo de ellos los abrió. El búho y el halcón peregrino estaban frente a frente susurrándose algo, y al pasar por el estanque verde, un montón de peces se acercaron a la superficie y abrieron las bocas redondas. Cuando me di cuenta, estaba corriendo hacia donde apenas había gente. Subí unas escaleras largas y estrechas, y me encontré con un animal que no había visto nunca. Tenía un cuerno gigante y se estaba dando un baño tranquilamente. Estaba atardeciendo en el zoo. Todo se había teñido de naranja. El animal se puso a cuatro patas despacio, balanceando la cabeza; agitó su cuerpo un poco, salpicando agua a su alrededor, y se fue caminando enseñándome la cola. Tenía una calva roja en el culo. Subí otras escaleras que había más al fondo. No había nadie. Ya no quedaba nadie. A lo mejor el zoo iba a cerrar. Al final de las escaleras había un espacio abierto. Pude ver todo el zoo desde arriba. Me encontraba en la cima de la montaña, en un mirador que había en un pequeño terreno con una pérgola y unos bancos para sentarse. El cielo había alcanzado ya un rojo espeso, y los elefantes y las jirafas se veían del tamaño de guisantes. En ese momento divisé una especie de polvareda gris extenderse a lo lejos. Se movía con torpeza y me pareció que aquello era una masa de

gente. Más que estar dirigiéndose a un lugar, era semejante a un líquido que circulaba como parte de un organismo. A lo mejor mis padres estaban ahí dentro. ¿Estarían ahí? O no, tal vez no estuvieran. Quizá se habían marchado ya y yo no era un niño extraviado, sino un niño abandonado. Tuve esa idea como un destello y casi me entró la risa. Por eso no habían anunciado mi nombre ni yo me había puesto a buscar. Entonces todo cobró sentido. La voz de mis padres peleando, mi madre malhumorada y mi padre agotado, mi sonrisa forzada, mis palabras. Tomé aire y lo expulsé con fuerza. El aroma a hierba y el olor sutil a animal me resultaban muy agradables. Me quedé ahí de pie largo rato. Vi a lo lejos el sol hundirse entre las montañas. «Auoooo, auoooo», aulló un animal. Faltaba poco para que anocheciera del todo y las primeras estrellas empezaron a brillar. «Kiii-kaaaak, kiiii-kaaaak, kii, kii, kii, kii, uuuuh, uuuuh, aaaah.» De pie sobre un banco, cerré los ojos. El zoo ya estaba casi completamente a oscuras, con alguna luz roja y verde encendida aquí y allá. La luna era enorme. Un animal gimió a lo lejos. De pronto oí pasos humanos. El cielo empezaba a volverse blanquecino. Las montañas seguían cubiertas de niebla y miré al cielo para ver amanecer… La punta de mis zapatillas de lona estaba fría y húmeda por la niebla. «Uy.» Quienes subieron por las escaleras eran dos chicas jóvenes. Al verme, se sorprendieron. «Se nos ha adelantado alguien.» «Anda, es verdad. Pero, oye, ¿estás solo?» Me habían pillado. Quise escapar, pero el único camino que había eran esas escaleras estrechas taponadas ahora por las dos mujeres. «¡No me he perdido!», grité. «¿Qué?» «No me he perdido.» Las dos chicas se miraron. «Pero ¿estás solo?» Asentí. «¿Has venido solo hasta aquí?» No era una pregunta inquisitiva. Más bien, parecían estar conteniéndose la risa. Negué con la cabeza y les expliqué. Que había ido con mis padres y que me habían

abandonado, pero que estaba bien así, que había pasado la noche en ese banco y que todo había ido bien y que no había de qué preocuparse… Las dos chicas volvieron a mirarse y soltaron una carcajada. «A ver, ¿te das la vuelta un momento? ¿Podemos ver tu mochila? Sí, es de Doraemon.» «Es verdad… Oye, ¿sabes que te están buscando? Te han anunciado muchas veces por megafonía.» Me quedé de piedra. Las chicas desenlazaron sus manos y me las ofrecieron a mí. «Tu madre tiene que estar muy preocupada. Venga, es hora de volver.» «Pero…» El pelo de una de ellas ondeaba al viento. Tragué aire. Estaba amaneciendo. El sol brillaba sobre el pelo de ambas. Pero no era un sol matinal. «¿Te apetece un helado? Nosotras habíamos pensado subir aquí y comernos un helado antes de volver a casa. ¿Quieres venir?» Extendí las dos manos y me agarré a las suyas. Una estaba fría y la otra caliente. Como las escaleras eran muy estrechas, las dos tuvieron que bajar en unas posturas un poco extrañas, pero parecían divertidas. «Menudo campeón. Te has subido hasta aquí tú solo y encima has visto todo el paisaje desde arriba, ¿eh?» «¿Qué tal? ¿Te ha gustado ver el zoo desde arriba?» «No sé, todo estaba como dando vueltas.» Yo iba agarrado de las manos de dos chicas y de vez en cuando la gente nos miraba de arriba abajo, pero ellas continuaron como si nada. «Oye… ¿qué hora es?» «No sé, no tengo reloj.» *Cuervooo por qué llooooraaas el cuervooo tiene en la montañaaaa…* «¿Ves?» «Este es un aviso de un niño perdido.» Miré hacia arriba. No pude localizar los altavoces de los que provenía la voz, que por otro lado se oía nítida y clara. En ese momento anunciaron mi nombre y dijeron que llevaba una camiseta blanca y una mochila de Doraemon. «Si alguien lo ve, por favor, acompáñelo hasta las oficinas del zoológico.» «Digo yo que las oficinas estarán en la entrada, ¿no? ¿Ves como te están buscando?» De camino, las dos chicas se

pararon en un puesto de comida frente a los elefantes, compraron dos helados de vainilla y me dieron uno a mí. El otro lo fueron chupando entre las dos mientras caminaban. «Somos familia», me explicaron al ver que me quedaba estupefacto. «¿Familia?» Convencido de que eran hermanas, empecé a chupar el mío sin dejar de avanzar. Habíamos vuelto a la Montaña de los Macacos, cerca de la entrada. Algunos macacos se despiojaban a la sombra, otros dormitaban al sol. Las dos chicas ya se habían terminado el helado, pero a mí me quedaba aún. La entrada estaba en lo alto de una cuesta, y la puerta que había al lado debía de dar a las oficinas. «En cuanto te termines el helado, te acompañamos a las oficinas, ¿vale? Qué rico está, ¿verdad?» «Sí, muy rico.» «¿Sabe a libertad?» «¿Qué?» «No, nada.» Una de las chicas se ruborizó y la otra se echó a reír. «¿Sabe a familia?» Poco después me entregaron a mis padres y me explicaron que había estado perdido durante dos horas. Solo dos horas, aún quedaba tiempo hasta que el cielo se pusiera de un naranja oscuro. Oteé el zoo desde arriba, me quité la coleta y dejé que mi pelo ondeara al viento. No debía de quedar ya nadie en el recinto. No podía quedar nadie. Pero ¿era posible? Quise quedarme ahí toda la noche hasta la mañana, pero no podía. Bajé las escaleras corriendo y volví con mis animales a toda prisa.

INSENSIBLE

Al abrirse la puerta de cierre automático vi a un joven de pie frente a los buzones, que era donde solía encontrarme con los vecinos. Su cara me resultaba familiar, o mejor dicho, si estaba en el edificio era porque debía de vivir allí, así que le saludé con una pequeña reverencia. El joven llevaba vaqueros y camiseta y unas sandalias sin calcetines. Me sonrió levemente y me dijo: «Eh…, disculpe». «¿Sí?» «Sí, disculpe. Yo… vivo en el 202…» «Ajá.» Despacio, señaló el buzón del 202. En la boca del buzón había un escarabajo larguirucho. Era del tamaño de un pulgar, negro con manchas blancas, y tenía unas antenas largas que se mecían al aire. «¿Un bicho?» «Sí, lo siento mucho, pero es que odio los insectos y… creo que tengo correo dentro, estoy esperando una carta urgente del Ayuntamiento…» Me pareció un tanto patético que un hombre adulto no pudiera sacar el correo de su buzón porque le daban miedo los bichos, aunque también un poco tierno. Cogí del suelo uno de esos panfletos de inmobiliarias que echan en todos los buzones y que seguramente otro vecino había dejado caer e intenté deslizarlo debajo del insecto. Durante un instante el escarabajo trató de aferrarse al buzón con una fuerza inusitada, pero enseguida cedió y trasladó las seis patas sobre el papel, movió el culo a un lado y a otro, como buscando una posición cómoda, y al final se quedó

quieto. Volví a dejar el panfleto donde estaba. Las antenas, corvas y caídas, tocaron el papel con una leve vibración. El joven soltó un suspiro de alivio y se acarició la barbilla con una mano. En el dedo anular de la otra mano brillaba su anillo de bodas. Tenía cicatrices de acné en la nariz. Debía de ser por lo menos diez años más joven que yo. «Uf, muchas gracias, y perdone.» «Nada, nada. Seguramente se metió en algún momento cuando se abrió la puerta y ya no pudo salir.» El joven empezó a girar el dial del buzón con los dedos rígidos, como si allí quedara algún tipo de veneno que no debía tocar, e introdujo su combinación. «Me he mudado hace poco y veo que hay muchos bichos por aquí, ¿no?», dijo con amargura. «Bueno, es que estamos en las afueras de la ciudad y esta luz está encendida toda la noche. Supongo que los atrae», respondí, y miré a través de la boca de mi buzón para ver el interior. Había un panfleto idéntico al que acababa de usar para apartar al escarabajo. VIVIENDA DE DOS PISOS RECIÉN CONSTRUIDA, PRECIO POR DEBAJO DE 30 MILLONES DE YENES. «La verdad es que no me lo imaginé cuando vine a ver el apartamento, pero… es que por la noche sale de todo: bichos, murciélagos, hasta lagartijas que no se sabe muy bien de dónde vienen.» «Sí, es verdad, hay bastantes.» «Es que no sé qué hacer para que no salgan.» El joven sacó varias cartas y papeles pequeños que parecían avisos de los que deja la oficina de correos. «Por ejemplo, el otro día nos entró una polilla en la casa y casi nos da algo a mi mujer, a mí y al niño.» «¿Tiene hijos?» «Sí, uno de tres años.» El hombre, que parecía demasiado joven como para tener un hijo de tres años, dejó caer el panfleto al suelo como si nada. Me habría gustado que hubiera aterrizado sobre el otro, en el que estaba el insecto, y que este hubiera salido volando, pero el escarabajo permaneció quieto haciendo vibrar las antenas. «Si deja la mosquitera cerrada no le entran. Además, tampoco es que le vayan

a morder o que sean venenosos.» «¿No son venenosos?» «No creo. En todo caso, lo mejor es que los ignore. Nosotros llevamos aquí… unos cuatro o cinco años y nunca nos ha pasado nada. Es inútil preocuparse: no se puede controlar, de repente aparecen y no se puede hacer nada al respecto. Lo mejor es no darles importancia y dejar de mirarlos. Ojos que no ven, corazón que no siente.» «¿Dejar de mirar? Eso es imposible, no creo que pueda… Gracias de todos modos, ha sido de gran ayuda.» Apretó algunos de los sobres contra su pecho como si fueran muy importantes, inclinó la frente en una reverencia mínima y después de entrar en el ascensor, que estaba parado en la planta baja, asomó la cabeza y preguntó: «¿Sube?». «No se preocupe.» Una vez se fue el joven, giré el dial de mi buzón y saqué el correo comercial del interior. Aunque fuera basura, no me gustaba tirar mis cosas en la misma papelera que los demás. Arrugué los folletos varios de inmobiliarias (que si viviendas nuevas, que si viviendas de segunda mano con dos plazas de garaje), que se anunciaban con una tipografía azul y medio gótica, y corrí escaleras arriba hasta la cuarta planta. Por muchos bichos que hubiera, la mayoría eran tan pequeños que ni siquiera te dabas cuenta si los pisabas con el zapato, seres vivos que no se sabía si estaban vivos o muertos y de los que incluso ese mismo joven se iba a olvidar muy pronto; no era insensibilidad, sino algo que deberíamos llamar madurez. «Chi, chi.» Se oyó un pequeño canto. Una especie de polvo me tocó las mejillas y cayó al suelo. Me llegó un olor a comida desde uno de los pisos. Otros seguían con las luces apagadas. Considerando el tipo de viviendas del edificio, era improbable que hubiera algún soltero. Sí parecía haber matrimonios en los que los dos trabajaban hasta tarde… Si elevabas la vista a las lámparas del techo, efectivamente, se veían montones de pequeños insectos alados revoloteando alrededor. Si no te gustaban los bichos, bastaba

con no mirar.

«Ya estoy en casa.» Oí un sonido grave en la entrada y enseguida se encendió la luz. Mi mujer se acercó con pasos pesados sosteniendo una barriga gigante. «Hola.» «¿Qué tal te encuentras?» «Bien.» El vestido alegre que llevaba, azul claro (un color que para empezar no creo que hubiera elegido entonces) y con lazos blancos estampados, dibujaba una curva a la altura del vientre. Justo cuando pensábamos que ya no podríamos tener hijos, de repente nos llegó la noticia de que eran mellizos. Mi mujer tuvo complicaciones de salud y llegó a estar hospitalizada, pero la habían mandado a casa con la indicación de guardar reposo relativo; se cogió la baja maternal por adelantado. Desde entonces, gracias al descanso, mi mujer fue adquiriendo cada vez mejor aspecto, y ahora, salvo por las molestias a la hora de moverse y su apetito insaciable, no parecía tener ningún problema. Incluso podía cocinar. Por fin nos habíamos liberado del ramen instantáneo con huevo y verduras… Le toqué la barriga, como me había acostumbrado a hacer cada día. «Hoy se han movido muchísimo. Me despertaron durante la siesta», dijo, sonriente. Sin embargo, yo no notaba nada en la mano; solo la sensación de algo redondo, caliente y comprimido. ¿De verdad estaban ahí dentro nuestros hijos, y encima los dos juntos? ¿Estaban dando patadas, moviéndose y creciendo bien? «La cena ya casi está, espera un poco, ¿vale?» Me lavé las manos, hice gárgaras, me quité el abrigo y me senté a la mesa. «¿Puedo cambiar de canal?» «Sí, no estoy viendo nada, así que sí. Ah, un momento. ¿Te importa cerrar la ventana antes? La de nuestro dormitorio.» «Claro.» Era una habitación de seis tatamis. Mi colchón estaba doblado y apartado hacia la pared, pero el de mi mujer estaba siempre estirado sobre el suelo y tenía la parte de arriba abultada como si hubiera un perro durmiendo dentro. Di una zancada por encima para no pisarlo y

estiré el brazo para cerrar la ventana. Un viento que no había percibido en la calle sopló hacia el interior del dormitorio, y las cortinas amarillas con lunares blancos, ya desteñidas, me acariciaron el brazo al mecerse con el aire.

En las dos semanas de vacaciones que nos dieron en el trabajo, una por casarnos y otra por Bon, celebramos la boda, la fiesta, nos fuimos de luna de miel y nos mudamos a esta nueva casa. Por supuesto fue todo muy ajetreado y no nos dimos cuenta de que el dormitorio no tenía cortinas hasta unos días después de la mudanza. En realidad, según las mediciones que habíamos hecho el día en que fuimos a ver el piso, las cortinas rosas que había estado usando mi mujer de soltera tenían el tamaño justo para esa habitación. Pero cuando las fuimos a colocar, descubrimos que se quedaban muy cortas; había unos cuantos centímetros de la parte inferior de la ventana que no cubrían. Las dejamos puestas temporalmente con la idea de cambiarlas por otras que tuvieran el tamaño correcto, pero pasó un mes, y otro, y cuando quisimos darnos cuenta, nos habíamos acostumbrado a esas cortinas cortas. Como estábamos en un cuarto piso, no nos preocupaba que nos vieran desde la calle, y el apartamento tampoco estaba orientado de tal manera que el sol entrara con intensidad por la mañana y nos dejara medio ciegos. Del mismo modo en que las cajas de la mudanza se habían integrado en el mobiliario de la habitación, también aceptamos que la ventana estuviera desnuda por la parte de abajo. Y así pasó a formar parte de nuestra vida cotidiana hasta que un día, al volver a casa, mi mujer me recibió vestida con una blusa y un pantalón de chándal, y exclamó en voz baja: «¡Hay una salamanquesa!». «¿Una salamanquesa?» «Está pegada a la ventana del dormitorio.» Efectivamente, había algo con cuatro patas adherido a la parte

inferior de la ventana, la que no llegaban a cubrir las cortinas. Dada la consternación de mi mujer, di por hecho que el animal estaba dentro de la habitación, pero lo único que vi fue la barriga pegada al otro lado de la ventana. No supe bien si aquello era una lagartija o una salamanquesa o un tritón, pero ella estaba segura. «Es una salamanquesa.» Al acercarme, observé que del vientre blanco e hinchado colgaban unos pequeños pliegues, y que la base de las extremidades estaba envuelta en algo similar a las lorzas de los bebés. Di unos golpecitos en el cristal, pero no se movió. Entorné los ojos para ver mejor, pero ni siquiera me dio la impresión de que estuviera respirando. «¿No estará muerta?» «Lleva aquí desde anoche.» «¿Qué?» «Lleva ahí pegada desde ayer por la noche. Ya se va a cumplir un día.» Con más razón estará muerta, quise decir, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, mi mujer se adelantó: «Quítala». «¿Por qué?» «No podemos taparla con las cortinas ni puedo abrir la ventana, y no me gusta estar viéndole la barriga», dijo con una amargura exagerada. No pude evitar reírme mientras me quitaba el abrigo. «¿Cómo que la quite? Está del otro lado de la ventana, qué más da.» Abrí las cortinas de golpe, pero el animal no se movió. Golpeé el cristal con bastante fuerza, y nada. Me agarré del marco de la ventana para intentar sacudirla, le pegué un grito. Nada. No se inmutó. Llegué a pensar que a lo mejor se trataba de un muñeco muy conseguido, pero los cinco dedos pegados al cristal y la textura de las puntas no parecían artificiales. «Pero si es muy graciosa, tan pequeña. No pasa nada porque no podamos abrir la ventana un día o dos.» Oí el sonido de algo hirviendo en la cocina. También me llegó un olor a vinagre. En general, mi mujer llegaba de trabajar antes que yo. Si yo llegara antes a casa, no me importaría hacer la cena, pero la realidad es que casi siempre cocina ella. Así comemos más rico y más sano; yo no sé ni usar bien el vinagre.

«¿Cómo sabes que van a ser uno o dos días? A lo mejor se queda ahí para siempre.» «No creo. Bueno, lo pensamos luego. Atraparla es fácil, pero imagínate que la agarro y está muerta, eso sí que da asco.» «Que no, que está viva. Por eso se aferra a la ventana de esa manera con las patas.» Piii, pi, piii, pi, pi, pi. Sonó la arrocera. En ese momento mi mujer pareció acordarse de algo y alargó las manos, que estaban un poco mojadas. «Primero dame tu caja de bentō.»

Al tumbarme en el colchón, vi las puntas de los dedos de la salamanquesa recortarse contra el cielo medio azulado medio negruzco de la noche. Pensé que, más que una presencia, era algo semejante a una sensación o a un olor entremezclado con el aire. Yo no me había dado cuenta de que estaba ahí ni la noche anterior ni ese día por la mañana. Pero era normal. El edificio está en una zona en la que las polillas y las chinches hediondas se posan en las paredes exteriores y donde las salamanquesas se pegan a las ventanas, y por eso mismo los alquileres aquí son decenas de miles de yenes más baratos que en la ciudad, y por eso mismo elegimos este lugar para empezar una nueva vida juntos y para criar a nuestros futuros hijos. Había muchas zonas verdes y un parque infantil al lado, y aunque la estación de tren quedaba un poco lejos, teníamos una tienda de electrodomésticos y un centro comercial grande a quince minutos en coche. Hoy en día están proliferando las zonas residenciales suburbanas en Japón; son seguras y, al no tener edificios de gran altura, casi todas las viviendas reciben sol en abundancia. Al principio a mí también me sorprendió la cantidad de insectos que había, y a mi mujer, a la que no le gustan nada los bichos, le echó un poco para atrás, pero enseguida nos acostumbramos. Que hubiera un animal pegado a nuestra ventana no debería… Cuando mi mujer apagó la lámpara, toda la ventana

resplandeció con una luz blanca, acaso por el reflejo la luna, y como consecuencia dejamos de ver a la salamanquesa. Le di las buenas noches y ella me respondió con otro buenas noches. A la mañana siguiente, la salamanquesa seguía en el mismo lugar. Exactamente en la misma posición, al menos por lo que parecía desde este lado de la ventana.

Por la noche continuaba sin moverse. El aire empezaba a ser más frío. Día, noche, día, noche, el tiempo pasaba, pero la salamanquesa no parecía necesitar comer ni beber; estaba siempre quieta. Tenía que estar muerta. «Pero entonces ¿cómo puede seguir así de pegada? ¿No se tendría que caer? ¿O secarse o pudrirse?» Sin saber qué responder, busqué en internet. La salamanquesa era un tipo de lagartija, es decir, de la clase de los reptiles, de unos diez centímetros de largo, con una cola que se desprendía cuando era atacada por un depredador. No tenía veneno, se alimentaba de insectos, su población estaba en declive, solía habitar cerca de las casas, ponía dos huevos por ovación, entre primavera y otoño, y desaparecía en invierno. «¿Ves? Parece que se van en invierno. Así que, de estar viva, se va a ir muy pronto.» Mi mujer había empezado a dormir de espaldas a la ventana. O sea, de espaldas a mí. Día, noche, día, noche… Me compré un abrigo para el trabajo en el centro comercial. Mi mujer se compró otro. Cuando nos mudamos después de casarnos, tiré casi toda mi ropa. No sé muy bien por qué, pero sentí que era algo que debía hacer. Y empecé a comprarme atuendos que pegaran más con nuestro nuevo estilo de vida suburbano, con niños en el horizonte. Prendas que fueran cien por cien de algodón o hechas de materiales que se pudieran lavar fácilmente en la lavadora, ligeras y finas y duraderas. Nos las probábamos y, sin apenas tiempo para comentar si nos quedaban bien, nos comprábamos ropa que se notaba a la legua que era

simple mercancía, y hacíamos lo mismo con los muebles en las tiendas al por mayor, y con los electrodomésticos… «¿Pero por qué no la quieres quitar de ahí? No te cuesta nada.» ¿Pero por qué tenía que tomarme la molestia de asomar el cuerpo por la ventana y estirar el brazo y agarrar con las manos el cadáver de un pequeño animal inofensivo? «Te estoy diciendo que está viva», respondió secamente. «Entonces ¿por qué no la quitas tú?» Mi mujer replicó algo desde la cocina, pero su voz se perdió entre una sucesión de ruidos, como si estuviera aplastando o picando algo duro. Volvimos al centro comercial a comprar unas fundas de algodón para el juego de edredones de plumas que nos habían regalado mis padres por nuestra boda. Y pasó un día y se hizo de noche y pasó otro día y se hizo de noche y volvió a pasar otro día. Era la mañana de un fin de semana y habíamos perdido la cuenta del tiempo que llevaba ahí la salamanquesa. «¡Anda!», exclamó mi mujer. Era una voz alegre. «¡La salamanquesa se ha ido!» Entreabrí los párpados. Para un día que podía dormir hasta tarde… Además, una vez abrí los ojos del todo, se me clavó en ellos la claridad que entraba a borbotones a través de las cortinas y ya me fue imposible volver a conciliar el sueño. ¿Qué hora era? No parecía tan temprano. «Qué bien, me alegro.» El culo de mi mujer, que estaba apoyada en la ventana, me resultó extrañamente gordo y redondo. «¡Pero ven, mira, ya verás como no está!» Pegó la cara al cristal toda contenta. Bajo la luz cegadora fruncí el ceño y dirigí la vista al lugar que estaba señalando. Para nada había desaparecido. La salamanquesa seguía ahí con el mismo aspecto, con su cola puntiaguda un poco inclinada hacia la derecha, igual que el día anterior. Pensé que mi mujer estaba de broma y me quedé mirándola con seriedad. Ella ya se había quitado el pijama y llevaba puesto un delantal. Se había recogido el pelo de cualquier manera y lo tenía desparramado sobre

las orejas. Su cara de perfil revelaba las líneas laterales de una sonrisa, la boca estirada dejaba ver la encía, de un rojo pálido, y parte de la dentadura. No entendí nada. «Tenías razón, era verdad que desaparecen antes del invierno. Uf, menos mal. Ya estaba teniendo pesadillas.» Quien hablaba era mi mujer, pero su voz me llegaba desde lejos, como desde el fondo de los dientes. «En mi sueño salen un montón de salamanquesas y tienen la piel áspera. Seca y áspera. Y empiezan a aparecer por toda la habitación y yo estoy durmiendo ahí y se van pegando a esa pared.» «Un momento.» «Se pegan a pesar de que están sequísimas.» «No.» «Y me ponen los dedos pegajosos en el pelo y en la piel.» Estaba claro que no me estaba escuchando. Todavía tumbado en el suelo, me cubrí la boca con las manos, que sentí temblorosas y húmedas. «Ah», suspiré. Tenía los oídos taponados. «Las salamanquesas me tapan los ojos y las orejas y la boca… Así son mis pesadillas. Pero menos mal que se ha ido. Por cierto, ya va siendo hora de que compremos unas cortinas en condiciones; tenemos que hacerlo antes de que acabe el año, a ver si hay rebajas, que las cortinas no son baratas. ¿De qué color las quieres? Yo las quiero amarillas, valen tanto para niño como para niña.» «¿Niña?» Me lanzó una mirada rápida. «Porque a lo mejor algún día este cuarto será el de nuestros hijos, ¿no?» Tenía la misma expresión de siempre. «Sí, claro.» «También podría ser un verde claro. Oye, ¿y si vamos a comprarlas hoy, que es festivo? En coche.» «Bueno.» De repente la salamanquesa pegada a la ventana parecía más gorda. Sentí que la rugosidad de su barriga y la sustancia pegajosa de sus dedos se me abalanzaban sobre los ojos. Me incorporé de golpe y miré: el pequeño reptil se estremeció durante unos instantes. «Uy.» «¿Qué pasa?» «No, nada…» La salamanquesa seguía temblando. En ese momento, le empezó a salir algo de un extremo de la barriga.

Primero una especie de moco y luego algo blanco envuelto en hilillos y… «La salamanquesa de la ventana…» Al oírme, mi mujer miró con suspicacia hacia la ventana, luego me miró a mí, hecho un ovillo sobre el colchón, y luego de nuevo a la ventana. Acercó la cara al cristal. La salamanquesa expulsó algo blanco y redondo justo a la altura de la nariz de mi mujer. Primero uno, luego otro. «Menos mal que se ha ido, ¿verdad? ¿O no te alegras? ¿La echas de menos?» Ella me miró sonriendo. Y de repente se agachó y acercó su cara a la mía. Sin querer, cerré los ojos. Sentí en la mejilla algo frío y blando y seco. «Lo entiendo. Te has quedado un poco triste porque ya no está, ¿no?» La voz que me susurraba al oído era extremadamente dulce. «¿Entonces vamos de compras hoy? Voy a hacer el desayuno.» Al ponerse de pie apresuradamente, me rozó el hombro con el culo y noté una blandura prieta hasta ahora desconocida. Miré otra vez hacia la ventana. La salamanquesa había dejado de temblar y los dos huevos blancos cubiertos de babas brillaban al sol contra un cielo raso.

«¿Dónde crees que deberíamos dormir cuando nazcan los niños? En el cuarto en el que estamos ahora no cabemos dos adultos y dos bebés…», dijo mi mujer mientras removía una cazuela de miso con abundantes verduras cocidas. Hierro, ácido fólico, calcio. Como tenía que comer por tres, desde que retomó las labores del hogar ponía mucho cuidado en las comidas. Había hasta niboshi[27] en un plato pequeño. Le gustaba mordisquearlos mientras veía la tele después de cenar. Yo me encargaba de lavar los platos. «Yo no voy a poder separarme de los bebés, así que tendrás que dormir en el salón, aunque quizá sea más eficiente por el tema de la calefacción si tú duermes en el cuarto y yo con los bebés en el salón.» «Sí, por mí bien.» Era un tema del que hablábamos a menudo sin llegar nunca a

ninguna conclusión. Cuando decidimos mudarnos a ese piso no se nos pasó por la cabeza que algún día tendríamos dos bebés a la vez. De vez en cuando alguno de los dos sugería buscar un piso más grande, pero era algo que decíamos por decir, y, bien pensado, ya no daba tiempo. «Perdona, la bardana me ha quedado un poco dura.» «No, qué va. De hecho, me gusta así, con un poco de textura. No quiero que te canses cocinando tanto, ¿por qué no delegas un poco en mí? Puedo traer comida preparada a la vuelta del trabajo, cualquier cosa, en cualquier momento.» «Sí, comida preparada… ¿Cerramos ya las ventanas?» «Claro, no te levantes.» En la tele no ponían el programa que ella quería ver, así que puso otro que le hizo reír a carcajadas. Yo también me reí un poco, por puro contagio. Di una zancada por encima de la manta abultada en forma de perro y cerré la ventana. Me pareció que algo blanco y redondo se movía y brillaba reflejando la luz del tubo fluorescente, pero en realidad no se estaba moviendo. La salamanquesa de la ventana seguía inmóvil, sin hacer un solo ruido. Había puesto huevos, los había visto eclosionar, había desaparecido o se había retirado varias veces, repitiendo ese ciclo en silencio. Ahora ya había ocho salamanquesas, cada una con cuatro extremidades y cinco dedos en cada extremidad: un total de ciento sesenta ventosas minúsculas adheridas al cristal. Hice como que no había visto nada y corrí las cortinas amarillas con cuidado. En ese momento noté algo moverse a mis espaldas y un escalofrío me recorrió los hombros.

VISITA A LA TÍA

Toqué el timbre y, sin que casi diera tiempo a que sonara, se abrió la puerta y apareció una mujer de mediana edad con el pelo corto. «¡Ikari! ¡Ha desaparecido Ikari!» «¿Ikari?» «Es mi perra», dijo, y señaló a un perro pequeño y con las orejas caídas que meneaba la cola. «Pero esa perra…» «¡Esta no es Ikari!», soltó como un escupitajo, y dio media vuelta para meterse en la casa. Me apresuré a decirle: «Disculpe, hemos hablado antes por teléfono…». «Entra y siéntate donde quieras.» Mis opciones eran el sofá, una silla o el cojín encima de la alfombra. Elegí la silla. Había una capa fina de polvo en el reposabrazos. Me quedé observando la cara de la hermana pequeña de mi madre, es decir, mi tía, a la que en ese momento veía por primera vez. Tenía una nuca que parecía crecer del jersey, estrecha y rasurada. No se parecía en nada a mi madre. «Ikari es una perra de caza, fibrosa y suave y pelirroja…» La perra que estaba sentada en un rincón de la cocina tenía un pelo dorado con rizos algodonosos. «O sea que muy distinta de esta otra.» «No se parecen en nada. Esta no es mía.» Oí unos ruidos secos en la cocina y me la imaginé echando agua en el hervidor, encendiendo el fuego, luego levantando la tapa de la tetera y colocándola en la encimera.

Mi madre me había pedido por teléfono que fuera a ver a su

hermana menor, con la que no tenía contacto desde que esta se escapó de casa cuando era muy joven. Al parecer, se había mudado recientemente a mi barrio. Durante un tiempo la habían buscado por todas partes sin ningún éxito, hasta que un día, por casualidad, mi madre se encontró con una vieja conocida que le dijo como si nada: «Ah, pues ella vive en tal sitio…». «¿Te puedes creer que hasta se mandan tarjetas de año nuevo?» «¿Y por qué no vas tú misma?» Mi madre soltó una risita nasal. «No puedo dejar solos a los abuelos, están muy despistados.» «¿Sí? A mí no me lo parece…» «Sí, cada vez peor.» «Bueno, pero…» Yo ni siquiera sabía que mi madre tenía una hermana pequeña. «Es que pasó cuando yo todavía era soltera, tú no tenías ni forma ni sombra todavía… A ver, mira, apúntate la dirección y el número de teléfono.» «¿Número de teléfono?», dije elevando la voz sin querer. «¡Pues entonces llámala tú!» «Que no, que por teléfono es difícil saber…», dijo mi madre, y le dio la tos. «Es que por teléfono no podemos saber si de verdad se trata de ella o no», añadió después de toser un rato, con la voz aún destemplada. «Eso no lo puedo saber ni aunque vaya a verla.» «Sí, sí lo vas a saber cuando la veas. Al menos podrás decirme si parece feliz o infeliz. Solo tienes que ir a visitarla.»

«Ikari desapareció cuando la dejé en la peluquería.» Habló con un tono apagado que se mezcló con el sonido del vapor del agua que hervía. «Me fui tres días a un resort de la empresa en la que trabajo.» La perra juntó las dos patas delanteras cubiertas de pelo ensortijado y se quedó obedientemente sentada mientras nos miraba. «Nos dejan ir gratis una vez al año. En verano se llena enseguida y es imposible reservar, por eso yo siempre voy en invierno… Eso sí, ¡como está en la playa, hace muchísimo frío! Pero no hay nadie y se está muy bien. Lo único es que no admiten animales, por eso solía dejarla en la peluquería. Ahí la lavan, le

cortan el pelo y las uñas y se queda a dormir, porque también funciona como un hotel. Es una peluquería a la que vamos con frecuencia y nos gusta mucho a Ikari y a mí. Pero cuando fui a recogerla a los tres días, había desaparecido. Me dijeron que me llevara a esta perra.» «¿Y por qué no les dijiste que esta no era tu perra?» «Les dije que no era mía, pero ellos insistieron en que esta es la perra que les dejé, que qué me pasaba, que esta perra es Ikari. Me dijeron que intentara llamarla por su nombre, que ya vería yo cómo respondía, insistieron e insistieron…» «¡Ikari!», la llamé. La perra me miró con unos ojos negros e inteligentes y de la boca abierta le cayeron babas. Mi tía me ofreció una taza blanca. Me la acerqué a la boca y me sorprendió que el agua, que había supuesto recién hervida, solo estuviese tibia. Olía y sabía a algo indefinido, una mezcla de té negro, cereales y hierba. Era de color caoba. «¿Este es el color de Ikari?» «No, qué va, es mucho más… Si es que no te enteras. Por cierto, ¿quién eres?» «Soy el hijo de tu hermana mayor. Es decir, tu sobrino.» Mi tía abrió los ojos como platos y luego los estrechó. «Yo no tengo ninguna hermana mayor.» «Pero… hemos hablado por teléfono.» «No sé, a mí me llama mucha gente todos los días a todas horas. ¿Quién dices que eres?» Le resplandecieron los ojos, que ahora eran solo una línea. «… ¿Ikari?» Me levanté de la silla, sobresaltado. La perra emitió un gemido casi imperceptible mientras olisqueaba mis calcetines. Aúúú, aúúú. De repente mi tía se puso de pie, salió del salón, entró por una puertecita que parecía el aseo y cerró con llave. Esperé un rato, pero no oí ningún ruido. Sobre mi abrigo, colgado del respaldo de la silla, había unos pelos dorados. Sin saber qué hacer, me lo puse, me acerqué a la entrada de la casa y me calcé. La perra se puso a ladrar fuerte. «Bueno, hasta luego», le susurré a la perra, que seguía ladrando y meneaba la cola enfrente de la puerta. Tiré del pomo para abrirla, y justo en

ese momento un hombre joven se acercó y estiró la mano para tocar el timbre. Al verme se quedó un poco desconcertado, pero enseguida sonrió. «Disculpa, no sé si llego demasiado pronto. Soy tu sobrino, el que llamó ayer.» «Yo no…» Sentí un escalofrío. Cuando salí, me giré un momento para mirar y vi de soslayo a la mujer de antes, aunque no se parecía en nada a ella, salir del aseo. Miré al hombre joven, que parecía confundido, y lo esquivé para avanzar. Un aire frío y seco me golpeó las mejillas y pensé vagamente que la mujer a la que acababa de ver era idéntica a mi madre.

PEZ DOJŌ

Había una abeja posada en la parte trasera de la cabeza de la señora de mediana edad que caminaba delante de mí. No sé de dónde había salido, pero era una abeja hecha y derecha, con sus alas transparentes y el cuerpo dorado. La señora le estaba hablando a mi mujer, que caminaba a su lado, y no pareció percatarse de la presencia del insecto. De todos modos, dada la forma abultada de su pelo por detrás, era difícil que la abeja pudiera alcanzar el cuero cabelludo y picarle, por mucho que estirara su aguijón. La abeja se puso a deambular por el cabello cardado de la señora estirando y contrayendo el cuerpo rayado, y luego giró su fina cintura hacia la derecha. «Aquí a la derecha», dijo justo en ese momento la señora, y se dio la vuelta para mirarme. La abeja movió sus alas a punto de caerse, sacudida por el movimiento brusco de la cabeza. Me aguanté la risa. Mi mujer me miró con reproche.

Estábamos buscando piso sabiendo que el que teníamos se quedaría pronto pequeño ahora que mi mujer estaba embarazada. Ella quería un apartamento en un entorno óptimo para los niños, en un edificio con portal de cierre automático y otras medidas de seguridad para evitar robos, y que estuviera cerca de una guardería, un supermercado y un pediatra. En cuanto a mí, no me importaba que estuviera un poco alejado de mi lugar de trabajo con tal de que

fuera amplio y barato, aunque tampoco quería pasarme demasiado tiempo en la carretera. Visitamos varios pisos de la mano de distintas inmobiliarias, pero todos tenían algún fallo, y mientras nos decidíamos y no, la barriga de mi mujer fue creciendo y ahora ya solo faltaban tres meses para que saliera de cuentas. Después de probar con varias, una inmobiliaria pequeña nos ofreció una casa unifamiliar de dos plantas, aunque no de obra nueva. Al parecer, la dueña, una madre viuda cuyo hijo ya se había independizado, había vivido sola en esa casa durante los últimos diez años. «Estaba estupenda, pero como ya era mayor, su hijo no quería que viviera sola y le buscó un piso cerca del suyo. Por eso ahora ha puesto la casa en alquiler y se la estamos llevando nosotros.» La agente inmobiliaria, de mediana edad, puso en marcha la impresora mientras hablaba. Como estaba mirando hacia abajo, se hizo evidente la sombra de ojos que llevaba sobre los párpados. Los labios eran de color carmín. Fshhh. La impresora expulsó una hoja. Al fondo de la oficina, un hombre calvo se daba palmadas en la mejilla mientras escribía algo en un papel. Sobre el mostrador había una pecera en la que unos medakas de color carne escupían bolas diminutas de espuma. Iiiih, iiiih, iiiih. La mujer fue colocando las hojas recién impresas sobre la mesa: mapas del terreno, del barrio, fotos de la fachada, etc. «Es un edificio antiguo, pero lo reformaron hace cinco años y ha quedado muy bonito tanto por dentro como por fuera. Cuenta con una plaza de garaje. El barrio es tranquilo y silencioso. La estructura es antisísmica…» La primera planta consistía en un vestíbulo, una cocina americana, un salón, una habitación tradicional grande con tatami que daba al jardín y un cuarto de baño. Parecía tener bastantes armarios. Y el precio del alquiler entraba en nuestro presupuesto. En la segunda planta había tres dormitorios más o menos espaciosos con mosquiteras

incorporadas y un aseo. Pensé que, de los tres dormitorios, el más grande podría ser el de matrimonio; uno de los pequeños, para los futuros niños, y el otro para mí. Ahí habría espacio para todos los libros y DVD que tenía almacenados en cajas de cartón porque no nos cabían, y a lo mejor para poner una silla… «Me gusta.» «Sí, pero…», refunfuñó mi mujer. «Lo malo de una casa es que te pueden robar fácilmente, y no tiene portal con cierre automático.» «No hace falta, es una casa normal, no somos millonarios.» «Bueno… ¿y el barrio? ¿Sabe usted si es seguro?» La señora sonrió y asintió. «Les entiendo muy bien.» Los labios, con una capa generosa de pintalabios rojo, reflejaron la luz de los tubos fluorescentes. «Son un matrimonio joven a punto de tener su primer hijo, ¿verdad? Eso trae muchas preocupaciones. Pero no suele haber incidentes peligrosos por esta zona. Es un barrio tranquilo, con gente de toda la vida, relajado en el mejor sentido. Las calles comerciales están limpias. Hay un supermercado, un colegio y una guardería cerca, y muchas zonas verdes.» «A ver si eso va a suponer mucha convivencia con los vecinos…» «Pues no lo sé, nunca he oído que haya habido problemas entre vecinos. Pero si hay alguno que interfiera demasiado en su vida, usted me lo dice y nosotros tomamos medidas. ¿Qué les parece si vamos a ver la casa? Nos acercamos al barrio en coche y luego podemos darnos una vuelta por ahí, así se hacen una idea del ambiente, ¿no creen?» «Sí, muy bien.» Miré a mi mujer. Estaba seria, sujetándose la enorme barriga con las dos manos. Desde que se quedó embarazada, tenía la costumbre de tocarse la barriga cada vez que debía tomar una decisión. Ella decía que era para sentir cómo el niño se movía o daba patadas. «Por lo visto son muy sensibles al tacto de la madre, y a lo mejor incluso captan una psicología profunda de la que ni siquiera yo soy consciente, ¿sabes? Además, quiero respetar su voluntad.»

Lancé un leve suspiro y me subí al coche de la inmobiliaria. Apestaba a tabaco.

La señora abrió el candado que cerraba el portal y nos condujo a un jardín pequeño, con unos pocos árboles plantados. El suelo era de tierra desnuda. Había unas hojas caídas, todavía verdes y brillantes. «Me han dicho que pueden ustedes arreglarlo como lo deseen, como si quieren abonar y sembrar y montar una pequeña huerta familiar», dijo la mujer al percatarse de que yo estaba observando el jardín. «Eso estaría muy bien, seguro que sería muy educativo.» Una anciana de pelo cano pasó por delante de la casa. Tenía el flequillo ahuecado y esculpido como la copa de un árbol, y una espalda sorprendentemente recta. Giró la cabeza un instante para mirar hacia nosotros mientras caminaba, y al cruzar su mirada con la mía hizo una pequeña reverencia. Yo le correspondí. La anciana sonrió con sutileza y continuó su marcha. Caminaba muy erguida, casi sin mover el torso, como alguien que practica artes marciales o danza. La señora abrió la puerta corredera de la entrada. «Pasen», dijo.

Por un momento me pareció notar un aire húmedo proveniente del interior, pero debió de ser una falsa sensación. Al poner un pie en la casa me di cuenta de que ahí dentro corría el mismo aire seco del exterior.

La casa tenía un genkan[28] con sus azulejos, su armario para los zapatos y su peldaño de madera;[29] una cocina americana con un comedor, un salón y unos dormitorios impecables, sin una sola mancha, sin rayaduras ni daños aparentes. Las paredes no mostraban quemaduras por el sol ni agujeros de chinchetas, y el tatami no estaba ni descolorido ni hundido. Me quedé impresionado. «Está muy bien mantenido.» «Sí. Como habrán visto, en la primera planta, todo menos la cocina-comedor, los pasillos y el cuarto de

baño tiene tatami. Se dice que en realidad el tatami es muy bueno para los niños. No resbala y, si se caen, no se hacen tanto daño como en el suelo.» «Es verdad…» «Y… dígame —me interrumpió mi mujer—, ¿hasta cuándo estuvo viviendo aquí la dueña?» «Hasta el verano pasado. ¿Lo dice por algo?» «No, es que está muy bien conservada. Parece mentira que haya estado habitada hasta hace poco.» La señora sonrió con la cabeza alta. «Por lo visto la dueña era una persona muy limpia y ordenada, pero además nosotros nos responsabilizamos de la limpieza y el mantenimiento de las viviendas que llevamos.» «Limpia y ordenada…» Mi mujer me miró insatisfecha. Yo asentí con una sonrisa en un intento de tranquilizarla. Se podía ver el jardín a través de la puerta de cristal de la habitación con tatami. «El jardín es muy soleado.» La señora abrió la puerta y dio una vuelta por la habitación. Luego pasamos a ver la sala de baño, el aseo, los armarios, todo ello impoluto, amplio y cómodo de usar. Tiré de la ropa de mi mujer para que me mirara un momento. «Me gusta mucho esta casa», le dije. «Es sin duda la que más me gusta de todas las que hemos visto hasta ahora. Además, es grande.» «Sí…» Ella tenía la cabeza ladeada y movía los dedos ligeramente sobre la barriga, como masajeando la piel. «¿Qué es lo que tanto te disgusta?» «No sé qué es, hay algo… La persona que vivía aquí es la dueña de la casa, ¿no? ¿No crees que está demasiado limpia?» Me miró con desánimo. «Ya nos han dicho que la dueña era muy pulcra. Además, ¿cuánto puede manchar una abuela que vive sola?» «Es que no se trata de ser pulcro. Me parece que la persona que vivía aquí, más que pulcra, era…» «¿No les parece que la casa está como recién construida?» No me había dado cuenta de que la señora estaba justo a nuestro lado. El susto que se llevó mi mujer rozó lo ridículo. La señora siguió hablando como si nada, sonriente. «Está reformada con mucho gusto. Por ejemplo,

para el empapelado se ha elegido un color moderno, perfecto para una familia joven. En cuanto al suelo y las paredes, me dijo la dueña que les transmitiera que no se preocupen si dejan manchas o agujeros de chinchetas. Es una propiedad perfecta para familias con niños pequeños. La cocina es fácil de limpiar, viene con lavavajillas. Incluso en las habitaciones con tatami, que en general son difíciles de calentar (tienen ese punto débil), hay aparatos de aire acondicionado y calefacción. Bueno, si les parece, podemos subir a la planta de arriba. Le ruego a la futura mamá que tenga cuidado con los escalones.» La señora subió las escaleras haciendo ruido con sus pantuflas. La libreta que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón se desplazaba hacia arriba y hacia abajo con el movimiento de las nalgas, bastante bien moldeadas para su edad. A un lado de las escaleras había un pasamanos. Mi mujer se agarró fuerte a él y subió los escalones despacio. Me asomé a la habitación de seis tatamis, de estilo occidental, que quizá podría ser mi estudio. La ventana daba al jardín. Si el bebé resultaba ser un niño, podría ponerle una canasta de baloncesto. Seguro que mis habilidades estarían ya muy oxidadas, pero al menos le enseñaría lo básico. Y si era niña, también. Las niñas también juegan al baloncesto… Mi mujer se asomó por otra ventana para mirar el exterior. «Anda», dijo, y se giró hacia la señora. «Esta es la parte de atrás de la casa, ¿no? Veo que hay un espacio ahí.» «Sí, es el jardín trasero.» La mujer desplegó el mapa de la casa y le señaló el pequeño espacio que había entre la vivienda y el muro de ladrillos grises. «Se puede acceder desde el jardín, rodeando la casa. El cuarto de baño y el aseo de la planta baja dan justo a esa zona. ¿Quiere que lo veamos?»

Entre la casa y la propiedad de al lado había una franja tan angosta que casi había que encogerse para caber. Avanzamos por

ese camino hasta llegar al jardín trasero. Su aspecto sugería que nunca le daba el sol. En los rincones húmedos y oscuros se veían restos de musgo ya resecos. Rasqué un poco el suelo con el zapato: una especie de escombro blanco se despegó y se fragmentó en mil pedazos. «El aseo queda justo ahí enfrente. Antes de la reforma, por lo visto había una puerta aquí. Y justo aquí se ve que había un pozo con una palanca para la bomba de agua, y un lavadero.» La mujer dibujó en el aire la bomba de agua inexistente. En su lugar había un tubo estrecho cuyo agujero, pequeño y redondo, había sido cerrado con cemento. «Me imagino que el agua ya se habrá secado o está retenida en la fuente.» «Aquí no se puede colgar la ropa, se nota que le da muy poco el sol.» Escarbé el musgo mustio con el zapato. «Podríamos poner los cubos de basura aquí.» «¡Pero qué gusto da!», dijo mi mujer. «¿Qué?» «No sé, es un gusto este sitio. Huele bien.» Aunque hasta hacía unos instantes había estado refunfuñando, lucía ahora una sonrisa de oreja a oreja. «¿Hueles algo?», dije moviendo las aletas de la nariz, pero el aire frío me había anestesiado el olfato y no pude notar nada. «¿A qué huele?» «No sé…», dijo, y cerró los ojos. El lunar enorme que tenía debajo del ojo había cambiado de forma, como si se hubiera difuminado. «La entiendo muy bien», asintió la agente. «Creo que lo noto.» «Sí, creo que… Uy, me acaba de dar una patada.» Mi mujer abrió los ojos y se rio. «Ha estado quieto todo el día, pero me acaba de dar una patada.» La agente también se rio. Al estirarse, sus labios temblaron como una bolsa llena de un agua roja. Decidimos alquilar la casa.

Mi mujer volvió a su pueblo para dar a luz. Luego se quedó alrededor de dos meses con sus padres y, cuando volvió a casa, lo primero que dijo fue: «El jardín está muy maleado». Las hierbas de nombre desconocido crecían cada vez más tupidas a medida que se

alargaban los días, habían echado brotes nuevos y florecido por todo el jardín, y cuando me quise dar cuenta, ya se habían vuelto demasiado difíciles de cortar. «Nunca nos imaginamos que si alquilábamos una casa con jardín se llenaría todo de malas hierbas, ¿verdad?» «Bueno, imaginarlo sí, pero ¡vaya vitalidad! ¿También está así el jardín trasero?» Mi mujer tumbó al bebé, que tenía en brazos, sobre un colchón infantil dispuesto en el suelo. La niña dormía profundamente sobre un fondo blanco con pompas rosas. «Qué bien duerme.» «Sí, duerme muy bien cuando viaja en coche.» «Esta es tu casa, bebé. ¿Te gusta?» Mi mujer sacó de su equipaje un bote de leche en polvo y un cojín en forma de luna creciente, al parecer para la lactancia. Una luz rosada recubría la habitación. «¿Qué hacemos de cena esta noche?» «¿Quieres que vaya a comprar algo?» Ella se puso de pie, dubitativa, y abrió la nevera. «Pero», dijo, y me lanzó una mirada fulminante. «¿Qué?» «Los tomates.» «¿Qué tomates?» Al ver que le devolvía la pregunta, ella soltó un suspiro eterno. «Pensé que por lo menos los tomates te los comerías, pero veo que siguen ahí, intactos.» «¿Ah sí? No sé, no me he dado cuenta porque nunca abro el frigorífico.» «¿Esto qué es? Una bebida energética y… ¿chocolate? La nevera está llena de esto.» No supe qué responder. Mi mujer llevó los tomates al fregadero y se puso a mordisquear uno. «¿Pero qué haces comiéndotelos? Son de hace dos meses.» «Ya lo sé, pero parece que están bien.» Mordisqueaba el tomate sacando los codos y moviendo la cabeza para evitar que le goteara la boca. A continuación la oí sorber el jugo. «Tenía mucha sed. Qué rico.» Era cierto que no olía a podrido, pero tampoco olía como un tomate normal. Me giré para mirar al bebé: tenía los ojos abiertos y me estaba observando. Le vi alrededor de los ojos una legaña de un amarillo intenso. Nos miramos fijamente. Sentí que me estaba evaluando. No fue hasta

más tarde que supe que un bebé de dos meses todavía no tiene buena vista. Después de contemplarnos un rato, empezó a emitir un llanto que sonaba a «aaaah» y a «miau». Movía los brazos y las piernas en el aire como si estuviera nadando. Mi mujer se metió el resto del tomate de golpe en la boca, se secó las manos y corrió hacia la niña. «Ay, que te has hecho pis», dijo, y le cambió el pañal. Yo saqué un trozo de chocolate de la nevera y me lo comí. Como estaba recubierto de oblea, crujió al morderlo. Nada más cambiarle el pañal, mi mujer se colocó en posición y empezó a amamantar al bebé. «Entonces, ¿todo bien por aquí? ¿Ninguna novedad?» El aire de la habitación vibró con un sonido rítmico que no me resultaba familiar. «Nada especial… Bueno, sí. Una vez vinieron unas señoras que no conocía de nada y me pidieron que me metiera en la asociación de vecinos y les dije que no.» «¿En la asociación de vecinos?», dijo como extrañada. «Sí, me explicaron que se turnan para limpiar el espacio de los cubos de la basura y esas cosas, pero les dije que no, que nosotros estábamos de alquiler.» «¿Sí? Espero que no sea un problema.» «Bueno, supongo que lo sería si fuéramos propietarios… Y si empiezan a darnos problemas solo por eso, entonces sí que pondremos una queja.» «Bueno. Oye, tira las migas del chocolate en la basura, ¿vale?» Como no parecía nada interesada en el tema a juzgar por su tono de voz, me llevé una sorpresa cuando, unos días después, me dijo que se había unido a la asociación de vecinos. «Vino hoy a preguntármelo la presidenta, una tal Sugimoto, muy agradable. ¡Hasta cogió a Miya en brazos y la niña no lloró nada! ¡Con los números que monta normalmente si no está conmigo o con mi madre! Además, parece que conoce a la dueña de esta casa. Se mostró muy agradecida de que vivamos aquí, no le gustaba que estuviera tanto tiempo vacía.» «Ya.» «¿Ves donde está correos? Ella vive ahí detrás.» «De todas formas, es un

poco insistente, ¿no? Si ya le dije que no una vez, no sé por qué te ha tenido que volver a preguntar.» Me quité el traje. Después de toda una jornada de trabajo, la ropa adquiere un olor y una humedad desagradables, y tenía la sensación de que si no me lo arrancaba de encima se aferraría a mí con fuerza. «Además, ¿no ve que tenemos mucho lío con un bebé en casa?» «Se trata de limpiar la zona de la basura, que es un espacio común; no sería justo si fuéramos los únicos que no colaborásemos. Y luego, dos veces al año hacen una limpieza general del edificio y sus alrededores, incluidas las alcantarillas.» «¿En serio?» «No hace falta que tú lo hagas si no quieres, ya lo hago yo. Además, no conozco a nadie por aquí y he pensado que me vendría bien quedarme con las caras y los nombres de los vecinos.» Me enrollé la corbata alrededor de la mano. El padrastro que tenía en un dedo se quedó enganchado a los desniveles de la tela y emitió un crujido sutil. «¿No decías que te daba pereza la vida social en el vecindario?» Mi mujer se encogió de hombros. «Bueno…, puede que no siempre sea divertido, pero sí pienso que llevarse bien con los vecinos ayuda a prevenir robos.» No era la primera vez que cambiaba radicalmente de opinión respecto a un tema. Le ocurría todo el tiempo. Dejé la corbata enrollada sobre la mesa, entre biberones y cosas varias, y me fui al baño. Vacié el agua de la bañera, que ya se había enfriado, y me di una ducha. A través del ruido del agua pude oír el llanto intenso del bebé y el canto desafinado de mi mujer. A la mañana siguiente vi que la mesa estaba despejada; solo mi corbata seguía ahí, tal y como la dejé.

Los armarios, que me habían parecido tan grandes, se fueron llenando de cosas de mi mujer y de la niña, y en las paredes inmaculadas aparecieron dibujos pegados y manchas de ceras que no se habían limpiado bien, y el tatami se llenó de bellotas y abalorios, y la habitación pequeña que había querido hacer mía se

convirtió en una especie de trastero donde guardábamos el carrito de bebé, que ya no usábamos, un camioncito, ropa que ya no le valía, juguetes, el uniforme de la escuela infantil, restos de manualidades, un orinal… Ya no se podía ni abrir la puerta.

Era fin de semana y estaba embobado enfrente de la tele cuando llamaron al timbre. Sonó tal cual se escribe la onomatopeya: ding, dong. En realidad sonó dos veces: una vez al pulsar el timbre y otra al soltar el dedo, ida y vuelta. Pensé que venían a entregar algún paquete y me puse de pie tambaleándome y tirando del dobladillo de la camiseta ya dada de sí. Mi mujer y mi hija no estaban en casa. Sobre la mesa del comedor estaban extendidos los deberes de la niña. Un dictado y unos ejercicios de matemáticas. Tenía una letra diminuta y sin fuerza, igualita a la de su madre. En general mi letra era más limpia que la de mi mujer, pero probablemente la niña nunca me había visto escribir. Ding, dong, ding, dong. Cuando la dueña hizo la reforma debió de olvidarse del timbre, porque sonaba algo desafinado.

Había dos mujeres de pie en la entrada de la casa. Una era una abuela y la otra debía de ser de nuestra edad o incluso más joven. Ambas iban vestidas de andar por casa y llevaban una pequeña bolsa de plástico en la mano. «Siento mucho molestarle el fin de semana. Me llamo Sugimoto», dijo la abuela haciendo una reverencia al verme aparecer por la puerta. La joven también bajó la cabeza. «Ajá», dije con un carraspeo. Tosí un poco. «Eh…, somos del vecindario.» «Su mujer siempre nos ayuda mucho. ¿Está en casa?» «Pues es que no está, lo siento, ha salido.» Las dos se mostraron decepcionadas. «¿Miya también?» «Sí…» Se miraron sin cambiar ni un ápice su gesto de decepción. Aquello me irritó un poco. «Creo que estarán de vuelta pasado el mediodía.» «Pasado el

mediodía», susurró la joven. «Entonces… ¿como en dos horas?» «Imagino que sí, pero no estoy seguro, es solo una suposición. Dijo que iban a coger el tren, así que puede que no vuelvan hasta por la tarde.» «Aaah.» La joven, pálida, emitió un sonido que no era ni un suspiro ni un gemido. Después de un rato intervino la abuela con un tono un poco amenazante. «Señor», dijo. «¿Sí?» «En realidad hemos venido a preguntarle si podríamos usar su pozo.» «¿El pozo?» La joven no me quitaba los ojos de encima. A juzgar por su cara grasienta y sin maquillar, no parecía importarle nada su apariencia. En ese momento me sobresalté al darme cuenta de que mirar a aquella mujer era como observar objetivamente a la mía. «Resulta que mi nieta…» Al pronunciar la abuela estas palabras, la joven hizo una reverencia. Eso quería decir que las dos mujeres eran abuela y nieta. «Su hijo tiene fiebre y, como es festivo, la clínica está cerrada y los hospitales estarán llenísimos, y la verdad que mi bisnieto es un niño debilucho y…» La abuela interrumpió sus palabras y se me quedó mirando. Parecía dar por hecho que aquella explicación era suficiente, pero yo seguía sin entender nada. «Ajá.» «Así que…» «Si nos deja que saquemos a unos dojō, se lo agradeceríamos mucho.» «¿Unos dojō?», dije, boquiabierto. «Sí, viven en el pozo de su jardín trasero.» De repente, el sol que entraba por la puerta abierta dejó a las dos mujeres a contraluz, con sus siluetas ensombrecidas por completo. Me noté la boca seca y la lengua áspera. La sombra de las vecinas de pie en la entrada se infló como un globo y se fragmentó. «Ehhh.» Por detrás de ellas apareció mi mujer. «Hola, señora Sugimoto», dijo mientras cerraba el portón. En ese momento la luz de la entrada desapareció y las caras de las tres emergieron de entre la oscuridad. Mi mujer llevaba colgadas del codo unas bolsas de la compra. Estaban llenas y parecían pesadas. Tenía el flequillo sujeto hacia un lado, dejando la frente sudorosa al

descubierto. «Qué pronto has llegado.» «Pero si solo he ido al supermercado de aquí al lado.» Miré de reojo a la nieta, pero estaba pendiente de mi mujer y no me dijo nada. Ella dejó las bolsas en el escalón del genkan con esfuerzo. La expresión de la abuela había cambiado. Ahora se la veía muy contenta. «¿Y Miya? ¿Dónde está?» «Dijo que se quedaría jugando con sus amigas.» «Ay, qué bien. Pues mira, veníamos porque…» Su tono era incomparablemente más familiar que el que había adoptado conmigo. «Justo se lo estábamos preguntando a tu marido ahora, pero ¿nos podrías prestar el pozo?» «¿El del jardín trasero? Sí, claro.» Me quedé a cuadros al comprobar la facilidad con la que había respondido que sí. «¿Es para Shun?», preguntó con un gesto triste. «Sí, le ha vuelto a pasar.» «Ay, ya lo siento. Pasad por aquí. Ahora voy yo en cuanto guarde la compra.» Abuela y nieta la miraron con gran alivio y se alejaron del genkan. Mi mujer se descalzó y se llevó las bolsas al comedor. «Oye, ¿qué van a hacer?» Estaba guardando un paquete de algo en la nevera. «¿A qué te refieres?» «Al pozo, ¿a qué va a ser?» «Sí, necesitan el pozo del jardín trasero.» Amontonó unos uri[30] gigantes de un verde muy oscuro en el cajón de las verduras. «Pero ¿qué dices?, si ya no tiene ni bomba de agua.» «¿Bomba de agua? La bomba de agua no tiene nada que ver.» «¿Cómo que no tiene nada que ver?» «¿Qué más te da? La señora Sugimoto es siempre muy amable conmigo. El otro día nos trajo unos melocotones buenísimos, ¿te acuerdas?» «¿Qué melocotones?» «¿No te acuerdas de que los pelé y los corté y los comimos de postre?» «No, no me acuerdo.» «Mentira.» Mi mujer se arregló el pelo y salió al jardín soleado. Me apresuré a seguirla. Al ver que iba detrás de ella, me miró con recelo, pero no dijo nada.

Hacía mucho que no pisaba el jardín trasero. El aire ahí era fresco y húmedo. El musgo estaba negruzco e hidratado y había echado una especie de tallos con unos brotes que parecían

pequeños frutos. Sentí el barro hundirse bajo el peso de mis sandalias. Las dos mujeres se habían agachado junto al musgo y tenían las manos en la tierra. Estaban mirando a un punto, pero no era donde había estado la bomba de agua. En la pequeña bolsa de plástico que la nieta tenía a su costado, había una pequeña red similar a las que se usan para los peces tropicales. «Ay, qué bien que ya estás aquí. No podemos abrirlo solas, está demasiado duro.» La abuela señaló el musgo con un dedo blanco y arrugado. Allí había una ranura. ¿Una ranura? ¿Una ranura en el suelo? «A ver, que os ayudo.» Mi mujer se agachó junto a ellas. Yo me quedé de pie, atónito, mientras las tres me miraban de soslayo y decían: «Uno, dos y…». A continuación, todas metieron los dedos en la hendidura y tiraron con fuerza. Hasta la abuela, que sin duda era muy mayor, estaba haciendo un esfuerzo físico tremendo. Oí un sonido como de algo que se abre y un cuadrante del musgo se elevó. Lo que había tomado por suelo era en realidad algún tipo de tapadera. «¡Ya sabía yo que tú ibas a poder!», exclamó la anciana. «Sí.» «Un poco más», susurró mi mujer. Las tres volvieron a coger aire, le dieron la vuelta al cuadrante elevado del musgo y dejaron la tapadera en el suelo. Era similar a las tapas de cemento de las alcantarillas. De hecho, la abertura semejaba la de una alcantarilla; la única diferencia era que tenía encima una capa de musgo. Un agujero cuadrado y negro se abrió en el lugar donde había estado la tapa. Dentro había agua. El agua vibraba y reflejaba los rayos del sol. Me llegó un olor extraño. ¿Eran acaso los restos del pozo? Pero me habían dicho que se había secado. Oí una especie de chapoteo. Algo saltó en el agua y el reflejo blanco de la luz se fragmentó en mil pedazos. «¡Ahí está!», gritaron la abuela y la nieta. Esta gateó un poco sobre el musgo y metió la pequeña red en el agujero. El agua, que me había parecido negra hasta ese momento, se volvió transparente cuando subió la

red. No había capturado nada. La nieta repitió el gesto varias veces, metiendo y sacando la red. A juzgar por cómo se movía el agua, debía de haber mucha cantidad ahí dentro. Era casi como si todo el suelo que pisábamos tuviera agua debajo. Con cada movimiento de la red, la superficie líquida se mecía suavemente hasta que se tornaba turbulenta y brillante. La nieta clavó la red en el agua varias veces más sin perder la concentración. Mi mujer y la anciana emitieron sonidos de entusiasmo. No sé cuánto tiempo estuvieron así. En un momento dado, alguien —no sé si mi mujer o la nieta— exclamó: «¡Ya!». La red contenía algo pequeño y alargado. Era gris, resbaladizo y brillante. «Aquí está el dojō.» «Ahí está, ahí está.» «Uf, menos mal.» La abuela metió en el agujero la bolsa que había estado sujetando y la llenó de agua, y poco después la nieta deslizó dentro al pez. A través del plástico fino y blanco pude ver cómo el dojō, del tamaño de un meñique, se movía de un lado a otro. La nieta cogió dos o tres más de esos peces. Una vez capturado el primero, los otros llegaron fácilmente. Los vi ondear juntos en el fondo de la bolsa. Estaban envueltos en una especie de moco oscuro, del color de la tinta aguada. Por un lado, parecía que se estaban derritiendo en el agua; por otro, era como si el agua se estuviera coagulando. «Bueno, creo que ya tenemos suficientes», dijo la anciana, e intentó levantarse del suelo con la bolsa cerrada en las manos. Al ver que sus rodillas flojeaban, mi mujer se apresuró a sostenerla. «Gracias.» «De nada, me alegro mucho de haber podido ayudar», dijo mi mujer sonriente, dándole una palmada en el hombro a la nieta. Esta se sonrojó y una leve sonrisa se le dibujó en los labios por primera vez. Tenía la camisa mojada a la altura del pecho y se le transparentaba un sujetador negro. «Con esto ya estamos.» «La fiebre.» «El pozo.» «Este pozo.» «Estoy muy agradecida.» «Gracias.» «Gracias», se susurraron las tres. La abuela

y la nieta me hicieron una reverencia con la cabeza y salieron del jardín trasero. Mi mujer se volvió a agachar, agarró la tapadera pesada con una mano y la sujetó con ayuda de la otra. Sin que me diera tiempo a reaccionar, la levantó y volvió a encajarla en su lugar con un ruido propio de los objetos pesados. Luego tapó el lugar con el musgo y lo alisó. Ahora ya era imposible saber dónde estaba el agujero; tan solo quedaba la estrecha ranura por la que las tres habían metido los dedos, brillando levemente al sol. Un pequeño cangrejo se escapó por ahí y desapareció entre la espesura del musgo. En el tiempo que tardé en parpadear, también la ranura desapareció de mi vista, cubierta por el musgo. Mi mujer se sacudió las manos en la parte de atrás de los pantalones y soltó un suspiro largo mientras estiraba la espalda. «No sabes cómo pesa esa tapadera.» «Oye, pero… ¿qué ha sido…?» No sabía muy bien cómo decirlo y titubeé. «Esos dojō… ¿Se los van a comer?» Mi mujer me miró como si fuera imbécil. «¿Y por qué se los iban a comer?» «Yo qué sé. Pero entonces…» «¡Ya estoy aquí!», oí decir a la niña desde la entrada de la casa. «¡Muy bien!» «Mamá, ¿estás fuera?» «Sí, donde el pozo. ¡Enseguida voy!» Y caminó a paso ligero hacia el jardín delantero. Pisoteé unas cuantas veces la zona del musgo por la que había desaparecido el cangrejo, pero lo único que sentí fue cómo el pie se me hundía en la superficie mullida. Salí al jardín delantero rozando los hombros contra la pared de la casa. El sol brillaba con tal fuerza que me cegó. Unas flores rosáceas y arrugadas recubrían los árboles del jardín. Oí las voces alegres de mi mujer y mi hija hablando dentro de la casa. Me quedé ahí de pie, con la mirada siempre fija en aquellas flores que parecían de crepé.

A la mañana siguiente, cuando me estaba poniendo los zapatos para salir, oí un crujido en la suela: era un trozo de caparazón de cangrejo, ya reseco y hecho añicos.

EL CANTO DEL JARDÍN

(Basado en «El canto de la grulla», de Jun'ichirō Tanizaki)

Yo era amiga de Shōko, pero por algún motivo se distanció de mí cuando su padre regresó a Japón. Dejé de verla por completo. Me había dado cuenta de que ella vivía sin su padre, pero pensé que quizá había enfermado y fallecido, hasta que mi madre me dijo un día que vivía en el extranjero. «¿En el extranjero? ¿Por trabajo?» Yo le dije, escéptica, que no podía ser, que si fuera verdad Shōko me lo habría contado. Ella puso cara de circunstancias. «Lleva años sin regresar, y como ha pasado tanto tiempo, se han empezado a temer que quizá haya fallecido… Por eso no puedes sacarle este tema a Shōko, ¿entendido?» Un padre que no vuelve en años y del que ni siquiera se sabe si se encuentra bien… Aquello aumentó mi simpatía hacia ella y deseé poder consolarla, pero como mi madre me había insistido en que fingiera no saberlo, continué como si nada, pasando el rato con ella charlando o recogiendo flores.

Yo tenía un perro pequeño. Se llamaba Koro y a quien más quería de mis amigas era a Shōko. A veces le ordenaba que se sentara a esperar mientras Shōko y yo nos colocábamos a cierta distancia la una de la otra, formando un triángulo entre los tres, y lo llamábamos a la vez: «¡Koro!». Entonces el perro no sabía a quién

acudir primero y se quedaba dudando. A Shōko le encantaba que Koro hiciera eso, le parecía gracioso y tierno, y se reía a carcajadas. A veces iba yo a su casa. Mi casa era blanca y de estilo occidental, y en el jardín teníamos apenas unas rosas trepadoras que se enredaban en la verja del portal y poco más, en parte porque Koro escarbaba en la tierra y arrancaba las plantas… En cambio, el jardín de Shōko tenía un diseño complejo y exuberante, por lo que mi madre me prohibió que llevara a Koro: no quería que causara destrozos. Cuando Shōko y yo salíamos de mi casa corriendo y agarradas de la mano, Koro nos despedía en la entrada con gemidos lastimosos. «¿Por qué no te traes a Koro? Nadie vigila el jardín», decía ella a menudo, girándose para decirle adiós al perro con la mano. «A mí me gusta más tu jardín, Yō-chan. El nuestro es aburrido.» Era cierto que en su jardín resultaba difícil jugar a la pelota o dejar que un perro corriera.

A simple vista parecía un viejo jardín abandonado, pero en realidad las hierbas tupidas, las rocas, los acantilados en miniatura y los tapices de musgo empapados de agua estaban diseñados así a propósito. El jardín lo había construido el difunto bisabuelo de Shōko, y la pequeña choza que le había servido de refugio permanecía aún frente al acantilado. Al parecer, dentro de la cabaña ya ennegrecida y recubierta de musgo se conservaban aún varios de sus libros. «Yo nunca he entrado, pero creo que sería mejor que la tirasen, parece que está a punto de caerse. Aunque mi madre dice que hay que dejarla como está. También le importa mucho el jardín y está siempre con que tales hierbas han crecido demasiado o que a tal zona le da demasiada sombra… Pero dice que no se puede tocar ni cambiar nada.» «¿Por qué?» Shōko no supo responder a mi pregunta; se limitó a ladear el cuello. Pensé que quizá tenía algo que ver con su padre, por lo que no insistí más.

Al contrario que a ella, a mí me encantaba aquel jardín, sobre todo a principios de verano. Los ciruelos que, ya sin flor, empezaban a recubrirse de un follaje tupido, veían crecer a sus pies lo que parecían simples hierbajos pero que en realidad eran unas flores de cinco pétalos azules veteados que se abrían a la vez. En el lado sur del jardín, las peonías brillaban traslúcidas al sol y se mecían suavemente al viento, siempre dispuestas a acoger a las abejas, y aquellas otras flores diminutas, que crecían del mismo tronco de los pinos de ramas torcidas y que Shōko decía que eran orquídeas de montaña, lucían unos pétalos blancos del tamaño de un grano de arroz y daban la impresión de estar cosidas con un hilo de telaraña teñido de un rojo pálido. Desprendían un aroma fuerte y dulce que no tenía nada que envidiar al de las rosas. Cuando soplaba el viento, los bambúes, altos y rectos, chocaban entre sí haciendo sonar sus troncos huecos, y los sauces se balanceaban con sus ramas enredadas. Particularmente bonito era el pequeño estanque en cuya superficie flotaban unas plantas acuáticas verdes y sobre el que caía un chorro fino y constante de agua. Allí, los guérridos y otros insectos pequeños dibujaban ondas con sus movimientos y, si se ponía atención, se llegaba a oír, entre el fluir del agua, el sonido sutil de un chapoteo. En la orilla, las glicinas derramaban sus flores hacia el estanque y se columpiaban justo al ras del agua, y se veía a los dojō dar pequeños saltos por encima de la superficie. Cuando le pregunté a Shōko por ellos, se quedó sorprendida y me dijo que no sabía que vivían en su estanque. Y el escondite… Jugar al escondite en mi jardín podía resultar aburrido, pero cuando iba al de Shōko nunca quería marcharme sin haber jugado al menos una vez. Cuando me quedaba agachada en silencio, me imaginaba en plena montaña, esperando a una amiga en una casa secreta que nadie más conocía. Y esa amiga no era una persona, sino un mamífero o

un pájaro, y por supuesto yo tampoco era una niña humana. Era una mariposa o algún insecto con caparazón, o una flor diminuta, o incluso podía ser esa bolita que nacía de la punta del musgo; no importaba; simplemente respiraba hondo para que mi aliento tuviera el mismo olor que el aire que me envolvía. El jardín se extendía hasta el infinito y fluía como una corriente natural. Si mi amiga me encontraba, me decía: «¡Pero si busqué antes por aquí y no te encontré! Qué bien te escondes, Yō-chan, con lo alta que eres». Aunque defraudada, también suspiraba de alivio. La madre de Shōko era muy amable y nos ofrecía té para calmar la sed y el cansancio de tanto jugar. «Yo también quiero un perro», dijo un día Shōko. Su madre negó con la cabeza, sonriente, y no dijo nada. «No tiene que ser un perro. Puede ser un gato o un pájaro.» «Claro.» La sonrisa de la madre era siempre dulce y hermosa, pero escondía una pena honda, quizá porque su marido no regresaba nunca, y ahora que lo pienso esa sombra de aflicción también se extendía por la cara de Shōko. Ese día, cuando ya me iba, la madre me dio bordes secos de pan de molde: «Toma, un regalo para Koro». Koro era un perro raro y le encantaban los bordes del pan de molde. Era gracioso verlo morderlos con sus colmillos pequeños y los ojos redondos muy abiertos. A Shōko siempre la hacía reír a carcajadas. «¿Puedo echarles un poco a las carpas del estanque?», pregunté después de darle las gracias. La expresión de la madre adquirió una tristeza sutil. «Las carpas no comen pan», me dijo.

El padre de Shōko regresó a su casa un día de mucho frío. Shōko y yo llevábamos varios días sin jugar juntas. Yo había estado acatarrada y mi madre me había prohibido que me visitaran mis amigas por miedo a que las contagiara. Me dediqué a leer y a tener largos sueños. En ellos aparecía con frecuencia el jardín de Shōko a

principios de verano, y yo era una carpa y saltaba en el agua y aprovechaba el ritmo de los brincos para agarrarme a las glicinas (agarrarme a algo sin tener manos era extraño, pero no resultaba difícil en el sueño) y me dejaba mecer por el viento, o chupaba la espalda de un garapito, o me zambullía hasta las profundidades y flotaba boca arriba para contemplar los haces de luz que se abrían camino entre las plantas acuáticas, y de repente me convertía en una abeja dorada y revoloteaba alrededor de las ramas de los sauces, apenas rozándolas, entre zumbidos, o me bañaba en polen revolcando mi cuerpo en la infinidad de pétalos superpuestos de las peonías… Cuando despertaba del sueño, la almohada estaba empapada de sudor, y cada vez que la cambiaba por una limpia notaba que iba estando un poco mejor. Ya se acercaba el final del año y había mucho ajetreo en la casa, y fue entonces cuando me dijeron que el padre de Shōko había regresado. «Cuánto me alegro de que haya vuelto sano y salvo», dije. Mi madre asintió con preocupación. «Shōko debe de estar muy contenta. Y su madre también», insistí. «Bueno, si está sano y salvo… no lo puedo saber, así a simple vista.» «¿Por qué? ¿Está mal?» «No lo sé», dijo mi madre, e interrumpió sus palabras para tomar aire. «Por lo visto está muy cansado, así que no puedes ir a jugar a su casa, haríais mucho ruido. Además, tú todavía te estás recuperando. Tendrás que dejar de ir por allí durante un tiempo», me dijo después de una pausa llena de dudas. Aun así, yo seguí esperando a que llegara el día en que pudiera volver a jugar con Shōko.

Mi deseo no se cumplió. Shōko ya no quería jugar conmigo tras el regreso de su padre. Yo obedecí a mi madre y me abstuve de ir a visitarla. Pensé que quizá así ella vendría a verme a mí… y a Koro; hacía mucho que no jugaba con él tampoco. Pero los días pasaban y Shōko no venía a jugar, y me entristecí pensando que, ahora que por

fin podía pasar tiempo con su padre, ya se habría olvidado de mí. Por mucho que le preguntaba a mi madre, ella se limitaba a decir que todavía no podía ir a su casa.

Un día, cansada de esperar, me armé de valor y decidí ir a visitarla. Al principio vacilé, pero al final me llevé a Koro en brazos. Me pregunté si yo le habría dicho algo que pudiera haberla molestado sin darme cuenta; si ese era el caso, seguramente se pondría de buen humor al ver la cara tierna de Koro. Habíamos pasado de jugar todos los días a no vernos nunca y estaba nerviosa. Me dirigí a su casa abrazada a mi perro, que temblaba cálido y pequeño. El jardín estaba rodeado de un muro de piedra viejo y semiderruido, recubierto de hiedra aquí y allá, y siempre que llegaba a su altura empezaba a sentir un olor indescriptible a agua turbia y plantas. Sin embargo, ese día no fue eso lo que percibí, sino un extraño y afilado hedor que me producía quemazón en la nariz. Al mismo tiempo, Koro empezó a ladrar en mi pecho con todas sus fuerzas, intentando escabullirse. Era un perro que casi nunca ladraba; de hecho, mi madre se lamentaba de que no fuera mejor guardián. Sin embargo, ese día se puso a ladrar mientras le caían babas de la boca, y al oírse a sí mismo se alteró y ladró aún más. «Koro, Koro», traté de calmarlo, pero sus orejas, habitualmente caídas, estaban ahora tiesas hacia los lados, e incluso hizo amago de morderme el pecho. Me quedé paralizada, sin saber qué hacer, y en ese momento oí una voz aguda desde el otro lado del muro. Era muy aguda; no supe si humana o de algún pájaro, ¿o un instrumento? Koro, estimulado por el sonido, empezó a aullar. «¡Koro, Koro!», dije casi a gritos, pero no parecía oírme. Me sentí desesperada y perdida, sosteniendo con fuerza, casi como si lo retorciera, a un pequeño demonio peludo que se negaba a obedecer. Por fin, oí el ruido de una puerta corredera que se abría y al poco

tiempo se asomó por encima del muro un señor de tez cetrina al que no había visto nunca. Tenía la piel amarillenta y los ojos también amarillentos y una barba rala en el mentón. Los ojos cetrinos me miraban como derramándose hacia el suelo. O quizá no me estaban mirando; no me sentí observada, pese a que su mirada sí parecía dirigirse hacia mí. Aterrorizada, salí corriendo mientras Koro continuaba agitándose en mis brazos.

Al llegar a casa y contarle todo aquello a mi madre, me explicó con amargura por qué el padre había regresado a casa. No solo lo había oído de la propia madre de Shōko, sino que era una historia que corría por todo el vecindario.

Cuando Shōko tenía cinco años, un día su padre dijo que se iba a China y se marchó. Su viaje no estuvo motivado por un cambio de trabajo, sino por su pura pasión por aquel país, y nunca dejó claro cuándo iba a volver. La madre crio sola a Shōko y cuidó de la casa con todo el cariño del mundo. Y, de repente, siete años después, su marido había regresado sin previo aviso y acompañado de una mujer china. La madre acogió a su marido y aceptó a su nueva pareja, con la que, al parecer, él llevaba ya cinco años viviendo como si estuvieran casados y sin la que, confesó, no podía vivir. «Y además se ha traído una grulla con él.» «¿Una grulla?» «Una majestuosa grulla de coronilla roja.» Mi madre soltó un suspiro de lamento por la infelicidad de su buena amiga. «Una mujer tan delicada y amable no se merece algo así. Me da mucha pena. Se ve que él ya solo quiere hablar chino y ni siquiera le dice a la madre de Shōko qué quiere cenar ni qué quiere hacer. Se ha construido una cabaña nueva en el jardín y ahí vive con la otra mujer. Y la grulla se pasea por el jardín sacando pecho, como si aquello le perteneciera. Una grulla enorme.» Sin duda Koro se había puesto a ladrar de aquella manera al oler a la grulla, y aquel señor de cara cetrina debía de ser el padre de

Shōko… En cualquier caso, no era motivo para que no viniera a jugar conmigo. «Por lo visto, el padre tampoco le dirige la palabra a Shōko. La pobre niña tiene que estar sufriendo… Pero no te preocupes, seguro que cuando pase un poco de tiempo vendrá a jugar contigo otra vez.» Y, al decir esto, mi madre entrelazó sus dedos con los míos y balanceó las manos hacia arriba y hacia abajo.

Pasó un mes, y otro, y Shōko no vino a jugar conmigo. La tristeza dio paso al enfado y se me quitaron las ganas de ir a verla. Me busqué otras amigas con las que jugar, y cuando quise darme cuenta había transcurrido un año. Llegó el verano, luego el otoño, luego el invierno. Florecieron los ciruelos, los cerezos. Y un día, cuando ya casi me había olvidado de ella, de repente Koro empezó a echar espuma por la boca y se murió. Mi padre me explicó que seguramente se había comido algún veneno para gatos que alguien del vecindario había dejado en la calle; le cavó una tumba en el jardín y le puso una lápida. Luego compró pan fresco en la panadería y se lo dejó como ofrenda. Yo corté varias rosas recién brotadas y decoré la tumba sin parar de llorar.

Y así pasé mis días, entre llantos, hasta que un día vino la madre de Shōko a visitarnos. «He traído unas peonías del jardín. Lamento mucho lo de Koro.» A mí ya se me habían quitado las ganas de verla, así que cuando oí su voz en el vestíbulo me escabullí hacia el fondo de la casa. «¿Cómo está Yō-chan?» «Estaba hace un momento en el jardín.» A continuación, la madre de Shōko y la mía intercambiaron unas palabras en voz muy baja. Vi en el jardín trasero la pelota que le gustaba a Koro y rompí a llorar una vez más. Las lágrimas no se acababan nunca. Cuando la madre de Shōko se marchó, fui a ver la tumba de mi perrito: ahí estaban, enredadas en las rosas, las peonías gigantes aún medio cerradas. Al observar la belleza del capullo verde, duro como una canica, que derramaba

unos pétalos rojizos, me di cuenta de que ya estábamos en temporada y recordé las peonías de aquel jardín… Me quedé embobada un buen rato, y cuando desperté de mi ensoñación había unas cuantas hormigas escalando los pétalos. Molesta, agarré la regadera y eché agua sobre las diminutas hormigas negras. El agua formó un pequeño charco en la tierra aún blanda de la tumba de Koro.

Por fin las rosas se abrieron del todo, pero, por alguna razón, los únicos insectos que se acercaban a ellas eran unos abejorros grandes y peludos; no había ni sombra de las dulces abejas melíferas amarillas y traslúcidas que las solían visitar. ¿Estarían espantándolas los abejorros? Las peonías debían de estar esplendorosas en el jardín de Shōko, y las glicinas… ¿se habrían marchitado ya? Sumida en mis pensamientos, no me percaté de que había llegado caminando hasta el muro de piedra del jardín de mi amiga. Aunque me moría de ganas de entrar, me daba vergüenza llamar a la puerta, por lo que empecé a dar vueltas alrededor del muro. En ese momento encontré un pequeño agujero entre las piedras. Me asomé: lo que vi me cortó la respiración.

Habían construido una cabaña extraña. En el mismo lugar en el que el bisabuelo de Shōko había erigido su choza, esa que la madre había dicho que no se podía tocar, lo habían tirado todo para levantar una pequeña caseta de dos plantas. Parecía hecha a mano, quizá con madera de palisandro; en todo caso era de un color sofocante, y el tejado, ahora irreconocible, estaba recubierto de unas tejas relucientes que parecían de juguete. Frente a la casa, una mujer vestida y arreglada como una muñeca. Su estrecha cintura estaba envuelta en una tela pesada y roja, con bordados dorados que resplandecían al sol. Seguramente era la mujer que el padre se había traído con él. Llevaba el pelo recogido y a ambos lados de la

nuca blanca le colgaban, temblorosos, unos pendientes de jade de gran tamaño. Exhalé una bocanada de aire. Era imposible que me hubiera oído, pero la mujer se giró hacia mí. Para mi sorpresa, la mujer era Shōko. «¡Shōko!», exclamé sin querer. Ella se tensó y empezó a mirar a un lado y a otro. El hueco por el que yo me asomaba entre las piedras era del tamaño de mi ojo. Enseguida corrí hacia el portal y entré en el jardín. Shōko me miró estupefacta. Tenía el flequillo perfectamente recortado por debajo de las cejas y un peinado que no me resultaba familiar y sobre el que llevaba clavados unos extraños adornos de un rojo vivo. También los brazos, aquellos brazos con los que le había lanzado a Koro la pelota y los trozos de pan, estaban ahora envueltos en unas pulseras del mismo jade que los pendientes, del color de las plantas acuáticas que flotaban en el estanque y con un brillo similar al de la superficie del agua. Aunque su aspecto era el de una extranjera, aquella era sin duda mi amiga Shōko. Sentí mucha nostalgia y los ojos se me llenaron de lágrimas. «Shōko… Cuánto tiempo…» Apenas pronuncié esas palabras, su cara se tiñó de amargura y desvió la mirada hacia abajo. «Se ha muerto Koro. Tu madre nos trajo unas peonías…» Miré alrededor: en el jardín florecían unas peonías muy parecidas a las que habíamos recibido, con los pétalos ya un poco reblandecidos, pero abiertos como si alguien les hubiera dado la vuelta. Desde la orilla del estanque pude ver cómo unas abejas doradas revoloteaban alrededor. «Estoy muy triste, se ha muerto Koro y tú ya no vienes a jugar conmigo…», le dije, y noté que se me llenaban los ojos de lágrimas y se me quebraba la voz. Entonces vi que también de los ojos de Shōko, que continuaban mirando al suelo, brotaban lágrimas.

Justo cuando iba a correr hacia ella, algo blanco atravesó el espacio entre nosotras. Era la grulla. Era casi tan alta como nosotras

y tenía un pico largo y afilado que nos apuntó con agudeza, aunque no creo que tuviera interés alguno en mirarnos. Sus plumas níveas refulgían como untadas con aceite, y tenía los ojos redondos rodeados por un círculo del color de la sangre. De manera inconsciente di un paso atrás, y la grulla emitió un graznido agudo. Iiii, iiii, iiii, kiii, kiii. Dio unos pasos sin dejar de graznar y, cuando llegó a la orilla del estanque, sacó las patas hacia delante con orgullo y empezó a dar vueltas en el borde del agua, removiendo y agitando las plantas acuáticas sin orden ni concierto. Shōko seguía callada. Me llegó un viejo olor que recordaba haber percibido aquella vez con Koro. Sentí que se me dormía la nariz; era un olor entre desagradable e inquietante. La grulla volvió a graznar. O eso pensé, pero no: aquella no era la voz de la grulla. Al ver que Shōko se giraba para mirar hacia arriba, hice lo mismo. Era la voz de una mujer que le hablaba asomada a la ventana de la segunda planta de aquella extraña caseta. La mujer repitió algo en voz alta. No entendí nada; debía de estar hablando en chino. La cuestión es que Shōko también elevó la voz y le respondió… ¡en chino! Me quedé pasmada. ¿Desde cuándo Shōko hablaba ese idioma? Para colmo, sonreía de oreja a oreja mientras respondía a la mujer, como si la amargura que tenía en el rostro hacía unos momentos nunca hubiera existido. Aunque era indudablemente la voz de Shōko, no entendí nada de lo que decía. A continuación dio una vuelta sobre sí misma como si estuviera danzando, ignorando mi presencia por completo, y la mujer que miraba desde la ventana se rio a carcajadas. El sol le daba en la cara y no pude distinguir sus facciones. También Shōko se rio a carcajadas. Las dos parecían idénticas. La grulla, que seguía con las patas metidas en la orilla, graznó casi al unísono. Tenía un dojō atrapado en el pico. ¡El dojō! ¿Sería el mismo que había visto yo en el estanque? La grulla elevó el pico inclinando todo el cuello

hacia atrás y engulló al pez contrayendo varias veces su garganta. Luego me miró y emitió un chillido. Triste y decepcionada, salí del jardín sin decir nada más. Oí a mi espalda la voz de Shōko, pero hablaba en una lengua que yo no entendía, y sobre ella se superpuso un nuevo graznido de la grulla. Por qué, pensé, por qué todo el mundo se empeña en destrozar mi jardín… Es ridículo si lo pienso ahora, pero en ese momento lo sentía mío. Estaban destrozando mi jardín. Shōko y la grulla y aquella mujer. Quise olvidarme para siempre de ese lugar. Borrar de mi memoria que una vez tuve una amiga llamada Shōko. Caminé y caminé, y en un momento dado me di la vuelta. Ya no se veía nada del otro lado del muro de piedra. Ya no había nada. Vi a un anciano caminar con un bastón, a paso lento, entre ese muro y el de los vecinos. Se paró y se quedó mirándome, como si quisiera pedirme indicaciones: me apresuré a mirar al frente y seguir adelante. El verano había llegado hasta allí. Sí, el viento ya era de verano. Las peonías no tardarían en marchitarse.

Fue unos días después cuando Shōko mató a aquella mujer. «Eres la enemiga de mi madre», balbuceó en japonés, al parecer, mientras le clavaba un puñal en la garganta a la que podría haber sido su hermana gemela. Justo donde florecían las peonías. Me imaginé a las abejas posándose sobre su cuerpo inmóvil y semienterrado en pétalos. Fue la madre quien halló el cadáver. Al principio se abalanzó sobre el cuerpo y lloró creyendo que era su hija quien había muerto; había gemido enloquecida al pensar que quien se acercaba con un puñal en la mano no era Shōko, sino la mujer. En ese instante, quizá asustada por el gemido de la madre, la grulla, que se suponía que tenía las alas cortadas, alzó el vuelo y desapareció para siempre. «Nunca podré entenderlo», me dijo la propia Shōko años después,

ya de adulta, cuando vino a tomar té a mi casa y me contó lo ocurrido.

UNA PERRA BUENA

De camino al onsen[31] que había orillas del río, me quedé dormida en el asiento del copiloto mientras mi marido conducía. Al oír que alguien me decía algo, abrí los ojos y vi que la luna delantera del coche estaba oscura por un lado y clara por el otro. En el lado oscuro había un bosque. «¿Verdad?», dijo mi marido en voz baja. Quizá llevaba hablándome un rato sin darse cuenta de que me había quedado dormida. «Perdón, estaba dormida.» «Ya lo sé.» Giró el volante. El camino que se extendía delante de nosotros tenía muchas curvas, típico de montaña. Una gran moto negra y plateada se aproximó circulando por el carril contrario, y justo cuando la dejamos atrás, vino otra, y luego otra, hasta unas diez en total. ¿Sería una reunión de moteros aficionados? De no ser así, ¿qué hacían ahí, en mitad de la nada? O tal vez quienes disfrutan montando en moto no necesitan ningún objetivo en concreto para salir a correr. El rugido de los motores me retumbó en el estómago durante unos instantes y se fue apagando a medida que el sonido de la corriente del río fue dominando el aire. Debía de haberme quedado dormida con el cuello torcido; sentía dolor desde la nuca hasta los hombros. Hice círculos con la cabeza para masajearla y traté de estirarme como pude. Entonces atisbé allá abajo un torrente de agua verdosa que discurría con rapidez. En la ribera había unas

rocas grisáceas y angulosas que se habían ido juntando unas con otras hasta crear formas peculiares. Y, en medio, la corriente fluía con fuerza resplandeciendo al sol. Era posible que las rocas hubieran sido arrastradas por el agua, pero también que hubieran llegado rodando desde la montaña. «Dentro de poco hay una presa, y nada más pasarla está el onsen.» El tono de mi marido me resultó un tanto frío. Yo no sé conducir. Por lo tanto, él es quien conduce siempre que nos tenemos que desplazar en coche. Sabía que no le había gustado que echara una cabezada. Fingí contemplar el río con interés, pero enseguida desapareció de mi vista tras una nueva curva. La carretera estaba flanqueada por árboles y el interior del coche se fue quedando en penumbra. «Qué buen tiempo hace.» «Un día perfecto para cosechar.» Me quedé callada. Mi marido también estuvo un buen rato sin decir nada.

El bosque llegó a su fin y se despejó el horizonte, revelando una extensión de agua verde y espesa. Era la presa. No creo que el agua pareciera espesa porque estuviera sucia, sino porque probablemente era muy profunda. Aparte de las motos con las que nos habíamos cruzado, no vimos ningún otro vehículo ni en el carril contrario ni en el nuestro. «Este es el pueblo de mi madre», dijo de repente mi marido. «¿Ah, sí?» «Por lo visto su pueblo estaba ahí, debajo de la presa.» Sorprendida, observé con atención la masa de agua. Era tan vasta que mi vista no podía abarcarla entera. Había oído hablar de pueblos que quedaban hundidos bajo los embalses. Así que la casa de mi suegra estaba sumergida al fondo de esa agua espesa… Intenté mirar con más atención, entornando los ojos y volviéndolos a abrir, pero el agua no era transparente y era imposible ver el lecho. «¿Lo has sabido siempre?» «No… Me lo dijo ayer por la noche mientras estabas dándote un baño. Ocurrió mucho antes de que yo naciera. Mi abuela materna nació en otro pueblo y yo siempre pensé

que mi madre también era de ahí, pero por lo visto se mudaron después.» «Así que tu madre es de aquí…» La presa estaba rodeada de montañas verdes. No sé cuándo habían construido esa carretera, pero supongo que antes de eso todo era montaña. Traté de imaginar a mi suegra jugando entre esa abundancia de montes y ríos prístinos, pero no lo logré. Por mucho que intenté imaginármela como una niña, por mucho que la visualicé con flequillo o coletas, la cara de mi suegra seguía siendo la de ahora. La carretera serpenteaba siguiendo el cauce del río. Había una gran cantidad de árboles flotando en la superficie. Eran todos rectos y largos, como si los hubieran arrancado de raíz, y parecían haberse amontonado atraídos los unos por los otros, en paralelo o con la base o la copa pegadas, formando triángulos y cuadriláteros. Se dibujó una pequeña ola en la superficie: debió de ser por una ráfaga de viento. La ola llegó con algo de retraso a las zonas cubiertas de troncos. Mi marido abrió la ventana y en ese momento nos envolvió un aroma húmedo que solo se encuentra en la montaña; no es un olor a musgo ni a hierba fresca, sino una mezcla estimulante de tierra y moho y hojarasca. También olía un poco a tubo de escape. Al pasar de largo el pantano volví a ver la corriente estrecha del río, y abajo vislumbré el onsen Sarunashi.

Era un edificio rectangular y blanco, que más que un ryokan de onsen parecía un laboratorio científico. Había unos cuantos coches en el aparcamiento, pero tampoco demasiados. «Qué raro, siendo puente. ¿Será porque está en mitad de la nada?», dije, ladeando la cabeza, dubitativa. «Eso es lo bueno de lugares como este, que estás en pleno campo», dijo mi marido en un tono más bien seco. Un perro asomó la cabeza por la ventana de una furgoneta blanca que acababa de aparcar y nos miró. Era blanco y marrón, de orejas puntiagudas. Aunque tenía la boca relajada, los ojos le brillaban con

una agudeza extraña. Un anciano que parecía ser su dueño estaba metiendo en el maletero una nevera portátil. Llevaba un abrigo naranja fluorescente que era como una bofetada en la cara. «Qué mono el perro.» «¿Qué perro?» Mi marido se fijó en el animal de la furgoneta blanca y se encogió de hombros. «Es un chucho», dijo. Pude oír el río. A un lado, en una zona despejada, crecían unas espigas semejantes al susuki o al almorejo. La carretera asfaltada se extendía a lo lejos, pero no se veía ninguna vivienda. Ni siquiera huertas o arrozales. Más al fondo había un árbol de caqui gigante. Sus abundantes frutos parecían ornamentos amarillos. No sé si pertenecería a alguien o si era salvaje, pero tenía cientos de frutos. A lo mejor mil, o dos mil. El viento sopló e hizo ondear el único banderín comercial que se levantaba a la entrada del onsen. Decía: ESPECIALIDAD DE LA CASA: PESCADO DE RÍO. De las espigas salieron unas fibras blancas parecidas al algodón, se enredaron entre ellas y volaron hacia el cielo.

Al atravesar la puerta automática vi unas cuantas máquinas expendedoras enormes con sus pequeñas luces parpadeando, y sentí alivio. Aquí y allá habían colocado objetos de madera y muñecos tallados, cornamentas de ciervo, artesanía de bambú y fotos del río. Olía un poco a madera. En el lobby había una máquina donde se compraban los vales para los baños termales y una tienda en la que vendían latas de conserva, dulces, alimentos secos y coronas de flores secas. En la vitrina de helados, un cartel decía: SI DESEA CARNE DE CAZA CONGELADA, PÍDALA EN EL MOSTRADOR. Pero ahí no había nadie. «¿Qué hacemos, entramos aunque no haya nadie?» Sin darme cuenta estaba susurrando, supongo que para adaptarme al silencio del entorno. «Claro, está todo automatizado. ¿Compramos los vales en la máquina? ¿O prefieres que comamos primero? El restaurante está por aquí.» «¿Pescado de río?» «¿Por qué lo dices?»

«Al parecer es la especialidad de la casa.» Miré hacia la pecera grande que había a un lado del mostrador de la recepción. Dentro nadaban numerosos peces de río, finos y alargados, todos en la misma dirección. «No me gusta el pescado de río.» «¿No te gusta?» Los peces tenían en la espalda unos lunares de un rojo muy vivo. Había un papel pegado al borde de la pecera con una nota escrita a mano: SON PECES SENSIBLES. ¡NO GOLPEEN EL CRISTAL!

Cada año, mi marido y yo íbamos a ver a mis padres en Año Nuevo y a los suyos en Obon, pero ese verano no pudimos visitar a mis suegros porque yo me encontraba mal. Para compensarlo, decidimos acercarnos durante un fin de semana largo en otoño. Normalmente solo pasamos una noche con ellos, pero esta vez mi marido propuso que nos quedáramos tres. Sus padres son agricultores y viven en otra provincia, por lo que ya solo el trayecto nos llevaba medio día. Disponíamos de cuatro días en total. «Yo creo que es una molestia quedarnos tantos días…», le dije. Él hizo un gesto extraño. «Puede ser, pero…» Antes de que yo pudiera encontrar las palabras adecuadas, él los llamó. «Hola. Soy Naoshi. Sí, todo bien. Hay un puente este mes, ¿verdad? Sí, mira el calendario. Sí, vamos a ir esos días. De sábado a martes. ¿Qué? Sí, hasta el martes. Como no pudimos ir en Bon… Sí, lo siento mucho. ¿Qué? Sí, está aquí a mi lado… Sí, claro.» Observé cómo inflaba las aletas de la nariz mientras hablaba con el móvil pegado a la oreja y sentí rabia por haberme acatarrado durante los días de Obon. También podría haber ido él solo a verlos. Creo recordar que se lo sugerí en su momento, a pesar de estar machacada por la fiebre. «Sí, Yū también tiene los mismos días… ¿Qué? No, no creo.» Empecé a ponerme nerviosa y ya no quise quedarme a escuchar la conversación de pie a su lado, así que me fui a la cocina y me puse a hervir agua. «Pero ¿por qué te

pones así? … Sí. ¿Hay algún problema? … Claro, sí. Vale, hasta luego. Por cierto, ¿papá está bien? Vale, hasta luego, ya te vuelvo a llamar cuando se acerque la fecha.» Colgó antes de que hirviera el agua. «Estaba encantada. No paraba de decir "qué bien, qué bien".» Mi marido imitó el acento de mis suegros, eufórico, pero no le salía bien. Aunque llevamos cinco años casados, nunca le he oído hablar con su acento original. Lo cual no quiere decir que hable el japonés estándar. Es una mezcla rara. «Así que he pensado que, como vamos a quedarnos varios días con ellos, voy a aprovechar para cuidarlos y cumplir con mis obligaciones de hijo…» «¿Tus obligaciones de hijo?» Mi marido abrió su ordenador portátil y me mostró la pantalla. Asomé la cabeza desde la cocina para mirar. Era una página web con unas imágenes limpias y estéticas, seguramente hechas y editadas por un profesional, que iban rotando de forma automática: árboles verdes, un arroyo tranquilo, un hombro desnudo en un rotenburo[32] en lo alto de un valle, una mesa llena de pequeños platos de comida, truchas asadas en brocheta… «Calma el espíritu al susurro del río. Onsen Sarunashi», leyó mi marido con voz impostada y melódica, como si estuviera emulando un anuncio de televisión. «¿Sarunashi?»[33] «No sé muy bien, será porque ahí no hay monos. Estaba haciendo una búsqueda ayer y encontré este sitio por casualidad. Creo que no estará a más de una hora de casa de mis padres. Siendo puente, me imagino que será imposible ya encontrar alojamiento, pero he pensado que podría invitar a mis padres a ir aunque sea para darnos unos baños y volver en el mismo día, ¿qué te parece?» «¿Invitarlos?» «El sitio tiene un restaurante con un menú de degustación especializado en pescado de río, es lo típico que les gusta a mis padres. Además de trucha a la sal, también te la sirven frita, en sushi, de muchas formas distintas. Fíjate, tienen hasta trucha con huevas cocidas en salsa dulce, toda

una rareza, ¿verdad?» «Toda una rareza.» «Además, como voy a conducir yo, mi padre puede beber cerveza si quiere a la hora de comer.» «… ¿Les has comentado ya el plan a tus padres?» Mi marido se mostró sorprendido. «Claro que no, ¿no estabas escuchando la conversación? No se lo he dicho.» «Sí, es verdad.» Giré la perilla del gas, apagué el fuego y guardé el sencha[34] que había dejado a medio preparar. No tenía muchas ganas de tomar té. «Tampoco es que quiera darles una sorpresa, pero creo que se lo diré justo antes de ir.» Las aletas de la nariz le temblaban como si se tratara de un tic. Tuve la impresión de que estaba planeando la escapada con todo detalle, pero no dije nada. Supongo que se sentía culpable por no cumplir con sus obligaciones de hijo y era su forma de compensarlo. No servía de nada tener una discusión de pareja sobre cómo podíamos cumplir mejor con nuestros deberes filiales. El vapor del agua, que todavía no se había puesto a hervir, se elevó flotando en silencio. «Es algo modesto, pero ya soy un adulto, así que he pensado que por una vez podría estar bien. Yo también quiero té. Es té negro, ¿no? Pónmelo con hielo.»

El primer día en el pueblo, mi marido no les habló a sus padres del plan hasta después de cenar. Parecía inquieto y le temblaban las aletas de la nariz mientras buscaba el momento oportuno para comunicárselo. Repitió plato y se sirvió huevo varias veces. Había sukiyaki[35] de cena. Él empezó a engullir la carne a lo bruto, sin masticar, y se iba limpiando con la lengua los pegotes de huevo crudo que le colgaban de los labios. Después de cenar me ofrecí a recoger y lavar los platos, pero mi suegra se negó. «Encima que vienes a vernos, ni hablar. Tú vete a ver la tele y a comer mandarinas, que nos las acaban de regalar y están muy dulces.» Me invitó a levantarme, casi como si me quisiera echar, y me acompañó hasta los cojines que había en el suelo del cuarto de estar, frente al

televisor. Era un ritual que se repetía siempre que iba a visitarlos, así que me senté en mi cojín como cada vez, sin oponer resistencia. Si íbamos a quedarnos tres noches, aquello se iba a repetir dos días más. Me sentí un poco hastiada. Mi suegro y mi marido ya estaban sentados viendo un documental de animales. Una especie de cabra o ciervo escalaba un acantilado árido de algún país extranjero dando brincos ágiles. Tenía unos cuernos muy largos y pezuñas grandes, y movía la cola de un lado a otro para ahuyentar a los insectos voladores que se le acercaban. Metí el pulgar en el culo de la mandarina. Al instante me llegó un olor ácido y dulzón. Los cojines eran sorprendentemente gruesos y blandos, y parecían muy nuevos. Oí el ruido seco de los platos que lavaba mi suegra. «Mmm, qué dulces están», dijo mi marido, y se metió un gajo tras otro en la boca chasqueando la lengua. «Sí, qué dulces», respondí. «Son de temporada», dijo mi suegro pronunciado cada sílaba como si la empujara con la boca. «¿No quieres una, papá?» «No.» Mi suegro reclinó su sillón de suelo y empezó a hacer estiramientos de piernas y de cuello. «¿Estás cansado?» «No, lo normal», respondió él. «No deberías hacer tanto esfuerzo.» «¿Esfuerzo de qué?» «En el campo.» «No, no hago excesivo esfuerzo.» Los tres nos quedamos callados observando el estilo de vida de los animales. En ese lugar árido no había ni árboles ni hierba. Los animales buscaban los escasos brotes verdes que crecían, estiraban el cuello, levantaban las patas delanteras y se los comían. Su cuerpo era similar al de las cabras, pero la cara era más de ciervo. Tenían los ojos rodeados de unas pestañas largas que los protegían de la sequedad del ambiente, explicó el presentador. Cuando terminó de fregar, mi suegra entró al cuarto de estar secándose las manos y se sentó entre mi marido y mi suegro. Enseguida recogió las pieles de mandarina que había sobre la mesa de suelo y las tiró en la

papelera. «Anda, Yū, ¿no has comido mandarinas?», me preguntó. «Sí, sí he comido, gracias. Están muy ricas.» «Yo me voy a dar un banquete», dijo, y cogió una y la empezó a pelar. Miré la pantalla de la tele. Era la época de apareamiento. Las hembras tenían que asegurarse un buen macho, y los machos tenían que competir por las hembras. «Os quiero hablar de algo a los dos», dijo mi marido en tono formal. «¿Qué?» Mi suegra lo miró fijamente. Mi suegro movió un poco el cuerpo. Mi marido, que se había hartado de comer carne y de beber cerveza, tenía brillos de grasa en las aletas de la nariz. También se le veía húmeda la comisura de los labios, sombreada por una barba incipiente. Mi suegra abrió mucho los ojos y me pareció que los dirigía hacia mi vientre. Su gesto se relajó mientras yo fingía, con la cabeza gacha, estar recogiendo restos de mandarina de mi barriga. Por fin mi marido se lanzó a hablarles de su plan de hacer una excursión con ellos. Dos machos peleaban por una hembra haciendo chocar los cuernos. En ocasiones, algunos llegaban a morir desangrados.

Mi suegra exhaló un suspiro largo y débil. Me llegó un olor a aliento de anciano y mandarina. Oí un ruido sutil en la cocina, como a chispas. «Y el pescado no solo te lo hacen a la sal, sino también en tempura, en gachas, en salsa dulce…» «Imposible», interrumpió mi suegra con tal vehemencia que parecía que estaba escupiendo, y negó con la cabeza. Mi suegro tenía los hombros caídos. «Imposible, absolutamente imposible», repitió ella mientras se metía unos cuantos gajos de mandarina en la boca. Nunca la había oído hablar con tal frialdad. «¿Por qué?», dijo mi marido, algo sobresaltado. «Justo estos días nos toca recoger la cosecha», respondió recuperando su voz habitual después de tragarse los gajos. Según explicó, la semana siguiente se preveía la llegada de un tifón y debían recoger toda la cosecha que pudieran antes de eso. Si el tifón

tocaba tierra, los efectos sobre las huertas podían ser devastadores. «Pero ¿no podéis escaparos aunque sea un día?», preguntó mi marido. Mi suegra agitó la mano frente a su cara, indignada. «No es cuestión de un día. Si viene el tifón, no te cuento lo que puede pasar. Habrá un antes y un después.» «Pero…» «Como nos vengan ráfagas de viento y de lluvia, ya verás. Una vez se cae la fruta, ya está perdida para siempre. Y aunque se mantenga, pierde color. Se llena de manchas. Antes no pasaba, pero ahora te bajan el precio si ven que no tiene una apariencia perfecta. No te pagan ni la mitad de lo que vale. ¿Verdad?» Mi suegra miró a mi suegro. Él hizo rodar una flema en la garganta y se incorporó. «Vais vosotros dos y ya está. Oye, dame unas mandarinas a mí también.» «Sí, ahora te doy.» Mi suegra dejó los gajos que se estaba comiendo, cogió otra mandarina y la empezó a pelar. Mi marido no parecía contento. Tenía la boca torcida y el mentón arrugado. Al verle esa cara me acordé del álbum de fotos que me enseñaron en esa misma casa cuando estaba recién casada. Ya desde pequeño mi marido salía en las fotos con ese gesto. «¿Qué tal si nosotros os ayudamos con la cosecha mañana mismo? Si conseguimos trabajar el doble podríamos liberaros al menos durante un día, ¿no? Podríamos, por ejemplo, ir pasado mañana.» «Qué va.» Mi suegra negó con la cabeza. «Lo último que nos hace falta es que un novato toque mal la fruta y la dañe. No es tan fácil manejar las tijeras.» «No puede ser tan difícil.» «Tampoco es fácil saber cuándo hay que recolectar. No te imaginas lo mucho que crecen en un día. Se pasa volando. Hay que ir una a una.» «…» «Además, ¿cómo os iba a hacer eso? Os pasáis el día trabajando en la ciudad, por fin tenéis unos días de vacaciones y venís desde tan lejos para vernos… No os voy a hacer trabajar.» En un instante le quitó a la mandarina todas las hebras blancas, la partió en cuatro y se la pasó a mi suegro. Él se metió cada trozo entero en la boca y

masticó. «En ese caso, tampoco vamos nosotros», dijo mi marido con su cara de cuando era niño. «No podemos ir al onsen mientras mis padres de casi setenta años se quedan trabajando.» «¡Casi setenta, dice!» Mi suegra se rio a carcajadas con un timbre muy agudo. «Tenemos sesenta y pocos, ¡no casi setenta! ¿A que sí?» «No, deberíais ir», dijo mi suegro, y carraspeó un poco. Oí la flema subirle y bajarle por la garganta. Mi suegra le pasó un pañuelo de papel. Él se llevó el pañuelo a los labios y recogió una flema anaranjada. «Trabajáis en la ciudad y estos son vuestros días para descansar el cuerpo. Para nosotros no hay ni fines de semana ni festivos, pero descansamos cuando podemos.» «Claro. Además, qué rollo para Yū pasarse tantos días aquí en el campo. Harás bien en llevártela al onsen.» Mi marido me miró. «¿Qué hacemos?», preguntó. Mis suegros también dirigieron la mirada hacia mí. Yo solo pude murmurar «hmmm» y mirar hacia el suelo. «¿Sabes qué, Yū?», me dijo mi suegra echando el cuerpo hacia delante.

«Una vez tengáis hijos, eso de iros los dos al onsen en pareja no lo vais a poder hacer ni en sueños.» Yo levanté la vista y la observé. Tenía la misma cara redonda que mi marido. Una sonrisa le atravesaba el rostro de lado a lado, los labios estirados a derecha e izquierda, y me pareció que esa sonrisa forzada era casi idéntica a la mueca tensa e inconscientemente amarga de su hijo. A ambos se les arrugaba la comisura de los labios de la misma manera y a ambos les salía una pequeña hendidura que no llegaba a ser un hoyuelo. Le brillaban las pupilas bajo los párpados. «Claro, sí», dije desviando la mirada. «Olvídate del onsen cuando tengas un bebé, ya verás, o cuando se ponga a andar; no le podrás quitar ojo, a ver si se va a resbalar, a ver si va a echar a correr y se va a caer, a ver si se va a ahogar, a ver si se cura el catarro con las aguas termales, y vas a andar persiguiéndolo para que no moleste a los demás, ¿sabes? Lo

que sale de la barriga ya no vuelve a entrar. No vas a poder descansar ni un día hasta que se hagan mayores. Así que descansar así, los dos en pareja, solo lo podéis hacer ahora, solo ahora.» Hablaba como si cantara, con una entonación a la que no me terminaba de acostumbrar. Me había entrado un pedacito de piel de mandarina en la uña y estaba amarilla. «Tenéis que aprovechar ahora que tenéis la oportunidad. Ahora que podéis. Onsen, onsen», cantó mientras sacaba más mandarinas de la cesta. Mi suegro se había dejado tres gajos sin comer. Los animales estaban intentando sacar adelante a su prole en unas condiciones extremadamente adversas. Las hembras amamantaban a sus crías sobre un pliegue rocoso de apenas unos centímetros. Las crías estiraban el cuello, temblorosas, y se aferraban al pezón de la madre. No se veía ni rastro de vegetación alrededor. Se la habían comido toda. En la profundidad del acantilado rodaban algunos cráneos de la misma especie. El viento soplaba arena. «Yū, tómate otra mandarina si quieres. Me las han dado los padres de una compañera de colegio de Naoshi. Están dulces, ¿verdad?» «Sí, están muy dulces, muy dulces.» «Naoshi, ¿tú no te acuerdas de Ikuko? Todas estas mandarinas son de su casa. Los pobres me dan muchísimas todos los años.» «¿Sí?» «Yo les digo que nos den las dañadas, pero no, nos dan las buenas. Pobres. Todos los años, año tras año. Tienen esta variedad que es muy rica, de principio de temporada. Creo que cultivan de una forma diferente a la nuestra. Son dulces y con un sabor así, denso.» Había tres o cuatro mandarinas desnudas, con la piel suave al descubierto, sobre la mesa de suelo. Cogí dos y me las comí. Las mandarinas me presionaron el estómago, ya lleno de ternera. «Yū, no estarás a dieta, ¿no? No te hace falta. A mí me ha dicho el doctor Magoto que tengo que adelgazar un poco y que tengo el colesterol alto, pero tú no tienes esos problemas. Estás muy

delgada. No digo que estés demasiado delgada, pero lo justo. Come, come todas las que quieras.» «Sí.» Mi marido veía la tele con cara de aburrimiento. Exhaló una bocanada larga de aire. Justo cuando las crías habían crecido y se habían independizado de sus madres, empezó a sonar la sintonía del programa y la voz en *off* explicó que se estaba llevando a cabo una campaña de conservación para salvar a esta especie en vías de extinción. Mi suegro bostezó de forma exagerada. Mi suegra se levantó rápidamente. «Papá, has bebido demasiado, vete a dormir, a dormir, que mañana hay que madrugar. Vamos, a la cama.» «… Ya.» Mi marido cambió de canal. La programación acababa de concluir, así que se tragó los anuncios de todos los canales hasta que por fin apagó la tele y volvió a soltar una bocanada de aire húmedo.

«Bienvenidos.» Quizá porque nos había oído hablar, un hombre joven apareció desde el fondo del mostrador de la recepción. Llevaba un polo de color azul claro y una tarjeta identificativa colgada del cuello. Había dos kanji[36] que no supe leer. «No van a pasar la noche, ¿verdad?» «No.» «En ese caso, pueden comprar los tickets ahí en la máquina, son seiscientos yenes por adulto… No son de por aquí, ¿no?», dijo el hombre ladeando la cabeza mientras nos miraba. «¿Cómo?» «Lo digo porque si son ustedes de la zona podrían beneficiarse del vale que incluye múltiples baños. Por seis mil yenes pueden darse doce baños, y cuando se gasten los doce tienen derecho a un café gratis en el restaurante.» El hombre no tenía ningún acento. No debía de ser de la región. Sin embargo, no tenía mucho sentido trabajar en ese lugar si no uno no era un residente local. Mi marido negó con la cabeza. «No, no vivimos por aquí. Somos turistas.» «En ese caso sería el primer botón, el de arriba.» Saqué la cartera y compré dos entradas. «¿Tienen fecha de

caducidad?», se me ocurrió preguntar de repente. «No», dijo el hombre, y después hizo un gesto de negación. La tarjeta identificativa repiqueteó sobre su pecho. Parecía tener unos pectorales bien definidos, musculosos. Metí más dinero en la máquina expendedora. Mi marido me miró desconcertado. «Para que se las des a tus padres. Pueden venir los dos cuando termine la cosecha.» «Ah, sí», dijo él. El recepcionista estaba un poco inclinado hacia delante, como si estuviera esperando algo de nosotros. Guardé las dos entradas en mi cartera y le entregué las otras dos. Sonrió de oreja a oreja, estampó encima un sello rojo a toda velocidad y, acto seguido, colocó el dedo sobre el sello y nos devolvió las entradas. El dedo del recepcionista estaba manchado de rojo. Se suponía que en el sello venía la fecha, pero como el hombre había puesto el dedo encima no se veía más que un borrón rojo. «Pueden darse varios baños a lo largo del día. Los baños están ahí al fondo. Los cien yenes de los casilleros los pueden recuperar tras su uso.» Enfrente estaban los baños de los hombres, y al fondo los de las mujeres. No había nadie en el vestuario femenino, pero parecía que alguien acababa de estar allí. Había una toalla hecha una bola sobre uno de los bancos y el cable del secador de pelo que se enganchaba a la pared estaba estirado y colgando hacia el suelo. Como me pareció peligroso, lo primero que hice antes de desvestirme fue colocarlo en su sitio, y en ese momento vi un montón de pelos largos y rubios pegados al lavabo. Los recogí con un pañuelo de papel que encontré cerca y los tiré a la basura. Se me mojaron un poco los dedos.

Metí mis cosas en la taquilla de cien yenes y, mientras me desvestía, me acordé de que en otras circunstancias yo habría estado ahí con mi suegra. Me imaginé su cuerpo. Era más baja que yo. No era obesa, pero tenía grasa en los brazos, en la barriga y en la espalda, como es normal a su edad. Aunque mi propio cuerpo ha

empezado a decaer ahora que he entrado en la treintena, todavía tengo el culo y los muslos prietos. Puede que mi suegra me los hubiera mirado fugazmente. Quizá habría examinado con detenimiento la piel de la mujer a la que su hijo tocaba por las noches. Es incluso posible que yo también hubiera observado de reojo la barriga que albergó a mi marido y la cicatriz de la cesárea (por lo visto así fue como llegó al mundo). Me puse la pulsera elástica con la llave de la taquilla alrededor de la muñeca y me metí en los baños con la toalla que me había prestado mi suegra, cubriéndome el cuerpo por delante. No había nadie dentro. La piscina estaba llena de un agua transparente y humeante; en el lado opuesto había una bañera de agua fría y un jacuzzi y, al fondo a la izquierda, una puerta transparente que conducía al rotenburo.[37] Aunque el cristal estaba empañado, pude distinguir las montañas verdes al fondo. Me senté frente a las duchas y me desmaquillé. El chorro de agua tenía poca presión. Coloqué el teoke[38] debajo del grifo hasta llenarlo y me lavé primero el pelo. Me lo aclaré varias veces, pero seguía pegajoso. Cuando por fin hube terminado, me lo sujeté atrás con una horquilla y me puse gel de ducha en las manos, a falta de una esponja, para frotarme el cuerpo. Hacía tiempo que no tocaba mi propia piel con las manos desnudas. Se habían acumulado pelos míos y espuma en el desagüe que había al final de unas tuberías largas. Me introduje en la piscina. Había una ventana en lo alto de la sala por la que entraba la luz del exterior. Un dragón negro de piedra vomitaba agua caliente a borbotones. El agua era transparente y no olía a nada. Me acerqué al dragón y recibí el chorro con las palmas ahuecadas. Había una placa en la pared explicando la composición del agua y sus propiedades. Era beneficiosa para problemas digestivos, reúma, artritis, dermatitis, problemas ginecológicos… Tenía el culo pegado al fondo de la

piscina. Suspiré en voz alta. Me puse boca abajo haciendo flotar solo el culo y las piernas, y me desplacé sobre las manos dentro de la piscina. Luego me puse boca arriba. Al ver que se me hundía el cuerpo, me sostuve sobre los codos. Se me mojaron el pelo y las orejas. Oí un gorgoteo dentro de los oídos. Me quedé mirando el techo un buen rato. Era blanco. Me alegré de estar sola. Recordé la forma en que mi suegra me había observado la barriga. Llevaba ya cinco años casada y acababa de cumplir treinta; si quería mostrar gratitud hacia mis padres y mis suegros, solo podía ser de esa manera. Me levanté en el agua transparente. Con lo suave que parecía cuando estaba dentro, ahora la sentía arenosa y hostil. Abrí la puerta que llevaba al rotenburo.

Un aire frío me envolvió el cuerpo y el pelo mojado se me quedó pegado a la espalda. Pensé que estaría vacío, pero no lo estaba: había dos ancianas. Las dos giraron la cabeza para mirarme, sorprendidas. Me apresuré a hacer una reverencia, me solté el pelo del todo y me lo volví a recoger con la horquilla. Debían de tener por lo menos diez años más que mi suegra. Estaban sentadas juntas en el borde de la piscina con los pechos arrugados colgando y solo las piernas metidas en el agua, hasta las rodillas. El pelo de una era cano y el de la otra, completamente negro, pero las dos parecían igual de ancianas. Me metí en el agua, algo alejada de ellas, y contemplé el paisaje. Había un cielo raso, azul. El verde de las montañas se reflejaba en el agua y hacía que hasta mi piel se viera verde. Oí la corriente del río al fondo. «¿Entonces se lo vas a decir al señor Niida?» Una de las abuelas retomó la conversación que debía de haber interrumpido por mi culpa. «Que nos pague lo que nos debe.» Tenían el mismo deje que mi suegra, pero hablaban más rápido. «Antes de que vengan los cuervos. Ahora toca lo más duro.» Ambas tenían una voz parecida, ronca y baja. Entre palabra y

palabra se oía una especie de chasquido de lengua. «Lo de abajo soy capaz de cortarlo yo bien con las tijeras de podar, pero lo de arriba ya no puedo, hace falta subirse a una escalera. Así que dependemos del señor Niida. Este año ha sido todo pura fachada, qué faena.» Las dos se rieron a la vez. «Recogemos más de lo que la gente come.» «Voy a meter lo que sobre en una caja y lo voy a enviar. Aunque me dicen que no lo quieren. Son unos cuantos miles de yenes enviarlo, pero prefiero gastarme eso a que se pudra en casa.» «¿A Tadashi?» «A Tadashi también. Pero a mucha otra gente. Sobrinas y demás.» «¿Qué tal está Tadashi? ¿Todavía nada?» «Todavía nada.» «¿Y Mari?» Las abuelas empezaron a hablar cada vez más alto. Quizá se habían olvidado de que había alguien más en el rotenburo. O a lo mejor les daba igual que yo estuviera allí. De todos modos, no podía hacer nada con aquella información sin siquiera saber quiénes eran Niida, Tadashi o Mari. Oí a un perro ladrar a lo lejos. El agua del rotenburo estaba algo más tibia que la del onsen cubierto. Un vapor fino y blanco formaba de vez en cuando pequeños remolinos y flotaba de repente por la superficie como si alguien soplara desde dentro. «Mari…» «Estaba embarazada, ¿no? ¿Ya parió?» De repente oí la voz de mi suegra decir: «¿Todavía no ha nacido?». Sobresaltada, miré a mi alrededor: solo estaban las señoras en blanco y negro. «¿Todavía no?», dijo la señora de pelo negro con voz áspera, y acto seguido se metió algo verde en la boca y se puso a chasquear la lengua. «Tardó en darse cuenta de que estaba encinta. ¿Cómo se lo iba a imaginar? Normal. También eso de operarse…» «¿Pero ya parió?» «Ya parió. Nojiri está muy enfadado.» «Ya me imagino que estará enfadado. Cualquiera en su lugar se enfadaría.» El timbre de las dos abuelas no era ni mucho menos parecido al de mi suegra. Miré al cielo. Un pájaro grande y negro lo atravesó. Piuuuuuu, piuuuuuu. Su canto era fino y

agudo. Pese a percibirlo vagamente, me llegó de forma muy nítida. «Todo el mundo lo sabe. Que Nojiri se ha encariñado con ella más que con sus propios hijos. La saca a pasear mañana y tarde. Dice que Mari es muy lista, que tiene la fuerza física de su padre y la inteligencia y el vigor de su madre. Una buena herencia. Pero pobre Nojiri, con lo ilusionado que estaba con emparejarla.» «Pues vaya.» «Sí, decía que algún día dejaría la mejor descendencia.» Me entraron ganas de toser. Pensé en mi suegra. En lo mucho que deseaba tener un heredero. Era natural que quisiera que su primogénito, su hijo único, tuviera niños y que estos heredaran la tierra y el cultivo. Sin duda pensaba que su hijo y yo le daríamos «la mejor descendencia». «La mejor descendencia.» «Es lo que más ilusión le hacía.» Ella no podía imaginar que una no fuera a tener hijos o no pudiera tenerlos o no quisiera tenerlos. Me miré la barriga. No sé si fue una falsa impresión, pero a través del agua verdosa y trémula me la noté algo hinchada. «Y resulta que va y pare unos cachorros bastardos. Seis en total, hembras y machos.» Suspiré de alivio. No estaban hablando de una mujer, sino de una perra. Saqué el cuerpo del agua hasta la cadera, avancé hasta el otro extremo del rotenburo y, agarrada al pasamanos, estiré el cuello para admirar el paisaje. Justo delante estaban las montañas; abajo, el río. Había un chaleco naranja tendido sobre una roca enorme en la ribera. Me recordó al abrigo del viejo de la furgoneta blanca que había visto antes, pero la forma era distinta. No había nadie alrededor. Quizá alguien había salido a pescar, había puesto a secar una especie de chaleco salvavidas y se lo había dejado ahí sin querer. El sonido del torrente era limpio, y a simple vista pude ver que el agua estaba calma y clara. Algunas zonas eran de un verde oscuro; otras estaban salpicadas de una espuma blanca que brincaba con la fuerza de la corriente. Sentí frío en el culo, que solo

tenía metido en el agua hasta la mitad. Más allá de donde estaba la roca con el chaleco, allí donde el río adquiría un tono verde más oscuro por ser más profundo, se levantó una pequeña columna de agua y a continuación oí el ruido de algo pesado que caía. Miré sorprendida y escuché el mismo sonido una segunda vez mientras se volvía a levantar una columna de agua blanquecina. Debía de haber alguien detrás de la roca lanzando piedras al río. Me agaché deprisa y me encogí en el agua caliente. No estaba segura de que el rotenburo estuviera diseñado para que no se nos viera desde el río. A juzgar por el tamaño del chaleco, quien estaba lanzando piedras era un adulto. Las abuelas estaban absortas en su conversación y no me miraron en ningún momento. Había un recipiente de plástico entre sus respectivos culos con unas cosas pequeñas y verdes en el interior. La del pelo blanco cogió una con los dedos, se la metió en la boca y la empezó a chupar chasqueando la lengua. Parecía algún tipo de fruto blando o un dulce. «¿Habrá gente que quiera adoptar a esos cachorros bastardos?» «¿Sabes qué?», dijo riéndose la del pelo negro. «Alguna vieja de por ahí ha dicho que… Fíjate que Mari estuvo siempre en su jaula y con cadena y aun así se quedó preñada. Pues la vieja ha dicho toda preocupada que a ver si ha sido un mono de la montaña que se metió en la jaula y la preñó.» Mono, perra, preñada. «Qué va, es imposible que se quede preñada así», respondió incrédula la del pelo cano. La del pelo negro asintió. «Eran historias que se contaban cuando yo era pequeña, y ahora se ve que las ha resucitado esa vieja. Ha estado metiendo miedo con el cuento de que van a nacer criaturas sin pelo y con cinco dedos en las manos capaces de hablar con las personas y con capacidad para hacer el mal. "Qué horror, qué horror", anda diciendo por ahí.» «Ni horror ni nada, que no es posible que un perro pueda hablar como las personas. Ni los monos.» «Lo que quiere decir es que pueden

pasar cosas inimaginables. Cuando era pequeña contaban que habían aparecido monstruos así en los pueblos de por aquí. Que se llevaban a la gente a la montaña y les hacían travesuras y burlas. Que eran muy inteligentes y que una persona normal no podía ganarles con su lenguaje ordinario. "Buuu, buuu", decía la vieja.» Aquel pueblo que solo estaba a una hora en coche de la casa de mis suegros resultó ser un mundo totalmente desconocido para mí. Era una región en la que había monos en la montaña (pues claro que los había, con lo grandes que eran las montañas; lo de Sarunashi era de chiste) y donde la gente creía posible que se cruzaran con los perros domésticos. Aldeas despobladas en las que los ancianos contaban con fervor, escupiendo saliva, historias sobre perros-monos o monos-perros que hablan la lengua humana. «Y que, en ese caso, había que deshacerse de los cachorros en cuanto nacieran. Así que el señor Nojiri estuvo esperando con un cubo lleno de agua junto a la perra que paría. La vieja, que había ido a toda prisa hasta ahí, dijo que había que hundirlos en agua helada antes de que empezaran a respirar.» Me pregunté cómo de mayor sería esa persona a la que estas abuelas se referían como «vieja». Ahogar a unos cachorros recién nacidos en agua helada… Si lo oyeran los amantes de los perros de la ciudad, se desmayarían. «Sacó hielo del congelador y llenó de agua el camioncito de los niños de Noshio.» «Graaak.» Una de ellas graznó como un cuervo y la otra respondió igual: «Graaak». Debían de ser interjecciones. «Pero lo que parió Mari eran perros. Eran cachorros de perro.» «Graaak.» «Imagínate tú. Entonces la vieja empezó con que parecían perros pero no eran perros, que no tenían pelo entre los dedos y que había que meterlos en el agua y que había que ahogarlos.» «Graaak.» «Así que Nojiri, ya resignado, fue a meterlos en el camioncito cuando oyó una voz que gritaba "¡esperaaa!".» En ese momento, la anciana de pelo negro habló con

un timbre muy agudo e histérico que recordaba a la ópera china. Me recorrió un escalofrío y se me puso la piel de gallina. «"¡Esperaaaa! ¡Esperaaaa!" Era la nieta más pequeña, que venía corriendo.» «La nieta más pequeña… O sea, ¿la hija de Noshio?» «Sí, la que tuvo Noshio con su segunda mujer.» «No la he visto nunca.» «Yo no la veo casi nunca tampoco. Tendrá cuatro o cinco años. Había venido por las vacaciones de verano. No la he visto más que unas pocas veces. Entonces la niña se puso a llorar a grito pelado, que pobre Mari, que pobre Mari, y no había manera de consolarla. Y su segunda mujer fumándose un cigarrillo sin decir nada. Ni siquiera la abrazó. Mira que Nojiri le había dicho que no dejara salir a los niños, pues ella ni eso cumplió.» «Ah, sí, esa…» Oí un suspiro. «Se ha teñido el pelo de un color raro. Me gustaba más la primera.» «Ya, pero no podían tener… Bueno, la cuestión es que la niña siguió llorando a moco tendido y, cuando se quisieron dar cuenta, Mari ya había terminado de parir. Seis cachorros. Y Mari los estaba chupando así como hacen las perras con sus crías. Y eran todos perritos normales y corrientes.» «Menos mal.» «Con pelos en los dedos. Muy graciosos.» Sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Sin darme cuenta me había metido de lleno en la conversación de las ancianas. Se les daba bien contar historias. Volví a oír el canto del pájaro y el ladrido de un perro. Piuuuu, piuuuu. Guau, guau, guau. «Ya…» «Normal, si lo piensas. ¿Cómo va un mono a preñar a una perra? Bueno, pues según se les fue secando el pelo vieron que eran idénticos a Bon, el de Iose.» «¿Qué me dices?» «Sí, el hocico redondo y así, inclinado hacia un lado, y pelo negro solo en la parte de la nariz y las manchas así, color tierra, como marrones, y las orejas tiesas, y eso que estaban recién nacidos. Pues las tenían ya tiesas. El pelo de Mari es mucho más claro.» «Sí, más claro.» «Y tiene las orejas caídas.» «Sí, caídas.»

«Pues ¿qué te parece? Los seis cachorros tenían esa misma cara, la cara de tonto de Bon. Así que Nojiri agarra uno de los cachorros y se va a donde Iose todo enfadado para decirle cuatro cosas; sale disparado con una escopeta en la mano y el viejo Iose se echa a temblar, figúrate. Yo no sé. No sé si habrá sido Bon o no, pero sí que es raro lo que ha ocurrido. Fíjate que Mari está siempre metida en una jaula cerrada con candado. Una persona o un mono sí podrá abrirla fácilmente, pero ¿cómo la va a abrir Bon?» «Así que después de que Nojiri lo interrogara un buen rato, Iose se puso a llorar.» «¿Qué dices? ¿Se puso a llorar?» «Síií, lloró. Los hombres se vienen abajo. Empiezan a llorar cuando se hacen viejos. Las mujeres lloramos cada vez menos y ellos cada vez más. Y venga a llorar y venga a llorar y a decir que Bon estaba enamorado de Mari y no podía soportar verlo aullar con tanta pena. Entonces confesó que un día abrió la jaula de Mari y dejó a Bon entrar, solo una vez.» «Pero ¿cómo se le ocurre?» «No le queda mucho a Iose. Dentro de poco ya no podrá ni moverse. Está esperando a que le llegue el día.» «¿Y qué pasó? ¿Iose se quedó con los cachorros?» «Pues no sé si será pronto para destetarlos, supongo que sí. Me imagino que todavía los tiene Nojiri. Por lo visto anda preguntando por ahí con su bastón a cuestas a ver si alguien quiere un cachorro. Va diciendo que la madre es de buena sangre, que el padre es un perro ordinario, pero que la madre es muy buena perra. Está desesperado. También vino a preguntarme a mí si no quería uno. Yo ya lo tengo hablado con mi marido; cuando nuestro perro esté demasiado viejo, también será hora de que nosotros dejemos de cazar, así que le dije que no.» «¿Ah sí? Eso quiere decir que en menos de diez años…» «Qué va, diez años más sí dura, que es joven todavía y llevamos con él solo cinco. El que se va a estropear antes es mi marido, seguro que le empiezan a fallar las piernas antes que al perro.» «Figúrate.» «Ya

ves.» Las dos se rieron a carcajadas. «Parece que a algunos cachorros ya los ha colocado, sobre todo a los machos y a los que tienen las patas más gordas para correr. Convence a la gente de que son un chollo, que se les puede entrenar desde pequeños para lo que quieran. Y a lo mejor acaban siendo buenos machos para la monta.» «Pues sí.» «Y de las hembras… creo que quedan una o dos. Ojalá encuentre a alguien que las quiera, no sé qué va a hacer si no. No creo que Iose pueda cuidarlas hasta el final. Por lo menos van a vivir diez años más.» «A ver si los va a volver a tirar por la montaña.» «Qué horror.» «Disculpe.» Las dos ancianas me miraron sorprendidas al oírme hablar de repente. Sonó un estruendo abajo en el río. El ave volvió a cantar con su voz aguda.

«No es un pájaro. Es la berrea del ciervo. Ahora están justo en época de celo», dijo Nojiri soltando una carcajada. «Yo tendría que estar de caza, pero, con todo esto de Mari, he andado un poco desanimado. He estado frustrado con la idea de que este año no voy a salir a cazar. Pero agradezco mucho que os quedéis con ella.» Nojiri seguía llevando su abrigo naranja. En su jardín amplio había varios perros además de Mari, cada uno en una especie de caseta. Cuando le pregunté por ellos, me dijo que eran todos perros de caza, o que lo habían sido. «Jabalíes y ciervos. Últimamente hay cada vez más ciervos y se están convirtiendo en una plaga. Así que estamos todo el día disparándoles con la escopeta y comiéndonoslos. Fíjate si habrá, que hasta vienen de fuera a comer ciervo.» Todos sus dientes de abajo, sin excepción, eran de plata. El resto de la dentadura era completamente marrón. «En primavera empiezan a salir crías por todas partes y ahí están con las madres. Se juntan cincuenta o cien en los valles o en las cuencas, en ciertos sitios de la montaña, y se ponen a pastar y a cagar todos a la vez, y

cuando te quieres dar cuenta, han dejado el monte pelado. Os digo yo que causan estragos. Basta con que se ponga a llover para que se derrumbe la montaña. ¿Vosotros de dónde venís?» «¿Cómo?» «¿Habéis venido por la autovía? Entonces habréis visto la presa. Habréis visto que el agua está muy turbia y hay árboles flotando. Eso es porque el monte se derrumba cuando llueve por culpa de los ciervos y acaba ahí, en el pantano. Con árboles y todo. Y bueno, no importa tanto porque es una presa, pero imaginaos que cae eso encima de las huertas o de las casas. Sería una catástrofe. Habría muertos seguro. Es por eso que nosotros vamos con la escopeta; vamos varios cazadores con nuestros perros y les hacemos ladrar y llamamos a los ciervos. Y, en cuanto hay ocasión, disparamos: pum, pum, pum. Y venga a disparar y a disparar y a disparar.» La risa de Nojiri olía a café de lata y a tabaco. Mari observaba con atención cómo yo acariciaba a su cría y movió la cola cuando nuestras miradas se cruzaron. Tenía un cuerpo pequeño y fuerte, con cuatro patas de aspecto robusto y resistente, pero su cara transmitía una dulzura que parecía impensable en un perro de caza. «Los perros de caza son muy cariñosos. Tienen que confiar en la gente para poder cazar. Y saben que si cazas, algo va para ellos. Por eso van muy motivados y se encariñan contigo. La puedes acariciar, ¿eh? Es cariñosa incluso con los extraños, sobre todo si ve que están hablando conmigo.» Estiré el brazo y toqué la nuca de Mari. Tenía el pelo corto y suave. De cerca, los ojos negros se le veían más bien marrones. Tenía una mirada serena e inteligente. No sé si le dio vergüenza que la observara tan fijamente; giró la cabeza hacia un lado, pero continuó moviendo la cola. Los otros perros de caza también miraban desde sus casetas. Aunque distintos en color y en tamaño, todos tenían una cara parecida. «Mis perros son todos de raza. Me he preocupado en ir a cruzarlos lejos para que no tengan la

sangre demasiado pura. Que si te sale mal el perro, no te sirve para cazar. Mari es la mejor. Bueno, y lo que ha pasado esta vez ha sido un poco raro, pero habrá más ocasiones. No durará tanto como un macho, aunque todavía puede parir unas cuantas veces más. ¿A que sí? A la próxima ya sí. Pero este cachorro no está mal, ¿eh? Te vale para tenerlo en casa. Siendo Bon su padre, seguro que es cariñosa. Y tampoco se hará muy grande. Los perros muy grandes no sirven para cazar ciervos.» Nojiri se rio enseñando los dientes de plata y nos dio comida para perros, la toalla sobre la que el cachorro dormía en el suelo, una caja de cartón para transportarlo y una lata de café frío para mi marido, que tenía cara de amargado.

Había estado esperándola en el onsen un buen rato a que saliera del baño, y cuando por fin salió iba acompañada de unas viejas desconocidas que nos dijeron que las siguiéramos, a pesar de que nuestra idea era ir a comer, y sacaron de un *tupper* desgastado unos frutos raros. «Son sarunashi.» «¿Verdad que son dulces?» «Muy buenos para la salud.» «Y nutritivos.» «Los he recogido en la montaña.» «Que a nosotras las ancianas ya nos cuesta un esfuerzo recogerlos en la montaña, ¿eh?» Y nos llevaron por un camino estrecho en mitad del campo, y las ramas secas y las matas que crecían a ambos lados del sendero me dejaron rasguños en las piernas, y finalmente un señor que se decía cazador nos entregó una caja vacía de karintō[39] con un cachorro de perro de raza indefinida en su interior, y mis padres, que nos esperaban en casa con un karaague[40] recién hecho, que es mi plato preferido, se llevaron tal susto al verlo que casi se les para corazón y me atosigaron a preguntas, y mi mujer, que era la que tenía que haber respondido, estuvo callada haciéndose la tonta, solo preocupada de cuidar al cachorro.

Mi marido estuvo de mal humor todo el viaje hasta que volvimos

a casa. Me miraba con resentimiento. Parecía incluso un poco angustiado. Dieron igual las veces que le expliqué las circunstancias, no lo entendió. Supongo que era algo que yo tampoco entendía del todo bien, pero la cuestión era que ahí estaba el cachorro frente a nosotros, temblando con pequeños espasmos y aullando por la nariz en busca de su madre. Por suerte, nuestro edificio admitía animales domésticos. Después del fin de semana largo me costaba separarme de ella, de modo que me pedí un día de baja por enfermedad. Puse una alfombra para no molestar demasiado con el ruido a los vecinos de abajo y aproveché para ir a comprar una jaula y un inodoro portátil para perros, y para buscar un veterinario. Solo quedaba un día para el fin de semana, así que ya de paso me pedí el viernes libre, y después los cuatro días de baja se convirtieron en nueve. Mi jefe, preocupado, me llamó al móvil. A la perra la llamé Maruko. Para cuando se aprendió su nombre, mi marido también se había encariñado con ella, aunque no tanto como yo. De dar pequeños pasitos como un bebé, pasó a correr a toda pastilla. La sacaba a pasear por la mañana y por la tarde, le daba de comer alimentos sin aditivos, la vacuné. Maruko fue adquiriendo la corpulencia saludable de Mari. La expresión siempre miedosa en su cara debía de haberla heredado de Bon. Era inteligente, intuitiva y mimosa. Una perra perfecta para formar parte de una familia, pero probablemente no para corretear por el monte ladrando, perseguir a los ciervos y matarlos a mordiscos. El señor Nojiri nos envió carne de ciervo congelada. La aplasté con una piedra y la asé y preparé tiras de carne seca para Maruko. Sus ojos marrones se movían siempre en busca de los míos. El rabo, rizado en la punta, se movía para expresar enfado o alegría. Cuando olía la carne seca, se ponía a babear muy contenta y me chupaba los dedos. Cuando se tumbaba de espaldas y yo le acariciaba la barriga rosa cubierta de un vello

fino, ella sacudía la cola con vehemencia. Aunque volvía del trabajo cansada, la acariciaba y la abrazaba, le daba de comer y jugaba con ella con algún juguete. La pesaba en la báscula, le limpiaba los dientes, le cortaba las uñas, le pedí un impermeable por internet, la llevé al veterinario y pedí cita para esterilizarla. Pasaría una noche hospitalizada y la recogería al día siguiente. Una noche en la que mi marido aún no había vuelto de trabajar, justo después de mi cena, Maruko, que jugaba entre mis rodillas mordisqueando un trozo de carne seca de un negro rojizo, levantó de repente la cabeza hacia mí y me miró fijamente. «¿Qué pasa?», le pregunté devolviéndole la mirada. Y entonces, mientras miraba mi cara reflejada en sus pupilas redondas, oí que me decía, con la voz y el acento de mi suegra: «Qué rico».

UN JARDÍN GRANDE

Mi madre y yo fuimos a casa de Yōko de visita. Ella y mi madre son amigas desde la universidad, y aunque dejaron de verse durante un tiempo, se han reencontrado recientemente. Mi madre, que estaba al volante, ignoró cada indicación del GPS y se fue adentrando en el bosque. Había unos árboles muy altos a ambos lados del camino, tan estrecho que apenas cabía un coche, y de sus troncos colgaban unas hierbas que se enroscaban a su alrededor. Me pareció que si continuábamos por esa ruta acabaríamos en un bosque primitivo y me quedé mirando atento por la ventana, pero el camino estrecho se convirtió de repente en una carretera más ancha y muy pronto empecé a avistar arrozales y huertas y casas y un edificio blanco que parecía un colegio. «Es verdad que era un atajo», murmuró mi madre, que retomó la ruta del GPS y giró en la esquina donde había una diminuta oficina de correos. Pasamos por una casa enorme de tejas grises entre las que brillaban unas plantas ornamentales doradas. «Qué lujosa», dijo. Había un coche negro, plano y cuadrado estacionado en el espacio enorme que era la zona de aparcamiento, y justo al lado, un cochecito de bebé negro con ruedas rojas tumbado en el suelo. «Por lo visto se gana bastante dinero con las fresas de invernadero. Tanto que tienes que empezar a evadir impuestos.» Sin embargo, Yōko no se dedicaba a la

agricultura. «Es autónoma», dijo mi madre con aire de entendida. «En realidad es solo un ama de casa. El que trabaja es su marido. Al parecer se pasa un tercio del año viajando por negocios. Va al extranjero, o se queda temporadas en Tokyo. Yōko es una persona muy capaz, pero pasa de interesarse mucho por algo a no interesarse en absoluto.» Mi madre conducía y yo iba en el asiento de atrás. Hablaba más cuando yo no me sentaba en el asiento del copiloto. Me pregunté si también hablaba tanto cuando yo no estaba e iba sola en el coche. Los ojos que se reflejaban en el espejo retrovisor me parecían más grandes y agudos que los de verdad. A veces se maquillaba para darles ese aspecto. Atravesamos un arroyo en el que se había posado una garceta gris de gran envergadura, dejamos atrás unos cuantos invernaderos blancos, no sé si de fresas, que brillaban al sol, pasamos por una choza que se erigía solitaria en mitad de un solar extenso y por unos arrozales que parecían recién sembrados, y al fondo, por fin, estaba la casa de Yōko y su marido. En el aparcamiento de doble plaza, cubierto con un tejadito, había un coche estacionado. Mi madre aparcó el suyo justo al lado dando marcha atrás. Me había dicho que, como tenían un jardín grande, harían una barbacoa, y que había varias familias invitadas y que seguramente habría niños de mi edad con los que podría jugar o hablar. Pero cuando llegamos solo estaba el marido de Yōko. A mí me sorprendió un poco, pero mi madre actuó como si nada, quizá fingiendo normalidad, y se dirigió a él con voz suave. «¡Qué bien que hace buen tiempo! Me preocupaba que se estropeara.» Él, que andaba preparando el gas de la parrilla, sonrió mostrando los dientes y me miró a mí y luego a mi madre. «El pronóstico se adelantó y llovió por la noche. Por suerte ya está todo seco.» Yōko salió al jardín al oírnos llegar. Mi madre la saludó, le dio las gracias por la invitación y le dijo con entusiasmo al marido:

«¡Hacía mucho que no nos veíamos!». Luego me hizo saludarlos. Todavía no había llegado ningún otro invitado. Me presenté diciéndoles mi nombre y haciendo una leve reverencia con la cabeza. «No te acordarás de mí, ¿no?», me dijo el señor. Llevaba una camiseta amarilla y gastada con unos pétalos grandes estampados, una toalla blanca alrededor del cuello y otra similar enganchada a la cintura. Era un hombre alto, algo gordito y amable. «La última vez que te vi eras un bebé, ¿sabes?» «¿Cómo se va a acordar? Fue hace diez años», dijo mi madre articulando las palabras a toda prisa. Yōko me miró sonriente. «Esa camisa.» Asentí. Ella había estado hacía poco en mi casa y me la había traído de regalo. La tela me resultaba un poco áspera sobre la piel, pero mi madre me explicó que era porque era nueva y de muy buena calidad. Ella se había vestido de cualquier manera, con una camisa de cuadros irregulares marrones y verdes cuyo bajo no se sabía muy bien si debía ir dentro o fuera del pantalón y que finalmente dejó fuera, por lo que deduje que le gustaba así. Yōko vestía una camiseta ancha de manga corta, de color índigo, que dejaba ver los lunares de la clavícula. También tenía lunares en la cara brillante y en la nuca delgada que sostenía el moño. El señor se agachó frente a mí, de modo que quedó por debajo de la altura de mis ojos, y desde ahí escrutó mi cara, pero con una mirada extraña que, por algún motivo, no se cruzaba con la mía en ningún momento. «¡Qué grande te has hecho! Te pareces mucho a Masumi.» Advertí algunas canas en sus cejas. Sin embargo, no vi ninguna en la barba rala del mentón. «¿Tú crees?», dijo mi madre en voz alta. «Nunca me lo han dicho.» «Sí, mira, tenéis la misma forma de los ojos», dijo poniéndose de pie. Tuve la impresión de que era todavía más alto de lo que me había parecido antes de que se agachara. «Sí, sí, estoy de acuerdo», asintió Yōko. «Os parecéis en los detalles, en la forma de las cejas. Seguro que cuando

eras pequeña eras así, ¿eh, Masumi? Mucho antes de que te empezaras a maquillar como ahora…» «¿Cómo que como ahora?» Miré a mi madre discretamente. Ella me observaba, con la mano en la que llevaba un anillo fino sobre la mejilla, moviendo las puntas de los dedos hacia arriba y hacia abajo. Las uñas, que se había pintado la noche anterior de un color transparente que hacía que pareciese que no llevaba ningún esmalte, resplandecieron al sol. Desvié la mirada. «Lo tengo tan visto que ya no sé, pero es verdad que se dice que los hijos se parecen al progenitor del sexo opuesto. ¿Y Yukiko? ¿A cuál de los dos se parece?» «A Yōko», respondió él de inmediato. «Es igualita a Yōko tanto en el físico como en la personalidad…, por fortuna.» «¿Por fortuna?» «Sí, robusta y psicológicamente fuerte, y seria…, ¿verdad?» «Ah, sí, Naoshi, perdona.» Me sobresalté un poco al oír que Yōko decía mi nombre. «A Yukiko la han llamado hoy de repente para una actividad deportiva. Al parecer van a ir estudiantes de cursos superiores que ya se han graduado a hacer de mentoras o algo así, pero no nos avisaron hasta ayer por la noche.» «Anda, qué pena que tenga lío hoy… Con las ganas que tenía de ver a Yukiko.» «Sí, también ella tenía muchas ganas de verte, no paraba de decir que quería ver a Masumi, pero como ya lo deja después de las vacaciones de verano, dijo que le daba rabia perdérselo ahora que le queda poco. Fíjate que el otro día fue con fiebre y todo.» «Hasta en eso se parece a ti, Yōko.» «Sí, así que lo siento mucho, sé que Yukiko estaba deseando veros a los dos.» Yōko se disculpó conmigo con una leve reverencia, y al hacerlo, el moño que coronaba su cabeza se movió un poco. Yo le devolví la reverencia. Tanto ella como el señor llevaban sandalias sin calcetines. Yōko tenía también lunares en los pies.

Mi madre era la única que llevaba manga larga. Va en manga larga todo el año porque le preocupa que le dé el sol. Y se pone un

sombrero enorme. En cambio, a mí me dice que debería darme más el sol, que me apunte al club de béisbol juvenil o al de fútbol, que el trabajo en equipo es una habilidad necesaria para la vida, un entrenamiento. «¿Puedo ayudar con algo?», dijo mi madre quitándose el sombrero con ímpetu y sacudiendo la melena como si se la quisiera peinar con el aire. Reconocí el olor de su champú. Es un champú muy pegajoso que deja el suelo de la bañera resbaladizo. Siempre pienso que me gustaría que mi madre enjuagara mejor la bañera antes de salir. «Pues sí, mira, ¿me ayudas a traer la carne y las otras cosas?» «Claro…» Mi madre entró en la casa con Yōko y me dejó ahí solo. La puerta hizo mucho ruido al cerrarse, y solo entonces fui consciente de que me encontraba en mitad del campo. El interior de la casa estaba en completo silencio.

Yo llevaba una mochila negra a la espalda, no sé muy bien para qué porque apenas había metido nada dentro, pero pensé que estaría más cómodo si la llevaba. Me agarré de las correas y la balanceé hacia los lados. «Puedes dejarla ahí, en el engawa[41]», dijo el señor mientras señalaba con el mentón la parte de madera que sobresalía de la casa hacia el jardín. Allí había una nevera portátil cuadrada bastante grande y, al lado, una pila de vasos de papel. «¿Qué llevas en la mochila? ¿Una consola de videojuegos?» Negué con la cabeza. «Un pañuelo y cosas así», respondí. «¿Un pañuelo?» Asentí. Un pañuelo, un estuche estrecho con lápices que no era el que llevaba al cole, una libreta, chicles, caramelos para la garganta medio derretidos, un omamori.[42] Él se rio y dijo, de pie frente a la parrilla: «Aquí dentro solo hay carbón». No sé si es que la barbacoa le quedaba demasiado baja para su estatura, pero tenía las rodillas muy dobladas. Me asomé a mirar y, efectivamente, había carbón ahí dentro. El fuego no estaba prendido todavía. Era negro y se veía ligero y con grietas, como si estuviera partido en trozos, y de

vez en cuando se distinguía algo brillar. Volví a asentir. «¿Ves? Carbón. Hay carbón bueno y hay carbón malo», murmuró como si estuviera canturreando, y se puso a tocarlo con los guantes de faena. Removía los trozos de izquierda a derecha, o los colocaba unos sobre otros, o ponía varios en una columna y formaba una especie de túnel, y con cada movimiento los pedazos de carbón sonaban al chocar. Algunos se cayeron e hicieron un ruido seco. La barbacoa, que era de color beige por fuera y plateada por dentro, no era nueva, pero estaba muy limpia. Había al lado unas sillas pequeñas con asientos de tela y una mesa sencilla, y sobre ella una bolsa con un montón de palillos desechables. Recorrí la casa y el jardín con la mirada. La vivienda se extendía a lo ancho y tenía unas tejas grises y las paredes pintadas de blanco. Había una segunda planta más pequeña, que tenía el aspecto de haber sido pegada encima con pegamento. Ahí el color de las tejas y de la fachada era distinto. Supongo que se debía a que era una construcción posterior. Las persianas de las ventanas de la segunda planta estaban mal cerradas, con algunas de las láminas torcidas, y me entraron ganas de arreglarlas. La puerta de entrada era de vidrio ondulado y había un engawa a ambos lados, y más allá del engawa pude ver una habitación grande con tatami y una puerta corredera con mosquitera. No parecía que hubiera nadie dentro. Ni siquiera mi madre y Yōko. No se oía ninguna voz. La casa debía de ser bastante amplia. El jardín también era enorme, y si estuviera en nuestro barrio se podría considerar un lujo, pero debía de ser común en esa zona. Era tan grande que en él habrían cabido tres casas como la nuestra, y a vista de pájaro seguramente era un óvalo en el que la casa quedaba más o menos en el centro. Tuve la impresión de que tal vez el jardín pareciera todavía más espacioso porque los árboles no eran muy altos. Tampoco había parterres con flores ni árboles

podados ni un pequeño arroyo, ni siquiera césped. Aquí y allá se veían trozos de tierra desnuda. Incluso el seto que rodeaba el jardín ovalado daba la sensación de llevar tiempo sin podarse, a juzgar por su silueta, y lucía unas flores blancas, pequeñas como granos, que crecían en racimos. Justo enfrente, al fondo, había dos rocas grandes alineadas en diagonal. Ese era el único elemento decorativo del jardín que podía verse. Una roca de un gris oscuro, compacta y dura, y otra áspera y blanca con manchas negras. Las dos tenían forma triangular, con una punta muy afilada. «Se llama recreación simbólica», dijo de repente el señor. Seguía removiendo el carbón. Sus guantes estaban completamente negros, y debajo de los ojos tenía dos rayas de tizne que le daban el aspecto de un indígena norteamericano. «Se ponen rocas así en un jardín para recrear de manera simbólica unas montañas, es decorativo. Antes había un estanque delante de las rocas. Creo que representaba el mar, y las rocas, unas islas. Pero, por lo visto, el dueño anterior se cansó de mantener el estanque que él mismo había mandado cavar, porque es cierto que eso da mucho trabajo, así que lo secó y lo llenó de tierra. Clásico, ¿verdad?» En el terreno frente a las rocas crecían en abundancia unas hierbas pequeñas que sostenían las hojas como un paraguas. Eran de un color verde oscuro y se mecían ligeramente. Solo parecían crecer ahí, concentradas en esa zona. Quizá indicaban justo el lugar en el que había estado el estanque. Este tenía la misma forma ovalada que el jardín, solo que a menor escala. El agua era negruzca, no porque estuviera sucia, sino porque tenía mucho musgo en los bordes, y en la superficie flotaban las hojas redondas de la flor de loto, con su corte lateral característico. En él nadaban unos peces negros y grandes. Emergían un instante, formaban un aro con la boca y volvían a desaparecer. Las diminutas hendiduras que dejaban en el agua las patas del insecto zapatero refulgían en

las escamas de los peces que nadaban debajo formando una especie de flor de seis pétalos. «Qué pena que ya no esté el estanque, ¿eh, Naoshi? Te lo habrías pasado muy bien», dijo el señor, y volvió a rascarse debajo de los ojos con los guantes puestos, trazando una nueva línea oscura paralela a las anteriores. «Creo que había muchas carpas ornamentales. ¿Sabes que las carpas se comen las sobras de la comida?» Sobras, carpas, las hojas redondas seguían meciéndose con el aire sin una dirección determinada. Tampoco había un orden en el tamaño o en su orientación: algunas eran pequeñas, otras grandes; cada una miraba hacia un lado. Aquellas cuyos tallos rozaban las colas negras de los peces negros dentro del agua negra se mecían con más fuerza, mientras que las que solo tocaban la espuma que expulsaban los peces por la boca apenas vibraban con sutileza. Me acerqué despacio al estanque, me agaché y levanté con cuidado una de las hojas para ver el revés. La tierra de la que salían los tallos peludos parecía un poco mojada. La toqué. Al agacharme aún más, la mochila que llevaba en la espalda, demasiado grande para lo poco que contenía, se me deslizó hacia la cabeza. La tierra estaba más seca de lo que había pensado, pero pude sentir una humedad fría procedente del subsuelo. Me quedé palpándola con las puntas de los dedos como si le estuviera tomando el pulso y de repente una hormiga gigante me trepó por la mano a toda prisa y continuó avanzando por mi brazo pálido a una velocidad increíble hasta alcanzar la manga de mi camisa. La espanté y cayó al suelo, y enseguida la vi escalar por uno de los tallos, moviendo las antenas de un lado a otro, meneando su culo hinchado y respingón. Me puse de pie. Por grande que fuera el jardín, no podía haber tanta distancia entre un punto y otro; sin embargo, tuve la sensación de que el señor que removía el carbón con la cabeza gacha estaba lejísimos de mí. Me sacudí las manos

para deshacerme de los granos de tierra que se me habían quedado pegados. Sí estaban un poco húmedos. Me los acerqué a la nariz: era un olor a tierra distinto al de nuestro jardín o al del colegio o al del parque o al de la huerta colectiva del barrio. Solté una bocanada de aire.

Junto al estanque había un árbol. De sus ramas torcidas y grisáceas brotaban unas hojas de color verde claro, y entre las hojas, unos frutos verdes y redondos que vibraban de una forma distinta al estanque. Me acerqué al árbol y miré hacia arriba. Pude ver el cielo entre el follaje todavía no muy tupido. Hacía buen tiempo. Los frutos recortados contra el cielo brillaban como si fueran dorados. Una leve sombra bailó sobre mi cara con el movimiento delicado de las hojas. «Es un ciruelo», dijo el señor carraspeando. Solo entonces me di cuenta de que salía humo de la parrilla. Debía de haber prendido fuego al carbón. Me arrepentí de haberme perdido el momento en el que los trozos de carbón empezaron a arder. Estiré el brazo para intentar alcanzar uno de los frutos que colgaban más cerca de mí. «Cuidado, que en los ciruelos suele haber larvas de polillas babosas.» «¿Larvas?» «Orugas, de las que pican.» «¡Ah!» Me aparté del ciruelo de un salto: vi cómo mi silueta se desgajaba de la sombra que el árbol arrojaba sobre la tierra. «No te asustes, no es para tanto», dijo el señor queriendo reírse, pero en su lugar volvió a toser y se cubrió la boca con una toalla. Tenía la frente brillante y sudada. Larvas, larvas. Traté de buscarlas entre el follaje por si veía alguna desde lejos. Algunas de las hojas más finas y arrugadas estaban agujereadas, muestra de que se las habían comido los insectos. Pero no vi ninguna oruga. Seguramente estaban agazapadas fuera de mi vista. Tampoco vi hojas manchadas de sus excrementos verdosos, lo cual habría sido evidencia de que alguna andaba cerca. ¿De qué color serían? ¿Serían grandes? ¿Con

cuernos? El señor daba golpes en la parrilla con las pinzas de cocina. Tenía el ceño fruncido y formaba una o con la boca: quizá estaba soplando. Oí a lo lejos, transportado por el viento, el sonido de la sirena de algún colegio. Debía de ser la misma que la del mío, pero por alguna razón me sonó distinta. A lo mejor era totalmente distinta. El señor colocó la parrilla sobre la barbacoa haciendo un ruido seco y gritó hacia el interior de la casa: «¡Oye, Yōko! ¡Ya está el fuego!».

«Voooy», oí que voceaba ella desde el interior de la casa. La puerta chirrió al abrirse y enseguida salieron mi madre primero y Yōko después, con unos platos grandes en las manos. Mi madre se comportaba como si fuera la anfitriona. Apartó con una mano los palillos desechables de la mesa hacia un lado para hacer hueco y colocó ahí una fuente con carne. Al hacerlo, tiró unas cuantas bolsas de palillos al suelo, pero no las recogió. «Anda, Naoshi, ¿qué haces ahí?» «Ha estado contemplando el ciruelo», respondió el señor en mi lugar. «Naoshi, ¿te gustaría ser científico de mayor?», me preguntó cuando me acerqué a ellos. «¿Científico?» Detuve mis pasos. «Pero si este niño…» «¿Tú qué sabes? Puede ser científico o profesor, hay que soñar grande y aspirar a lo mejor, sin límites. Yōko, tráeme una cerveza, anda.» El señor se secó el sudor con la toalla que le envolvía el cuello, cogió la que tenía en la cintura y se cubrió la cabeza con ella. Yōko dejó el plato grande tapado con un trapo en el engawa, sacó una lata de cerveza de la nevera portátil, la abrió, se la pasó, recogió los palillos desechables del suelo y se volvió a meter a toda prisa en la casa. Aunque dejó la puerta abierta, mi madre no la siguió. El señor bebió un sorbo y exhaló una bocanada de aire. Parecía fresca y rica. Mi madre se movió ligeramente para situarse al lado del señor y asomó la cabeza dentro de la barbacoa. «¡Toma ya, qué maestría!», exclamó. «¡Menudo

fuego!» Él tiró de la toalla de la cabeza como para ajustársela. «De maestría nada, solo lo he encendido.» «Qué va. Encender el carbón es muy difícil, yo no sabría. Ya me habría gustado hacerle barbacoas a Naoshi cuando era más pequeño, pero…» «Hay gente a la que le gusta y gente a la que no. A mí me gusta hacerlo así, en un día festivo, pero hay quienes dicen que es una lata montar todo esto, y el fuego… Al fin y al cabo, si quieres comer carne asada puedes ir a cualquier brasería con parrillas de carbón. Fíjate cómo estoy sudando.» Se abrió un poco el cuello de la camiseta como para mostrarle el interior. «¡Pero bueno!» Oí a mi madre aguantar la risa en el fondo de la garganta. «Seguro que te sirve para adelgazar.» «Qué va. Como más de lo que sudo, y además bebo bastante», dijo el señor, y volvió a darle un trago a la cerveza. Realmente debía de estar muy fría. Vi cómo su enorme nuez de Adán se movía por la garganta. Me toqué la mía. Mi madre decía que si me la notaba anormalmente grande era porque tenía la espalda encorvada. La del señor era bastante grande, pero no le quedaba raro. A lo mejor se debía a que era alto y estaba un poquito gordo. Yo era el segundo más alto de la clase, pero de peso andaba por debajo de la media. «¿No quieres una cerveza? No tienes por qué conducir hoy, te puedes quedar a dormir, ya lo hemos hablado Yōko y yo.» «Hmmm.» Mi madre giró un poco el cuerpo y me miró de soslayo. Yo me llevé la mano que tenía en la garganta hacia la boca y me froté la comisura de los labios. «Si hiciéramos eso todas las amas de casa, no sé qué sería de las familias.» «Amas de casa… Por cierto, Masumi, ¿encontraste bien el atajo?» «Sí, sí, la verdad es que acorté mucho. Pero ese camino no aparece en el GPS, ¿sabes?» «No aparece, no, porque oficialmente no es una carretera.» «¿Es propiedad privada?» «Bueno, la gente de por aquí la usa todo el tiempo, así que… supongo que medio privada.» Prii, prii, prii, cantó

un pájaro. Me pregunté cuándo llegarían las otras familias que dijeron que iban a venir. ¿Era correcto encender la barbacoa y empezar a beber sin ellos? ¿Cuántos más iban a llegar? Desde luego, había muchísima carne y un montón de palillos de usar y tirar, y la nevera portátil era enorme. Volví la vista hacia el ciruelo. Me dio la impresión de que la forma de las ramas no tenía nada que ver con la que había visto antes. Quizá era por el ángulo, que hacía que unas se vieran y otras quedaran escondidas, por lo que quise rodear el árbol para comprobarlo, y justo en ese momento llegó Yōko sosteniendo un frasco grande de cristal con un líquido marrón dentro. Al parecer, era la salsa para la carne. Mi madre se apartó de la barbacoa y acercó la cara al frasco que Yōko sostenía con una mano mientras cerraba la puerta con la otra. «¡Qué buena pinta! ¿La has hecho tú?» «Sí, bueno, es solo salsa de soja con ajo a la que he añadido un poco de miso y peras en conserva…» «La salsa de Yōko es sublime. Tiene algún otro ingrediente secreto.» «Ah, ¿sí? ¡Increíble! ¿Me enseñas luego a hacerla?» «Es que pongo las cantidades a ojo, así que no sabría decirte muy bien cuánto de cada cosa… Por cierto, Naoshi, ¿tú qué quieres beber? Tengo Coca-Cola, zumo de naranja y oolong.» «Oolong, oolong para él. ¿No?» Asentí. Al bajar la cabeza, noté que se desplazaba mi nuez de Adán y me entró la tos. «Muy bien.» Yōko esbozó una sonrisa de oreja a oreja, cogió un vaso de papel, lo acercó a la nevera portátil y sacó el oolong. Mi madre me lanzó una mirada asesina y me hizo un gesto con la mano. Me acerqué de inmediato a Yōko, cogí el vaso que me ofrecía y le hice una reverencia. «Yo también quiero oolong.» «Claro. También he comprado cerveza sin alcohol. ¿Quieres?» «Ah, pues sí, sí, quiero.» «Vale, espera un momento, que las tengo en casa, en la nevera.» Yōko abrió la puerta con un chirrido y volvió a meterse dentro. «Vaya trajín», murmuró el señor. Mi madre inclinó la cabeza

en silencio. Estaba poniendo morritos. Bebí un trago de mi vaso de papel. Con lo fría que parecía la cerveza, mi oolong no lo estaba para nada. El señor apuntó a mi madre con las pinzas de cocina, hizo un gesto con ellas para que se acercara y le susurró algo al oído. Ella negó con la cabeza sin decir nada. Volvió Yōko. «Pero ¿por qué no dejas la mochila?», me dijo mi madre. «Mira, aquí, déjala aquí.» Me quité la mochila sudada como si me la despegara de la piel y la deposité en el engawa. Sentí la espalda empapada de sudor. Seguramente se notaba a través de la camisa. Me alegré de que no estuviera la tal Yukiko. «Aquí tienes. No sé si un paquete de seis será suficiente para una bebedora como tú.» Yōko sacó una lata del pack, le ofreció una a mi madre y guardó el resto en la nevera portátil, cuya tapadera cerró con un golpe seco. Me pareció, por el sonido, que estaba llena de hielos. Le di otro sorbo al oolong. Estaba muy tibio. Las tiras de carne hicieron ruido al encogerse con el calor cuando el señor las colocó en la parrilla. Yōko se puso de pie y destapó el plato grande que estaba en el engawa cubierto con un trapo. Dentro había montones de omusubi blanquísimos dispuestos uno al lado de otro. «Naoshi, puedes comerte todos los que quieras.» Había tal cantidad que era impensable que fueran solo para los que estábamos ahí. Sin duda tenía que llegar más gente. Las nubes se desplazaban por el aire a pesar de que no había viento. Oí unos golpecitos, pero no supe identificar qué los producía. Estaba sudando a chorros.

Después de comer muchísimo, ya con la barriga llena, me aparté de los adultos. Entre la grasa de la carne, el humo y el sudor, me sentía pegajoso. Saqué mi pañuelo de la mochila para secarme y justo en ese momento Yōko me trajo una caja de toallitas húmedas. Cogí dos, y mientras me secaba la cara y las partes del cuerpo que no

estaban cubiertas de ropa, mi madre puso mala cara y el señor se rio. No había llegado ninguna otra familia. Todavía quedaba mucha carne y muchos omusubi. Los omusubi no estaban del todo compactos y no llevaban nada dentro, ni siquiera sal, así que después de comerme uno sentí que hasta la garganta se me había convertido en una bola de arroz. Había otro árbol, además del ciruelo, del que colgaban unos frutos rojos alargados y que estaban envueltos, casi arropados, por unas hojas. Algunos de ellos tenían la punta abierta y dejaban asomar los estambres y los pistilos amarillos de su interior, por lo que entendí que en realidad no eran frutos, sino flores. Tanto el color como la forma me recordaban a los pulpos hechos con salchichas que hay en los bentō, y me pareció divertido. Quise saber cómo se llamaba el árbol y giré la cabeza, pero ni el señor ni Yōko me miraban. Mi madre estaba hablando y los dos tenían los ojos puestos en ella. Tenía la lata de bebida en una mano y unos palillos desechables en la otra y hablaba sin parar apoyando el peso del cuerpo en el lado derecho del culo, como siempre hacía. Caminé despacio bordeando el seto. Vistas de cerca, las flores diminutas como motas blancas de polvo estaban formadas por completo, con cinco pétalos cada una. Vino una abeja y se frotó las alas en el capullo como si quisiera empaparse de néctar. De una de las hojas que crecían a la altura de mi cara salió volando una mariquita de color carmín llena de lunares negros hacia el otro lado del seto. Allí había arrozales; pude verlos a través de los arbustos. La superficie del agua estaba recubierta de brotes jóvenes y brillaba al sol. Unas golondrinas volaban bajo. Al fondo estaban las montañas. También detrás de mí y de la casa. En realidad, debían de quedar muy lejos; seguro que habría que atravesar arrozales y casas y cultivos antes de alcanzarlas. Nosotros habíamos venido de aquella montaña de allí. Desde mi posición, parecía que estaba ahí al lado y

que al abrir la puerta trasera de la casa se me iba a caer encima ese derroche de frondosidad verde, casi azulada. El monte tenía unas partes luminosas y amarillas, y otras de un verde oscuro. También en el jardín había distintos tipos de verde, más claros, más oscuros, más amarillentos, más negros. Un abejorro peludo volaba hacia arriba y hacia abajo como si flotara en el aire. También vi una mariposa pequeña, de color añil. Volví a mirar hacia el ciruelo con cuidado de que no se me cayera encima ninguna oruga. El tronco era gris, con manchas. Unas hormigas grandes trepaban por él. Una mariposa blanca y negra con motivos de filigrana descansaba en el dorso de una hoja. Tenía unos lunares naranjas en los bordes de las alas. A lo mejor era la versión adulta de la oruga venenosa. Apoyé un pie en una de las rocas, la que era gris, escalé hasta la cima y me senté a caballito, rodeando la punta con las piernas. Me dio gusto sentir el tacto áspero en las pantorrillas. El señor debió de decir algo gracioso; oí a mi madre y a Yōko reírse al unísono. Mi madre con más fuerza, doblando el cuerpo hacia delante. Al bajarme de la roca tuve la impresión de que la forma de mis piernas se había quedado grabada durante unos instantes en la superficie, pero enseguida desapareció.

Pese a tratarse del mismo jardín, tanto la temperatura como la humedad cambiaban según dónde estuviera. En algunas zonas se distanciaba el olor a humo y a carne asada y a cerveza, en otras se concentraba. Pisé una zona con unas hierbas finas y largas, y al hacerlo empezaron a dar saltos montones de bichos pequeños. Me agaché para mirar: eran unos saltamontes diminutos, probablemente todavía crías. Eran del mismo color verde que la hierba y a ratos parecían trozos de matojos resquebrajados. Cuando acerqué la mano saltaron en dirección contraria, así que la siguiente vez puse la mano donde anticipé que saltarían y no fue difícil atraparlos. El tacto

del insecto me trajo muchos recuerdos. Hacía años que no tocaba a un bicho. No hay saltamontes en nuestro jardín y en los últimos años han dejado de venir las libélulas también. No es que nuestra ciudad se haya convertido de repente en una gran capital, pero sí han desaparecido los solares vacíos, y los estanques que llevaban ahí toda la vida se han convertido en terrenos edificables y los han ido sustituyendo por edificios de viviendas blancos o de color crema. Cogí a una de las crías de saltamontes y la encerré en la palma de la mano con cuidado de no aplastarla; luego aparté un poco los dedos y me asomé al interior. Con lo pequeña que era, ya tenía sus antenas, sus ojos y sus patas perfectamente formados. Pero había una diferencia con respecto a un espécimen adulto. Todas las partes del cuerpo estaban ahí y las proporciones eran las mismas, pero algo no funcionaba con la armonía que debiera. El saltamontes cambió de posición despacio dentro de mi mano, y en cuanto la relajé un poco salió disparado y se posó en el extremo puntiagudo de una hoja. La hoja se balanceó a derecha e izquierda con el movimiento. En el suelo vi una especie de palo redondo que sobresalía de entre la hierba. Medía más o menos un metro y medio. Lo toqué. Estaba seco, y al presionarlo un poco vibró con suavidad. No parecía nuevo, pero tampoco viejo ni a punto de romperse. No sé para qué estaba ahí. Era fresco al tacto. Me puse de pie y me fijé mejor: era un tubo de plástico o de resina, y de su boca asomaba una rana. La rana me miró de soslayo a la cara sorprendida e infló el saco de la parte inferior de su garganta. También hacía mucho que no me encontraba con una rana; solo las veía muertas, atropelladas y resecas cerca de mi casa, pero ya casi nunca vivas. Tenía los ojos dorados con unas pupilas negras un tanto estrábicas; la boca prominente, cerrada por completo, y la garganta blanca con manchas amarillas que vibraba con sutileza. Cuando acerqué la cara,

me lanzó una mirada algo intimidatoria y volvió a meterse despacio dentro del tubo hasta desaparecer. Contuve la respiración durante un rato y oí un pequeño chapuzón. Me asomé por el tubo pegándome a la apertura y me topé con los dos ojos dorados de la rana, que me observaron un buen rato hasta que por fin parpadearon una única vez. Me aparté del tubo y me agaché, esperando que así la rana se sintiera lo bastante segura como para volver a salir. «¡Naoshi!», me llamó el señor en voz alta. Tuve la sensación de que el aire a mi alrededor había perdido densidad. Miré a los adultos. «¡He asado unos oniguiri! ¿No quieres?» Me enderecé y negué con la cabeza. «Es que es de poco comer», dijo mi madre. Estaba tan colorada que pensé que debía de haber bebido cediendo a la presión. «Ya cuando era un bebé tomaba muy poca leche.» «El apetito varía mucho según cada cual», dijo Yōko. «Qué más da, si está creciendo bien.» «¿Tú crees?» «Claro que sí.» El señor agarró con las pinzas uno de los oniguiri marrones que debía de haber asado mojados en salsa, lo apuntó hacia mí y lo balanceó de derecha a izquierda para enseñármelo. Estaba brillante, con algunas partes quemadas. Me llegó el olor intenso a salsa. «¡Están buenísimos estos oniguiri a la brasa!» «No insistas, que no quiere. ¡Luego nos avisas si vuelves a tener hambre!» «Muy bien, sí, que se quede jugando. Tiene todo el jardín para él.» Asentí, me volví a agachar y busqué a las crías de saltamontes. Con todas las que había habido hacía unos momentos, ya no quedaba ninguna. Ahora, la hierba que había temblado con su peso solo se agitaba por mi presencia. Me pregunté qué hora sería. Intenté mirar el cielo en cuclillas y me caí hacia atrás. Temí que los adultos me dijeran algo, pero no fue así. A lo mejor no se dieron cuenta. Seguramente no lo vieron.

El sol había subido al centro del cielo y las sombras que los

árboles y las rocas arrojaban sobre mí eran más espesas y oscuras. Recibí esas sombras con los ojos entornados. Con el rabillo del ojo vi que cerca crecían unas vides blandas, finas y peludas. Tenían lustre y eran de color lila, con vetas ocasionales aquí y allá, todas ellas distintas. Imaginé el jardín cubierto de todo tipo de vides, de las que tienen hojas dentadas, las que huelen mal cuando las arrancas, las que son tan gordas que no se pueden cortar con tijeras, las que tienen unas flores amarillas pegajosas y hierbas que son una mezcla de susuki y espigas. Me puse a buscar un lugar donde pudiera enredar la punta corva y bifurcada de una de las ellas y decidí hacerlo en el dedo. La vid se enredó, suave, alrededor del índice. Las crías de saltamontes dieron brincos desde la hierba hasta la altura de mi cara, por lo que me aseguré de cerrar bien la boca y entorné los ojos. Las patitas delgadas como agujas me hacían cosquillas en la piel. De entre las matas de hierba salieron un saltamontes grande y una libélula rayada. Me sobrevolaron la cabeza. En mi camisa había una mantis religiosa mordisqueando a una mosca de ojos rojos que sostenía entre sus pinzas. Oí por detrás el silbido de una serpiente fina y a un ciempiés brillante reptando despacio y el sonido de las hormigas y los bichos bola tanteando el terreno con sus antenas. Una telaraña enorme vibraba bajo la luz del sol, indiferente a la mariposa diminuta que había quedado atrapada en ella y que luchaba por liberarse. Una araña con motivos rojos y amarillos se acercó rápidamente a su presa y empezó a envolverla en hilo. Las espigas secas susurraban ondeando al viento. Unos ácaros rojos recorrían la parte frontal y trasera de una hoja grande; algunos cayeron al suelo como sacos de arena, y unos áfidos de color verde amarillento treparon el tallo tieso al mismo tiempo que se movían unas orugas de colores fluorescentes. Oí a un grupo de chinches hediondas con pintas doradas succionar la savia del tallo.

Un escarabajo japonés posado en el dorso de la hoja arrojó su sombra hacia mí. Yo estaba en medio de un espacio en el que el follaje y los tallos enredados entre sí formaban un muro y un techo. A mis pies crecía la hierba y debajo de la hierba había tierra y una corriente de agua fría. Escuché con atención, pero ya no oía nada. Ni siquiera mis propios latidos. Ni mi respiración. Ya no estaba sudando. Unas hojas peludas me acariciaron, las vides envolvieron mis tobillos y un pez negro apareció, resbaladizo, en el agua, justo al lado de mi cara, como si quisiera levantar la superficie, y se volvió a hundir en las profundidades después de mirarme una única vez con unos ojos medio azulados medio grises. El agua emitió un sonido desde sus honduras.

«Oye», dijo una voz a la altura de mis pies. Levanté la cabeza, sobresaltado, y vi a una niña. Llevaba una camiseta y unos pantalones cortos que le cubrían media rodilla. «¿Has visto a la rana?» «¿Una rana?», dije incorporándome. Oí un crujido similar al de raíces arrancadas. Me senté en el suelo y miré a la niña. Tenía el brazo extendido y estaba señalando algo con el índice. «Dentro de ese tubo.» Era el tubo gris de antes. «Sí, la he visto», respondí. La niña me oteó desde arriba con una expresión lóbrega. Llevaba unas gafas pequeñas sobre una nariz grande y ancha. «¿La has estado molestando?» «¿Molestándola?» Le noté una especie de sombra oscura en la comisura de los labios. Aunque tenía el torso muy delgado, se ensanchaba abruptamente a la altura de la cadera, y sus piernas parecían robustas. En ellas, por debajo de sus rodillas firmes, se veían unos puntos rojos. Llevaba puestas unas deportivas blancas grandes y manchadas. La niña dejó caer el brazo derecho con desgana y se sujetó el codo con la otra mano, en ángulo recto. Las hojas a mi alrededor sonaron al frotarse entre sí. Oí que algo ligero caía al suelo. «La rana se escondió dentro del tubo», dije

carraspeando un poco. «Me miró como diciéndome que no me acercara y se volvió a meter en el tubo despacio.» «Ah.» Me observó con atención. Las pupilas negras se le juntaron en el centro de la cara, y de la boca abierta asomaron unos dientes blancos. «Eres el hijo de una amiga de mi padre, ¿no?» «¿De tu padre?» «Sí, ese que está ahí con la barbacoa.» La niña apuntó con el mentón hacia el otro lado del muro hecho de vides y hojas encaramadas. «Sí. Entonces tú eres… ¿Yukiko?» «Sí», asintió la niña. No se parecía ni a Yōko ni al señor. El señor estaba gordo y Yōko era delgada y de contornos suaves. Ella, en cambio, era fortachona y con los ángulos más marcados. Algo no encajaba. Me toqué la nuez de Adán. La niña esquivó la mirada y se giró hacia donde estaban los adultos. Ya no los podía ver si no forzaba mucho la vista: los ojos se topaban enseguida con la fortaleza vegetal que había enfrente, y los insectos se me aparecían amplificados. Enseguida la niña se volvió hacia mí y suspiró por la nariz. «Entonces eres el hijo de una vieja amiga de mi padre, ¿no?» «¿De tu padre? Eh…, no…, mi madre es amiga de Yōko.» La niña seguía examinándome con los ojos pequeños, los mofletes rellenos y la cara de tristeza que se le ponía al hundir el labio inferior como si estuviera haciendo un puchero. «O… bueno, puede que sea amiga de los dos», dije pensando en los ojos grandes y severos de mi madre. «Ah. Yo tenía pensado pasarme el día escondida porque me dijeron que hoy había barbacoa en el jardín y no quería, las odio. Y estaba mirando el jardín desde la planta de arriba y vi que alguien andaba tocando el tubo y me dio rabia y bajé corriendo. El otro día algún tonto puso agua ahí dentro con una manguera y menudo susto se llevó la pobre rana, salió disparada por la fuerza del chorro y se cayó al suelo. Es su casa, lleva ahí dentro toda la vida.» Se llevó la mano a la clavícula, que asomaba por encima de la camiseta. «Que el tubo es de esta altura, ¿eh? O sea,

altísimo para una rana.» Las mangas de su camiseta estaban abiertas como una boca y pude ver, al fondo, sus axilas. Estaban en penumbra. «Me puse a buscar a la rana corriendo y no la encontraba; me preocupaba que se hubiera hecho daño o algo así. Menos mal que volvió a aparecer unos días después.» «Sí, menos mal.» «¿Y qué crees que me dijo el bestia que le echó el chorro de agua encima? Me dice: "No te preocupes, que las ranas saben nadar". Pues ya verás, la próxima vez voy a ir yo a su habitación con una manguera y la voy a inundar, a ver qué le parece.» La niña se rascó el mentón con fuerza. La piel ahí era irregular y quedó roja con el frote de las uñas. «Es que odio las barbacoas con toda mi alma. Siempre hay alguno que hace esas cosas con la manguera, y los que vienen con niños suelen traer fuegos artificiales y la hierba se pone a arder y lo odio.» Me recorrió un escalofrío. «¿La hierba se pone a arder?» «¿Qué?» «¿Cómo que se pone a arder la hierba?» «Bueno, como está húmeda no se pone a arder, pero sí empieza a oler como a chamuscado y echa humo y luego se queda toda reseca. Algunos niños cogen bichos y los queman vivos, los meten ahí en la parrilla, alucina. ¿Te lo puedes creer?» «Sí», asentí. A la niña se le ensombreció aún más la cara. «Hubo uno que asó a una rana.» «Ya.» «¿Sabes lo que te digo?» «Sí.» Cogían lo que fuera y lo lanzaban y lo pisoteaban y le daban la vuelta y lo despedazaban y lo volvían a lanzar y lo recogían y le prendían fuego con un mechero. Insectos vivos, muertos, caídos, lo que fuera. «¿Tú también eres de esos?» Negué con la cabeza. Ella alargó el brazo y arrancó una hoja del muro y la pegó en su camiseta, a la altura del corazón. Era una hoja bonita y bien perfilada con forma de mano, de un color verde claro que se volvía rojizo hacia los bordes. Debía de estar pegajosa: se quedó enseguida adherida a la tela. La niña arrancó otra y otra y otra y fue pegándolas una a una en el hombro derecho, luego un

poco más abajo, luego al otro lado del pecho, y en el centro, hasta que toda la camiseta quedó recubierta de hojas. Menos a la altura del logo impreso, donde la hoja no se pegó bien y quedó colgando temblorosa, a lo mejor debido a la textura. «¿Cómo se llaman estas hojas?» «No sé. Sé que crecen también en mi jardín.» «Ah. Es la primera vez que las veo. Se pegan muy bien, mira.» La niña se sentó con las hojas adheridas a su camiseta y a continuación estiró el brazo y empezó a pegar otras en la mía. No se agarraban bien a la tela nueva y tiesa de mi camisa, pero la niña presionó con los dedos y frotó a un lado y a otro hasta que por fin se quedaron pegadas. Yo también empecé a arrancar algunas y a ponérmelas encima. No es que fueran pegajosas, es que tenían unos pelitos en el dorso que se enganchaban al tejido. «¿A tus padres no les importa que no estés escondida?», le pregunté. La niña seguía colocándose hojas encima, como intentando no dejar ni un hueco libre. «Antes Yōko nos dijo que no estabas porque tenías un evento extraescolar.» «No me han visto.» La niña se giró para pegarse unas hojas en la espalda. «Mis padres no me ven nunca.» Metí un dedo entre las vides y abrí un espacio para observar a los adultos. Seguían asando comida. Tenían las bocas abiertas. Yōko no estaba; quizá se había metido en la casa para coger algo. Solo estaban mi madre y el señor, los dos asomándose dentro de la parrilla. Había una humareda morada. El jardín parecía inmenso y lejano desde donde estábamos. «Mira para allá», le dije a la niña, y ella miró para allá. Estiré la mano y empecé a pegar hojas en las zonas de la espalda a las que ella no llegaba. Sentí la piel y el esqueleto debajo de su camiseta. Su espalda era suave al tacto. Coloqué las hojas una a una, prolijamente, con cuidado de no tocarle demasiado los omóplatos. «Gracias», dijo, y a continuación se puso a pegarse hojas en el pelo. «¿Y por qué has venido?» «¿Qué?» «Es aburrido ir

a una barbacoa con los amigos de tu madre.» «No, no me importa…» «¿En serio?» Asentí. La niña se giró hacia mí y me miró con suspicacia. «¿No te habrán hecho venir a la fuerza?» «Bueno, sí, no, en realidad no ha sido así…» «¿En serio?» «Creo que sí.» Ya no podía distinguir lo que era una obligación de lo que no. Yo hacía todo lo que mi madre me decía, dentro de lo posible. Ponte esto, come esto, arranca los matojos, saca la basura, vete al colegio, no faltes, falta, ven conmigo, no vengas conmigo, ríete, no te rías, haz esto, no lo hagas, no hables, no pienses. Por supuesto, había cosas que no podía hacer. También había cosas que no quería hacer. Pero si las podía hacer, las hacía. No por hacerlas mi madre se ponía más contenta, pero si no las hacía, se enfadaba. Se molestaba. Ahora también estaba molesta, pero no creo que fuera por mí. Sabía que no. La niña esbozó una sonrisa amarga. Su forma de mover la mandíbula me recordó un tanto a su padre. «Será porque te llevas bien con tu madre. Padre no tienes, ¿no?» «No. ¿Cómo lo sabes?» «Me lo ha dicho mi padre.» «¿Tu padre?» «Sí.» «¿No te lo dijo Yōko?» «Qué raro se me hace que alguien que no es de la familia llame a mi madre por su nombre.» Al contrario de lo que sucedía con el tejido de algodón, las hojas no se adherían bien al pelo. Por mucho que las aplastaba contra la cabeza una y otra vez, se volvían a desprender y caían al suelo. Intentó ponerme una en mi pelo corto (me lo cortaba mi madre) como para confirmar el resultado. Me empujó tanto la cabeza que tuve que ladearla un poco. Volví a entrever su axila por el hueco de la manga. Los brazos que asomaban por las mangas un poco dobladas estaban muy pálidos. Las hojas también se me desprendieron del pelo enseguida. La niña se resignó, pero lo cierto es que ya estábamos casi completamente cubiertos de hojas. Daba risa verla envuelta en cosas verdes. Seguro que yo causaba la misma impresión. Olía a hojas por todas partes.

La niña arrancó del suelo una llena de unas arrugas finas y la mordió. «Es menta», dijo. Yo también la mordí. Sí, sabía a chicle, pero con un olor más fuerte a hierba. Oí cómo le sonaban las tripas mientras movía la boca. Dirigí la vista hacia la parrilla. Todavía echaba un humo morado. Yōko no había vuelto todavía y el señor bebía de un vaso de papel. Había una montaña de oniguiri asados en la fuente. Le volvieron a sonar las tripas. Se estiró la camiseta hacia abajo, molesta. Vi a través de su boca medio abierta que tenía pedacitos de menta en los dientes delanteros. «Hay omusubi asados allí…» «No quiero.» Tras decir esto, se puso a cortar la hoja de menta con los dedos. «Estaría bien que hubiera moras aquí.» «Antes había un zarzal por allí, pero se secó, o a lo mejor lo secó mi padre aposta.» «¿De qué color eran?» «¿El qué?» «Las moras.» «Ah, pues eran de las negras. Al principio son verdes, luego se ponen rojas, luego se ponen moradas y ya cuando son casi negras te las puedes comer. No son muy dulces, son sobre todo ácidas y te dejan la lengua roja.» Nos quedamos ahí quietos un buen rato, sentados en la hierba. Pude sentir, en el interior de ese tejido apretado de enredaderas, casi como si lo tocara con las manos, que el sol se inclinaba. Y, como consecuencia, se había ido desplazando la sombra que se dibujaba en la cara de la niña y en su pelo, por encima de las hojas. Los insectos empezaron a cantar. Cantaban shhhh, shhhh, cantaban cri cri cri, iiii, iiii, y también cantó la rana, cro, cro. También cantó la tripa de la niña. Una espiga me rozó el cuello. La mariposa que había visto antes en el ciruelo con alas hechas como de filigrana estaba colgada del revés, con la cabeza para abajo. Los ojos eran unos puntitos. «No es una mariposa, es una polilla. Aunque vuele de día, ¿ves que tiene el cuerpo grueso? No saben volar bien, son torpes. ¿Sabes? Una vez…» En la mejilla se le formó una sombra en forma de polilla que parecía temblar con movimientos diminutos.

«¿Ves la rana que está dentro del tubo? Una vez la vi con cuatro ojos.» «¿Cuatro ojos?» «Sí, con dos filas de dos ojos a cada lado.» Las pestañas cortas y espesas se le volvieron marrones, casi transparentes, bajo la luz del sol. Sus gafas estaban llenas de huellas dactilares. «No veas el susto que me llevé. Luego me di cuenta de que eran dos ranas pegadas, o sea, una sobre la espalda de la otra, y las dos estaban metidas en el tubo. Apretujadas ahí dentro, cada una ocupando la mitad. Pensé que estaban casadas, pero al día siguiente, cuando me volví a asomar, solo estaba una de ellas.» «¿Sabes si hay agua dentro del tubo?» La niña asintió, y al hacerlo se movieron varias de las hojas pegadas a su ropa. «¿Es agua de lluvia?» «No. Creo que viene de abajo. Me han dicho que, si cavas un pozo aquí, sale agua. Por lo visto el anterior dueño utilizó esa agua para hacer un estanque. Por eso creo que el agua viene de debajo de la tierra y sube hasta el tubo.» «Ah.» «Oye, ¿alguna vez te has querido morir?» «No.» «¿En serio?» «Sí.» «¿Por qué?» La base de una de las vides tembló. La sacudida fue subiendo hacia las puntas de las enredaderas a medida que absorbían la abundante agua del subsuelo y esta alcanzaba los extremos, que estaban justo encima de nuestras cabezas. El agua adquirió forma de gotas que se hincharon y empezaron a caer sobre nosotros. Una, luego otra, luego otra. Estaban frías. La niña soltó un pequeño grito y se puso de pie. Me llegó el sonido de una corriente de agua. Alguien chilló al fondo del jardín. A ella ya se le había empapado el flequillo y lo tenía pegado a la frente, pero ninguna de las hojas de su ropa se desprendió; resistieron bien la lluvia, rebotándola incluso, resplandecientes. Se limpió las gafas empañadas con el borde de la camiseta. Se le vio la barriga, era muy blanca. Oí la voz iracunda de mi madre gritando mi nombre.

De pie bajo los aleros del tejado, el señor dijo que era un chaparrón momentáneo y que se pasaría pronto. Mi madre se mostró de acuerdo, pero lo cierto es que la lluvia continuó cayendo con insistencia, aunque con menos intensidad. Decidió entonces que nos volvíamos a casa. En el coche me envolví en la toalla gruesa y mullida que me había dado Yōko y me quedé contemplado el mismo paisaje que había visto en el trayecto de ida: la cabaña vacía, los invernaderos, el río (aunque la garza ya no estaba), mansiones de agricultores adinerados, la oficina de correos. «¿Te lo has pasado bien?» Mi madre me vio asentir a través del espejo retrovisor. «¿Ah, sí? Yo estoy agotada», dijo arrugando la nariz. Desprendía una mezcla de olor a champú, a carne asada y a lluvia. Me olí mi propia camisa. Olía a hierba, a chinche hedionda, a saltamontes, a menta, a lluvia, a la niña. «Por lo visto Yukiko juega al baloncesto.» Clavé los ojos en los de mi madre en el retrovisor. Ella no me estaba mirando, y por alguna razón sus ojos parecían mucho más pequeños. «Y además es capitana del equipo. Me dicen que juega superbién y que se lo toma muy en serio.» «¿Quién te lo ha dicho?» Mi madre me observó un instante y enseguida apartó la vista. «Pues… Yōko y su marido. Qué bien, ¿verdad? A ver si aprendes de Yukiko.» Asentí y miré por la ventana. El camino de montaña, los árboles altos y rectos y las vides fueron dando paso a una zona suburbana, y pronto entramos en un área residencial. «Me voy a dar una ducha», dijo mi madre sacudiéndose el pelo mojado al llegar a casa, y desapareció en la sala de baño. Yo abrí el ventanal que daba al jardín. Nuestro pequeño jardín estaba cubierto de lluvia. Me quité la camisa. Una de las hojas con forma de mano continuaba pegada al borde, por dentro. La lancé al jardín. La hoja empezó a vibrar en el suelo. Me agaché y le di la vuelta despacio: un pez negro abrió la boca redonda y tragó una bocanada de aire. Se formaron unas

ondas. Más tarde, cuando me metiese en la bañera, seguramente una rana asomaría la cabeza por el grifo, y del zarzal que enredé al tubo de la ducha colgarían unas moras negras, y la boca se me llenaría de rojo y de dulce. Decidí quedarme contemplando el agua hasta que mi madre, que salió sonriente de la ducha, me diera la siguiente orden. Ya estaba oyendo a una rana croar en alguna parte.

PRONÓSTICO

Cuando salí de casa por la mañana llovía de forma normal, pero se fue intensificando mientras caminaba. No había nadie más que yo andando por la calle, a pesar de que era hora punta. El tráfico, en cambio, era infernal, y los coches, lejos de reducir la velocidad, avanzaban a toda mecha salpicando agua. Como no quería que me mojaran, me metí en una callejuela estrecha por donde no circulaban vehículos. Era un camino más largo que no solía tomar, con casas de tamaño mediano que daban a la calle paralela, por lo que desde ahí no se veían ni las puertas ni las entradas; solo muros de bloques de cemento o de madera separando una vivienda de la otra con muy poco espacio entre sí y con manchas negras, seguramente causadas por el aguacero. Las casas eran muy silenciosas por la parte trasera. Solo se oía la lluvia. Aunque el camino estaba asfaltado, había algunos baches que se llenaban de agua y formaban charcos. Caminé mirando al suelo. De pronto oí un ruido desagradable, como si mi paraguas de vinilo se hubiera enganchado a una de las ramas que sobresalían hacia la calle y se hubiera roto. Pero al mirar hacia arriba comprobé que estaba intacto. Era una rama delgada con brotes verdes la que se había roto y enganchado a la punta de mi paraguas. El cielo me pareció bajo, quizá porque estaba cubierto de unas nubes muy espesas. En

una de las casas habían colocado botellas de plástico vacías al borde del muro de cemento para ahuyentar a los gatos. Eran botellas con asas grandes a las que les habían quitado la pegatina de la marca, en cuyo lugar había quedado un rastro blanco y cuadrado. El agua que contenían parecía demasiado amarilla para ser de lluvia. Yo llevaba unos botines de goma impermeables que me cubrían hasta el tobillo, pero el agua se filtraba por los lados, por lo que tenía las medias mojadas. Iba mejor vestida que de costumbre porque ese día teníamos la fiesta de bienvenida para los nuevos empleados de la empresa. Había visto el pronóstico del tiempo y sabía que iba a llover, pero no pensé que tanto. Debería comprarme unas botas de agua que me lleguen hasta las rodillas, pensé, para temporales como este, pero enseguida me di cuenta de que son pocos los días del año en los que llueve de manera tan torrencial. Pero ¿y si había unas inundaciones catastróficas? Seguramente me arrepentiría de no haberme comprado unas botas impermeables altas, aunque, en realidad, en situaciones así, supongo que da lo mismo que la bota te cubra unos centímetros más o menos. Los hierbajos que crecían al borde del camino se sacudían hacia arriba y hacia abajo golpeados por la tromba. El algodón de los dientes de león estaba empapado y encogido. De repente vi, a través de mi paraguas de vinilo, un cielo claro y luminoso que no parecía estar en el horizonte sino justo enfrente de mí. Al mirar hacia arriba se me endurecieron los músculos, agarrotados por el frío. Entorné los ojos y vi que se acercaba un niño pequeño con un impermeable azul. Era similar a un poncho, de esos que se meten por la cabeza y cubren el cuerpo como una tienda de campaña, y por debajo se movían unas botas de agua del mismo color. En ese entorno en el que tanto los muros como el asfalto estaban tan mojados que se veían negros y hasta la lluvia parecía estar mezclada con tinta, el impermeable azul del niño

parecía flotar en el aire. Al principio pensé que caminaba solo, pero entre la bruma distinguí la silueta oscura de la madre, que cubría la cabeza del niño con un paraguas. El camino era una línea recta, por lo que, a medida que se fueron aproximando, pude oír el chapoteo del niño pisando los charcos. Plas, plas. Era un tramo tan estrecho que pensé que cuando nos cruzáramos tendríamos que al menos hacernos algún gesto de reconocimiento. Me aparté hacia un lado todo lo que pude, con cuidado de que mi ropa no tocara el muro mojado, levanté el paraguas, lo incliné y detuve mis pasos. Esperaba que nuestras miradas se encontraran y pensaba cederles el paso, me pareció lo cortés, de modo que miré a la madre, pero ella tenía la vista clavada en su hijo y no se fijó en mí. El niño sí levantó la cabeza y me miró un instante con unos ojos negros que se movían en medio de la cara cubierta por la capucha. Había dado por hecho que era un niño, pero a lo mejor era una niña. Me cayeron en el hombro unas gotas del paraguas de la madre. Eran más grandes que las de la lluvia y estaban heladas. Ella sujetaba el cuello del impermeable del niño por detrás. Su paraguas parecía cubrir solo a su hijo; su espalda estaba completamente mojada y se le transparentaba la camiseta que llevaba debajo y hasta la forma de los omóplatos. Iba inclinada, sosteniendo el paraguas con una mano y el cuello del impermeable del niño con la otra. Sus vaqueros estaban tan empapados a la altura del culo y por detrás de los muslos que parecían negros. Después de dejarlos atrás, durante un rato seguí oyendo el chapoteo del niño en los charcos.

En la tercera planta del edificio de mi empresa hacía frío y olía a una mezcla de café y lluvia. Había un impermeable colgado de un extremo de los rieles de las persianas. «Cómo llueve, ¿eh?», dijo Saiki con un suspiro. Ella trabajaba a tiempo parcial y se sentaba frente a mí. «El día acaba de empezar y ya estoy agotada.» «La

verdad es que sí.» Saiki estaba cortando el periódico en mil pedazos. «¿Y eso para qué es?» «Hago pelotas de papel y las meto en los zapatos para que absorban el agua. ¿Quieres unas pocas tú también, Sakata?» «No, gracias, no hace falta, llevo unos botines de agua.» Nada más decir esto me descalcé, me puse unas pantuflas para estar por la oficina, saqué una toalla del bolso y me sequé el cuerpo. Tenía salpicaduras de barro en la pantorrilla y me las limpié preguntándome cómo me habría manchado así si no había ido por ningún camino de tierra. Las medias húmedas olían a mí y a lluvia. Saiki, que debía de tener unos diez años más que yo, se agachó sin levantarse de su asiento y empezó a meter las bolas de papel en los zapatos. «Se supone que los míos también son impermeables, pero no sé si es que se está descosiendo la suela; la cuestión es que me entra agua por abajo, es una faena. He venido caminando porque en bici era imposible, pero andar con esto ha sido como ir descalza.» «Odio que se me mojen los pies.» «Yo también lo odio, no me gusta nada. La parte de arriba la tengo bien gracias al chubasquero.» «¿Ese que está colgado ahí es el tuyo?» «Sí. Le pasé un trapo por encima para que no goteara y pedí que me lo colgaran, así se seca.» Miré el impermeable blanco que colgaba perezoso en un rincón de aquella sala neutra. Parecía casi un teru-teru bōzu[43] gigante. Era totalmente distinto a un impermeable infantil. Al terminar la operación de los zapatos, Saiki se levantó de la silla y se masajeó los hombros robustos. Casi parecía que su cuerpo ancho emanaba vapor. Encendí mi ordenador. Me llegó ese olor a polvo que siempre huelo cuando se pone en marcha. Coloqué las manos en el teclado y escribí ni nombre de usuario y mi contraseña. Debí de escribir algo mal, a pesar de que estaba más que acostumbrada a tocar esas teclas, quizá porque tenía los dedos helados, y me salió un mensaje de error. Volví a introducir cada letra. Saiki también empezó a teclear

algo con suavidad. No estaba puesto el aire acondicionado, pero tenía mucho frío y me tapé las medias aún húmedas con una manta ligera. De vez en cuando se oía la lluvia golpear las ventanas. Se había levantado bastante viento.

A la hora de comer unos cuantos hombres se acercaron a la persiana y miraron a través de la ventana. «Sigue lloviendo. Muchísimo.» Algunos respondieron con una interjección, otros se quejaron de que no podrían salir a comer con ese temporal. «Ojalá tuviéramos una cantina en la empresa.» «Ni que fuéramos una empresa tan grande.» «Espero que no vuelva a haber desprendimientos de tierra.» «¡Espero!» «¿Creéis que va a seguir lloviendo así hasta la noche?» Se marcharon en grupo y salieron a la calle. Yo saqué del bolso todavía húmedo el bentō que me había preparado en casa. Eran sobras de los macarrones gratinados del día anterior, más un oniguiri y un poco de brócoli. Quise calentármelo, pero el microondas siempre estaba ocupado a esas horas. Alargué el cuello para mirar cómo de llena estaba la zona común. «Oye, Sakata», dijo Saiki. «¿Sí?», respondí girándome para mirarla. Ella estaba vertiendo salsa de un recipiente pequeño sobre algo marrón que contenía su enorme caja de bentō, no sé si era cerdo empanado, en cualquier caso, algo frito. «Esta mañana —empezó a hablar—, cuando estaba viniendo hacia aquí, pasé por un colegio y había muchísimos coches taponando la calzada. No sabía por qué, entonces…» Saiki se chupó el dedo manchado de salsa. Abrí mi caja de bentō y saqué los palillos. «No es una carretera ancha, y estaban todos los coches ahí apiñados y vi que salían niños con randoseru como alubias cayendo de un saco. Claro, como llovía, los padres habían llevado a sus hijos en coche. Pero no es una carretera lo suficientemente amplia como para que puedas avanzar sorteando los coches aparcados, ¿sabes? Así que aquello parecía una arteria llena

de coágulos, qué insensatez. Ni que estos niños estuvieran hechos de azúcar, ¡no pasa nada por que se mojen! Tampoco eran niños pequeños de los que empiezan a ir al cole. Algunos eran ya mayorcitos, como de doce, tenían bigote y todo, y llegaban tan a gusto en el coche de mamá. Y yo pensaba: "¡Pero si sois casi adolescentes! ¿Dónde está la rebeldía?".» «Ya.» Me acordé de la madre y del niño con los que me había cruzado por la mañana y me pregunté adónde se dirigían. Les debió de ocurrir igual que a esos niños mayores. Seguramente tenían que encaminarse a algún lugar al que no podían faltar lloviera o tronara, un lugar al que tenían que ir aunque tuvieran que caminar bajo la lluvia y aunque eso supusiera que la madre se iba a empapar: una guardería, una escuela infantil, el pediatra. Se me quedó grabada la imagen del puño de la madre aferrándose al cuello del impermeable de su hijo. ¿Adónde tenían que ir en semejantes condiciones? ¿Por qué no habrían ido en coche? No podía imaginarme tener hijos en ese barrio sin disponer de un vehículo. Los autobuses no pasaban con frecuencia y la estación de tren quedaba lejos. Y a veces llovía. Y no había taxis. «¿Y sabes qué? Encima aparcaban un poco lejos de la entrada del cole porque, claro, ahí estaban los profesores dándoles la bienvenida y los padres no querían que los vieran, así que dejaban a sus hijos a unos diez metros, pero claro, todos tenían la misma idea y acababan parando en la misma zona, a unos diez metros del colegio, tanto hacia el este como hacia el oeste. Lo sé porque yo justo voy de oeste a este cuando paso por la escuela. Yo también he ido a recoger a mis hijos en coche cuando me han dicho que se encontraban mal, ¿eh? O cuando mi hijo se rompió una pierna y la tenía escayolada. Pero estamos hablando de una simple lluvia. Que no es una tormenta fuerte ni una gran nevada, es solo lluvia. Y taponan una calle en la que hay muchísima gente yendo a trabajar y

van dejando a sus hijos ahí en la carretera, eso sí que es peligroso.» «Sí, es verdad.» «Que, además, tratándose de una escuela primaria, todos los niños viven en el barrio, ¿entiendes? No es que vengan de lejos, yo qué sé, del otro lado de la montaña. Los consienten así desde pequeños, los acostumbran a la comodidad y luego de mayores no quieren pagar ni impuestos ni la seguridad social. ¿Cómo lo van a pagar? Son personas a las que no se les ha dado la oportunidad de espabilar ni de buscarse la vida en un día de lluvia. Todo lo contrario, les transmiten que si se mojan, se mueren. ¡Si yo hiciera eso con mis hijos rebeldes estaríamos apañados!» Asentí, y acto seguido cogí con los palillos unos macarrones fríos con salsa blanca y me los llevé a la boca. «A los tres niños de mi casa los hemos criado sin consentimientos ni tantas atenciones, y al menos pienso que, si ahora los soltara en la selva, sabrían sobrevivir, sabrían buscarse frutos o comerían orugas; ¿sabes que en la selva hay unas orugas que se pueden comer?» «Ah, sí, ¿las orugas de las mantis religiosas?» «No sé. Lo mismo comen algo venenoso y se mueren, pero mejor morirse así que de hambre solo porque está lloviendo y no sabes qué hacer. Esa es mi filosofía para la crianza.» Saiki cogió un tomatito cherry con los dedos, lo aplastó dentro de la boca, sacó el tallo y lo tiró al suelo. Supuse que tenía una papelera a sus pies. Su impermeable parecía haberse secado ya.

En cuanto sonó el timbre anunciando el final de la jornada, Saiki empezó a recoger para irse. Se levantó, recogió el impermeable, lo dobló y lo sujetó bajo el brazo. Era buena trabajadora y tenía mucha experiencia laboral. Supuse que si no tenía contrato fijo y solo estaba a tiempo parcial era precisamente porque se quería marchar justo a la hora. Inevitable, por otra parte, si tenía tres hijos. Tampoco necesitaba grandes excusas para no ir a las fiestas de la empresa. Me dio un poco de envidia. «Bueno, me voy ya. Hasta

mañana.» Al oír su voz levanté la cabeza y le respondí que hasta mañana, pero Saiki ya tenía la vista puesta en la salida y nuestras miradas no se cruzaron. Dos hombres que se sentaban en otra isla alzaron los brazos a la vez para estirarse. La empleada joven que era la coordinadora del día se puso de pie. «He pedido unos taxis. Quienes estéis listos por favor id bajando», dijo en voz alta. Al salir vi que la lluvia ya no era tan intensa. Era más una llovizna. De hecho, se podía decir que casi había parado de llover. «Siempre pierdo el paraguas cuando hace este tiempo. No me lo quiero dejar en el restaurante, así que no me lo voy a llevar», dijo uno de ellos. Unos cuantos se mostraron de acuerdo, pero otros dijeron que a lo mejor volvía a llover por la noche o al día siguiente por la mañana, «mira esos nubarrones negros de allí», y mientras decían que sí y que no, llegaron los taxis que había pedido la coordinadora, uno tras otro, y nos fuimos subiendo de cuatro en cuatro para ir al restaurante. Nos sentamos a una mesa larga a ras del suelo. Los empleados nuevos se presentaron, el jefe de departamento hizo un brindis, chocamos las copas y enseguida empezaron a desfilar platos de comida. El compañero que estaba sentado enfrente de mí me habló de sus hijos. Eran dos: el mayor iba a la escuela infantil y el pequeño era todavía un bebé. El bebé siempre quería comer las chuches que tenía el mayor y eso era un problema. «Como nos da pena, siempre le decimos al mayor que no las coma delante del pequeño, pero no nos hace caso.» «Yo creo que todavía es muy pequeño para entenderlo», dijo la que estaba sentada a mi lado, una mujer que, pese a ser mayor que el otro compañero, seguía soltera. Se estaba rascando la oreja como si tirara del lóbulo, y en la muñeca le brillaba un delicado reloj dorado. «Es muy pequeño para entender que tiene que esconderse para comer sólo por compasión.» «No, lo entiende perfectamente», dijo él. «Lo sabe, y lo come adrede

delante del pequeño y le enseña la lengua llena de chocolate y se la acerca a la nariz. La lengua llena de chocolate derretido, con lo bien que huele. Entonces el pequeño también quiere y se pone a llorar.» «Ah, ¿sí? Pero el mayor está en la escuela infantil, ¿no? ¿No es un poco pronto para que coma chocolate?» «Es imposible», intervino otra mujer. Ella tenía hijos. Alguien me dijo que había tenido a su primer hijo bastante mayor. «Si se lo dan ya en la guardería. Les dan pan con chocolate.» «¿En serio?» «Supongo que dependerá del centro. Algunos dicen que todo lo cocinan ellos, desde la comida a la merienda, todo sano y sin aditivos, pero otros les dan chocolate y dulces y patatas fritas.» «Qué mal que haya esas desigualdades, y encima que empiecen tan temprano, al año de nacer o así. Porque esas cosas ya van marcando los gustos de los niños y su vida en general antes de que tengan voluntad u opinión propia.» «La guardería a la que fue mi hijo no era así. De merienda les daban pececitos secos o fruta, y solo en ocasiones especiales, como en Navidad, les daban tarta.» «El mío va a la escuela infantil, así que no tiene meriendas… Por cierto, Yokoi, ¿cuántos años tiene tu hijo?» Yo asentía escuchando mientras comía, pensativa. Se habían formado grupos de entre dos y seis personas en las mesas, y las conversaciones se iban animando. Algunos estaban tan enfrascados en la charla que apenas habían tocado la comida. Bajo la luz tenue y rojiza del local me costó distinguir a los que eran compañeros de trabajo de los que no lo eran. En principio, todos los allí presentes nos conocíamos. Éramos todos empleados de la misma empresa y trabajábamos en la misma sección, en la misma planta. Incluso los nuevos llevaban ya unas cuantas semanas en la empresa. Pero algunos de los que estaban sentados al fondo no me sonaban de nada. Yo llevaba ya diez años trabajando ahí y era imposible que aquellos fueran nuevos; sin embargo, no recordaba haberlos visto

nunca. Sus voces tampoco me resultaban familiares. Saqué las alubias de edamame de su vaina medio mojada y me las llevé a la boca. También comí un poco de huevos ankake[44] con algo que parecían trozos pegajosos de cangrejo. Puede que no fuera un manjar, pero no estaba mal. Tomé ensalada con alevines, sashimi, luego una rodaja de cerdo cocido en salsa de soja. Los vasos con cerveza de lata se vaciaban enseguida. La cerveza no era de tirador, para que los nuevos empleados pudieran servírsela al jefe. La coordinadora traía cada poco latas llenas y las hacía circular por las mesas. Elegí la que creí que estaba más fría, me la serví en el vaso, no sin antes confirmar que nadie me miraba, y bebí un trago. La serví rápido pero intentando que tuviera mucha espuma. No paraban de llegar nuevos platos; aún no había dado tiempo a terminar los anteriores y ya no cabía nada en la mesa. Esta vez comí espinacas cocidas y shūmai[45] frito y me volví a echar cerveza y bebí. Andaba así, comiendo y bebiendo, cuando alguien me llamó desde detrás. Al darme la vuelta vi que el jefe de sección, acompañado de dos chicas jóvenes sentadas una frente a la otra, me estaba mirando. Las dos habían sido contratadas hacía unos dos años. El jefe me hizo un gesto con la mano para que fuera, por lo que cogí los palillos y el vaso y me acerqué a ellos. «Sakata, ¿estás bebiendo?» «Sí.» «No te cambia la cara.» «¿No?» El jefe me sirvió más cerveza, que se mezcló con la que quedaba en mi vaso (de hecho, quedaba más de la mitad), todavía fría, y la enturbió. «Muchas gracias.» «Venga, tú también, Yūki.» «Ah, sí, muchas gracias.» Luego Yūki le sirvió cerveza al jefe. Tenía unas uñas redondas, pintadas no sé si de rosa, beige o blanco; era un esmalte suave y brillante. Alzamos los vasos para brindar y di un sorbo; efectivamente, estaba calentorra, y pensé en la lata de cerveza fría que me había dejado en mi sitio a medio beber. Había montones de latas abiertas en la mesa que se

iban calentando. Se oían risas y exclamaciones de sorpresa. «Oye, Sakata, ¿tú te llevas bien con Saiki?», me preguntó el jefe de sección. «¿Qué?» Al ver que pedía que me repitieran la pregunta, una de las chicas jóvenes se dirigió a mí con entusiasmo, como para animarme a hablar: «Habláis mucho a la hora de comer, ¿verdad? No sé qué os contáis, pero parece que conversáis bastante entre vosotras.» «Más que conversar, yo creo que te limitas a escuchar los monólogos de Saiki, ¿o no, Sakata?» Moví la cabeza de tal manera que podía estar asintiendo o negando. «Bueno», dije. Había una trabajadora a tiempo parcial conocida por ser inútil y arrogante a la vez. Había otra que era famosa por ser guapa y joven y tener una regla muy abundante. Pero nunca le había oído a nadie decir nada sobre Saiki. Era muy eficiente, amable, alegre, agradecida, una empleada muy cualificada. «Sí, solemos hablar, sí.» «Es que ¿sabes qué? La he estado observando y el otro día, que era festivo…» Dejé el vaso con la cerveza tibia en la mesa. Frente a mí había un plato de tōfu frito que no había visto en mi sitio. «¿Sabes ese centro comercial, uno enorme? ¿Vas alguna vez, Yūki?» «Sí, de vez en cuando», dijo Yūki asintiendo. «Yo no voy casi nunca, pero de vez en cuando me llevo a mis hijos ahí. Mi prima trabaja unas horas a la semana en la zona de restaurantes, en la crepería. ¿Sabes cuál es, Yūki?» «Ah, sí, sí que hay una crepería en la zona de restaurantes.» El jefe no me hizo ninguna pregunta a mí sobre el centro comercial o la crepería. Me puse un poco de tōfu frito en un plato limpio que había a un lado y comí. Tenía jengibre rallado por encima y, aunque por fuera estaba frío, conservaba el calor por dentro. «Entonces fui a la crepería y les compré unas crepes a mis hijos, y vi que Saiki también estaba ahí en la zona de restaurantes. Con su familia. O más bien con sus hijos.» Continuó diciendo que ella y sus hijos llamaban mucho la atención. Que estaban en una mesa de seis,

Saiki sentada en un lado, sola, y los tres niños en los asientos de enfrente. «Como por orden de tamaño, grande, mediano y pequeño, y los tres niños parecían iguales, así con la misma complexión que la madre, todos un poco anchos, con el mismo peinado y una ropa muy parecida. El mayor tendría unos doce y el pequeño alrededor de siete, creo. La cuestión es que los tres eran calcados.» Los niños tenían enfrente tres botellas de refrescos de quinientos mililitros y tres bolsas grandes de patatas fritas, y jugaban a videojuegos y alargaban de vez en cuando el brazo para comer o beber. Saiki se reía sola hablando de algo, pero los niños no le prestaban atención, absortos como estaban moviendo los dedos sobre las pantallas de sus teléfonos móviles o de sus consolas portátiles. Ni se hablaban ni se miraban. «Era un poco raro y no pude evitar quedarme mirándolos mientras esperaba a que se hicieran las crepes. Entonces mi prima se me acercó mientras ponía la crema o algo y me susurró que siempre iban. "¿Quiénes?", pregunté, y me dijo: "Esa familia de gordos, la de los tres hermanos". Me lo dijo molesta, apuntándolos con el mentón, así, por debajo de la mascarilla.» «¿Ah, sí?» «Los demás restaurantes estaban todos llenos, pero la crepería estaba medio vacía y parecía que mi prima no tenía mucho que hacer. Según ella, los cuatro se plantan allí cada sábado, domingo y festivo nada más abrir el centro comercial. Entran corriendo, se pillan siempre la misma mesa y se quedan hasta el cierre con las bebidas y los aperitivos que se traen de casa. Siempre, cada día no laborable hacen eso.» «Pero entonces… ¿se quedan ahí todo el día?» «Eso dice mi prima.» Aquí se acepta hasta cierto punto que la gente traiga comida y bebida de fuera, pero es que siempre lo hacen así, vienen con sus bolsas del supermercado, sacan los aperitivos, los ponen en la mesa y no compran nada. Cuando llega la hora de comer, pienso que algo comprarán, pero no, nada, aguantan todo el

día con las patatas fritas de bolsa y el zumo ese que se están bebiendo ahora. Y los niños se la pasan jugando a videojuegos y la madre, o hablando o durmiendo. A veces se va ella sola a algún sitio. A lo mejor se va de compras, aunque nunca la he visto volver con bolsas. Me pone de los nervios. Además, los fines de semana esto se llena muchísimo y ha habido gente que se ha quejado. Incluso, una vez, alguien de uno de esos restaurantes de por aquí le llamó la atención, pero le entró por un oído y le salió por el otro. No sé qué le pasa, pero algo le pasa. «Sí, todo el día. Solo se levantan para ir al baño. Eso me ha dicho mi prima.» «Y tu prima… ¿cuántos años tiene?», preguntó Yūki. «Tendrá unos treinta y cinco.» Al oír esto, la chica joven, que debía de rondar los veinticinco, asintió con una sonrisa y bebió cerveza. No parecía que tuviera mucho aguante con el alcohol. Yo, despreocupada, le llené el vaso hasta arriba con cerveza tibia. «Así que, bueno, compré las crepes esas de plátano y chocolate y volví a la mesa donde estaban mi mujer y mis hijos sin decirle a mi prima que esa señora trabajaba en mi empresa.» «Ay, sí, qué ricas, a mí me encantan las crepes.» «Porque eres joven. Yo no comí, solo me tomé un café con hielo. Ciento veinte yenes. ¿No es barato para un lugar como ese?» «¿Qué? ¿La crepe?» «No, el café.» «Ah, sí, es barato. Claro, tienen que ponerlo todo barato.» «La cuestión es que ese día estaba llenísimo, casi no quedaban mesas libres, y si no hubiese sido porque mi mujer había pillado una de casualidad no nos habríamos podido sentar. Nos turnamos ella y yo para ir a hacer algunas compras, porque si dejamos solos a los niños seguro que nos habrían quitado la mesa.» Yūki asentía cada poco. «La gente es poco civilizada cuando va a esos sitios.» «¿Civilizada?» Yūki apretó los labios. Yo me serví otra rodaja de tōfu frito y me la comí junto con los pimientos shishitō que lo acompañaban. «En resumen, que Saiki hace cosas un poco

cuestionables.» «Es un poco rara, ¿no?» «¿A que sí?» El jefe parecía encantado de que la joven lo escuchara tan encandilada. «Y a ti, Sakata, ¿qué te parece?» La miré. Yūki tenía la vista clavada en algo que había encima de la mesa. Estaba de perfil y vi que tenía un trocito de rímel pegado al párpado inferior. El trocito brillaba. «Saiki es buena gente. Trabaja muy rápido y tiene tema de conversación», dije. «Por eso me sorprende lo que nos acabas de contar. Ella se hace su comida en casa todos los días y la trae al trabajo.» «Las apariencias engañan, ¿verdad?» «Bueno, más que apariencias…» Dejé el vaso en la mesa, algo alejado de mí y me limpié los bordes de la boca con un oshibori.[46] Solo después de limpiarme me di cuenta de que había usado el oshibori de otra persona. Por suerte no estaba sucio ni olía mal. Volví a enrollarlo y lo dejé donde estaba. Miré hacia el sitio donde había estado sentada antes: allí había alguien que no conocía. Estaba contando algo con mucho entusiasmo, sacudiendo los palillos, uno en cada mano. Yokoi escuchaba con atención. «Bueno, entiendo que la vida de casada es difícil…, más aún con tres niños.» «Tres son muchos, ¿no?» «Por un lado, tiene mérito», dijo él. «Debe de ser agotador.» «Y luego dicen que los hombres quieren bajas paternales, no me jodas.» «Al final es una cuestión política.» «Entonces ¿cuánto tiempo se va a quedar el director en su puesto?» «Son ranas venenosas de dardo. De Latinoamérica.» «La economía va fatal. Lleva tiempo yendo fatal.» «Oye, sobre el tema de los descuentos familiares, al final no invitaste a Yoko, ¿verdad?» «Leer el periódico también es parte de mi trabajo.» «Como se alimentan de cosas que contienen veneno, el veneno se acumula en sus cuerpos y se vuelven seres venenosos.» «Se ha unido a la Asociación de Padres y Madres de Alumnos y dice que está muy ocupada.» «El lado oscuro del corazón.» «¿Qué? No, es algo parecido a la sardina.» «Es que cuando nos vienen con el

tema de la motivación…» «Los préstamos no hace falta pagarlos cuando se muere el marido.» «Es completamente rojo. De un rojo brillante, es precioso.» «Hay que centrarse bien en el tema, que no es una conversación cualquiera.» «Esos son asuntos de las grandes empresas.» «Fíjate, cada día se aprende algo.» «Y mañana llamará por teléfono para decir que va a faltar y ya está, todos los meses igual.» «¿Y se pueden tener como mascotas?» «Claro, los niños son inocentes.» «En Japón, sí.» Justo pasó cerca de mí la coordinadora y le pedí un oolong. «¡Ah, yo también!», se apresuró a decir Yūki. La coordinadora llevaba latas vacías con las dos manos. «Y usted, jefe, ¿qué quiere?» «Yo no, gracias. Bueno, espera, ¿hay alguien tomando shōchū?»[47] «Creo que el jefe de departamento se pidió antes un oyuwari.»[48] «Entonces yo también un oyuwari. Es de boniato, ¿no?» «Creo que sí. Entonces dos oolong y un oyuwari de shōchū de boniato.» «¡Vamos, tú puedes, coordinadora!», se rio Yūki. «Qué suerte que vosotros podéis beber», dijo la coordinadora también entre risas. Al parecer, a las dos las habían contratado a la vez. «No te preocupes, que en la fiesta de fin de año me tocará a mí. Además, como habrá bingo va a ser mucho trabajo. No te ha tocado lo peor.» «Es verdad. Entonces dos oolong y un oyuwari.» «De boniato», añadió Yūki sonriendo. De la boca abierta le asomaron dos colmillos tiernos y afilados. Cogí otro edamame para comérmelo mientras esperaba mi té, pero no sé si estaba así desde el principio o alguien se había comido las habas; el caso es que no había nada dentro. El jefe de sección levantó medio cuerpo y miró fijamente al jefe de departamento. Estaba bebiendo oyuwari. Yūki se sirvió una rodaja de cerdo cocido y se la comió. La punta de sus palillos estaba teñida de todo tipo de jugos y salsas.

«¿Qué sueles hacer los fines de semana?», le pregunté al día

siguiente a Saiki. «Hmmm, a ver que piense», dijo soltando un gruñido. «Normalmente salimos a dar un paseo en familia, pero por el barrio.» «¿Sí?» ¿Por dónde?, quise preguntarle, pero se adelantó y habló ella primero. «¿Por qué?» «No, por curiosidad. No sé, me imagino que no será fácil salir a hacer algo con tres niños.» «Bueno, pero ya no son bebés. No les tengo que hacer mucho caso. Es más, dentro de poco serán ellos los que no quieran saber nada de su mamá.» Saiki se metió un buen bocado del arroz que traía en su caja de bentō, y después de masticar despacio, suspiró. «Se supone que todavía están en edad de disfrutar de la familia, pero ya empiezan a…», dijo, y se rio un poco.

CUIDADOS

Salí al jardín delantero de mis padres con mi hija de tres años en brazos. Mi madre estaba sentada en el engawa vestida de negro, lo cual no era habitual en ella. Cerca de la punta de sus sandalias florecían unas alegrías. Probablemente habían nacido de semillas que habían caído ahí al azar. Estaba casi atardeciendo y el cielo parecía aguado con un pincel. Me senté junto a mi madre con la niña en el regazo. Me percaté de que el vestido que había creído que era negro era en realidad morado con lunares bordados con hilo del mismo color. Era un vestido de verano que se ponía siempre. Mi hija miraba hacia abajo y jugaba con un lazo cosido a su camiseta. Mientras balanceaba las piernas, mi madre se lamentó de lo abandonado que estaba el jardín. «No he podido ocuparme desde que murió papá.» El seto estaba disparejo, con ramas sin podar que sobresalían hacia fuera y flores que no eran ni malas hierbas ni ornamentales, y el césped estaba reseco y levantado en algunas zonas. Era verdad que, comparado con cómo lo mantenía el abuelo, aquello se veía enmarañado, pero me pareció exagerado decir que estaba abandonado. «Qué le vamos a hacer, es un jardín que requiere muchos cuidados.» Esa era la casa en la que se había criado mi madre. Mi padre se mudó allí cuando se casó, pero enfermó y murió antes que mis abuelos. Mi madre cuidó a mi padre

en esa casa que la había visto crecer, casó a su hija, atendió a su padre y ahora se ocupa de su madre convaleciente. Con ella vive también su hermano menor, que nunca dura demasiado en un trabajo y vive pegado al ordenador.

Vi que había una bolsa blanca de plástico tirada en el césped. «¿Qué es eso, basura?» Mi madre giró la cabeza con brusquedad y me miró. «¿Qué?», preguntó levantando las cejas con recelo. «Eh…, esa bolsa blanca.» Tenía una mirada extraña, como si tuviera los ojos recubiertos por una membrana. «Sí, eso…» Cerró los párpados con tal fuerza que parecía que le había entrado un bicho. Luego, los abrió despacio y acercó la boca a mi oído. «Son tomates.» «¿Tomates?» Se puso de pie. Recogió del suelo la bolsa, arrugada y desgastada, y tres tomates rojísimos rodaron sobre el césped. Su piel tersa era de un carmesí ardiente. «Son de nuestra huerta.» Al otro lado del jardín había una pequeña huerta y sí, había visto tomates, pero este año, no sé si por el clima, muchos de ellos están maduros solo por la parte del culo y se han quedado verdes en la parte superior. Además, en general tienen un aspecto sorprendentemente mustio. En cambio, los que estaban ahí, tirados en el suelo, no tenían nada que ver con los otros a medio crecer. Lucían espléndidos y sabrosos. «Ha sido - -.» Mi madre dijo el nombre de alguien dando por hecho que yo lo conocía. «- - los recoge y va diciendo: "Toma, unos tomates".» «¿A quién?» «A la gente del vecindario.» «¿Y por qué?» «Dice que papá le dijo que lo hiciera así.» Oí el murmullo de una conversación a lo lejos y a las cigarras cantar. «Ya sabes, papá tenía ese carácter y debió de decirle eso porque se conocían de toda la vida, pero… al parecer a la gente no le gustan nuestros tomates. Dicen que no sabemos regarlos, que están comidos por los bichos, que ya tienen mala pinta en cuanto empiezan a brotar. Entonces - - dijo que vale y me los trajo de vuelta

a casa. Encima que los recogió él sin permiso de nadie.» «¿En serio?» «En serio.» «Pero eso…» Pensé en cómo debía responder. «… Es inaceptable.» Querría haberle dicho otra cosa, pero no se me ocurrió nada más. Mi madre asintió. «Claro que es inaceptable. Lo lleva haciendo así desde que murió papá… ¡Kei!» De repente exclamó en voz baja el nombre de mi hija. Miré a la niña: tenía los ojos abiertos y estaba observando los tomates caídos a los pies de mi madre. En sus pupilas se reflejaba el punto de luz brillante que había en la piel del tomate. Una pequeña luz blanca. «Hasta tú, Kei…», dijo mi madre con voz temblorosa. «Ho-la.»

Oí el eco de una voz proveniente del portal de la casa. Un anciano menudo y calvo nos miraba desde el otro lado. Tenía una cazadora gris similar a la que llevaba mi abuelo, la espalda encorvada y una cara suave que me resultaba familiar. Sonrió y se dirigió a mi madre. «Señora Furukawa.» Ella caminó hacia mí sin decir nada, dando zancadas, y se sentó justo a mi lado. «Señora Furukawa.» Como también había sido mi apellido, estuve a punto de responder, pero mi madre me detuvo colocándome una mano sobre la rodilla. El canto de las cigarras sonaba a un mecanismo engrasado con aceite caliente. De improviso noté que algo empezaba a ascender desde el suelo. Era negro; no, oscuro, y cuando quise darme cuenta todo estaba en tinieblas. En la oscuridad espesa ya no pude ver nada, ni a mi hija, a la que tenía sentada sobre las rodillas, ni a mi madre, que estaba junto a mí, ni el jardín. Cerré los ojos. Sentí un roce caliente en la espalda. Me sobresalté por un instante, pero enseguida me percaté de que era mi madre pasándome el brazo por los hombros. Su mano llegaba hasta mi hija. Nos tenía abrazadas a las dos formando un triángulo. Yo también sujeté a la niña con fuerza. Las costillas se le movían al ritmo de su respiración suave. Al acercar mi mejilla a la suya noté el olor de su saliva.

Estaba sana y salva, no se la había llevado ningún ser malvado. De momento eso era lo más importante. Me llegó un olor a tomate. Mi madre se balanceaba abrazada a nosotras. Oí unas pisadas fuertes sobre el suelo, el ruido una sustancia pegajosa que se pegaba y se despegaba. La oscuridad se volvió más densa. La negrura se tornó más negra cuando parecía imposible. Oímos al anciano desde el fondo de las sombras. «Señora Furukawa, aquí tiene, lo de siempre.» Unas gotas cayeron sobre mis tobillos. Olía como a hierba recién cortada y de pronto oí la voz de una mujer. *Gracias por ocuparte siempre.* Era una voz trémula, frágil y aguda. *Gracias por todo, madre se va a…* «Dile que venga a verme cuando se vuelva a encontrar bien.» *Qué bien, madre se va a poner muy contenta, gracias…* «Aunque le cueste, ¿sabes? Tiene que salir un poco y mover las piernas, que es lo primero que nos falla a los ancianos, no puede estar todo el día tumbada.» *Sí, gracias, gracias…* «Tiene que vivir más, mucho más, por lo que no vivió papá.» *Madre se va a poner muy contenta.* Brrr, brr, sssss, shhh, plas, plas. Las cigarras alzaron el vuelo sin dejar de hacer sonar sus alas. «Hasta otra.» La puerta se cerró con un crujido. Mi madre aflojó los brazos. Abrí los ojos despacio.

Volvíamos a estar en el jardín de antes, cerca del atardecer. Unos murciélagos volaban en el cielo, que empezaba a amarillear. Vi al anciano alejarse de nuestro portal: su figura de espaldas era muy parecida a la de mi abuelo. Mi madre suspiró y soltó los brazos. El viento me refrescó la espalda mojada de sudor. A un lado de mi madre había una bolsa blanca con objetos redondos en el interior. Se transparentaba el rojo a través del plástico fino. Eran esféricos y rojos, del tamaño de una mano. «¿Son tomates?» Mi abuela llamó a mi madre con voz aguda. Ella se puso de pie y entró en la casa, y al hacerlo movió la bolsa y de ella cayeron unos tomates pesados. Me

llegó un olor pastoso a azúcar y salsa de soja que no supe de dónde venía. Otro grupo de cigarras empezó a cantar cerca de nosotras.

CANGREJOS

En el instituto de niñas en el que me gradué, había cangrejos. La primera vez que vi uno dentro del recinto escolar fue al final del primer año, en verano, un día de lluvia. Estaba en una de las pasarelas exteriores impregnadas del aire brumoso y húmedo del día, caminando de lado. De su caparazón pequeño y redondo, del color de la arena, sobresalían dos ojos de un gris verdoso, y se desplazaba haciendo sonar las patas contra el suelo de la pasarela. Al detenerme de repente, casi me choqué con una compañera de clase, que me miró molesta. «Hay un cangrejo…», intenté explicarle, pero sentí la lengua seca y pesada, y entretanto el cangrejo desapareció. Mi compañera frunció aún más las cejas finas.

Por lo visto, los cangrejos procedían de un río cercano. En la orilla crecían unos carrizos altos, y de algún modo, aunque el mar estaba lejos, se intuía cierta brisa oceánica. El nivel del agua variaba mucho según el día y la hora, tanto que a veces solo se veían las puntas de las hojas y las espigas emergiendo de la corriente turbia, y otras era fácil vislumbrar a los cangrejos paseándose entre la base de los carrizos. De camino al colegio, al salir de la estación, cruzaba un puente. En el trayecto entre la estación y el puente no veía ni un solo cangrejo, pero entre el puente y el instituto me encontraba con varios que habían muerto atropellados. Con el calor del sol

emanaban un hedor terrible. Cuando no eran los cuervos hundiendo sus picos en ellos, ya estuvieran vivos o muertos, eran los coches que los aplastaban. Si lograban sobrevivir a la travesía, llegaban al colegio y se ponían a deambular por pasillos y pasarelas, por el patio o por el parterre de flores. Como si estuvieran buscando algo. Cada vez que los veía no podía dejar de mirarlos y, por lo que fuera, aquello debía de molestar mucho a mis compañeras. A veces tenía la impresión de que esquivaban a los cangrejos, o incluso de que no los veían. Otras veces me parecía que eran conscientes de que estaban ahí y les daba igual. Si un día no comentaban nada en alto cuando pasaban por delante pero los miraban por el rabillo del ojo y susurraban entre ellas, al día siguiente daban un rodeo para esquivarlos cuando habría bastado con pasar por encima de una zancada; o se reían a carcajadas sin motivo aparente pero cuando se los encontraban en la estantería de zapatos, dentro de su calzado de interior,[49] no se molestaban en agarrarlos ni le daban la vuelta a la zapatilla para dejarlos caer. Se limitaban a no calzarse y entraban en el colegio en calcetines. Había cangrejos muertos por todo el instituto. A veces estaban enteros, otras, en trozos. La encargada del mantenimiento los barría y los recogía junto con el polvo, las hojas secas y el resto de la basura, luego lo metía todo en una bolsa y lo llevaba a incinerar. Por aquel entonces la basura orgánica se quemaba en la incineradora que había en la parte trasera del colegio. La encargada del mantenimiento era una mujer regordeta de mediana edad a la que todas las alumnas llamaban «la señora». También algunos profesores la llamaban así. «Anda, llama a la señora para que venga a recoger los cristales rotos.» «¿Sabes? A veces la señora… —oí murmurar a una alumna a quien le había tocado esa semana ayudar con la limpieza— mete a los cangrejos en la incineradora cuando están todavía vivos. Los coge con unas

pinzas y los lanza adentro, y entonces empieza a oler a algo entre salado y dulce… Sí, da un poco de miedo. No sé por qué lo hace. Sé que es muy trabajadora, pero… ¿Qué tendrá, cincuenta años? ¿Sesenta? ¿Setenta? Los cangrejos…» Intenté escuchar con atención, pero enseguida cambiaron de tema y se pusieron a hablar del profesor de gimnasia que a todas les gustaba. «El profe Hara quedó segundo y se ha asegurado su participación en la interescolar. ¡Cómo me habría gustado verlo! Dice que es optimista mientras tenga bien los ligamentos, pero se le ven muy rígidos…» Yo había visto a ese profesor pisotear a los cangrejos en el pasillo. No sé si los pisaba adrede o sin querer, pero muchas veces los pateaba después hacia las esquinas. Las pantorrillas musculosas le sobresalían por debajo de su equipación. Siempre que pasaba, dejaba una estela de aroma artificial a manzana verde. Dicen que es ese champú que se llama - -, huele fenomenal, ¿os habéis fijado que tiene las puntas del pelo un poco onduladas? ¿Qué dices? Yo también quiero usar ese champú, ¿dónde lo venden? Que no, que vais a oler igual y se va a dar cuenta, qué más da, me da igual, pero es que…

Un día, después de gimnasia, el profesor me pidió que ayudara a recoger. En principio no me tocaba a mí, pero quizá se debió a cómo estaba colocada en la lista de asistencia. Las demás se rieron por el hecho de que me hubiese llamado. También el profesor se reía con cierta malicia. Su mandíbula, triangular y afeitada, se reflejaba en el suelo de linóleo. Cuando terminé de recoger y me dirigía hacia el edificio principal, vi en el suelo, detrás de los árboles que cercaban el patio, algo cuadrado. Era una piedra de granito gris con motas blancas y negras que me llegaba más o menos hasta las rodillas; un cubo perfecto en el que cada lado medía unos quince centímetros y tenía las esquinas un poco erosionadas. Había unas letras talladas

en la superficie que apenas se podían leer, no sé si porque se habían desgastado o porque alguien las había intentado borrar. No lograba descifrar lo que decían. Nunca antes había visto esa piedra ahí. Estaba oscurecida por la sombra de los árboles y parecía una lápida, aunque más pequeña. «¿Qué haces ahí?», dijo alguien de repente, y me llevé tal susto que se me cortó la respiración. Era la señora, vestida de faena. Salió de entre los árboles toda sonriente. Llevaba un sombrero de paja, una toalla enrollada en el cuello y unas tijeras de podar en la mano. El maquillaje untado en cada poro de su piel se había mezclado con las gotas de sudor que se deslizaban por debajo del nacimiento del pelo teñidas de blanco. «¿Qué haces?» «Esto…» La voz se me quebró. Sentí que hacía mucho tiempo que no le hablaba a alguien. Señalé la lápida que había a mis pies. «¿Te has caído?», preguntó, preocupada. «¿Qué?» «¿Te has tropezado con el monolito?» El monolito. Por torpes que fueran mis reflejos, por mala que fuera mi forma física, la piedra no tenía un tamaño como para que yo me tropezara y me cayera. Al verme negar con la cabeza, la encargada volvió a sonreír. «Menos mal. Sería un poco ridículo tropezarse con algo así.» «Pero… y esto… ¿qué es?» Por algún motivo se me aceleró el corazón mientras le hacía la pregunta. «Es el monolito de la línea de costa», respondió la encargada como si nada, y cortó la punta de una rama que crecía rojiza con sus tijeras de podar. «¿La línea de costa?» «Todo esto es terreno ganado al mar. Lo han cubierto de tierra varias veces y ahora el mar se ha quedado ya un poco lejos, pero originalmente aquí era donde empezaba el mar, y todo eso —dijo señalando con sus tijeras de podar la pista de atletismo donde hacíamos las carreras de obstáculos— era mar. De aguas someras.» El viento sopló sobre el suelo seco y blanquecino y levantó una polvareda de arena fina como el azúcar. Era la hora de comer y no había nadie. Al fondo

estaba el cobertizo donde yo acababa de guardar los aparatos y utensilios de educación física. La entrada oscura parecía una boca abierta. «Si lo piensas es extraño, ¿verdad? Lo rellenas de tierra, lo endureces, le pones encima colegios y casas y carreteras, y decides que esto es para ti y esto es para el otro y te pones a vivir aquí como si nada.» Así que ahí debajo estaba el mar. Me miré las zapatillas, del color blanco obligatorio del instituto. Tenían algunas manchas suaves. La arena de cuarzo del suelo era semitransparente. La encargada del mantenimiento siguió podando las puntas de las ramas de los árboles que había cerca. «Cuando yo era pequeña, todo esto ya estaba edificado, pero ¿ves dónde están las fábricas? Cuando yo tenía tu edad aquello estaba todavía en obras, bueno, digo obras, pero en realidad solo tiraban escombros al mar y lo llenaban de arena, y cuando terminaban de cubrirlo todo soltaban a unos caballos y les hacían andar por ahí, y al principio se hundía la tierra, pero ya al final se oía cómo les repiqueteaban las herraduras, clac clac. Entonces volvían a meter arena… Hoy en día las obras no se hacen con tanta calma, poniendo a los caballos a hacer clac clac.» Di un suspiro largo. «Qué raro.» «Claro que es raro. Da la impresión de que pasó en la antigüedad, pero en realidad no hace tanto de eso. A mí de pequeña ya no me dejaban jugar aquí porque decían que estaba sucio, pero al parecer en la época de mis padres venían a la playa que había aquí a coger almejas y comérselas.» Y cangrejos, pensé. Seguramente esa playa estaba llena de cangrejos. La encargada del mantenimiento entornó los ojos y miró a lo lejos. Yo hice lo mismo. Los tejados de los edificios se sucedían uno tras otro, superponiéndose. Las paredes y los tejados de las casas estaban viejos. Era inimaginable que aquello hubiera sido agua. «Ahora todavía siguen con las obras. Ganando terreno al mar. No sé cuándo van a acabar. Ojalá terminen ya. Si es que a partir de ahora

va a haber cada vez menos gente. Cuando era pequeña pensaba que cuando fuera mayor las obras ya habrían acabado, que cuando tuviera hijos o cuando mis hijos fueran ya mayores se habrían acabado, pero se ve que todavía les queda bastante, o incluso que el final está cada vez más lejos.» «¿Tiene usted hijos?», pregunté sorprendida, no sé por qué. «Hijos, sí. Y ahora vete ya, te vas a quedar sin tiempo para comer.» «Sí.» «Tienes que comer un poco más, estás demasiado delgada. Delicada. Tienes que ponerte más fuerte, todo va a ser una prueba de resistencia a partir de ahora.» «¿A partir de ahora?» «A partir de ahora y para siempre…, pero vosotras todavía sois jóvenes.» Hizo sonar sus tijeras de podar. «Pobres.» «¿Qué?» «Nada, que os esperan muchas alegrías.» Los brotes rojos de las ramas iban cayendo alrededor del monolito como flores.

Supuse que si había tantos cangrejos era porque el colegio había sido una playa, es decir, la costa. No sabía cuánto hacía de todo aquello; quizá habían pasado décadas, o un siglo, pero los ciclos biológicos están marcados por escalas de tiempo más largas y sin duda por eso continuaban viniendo, invocados por su instinto pese a que ahora ya no había ni mar ni nada. Venían hasta aquí y se encontraban con que no había playa y se ponían a deambular… Abrí la puerta del aula. Oí voces, algunas estridentes, otras apagadas, otras agudas. Olía a bentō. Cuando llegué a mi mesa, vi que encima del uniforme que había dejado doblado había un cangrejo. No, era la carcasa seca de un cangrejo. Estaba colocado sobre mi uniforme con los ojos apuntando en mi dirección, como si me estuviera mirando. Lo observé durante un rato. Oí cómo se elevaban las voces y se convertían en risitas. Levanté el cangrejo. No estaba aplastado, seguía entero. Conservaba las pinzas y todas sus patas. Era el caparazón reseco, ligero, vacío y sin vida de un cangrejo, expuesto

ahí, como una muestra… La clase se fue hundiendo en el silencio. Contemplé los ojos de color arena, ya completamente descoloridos. Me pareció estar viendo el reflejo de mi cara en una superficie mojada, el peso de mis músculos corriendo por el barro brillante y cubierto de agua de mar… Una alumna que había ido a comprar algo entró en el aula, ahora poseída por un silencio nuevo, y se quedó de pie boquiabierta. Todo el mundo contuvo el aliento, expectante. Ahí, en el centro, estaba la alumna más callada de la clase, no, del curso entero, en chándal, y en la mano tenía… «¿Qué ha pasado?», preguntó alguien en un tono casi imperceptible. Antes de que contestaran, puse el cangrejo en mi mesa y me quité el chándal. Para cuando estaba terminando de abrocharme los botones de la camisa, la clase ya había vuelto a su ruidosa normalidad. Terminé de vestirme y metí el cangrejo en el bolsillo que había entre los pliegues de la falda a cuadros. «Sssss…» Alguien siseó. El cangrejo ocupó el bolsillo sin apenas peso ni consistencia. Yo ya caminaba siempre con la cabeza gacha. Era imposible inclinarla más. En el camino de vuelta lancé el cangrejo al río desde el puente. Era tan ligero que el viento se lo llevó bastante lejos, hasta que de repente cayó en vertical. Tuve la sensación, en el momento en el que lo lanzaba, de que las pinzas y las patas resplandecían y se movían. Me llegó un olor a mar, no sé si de mi mano o del río. Se parecía al olor de la sangre.

Fui unas cuantas veces más a ver el monolito de la línea de costa. Ahí no había nada. No había nadie. Oculto como estaba entre los árboles, no se veía ni desde el patio ni desde el colegio. Un día extendí un pañuelo grande sobre la arena y me senté, tratando de sentir las olas del mar por debajo del culo. La marea de la mañana, el oleaje. Pero no noté nada. El suelo estaba plano y seguía estando plano más abajo, y más abajo, plano y seco. Un cangrejo caminó rodeándome los pies. Tenía la mitad del cuerpo medio camuflada por

la arena. Parecía cansado; se desplazaba con una extraña lentitud, como si el resorte de un mecanismo se le hubiera roto, pero movía diligentemente las patas intentando avanzar de lado. Miré hacia arriba: el cielo azul estaba coronado de árboles. Me chupé un dedo para probar la arena y, para mi decepción, no estaba nada salada. En la parte de abajo del monolito, a ras del suelo, vi unos bultos rojos en los que no me había fijado antes. Acerqué la cara como un insecto que repta. Eran unos gránulos redondos y rojos, de un centímetro de ancho, y había cinco pegados como un racimo de uvas. Los toqué. Estaban duros y tenían la textura de pelotitas de goma. Estaban llenos de líquido, que alternaba el rojo oscuro con otro más claro. Parecían huevas de salmón, pero duras. ¿Serían huevos de algo? Me acordé del cangrejo que acababa de pasar a mis pies. ¿No serían los huevos de ese cangrejo? Probablemente creyó que estaba desovando en la línea de costa, en la playa o entre las rocas. Sentí que acababa de resolver el misterio. Los insectos y los animales pequeños como los cangrejos recorren distancias enormes y se juegan la vida para poner sus huevos. Quizá ese fuera el único propósito para el que estos animales modestos existían, y no tenía sentido calificar sus vidas de insensatas o miserables… Busqué a mi alrededor. No encontré al cangrejo por ninguna parte. Con lo lento que iba, ¿dónde se habría metido? Ni vivo ni muerto; no había dejado rastro. Deslicé las uñas entre el monolito y los huevos y los despegué. Sonó como si estallaran en mis dedos, pero rodaron en mi mano intactos y ahí se detuvieron. Las manchas de color rojo oscuro y las de un rojo claro se mantenían separadas sin mezclarse y brillaban traslúcidas, temblorosas, bajo la luz del sol. El mundo se reflejaba en cada una de aquellas bolas arracimadas. Me las metí en el bolsillo. Recogí el pañuelo que seguía extendido sobre la arena: estaba completamente húmedo.

En la universidad me sentí más capaz de hablar con la gente. Un día, en una fiesta, me puse a conversar con un estudiante de Biología que estaba sentado a mi lado. Ya habíamos charlado unas cuantas veces, pero ese día se creó una especie de burbuja a nuestro alrededor que nos aisló del bullicio del local, y cuando quise darme cuenta le estaba contando la historia de los cangrejos. Era la primera vez que se la contaba a alguien. Que habían llegado al instituto de niñas buscando el mar, que ese terreno había sido una playa pero que ya no, que había visto unos huevos rojos y redondos… En ese momento el estudiante se rio con la jarra de chūhai[50] en una mano. «Eso es imposible», dijo. «¿Qué?» «No pueden ser huevos de cangrejo. Los cangrejos guardan sus huevos en el abdomen hasta que están listos para eclosionar, y además ponen decenas de miles. Se mueren tan fácilmente que tienen que poner muchísimos. Y, cuando eclosionan, vuelven al mar. Los huevos son diminutos y lo que sale de ahí es un plancton transparente y minúsculo. Que yo sepa no hay ningún cangrejo que ponga unos huevos tan grandes y que además los deje en la superficie, a la vista de todos. No soy experto en crustáceos, pero te puedo asegurar que es imposible.» Sin embargo, los huevos estaban ahí, yo los había visto. No me podía imaginar que fueran otra cosa. «Serían huevos de otro animal. Bueno, ni siquiera sabemos si eran huevos. Rojos y redondos y como elásticos, ¿no? ¿No serían pelotitas de goma, de esas para niños?» No, no me cabía duda de que aquello eran huevos. No era nada artificial, eran huevos. Recordé lo que había sentido al tocarlos. Al apretar suavemente con los dedos había sentido una redondez tersa que estaba llena de vida. ¿Qué otro animal iba a poner sus huevos ahí, si no eran los cangrejos que llegaban por error hasta aquel lugar árido pensando que era el mar? «Hembras de cangrejos.» «¿Qué?» «Es decir, según tu teoría, los cangrejos que llegaban a tu instituto

eran hembras que iban a desovar siguiendo su instinto.» «Sí…», asentí. «Pero si de verdad ese fuera el único lugar en el que los cangrejos pueden desovar, ya no quedaría ninguno, ¿no crees? Quiero decir, han pasado ya muchas décadas desde que el mar se convirtió en ciudad.» «Es verdad…» Me terminé lo poco que quedaba de mi oolonghai.[51] El hielo áspero chocó contra mis labios. «Además, si había tantos cangrejos en el instituto, tendrías que haber visto más huevos.» Cierto. Después de aquel día había buscado más de aquellas bolas duras, pero no había vuelto a encontrarlas. «Sí, por eso, hay partes de la historia que yo misma no entiendo.» Me dio la sensación de que cada vez hablaba más rápido y más alto. Él levantó la mano y le pidió al camarero otra copa de lo mismo. Mordisqueé el hielo. «¿Y qué hiciste después con esas cosas que parecían huevos? Te los metiste en el bolsillo del uniforme, ¿y luego?» «También los lancé al río.» «¿También?» «No, quiero decir que los lancé al río. Pensé que si al menos estaban en el agua…» «¿Y qué pasó después?» «No sé, cayeron al agua, primero flotaron un poco y luego se hundieron.» Él bajó la mirada y se rio. Los dientes delanteros, grandes como los de un caballo, le vibraron resplandecientes. «Seguro que en tu biblioteca hay alguna enciclopedia sobre crustáceos, aunque solo sea de consulta. ¿Por qué no lo investigas?» Escurrió un poco de limón en la jarra que le acababan de traer y al hacerlo me salpicó un chorro aromático de jugo. Me limpié los dedos, uno por uno, con el oshibori. «En serio, deberías investigarlo. ¿Te imaginas? "Alumna de instituto hace un descubrimiento mundial."» «Ya no soy una alumna de instituto.» «Ya lo sé, me refiero a antes. Kana, lo cierto es que no te imagino con el uniforme escolar.» «Yo era una chica normal y corriente.» «¿A qué te refieres con normal y corriente?» Soltó una carcajada ronca. Su camisa de franela olía a sudor.

La siguiente vez que tuve vacaciones volví a casa de mis padres. Tomé el tren y luego caminé hasta el río. Había una excavadora amarilla aparcada en la ribera, sin nadie dentro. A excepción de eso, el paisaje del río cubierto de carrizos que se veía desde el puente era el mismo de siempre. La corriente de agua tenía un color marrón suave. Había un montón de gorriones reunidos, revoloteando mientras piaban ruidosos, jugando a posarse en las espigas de los carrizos que asomaban por encima del agua hasta doblarlas con su peso, entonces volvían a alzar vuelo y se posaban en una nueva espiga. No sé si realmente estaban jugando, pero sí me pareció que se trataba de una actividad sin propósito. Eran decenas de ellos repitiendo los mismos movimientos, piando sin parar. El canto de cada gorrión por separado era muy sutil, pero cuando piaban juntos resultaba atronador. Estaba absorta contemplando el río desde el puente cuando de pronto noté que algo emergía del agua entre el carrizal enmarañado. Una cosa puntiaguda y blanca se fue haciendo cada vez más visible. Me recorrió un escalofrío. Aquello era la pinza gigante de un cangrejo. Las cuchillas dentadas estaban entrelazadas y por fuera eran del color de la arena con franjas naranjas. Su superficie era dura e irregular y tenía una especie de algas enganchadas a ella. Si aquellas pinzas tan grandes eran de un cangrejo, entonces debía de tratarse de un cangrejo monstruoso. Solo las tenazas eran del tamaño de un niño. Los gorriones piaron revoltosos, luego alzaron vuelo juntos, como enredados los unos a los otros. Las pinzas se abrieron de repente y atraparon a un gorrión que había tardado en alzar vuelo, quizá porque no se percató de que sus compañeros se habían marchado, o quizá porque le pesaba el cuerpo. El gorrión perdió fuerza y pareció derretirse dentro de esas pinzas gigantescas y ocres, y desde donde estaba yo solo pude ver el instante del forcejeo. Unas plumas blancas cayeron sobre el agua.

El resto de los gorriones había desaparecido, aunque todavía podía oírlos piando a lo lejos; tal vez se habían quedado mirando, o puede que se tratase de una bandada distinta. El cangrejo se sumergió poco a poco en el río con el gorrión entre las pinzas hasta que desapareció por completo en la corriente turbia y parda con un pequeño chapoteo. Unas ondas concéntricas se expandieron alrededor, pero enseguida se movieron, se emborronaron y se esfumaron. Miré de frente. Allí, al final del río, estaba el mar. Una grúa alta, increíblemente alta, flotaba trémula en el horizonte como un espejismo. Todavía continuaban las obras entre la costa y la tierra. Ya nadie sabe cómo era antes la línea del litoral. Pero el mar nunca deja de fluir. Es imposible detenerlo. Caminé hasta mi antiguo instituto y me topé con un cartel que prohibía la entrada a personas no autorizadas. El portal estaba cerrado a cal y canto y el patio, en absoluto silencio. La verja estaba oxidada y enmohecida, y de entre los ladrillos de piedra del muro brotaban hierbajos. No se veía ninguna luz en las ventanas y me dio la impresión de que no era porque fueran vacaciones, sino porque ese lugar ya estaba muerto y abandonado. Me vibró el bolsillo. Alguien me estaba llamando. En la pantalla brillaba el nombre de la persona que se había reído de mi historia sobre los cangrejos. Oí un crujido sutil y tuve la sensación de que unas patas pequeñas y puntiagudas subían trepando sin que yo las viera.

DULCES VERDES

Pasadas las doce de un sábado, a la salida del cole, mi madre y yo fuimos a visitar a mi abuela, que estaba enferma. Llevaba ingresada desde que un día se desplomó en casa y la trasladaron en ambulancia hasta el hospital. Siempre iba a la clínica Sumiya, para catarros y cosas así. A este otro hospital grande, que quedaba a quince minutos en coche de donde vivíamos (si se iba por el camino nuevo), fuimos por primera vez cuando ella enfermó. A la semana de que la ingresaran, mi abuela ya podía levantarse para ir al baño y había vuelto a comer como de costumbre. Parecía encontrarse perfectamente y yo me preguntaba por qué no le daban el alta. Aquel día nos encontramos con unos vecinos nada más entrar en el hospital. «Hola, señora Sakai.» Llevaban una bolsa grande de papel y se estaban marchando ya. «Hola.» Mi madre hizo una reverencia. Yo también incliné la cabeza. «¿Qué pasa?… ¿Es la abuela?», dijo la señora, que llevaba unas gafas grandes y vistosas, acercando la cara a mi madre con preocupación. El señor tenía la mirada perdida, y al seguirla vi un pequeño televisor en la sala de espera de la planta baja en el que tenían puesto el béisbol preuniversitario. «Por fortuna se encuentra estable… ¿Cómo va Shōei?» «Pues mire…» Había muchas orquídeas decorando la entrada. La mayoría eran orquídeas mariposa blancas o rosas, pero también había de otras especies y

estaban todas abiertas de forma tan impecable que parecían de plástico. No había ni una seca ni mustia. «Qué bien, me alegro mucho.» «Va a tener que llevar de por vida esos clavos enormes que le han puesto en la pierna. Eso le pasa por hacer el tonto.» Me acerqué a las orquídeas que tenían la parte de abajo redonda y abultada y me vi reflejada sutilmente en la superficie suave de los pétalos. Al mover la cara, también se movió mi reflejo. «Qué mal trago, ¿verdad?» «Lo mismo digo. Pero viendo los restos de la moto, creo que ha sido un milagro que solo se haya roto una pierna. Espero que esto le sirva al menos para olvidarse de las motos y de esas amistades tan malas que se ha echado.» En el tallo verde claro de la orquídea había un hilo de néctar transparente. Me unté un poco en el dedo. Mi madre hablaba, absorta, con la señora, y el señor veía el béisbol con la mirada perdida. Me chupé el dedo. Olía a flor y a polvo, y era un poquito dulce. «Qué buena niña es Mā.» Levanté la cabeza sobresaltada. La señora estaba un poco inclinada hacia mí y me sonreía mostrando unas encías renegridas. «Has venido a ver a tu abuelita, ¿verdad?» Asentí. «Muy bien. Seguro que verle la carita a su nieta es la mejor medicina para ella.» «Oye», el señor habló por primera vez. «No deberíamos retenerlas más tiempo, y menos aquí en la entrada, vámonos.» «Ya está regañándome», bromeó ella enseñando la punta roja de la lengua. «Dele recuerdos a la abuela y dígale que otro día me paso a verla.» Y salieron del hospital. Mi madre los despidió con otra reverencia. Las puertas automáticas se abrieron dejando entrar una ráfaga de aire frío del exterior y enseguida se volvieron a cerrar. Subimos en ascensor a la tercera planta, donde estaba la habitación de mi abuela. Justo enfrente del ascensor estaba el control de enfermería, y una de las enfermeras estaba escribiendo mientras mordía un oniguiri tan grande como la cabeza de un recién nacido. Mi madre se

detuvo allí. «Perdona, Mariko, ¿puedes hacer un poco de tiempo en la zona común mientras hablo de un asunto con la abuela? Luego vienes.» Había una zona común al lado de la enfermería, donde los pacientes y sus visitas podían reunirse y merendar. Había una tele y una estantería con revistas y libros y manga viejos, una máquina expendedora, unos sofás y una mesa redonda. «Unos diez minutos… o quince, ¿vale? Te lees algunos manga y vienes.» Aquello me dejó desconcertada. Mi madre era muy estricta con lo que leía y normalmente no me dejaba leer shōjo manga cuando me los traía prestados de la hermana mayor de mi amiga, por ejemplo, y tampoco quería que leyera cosas para niños. Ponía mil reglas. Y ahora me decía que podía esperar leyendo unos manga, sin siquiera saber de qué tipo eran. «¿De verdad puedo?» «Sí, te dejo, pero… no leas cosas raras, ¿eh?» Cosas raras: cosas en las que salían mujeres desnudas o en ropa interior, cosas en las que la gente se pegaba o se daba patadas o se moría, cosas en las que a la gente le sangraba la nariz, cosas que me iban a impedir ir sola al baño por la noche… Noté un extraño sabor ácido en la boca, quizá por el néctar que había chupado antes. Miré hacia la zona común. La mesa redonda estaba ocupada, pero había un sofá libre, y tampoco había nadie en la estantería de manga. «Sí, vale. ¿De qué tenéis que hablar?» «De una cosa.» Su expresión no me dio ninguna pista. No parecía ni enfadada ni preocupada. «Bueno, ahora nos vemos.» Mi madre se dirigió hacia la habitación de la abuela a paso acelerado. Entré en la zona común. En el sofá que había creído vacío había sentados un hombre de cabeza rapada con una escayola y una mujer de pelo largo. Estaban hundidos en el respaldo e inclinados el uno hacia el otro. La mujer parecía bastante mayor que el hombre. Tenían los ojos cerrados, pero no estaban dormidos; sus párpados se movían cada poco. Miré hacia la mesa. Había un niño sentado solo comiendo

un bentō. Tenía más o menos mi edad y llevaba vaqueros, así que no podía ser un enfermo. Estaba concentrado en su comida, abrazado al recipiente e inclinado hacia delante, masticando unos cubos marrones de carne con arroz blanco que no parecían caseros sino, de kombini.[52] Levantó la cabeza y me miró con detenimiento. Tragué aire. El niño siguió mirándome fijamente con las piernas tan abiertas que resultaba anormal, y empezó a sacudir una de ellas hacia arriba y hacia abajo con movimientos rápidos. Mordió el trozo de carne que tenía en los palillos desechables sin dejar de mover la pierna. Me dio miedo y salí de la zona común hacia las escaleras.

Como tenía que hacer tiempo de todas formas, decidí ir a la sala de espera de la planta baja, donde recordaba haber visto una estantería con revistas. Al bajar corriendo las escaleras, la falda se me levantó y ondeó y me acarició los muslos. No había nadie en la sala de espera; de hecho, las luces estaban apagadas y la tele también, todo a oscuras. En la ventanilla de recepción había un cartel que decía: HA CONCLUIDO EL HORARIO DE CONSULTAS AMBULATORIAS DEL TURNO DE LA MAÑANA. Las orquídeas mariposa apoyaban las cabezas contra la pared. Salí del hospital. Al otro lado de la carretera a la que daba el parking, se extendían unos arrozales. Estaban muy tupidos y no se veía el agua. Al fondo de los arrozales había una casa. Era de dos plantas, de estilo occidental, y parecía nueva. Tenía un jardín amplio, cubierto de un césped que era de un verde más oscuro y brillante que el de los brotes de arroz. A lo mejor era artificial. Nuestro jardín ha crecido demasiado desde que no está la abuela, que es la que suele arrancar las malas hierbas. Las había con forma de senkō hanabi[53] del revés y casi todas eran de esas que no se pueden extraer fácilmente con las manos, y brotaban por todas partes, y la trompeta china extendía sus vides sin orden ni concierto y dejaba caer sus flores naranjas como si fueran excrementos. Como

a partir de la semana que viene estaré de vacaciones, seguro que me piden que corte el césped y despoje el jardín desde por la mañana. No sé si a mi abuela le habrán dado el alta para entonces. Una garceta tenía los pies hundidos en el arrozal y examinaba el suelo con el cuello largo doblado hacia delante.

Detrás del hospital había un estanque redondo de aguas turbias y, más allá, un bosque asilvestrado. La charca estaba rodeada de una valla verde y oxidada, y las matas de hierba alcanzaban justo la orilla. Tenían unas espigas blancas que parecían espuma y daba la sensación de que eran pegajosas. Me acerqué a la valla. En la superficie flotaban unas cosas verdes rodeadas de burbujas, no sé si eran plantas acuáticas o basura sobre la que habían crecido algas. Oí un pequeño chapoteo, como si alguien hubiera tirado un guijarro, y de inmediato se formaron en el borde del estanque unas ondas que desaparecieron enseguida. Había algo redondo y gris dentro del agua. Fijé la vista: no era redondo y tenía una cola. Era un renacuajo. Era gigante. Mucho mayor que el típico renacuajo que se ve en los arrozales. Solo la cabeza era más grande que una pelota de pimpón y en ella se discernían con claridad los ojos y la boca. Los ojos eran saltones y la boca, un agujero abierto. Me pareció raro que pudiera distinguirlo tan bien a través de un agua verde tan opaca, pero resulta que por encima de la capa turbia había una transparente, y el renacuajo estaba precisamente ahí. De vez en cuando se ponía en posición vertical y sacaba la boca del agua, quizá para respirar, y entonces se formaban unas ondas que desaparecían casi antes de que se pudieran expandir. Mientras, removía con la cola la parte turbia del estanque, y el agua verde subía y se entremezclaba por un momento con la cristalina. En esa postura se le podía ver bien la barriga, plateada y brillante. Era enorme. Me quedé sorprendida. A lo mejor era un renacuajo de rana

toro. No las había visto nunca en mi barrio, pero sí más lejos, en el río. Me habían contado que si pasabas por delante con la bici por la noche, te podían atacar. Que cuando ibas con las luces de la bicicleta encendidas, de repente dejaban de mugir como un toro y, un segundo después, sentías algo duro y mojado pegado a la cara, y era una de las ranas, que se había lanzado contra ti. Entonces te caías al suelo, con bicicleta y todo, y un montón de ranas toro venían saltando desde el río y te empezaban a chupar la cara hasta que se la comían. Para protegerte, te tenías que poner un casco que te la cubriera entera. A juzgar por el tamaño de ese renacuajo, una rana toro adulta debía de ser gigantesca. Si se te echaba encima, quizá fuera capaz de tumbarte la bici o incluso una moto. Una ráfaga de aire procedente del bosque dibujó unas olas en la mitad del estanque, como partiéndolo en dos. Las espigas pegajosas asomaron por la valla y me acariciaron las rodillas. Se formaron ondas aquí y allá en la superficie, se enredaron unas con otras y desaparecieron. ¿Todos esos eran renacuajos de rana toro? Me recorrió un escalofrío. ¿Todos esos se iban a convertir en ranas toro? ¿Y dónde vivían una vez se hacían adultos? ¿En ese estanque? ¿Sobre la hierba? Entorné los ojos, pero no vi nada moviéndose en el suelo. En cambio, me percaté de que había muchas orugas blancas muertas. Al fijarme mejor me di cuenta de que eran colillas de cigarrillos dobladas y arrugadas. Quizá habitaban alguna zona más apartada de la charca, o a lo mejor no salían hasta que se hiciera de noche. Noté que el agua se abultaba un poco en la orilla derecha, frente a mí. Me acerqué a mirar. Eran montones de renacuajos dando brincos, encaramados entre sí. Algunos saltaban con tanta fuerza que se salían del agua. Me agaché, pegué la cara a la valla y asomé la nariz. Olía a hierro oxidado. Oí un aviso por altavoz procedente de la carretera que pasaba por un lateral del

hospital. «Cuidado, cuidado, esa es una zona peligrosa…» Pensé que el coche patrulla estaba alertando a algún niño que montaba en bici. Hablaba en un tono dulce, «cuidado, cuidado». La voz, cada vez más distorsionada, me golpeó en la cara. Me sudaba la frente. Sería mejor que me fuera ya; debían de haber pasado más de quince minutos. ¿Habrían terminado ya de hablar mi madre y la abuela? No llevaba reloj. El que me habían regalado hacía poco por mi cumpleaños lo tenía guardado mi madre porque le preocupaba que lo perdiera. El enjambre de renacuajos había desaparecido y en su lugar había algo flotando. No eran renacuajos. Era algo mucho más grande… «¡Una rana toro!» Era del tamaño de mi mano, pero, ahora que la miraba bien, había algo raro. Sus piernas gordas estaban tiesas y sin fuerza. No parecía estar nadando. Se balanceaba con cada ola sutil y en uno de esos balanceos su cuerpo se dio la vuelta despacio. Tenía un boquete enorme en la barriga blanca. Algo se movió dentro del agujero y en ese momento salió por él un renacuajo. En lo que quedaba del cuerpo de la rana se veían los huesos, unos huesos delgados y afilados. No quedaba de la rana más que la piel y el esqueleto.

Había unas cuantas personas sentadas en la sala de espera del hospital. La tele volvía a poner béisbol juvenil. Subí las escaleras corriendo. En el descansillo entre la planta baja y la primera habían pegado cinta de vinilo de color rojo formando un torii.[54] Al pasar por delante de la zona común, vi que estaba vacía. Ya no estaban ni el niño ni la pareja del sofá. En el televisor sin volumen también tenían puesto el béisbol juvenil, y los miembros del equipo, tostados por el sol y envueltos en su uniforme blanco, se daban palmadas en la espalda mientras sonreían y daban saltos.

Entré en la habitación de la abuela. Su cama estaba pegada a la ventana y ella estaba viendo la tele sola. La luz del aparato se le

reflejaba en la cara y le daba un tono verdoso. Era una habitación para cuatro y, salvo en la cama de la abuela, todas las demás tenían la cortina cerrada. «Hola, Mā.» Al verme, me sonrió y apagó la tele. El televisor expulsó una tarjeta similar a la de las cabinas telefónicas emitiendo un sonido leve. Había que comprar una de esas tarjetas para poder ver la tele en el hospital. Esta tenía la foto de un gatito. «Mamá ha ido a lavarme la ropa.» «¿Ya habéis terminado de hablar?» «Sí, ya hemos terminado, gracias por esperar.» La abuela soltó una bocanada de aire. El olor de su aliento se había vuelto más fuerte desde que estaba hospitalizada. «Abuela, ¿estás bien?» Si estaba ingresada, era obvio que no estaba bien, pero no sabía cómo preguntárselo. «Sí, estoy bien», dijo, y cubrió el vaso de succión que tenía sobre la mesa de cama con un pañuelo de gasa. En la mesa había también un pañuelo de papel usado y hecho una bola, el mando de la tele y un documento con una letra impresa muy pequeña que estaba doblado en dos. La abuela cogió el pañuelo de papel usado y lo tiró a la papelera. El pañuelo tenía una mancha roja. Parecía sangre, pero de un color más suave. «¿Cuándo empiezan las vacaciones de verano?» «La semana que viene.» «¿Vas a ir a la piscina?» «Dice que necesita practicar la braza», dijo mi madre entrando de pronto por la puerta. Llevaba una bolsa de plástico blanca en la mano. «Dice que no avanza. El crol y la espalda se le dan mejor que a muchos, pero la braza se le resiste.» «Qué cosas.» La abuela soltó una risita. «Y qué importa que no puedas nadar a braza. Lo importante es que sepas nadar, y si solo te sale el crol o nadas como un perrito, qué más da.» «Yo pienso igual», dijo mi madre, y abrió la puerta de un armario que había junto a la cama y guardó algo dentro. Así, con el cuerpo inclinado hacia delante, se le transparentaba el encaje de la camiseta interior a través de la blusa. Cuando le di el panfleto para las clases de natación de verano,

mi madre colocó unos cojines en el tatami y me dijo que me tumbara y moviera los brazos y las piernas. Hice lo que me pedía, pero mi madre suspiró y negó con la cabeza. «Tus piernas están anulando el movimiento de los brazos», me dijo. «Observa a las ranas y cópialas. Son expertas en braza.» Ranas. «Justo ahora…» Contuve mis palabras, dudando. Seguramente me regañaría si le decía que había ido hasta el estanque de fuera en vez de quedarme en la zona común como me había dicho. «Justo ahora, ¿qué?» «Estaban poniendo el campeonato nacional de béisbol juvenil en la tele.» No sé por qué, mi madre miró por la ventana. Las cortinas estaban cerradas, pero entraba una luz tenue por el espacio que quedaba entre ellas. «Todavía no es el campeonato nacional, ahora es el regional. Creo que hoy se deciden las selecciones. ¿Quién ha ganado?» «Los del uniforme blanco.» «Si no me dices cómo se llama el equipo, no puedo saber quiénes son. Pobres, tener partido con el bochorno que hace hoy.» «¿Hace calor fuera?» «Mucho, hay mucha humedad. Dicen que va a llover esta noche.» «Seguro que las hierbas del jardín están más crecidas todavía.» Mi abuela alzó las cejas ralas. «Con el calor que hace, si encima llueve…» «Qué va, no te preocupes», le dijo mi madre tajante. «No te preocupes, que además tengo la ayuda de Gō.» «Ya, pero es muchísimo trabajo, no acaba nunca. Me angustia cargaros con tanto, pero ¿qué puedo hacer estando así? Si el abuelo viviera todavía… Mariko, tú estate pendiente también.» «¿Qué?» «Que estés atenta a las cosas de la casa y del jardín, no dejes de ayudar, estate pendiente.» «¿Cuándo le dan el alta?», le pregunté a mi madre. «Yo creo que pronto, muy pronto ya.» «Oye, Sakai», dijo una voz desde la cama de al lado. «¿No crees que hace frío aquí?» «No me parece que haga frío, y tú ¿por qué tienes frío?», le respondió mi abuela de forma un tanto brusca. «No sé, me ha dado la sensación de que hace frío.» La voz

se oía a través de la cortina amarilla; no se veía a la persona. Yo sabía quién era la señora que estaba en la cama de al lado. La había visto la última vez que había ido al hospital. Ese día estaba hablando con mi abuela con la cortina abierta. Aunque era delgada de piernas y brazos, tenía la cara muy redonda. Su aspecto era amable y tenía la piel muy pálida. Cuando la saludé, me elogió. «Qué niña más guapa, igualita a Sakai», dijo, mirando a mi abuela y luego a mí. «Te pareces más a tu abuela que a tu madre.» «No creo.» Mi abuela se rio sacudiendo la mano delante de la cara. Se la veía contentísima. Mi madre no estaba en la habitación en aquel momento. «Además es muy madura.» «El abuelo se nos murió pronto y su padre anda ocupadísimo, así que la casa está llena de mujeres, y eso te espabila.» «Pero qué frío…» Esta vez, la cortina permaneció cerrada. «Si tienes tanto frío, abrígate, o pide otra manta. La calefacción es central, no podemos subirla ni bajarla cuando queramos.» «Ah, ¿sí?» Noté cierta tristeza en su voz. «¿Entonces no se me puede ir este frío sin que yo tenga que andar poniéndome y quitándome cosas?» «Es que no se puede ajustar según el paciente. Yo no tengo frío, cada cual siente algo distinto.» «Voy a ir a pedirles una a las enfermeras», intervino mi madre. «Voy a ir a pedirles una manta.» «Sí, hazle el favor, hazle el favor.» «¡No, no te molestes!» La voz de la otra abuela se había reducido a un gemido fino. «Déjalo, no pasa nada. Si es que tengo solo una manta y ya me pesa. Si nadie más tiene frío, me tendré que aguantar.» «Pero ¿para qué te vas a andar aguantando? El frío es malo para los huesos. Si estuvieras en otro sitio…, pero esto es un hospital.» «Que no, que da igual. Pero yo os lo agradezco. Hoy también ha venido la nieta, ¿verdad?» Mi madre me miró y me hizo una señal. «Sí», respondí en voz alta. «Ah, entonces…» Oí cómo se movía detrás de la cortina, y de repente un brazo pálido se asomó por un hueco. En la mano había algo de color

verde claro. «Es un dulce…» Miré a mi madre. Parecía sorprendida, pero asintió. Me apresuré a cogerlo. Al agarrarlo entre los dedos se aplastó un poco y unos polvos de azúcar cayeron al suelo. También su mano, que al rozarla un instante me pareció más suave y cálida de lo que me esperaba, estaba espolvoreada de granitos cuadrados y brillantes de azúcar. Por el hueco de la cortina pude verle los ojos y la boca, pero ella enseguida apartó la vista. «¡Muchas gracias!», dijo mi madre en voz alta. «Muchas gracias», añadí yo también de inmediato, imitando a mi madre. La mano se volvió a meter para dentro. «Sí, cómetelo, está muy rico.» Observé el dulce. Era kanten[55] semicrudo con azúcar. Si me había parecido verde claro era porque estaba espolvoreado de cristales de azúcar, pero las partes que se veían despejadas revelaban, en realidad, un verde mucho más oscuro. Abrí la boca para comérmelo, pero mi madre frunció el ceño y sacudió la cabeza de derecha a izquierda. No le suelen gustar los dulces con colores fuertes. Miré a mi abuela. Mi abuela miró a mi madre de reojo con una sonrisa amarga en la boca. «Qué suerte, Mā», dijo casi gritando. «Qué dulce tan bonito…» Mi madre cogió unos clínex y me los dio, inexpresiva. Me quedé con dos y los usé para envolver el dulce, luego lo metí en mi bolsillo. «Tiene una pinta riquísima», me dijo mi abuela despacio, mirándome fijamente. La parte blanca de sus ojos estaba blanquísima. Me dio un poco de miedo. «Qué bien, Mā. Dale bien las gracias. Está rico, ¿verdad?» «S…» La cortina se movió ligeramente. Preocupada de que fuera a abrirla de un momento a otro, hice como que masticaba algo. «Está muy rico, muchas gracias.» «Es muy bonito, ¿verdad?», dijo la señora. «Desde luego, es muy bonito», dijo mi abuela llena de emoción. Tragué saliva como si acabara de engullir el último trozo. «Ya me lo he comido, muchas gracias.» «De nada. Me hace mucha ilusión que una niña tan guapa como tú se haya comido el

dulce.» Miré a mi madre sin saber qué decir, pero ella se limitó a encogerse de hombros. «Entonces, ¿estás segura de que no necesitas una manta?», preguntó mi abuela en un tono más apacible. «Que mi nuera te la pide sin problemas.» «Claro que sí.» «Que no, que no, no pasa nada. Estoy empezando a entrar en calor. A lo mejor fue cosa del momento.» «¿Está segura? Yo creo que vamos a llamar a la enfermera.» «Bueno, vale, pues vamos a llamarla.» Estuvimos todas calladas un buen rato. Se oyó una mezcla de ronquido y respiración detrás de la cortina cerrada. Unas cuantas enfermeras corrieron por el pasillo dando pequeños pasos. Me acerqué a la ventana, retiré un poco el visillo y miré hacia abajo. Ahí estaba el estanque. Con el reflejo del sol parecía blanco y plano. No se veía verde por ningún lado, ni tampoco pude distinguir ningún renacuajo, pero de algún modo me pareció que era un ente con vida. Intenté abrir la ventana. «No se puede abrir», dijo mi abuela. «Está hecha de forma que no se pueda abrir. ¿Ves que hay un estanque ahí abajo?» «Sí.» «Ahí viven unas ranas comestibles.» «Con comestibles te refieres a… ¿ranas toro?» «Sí, esas. Se comen las patas. Dicen que si las pelas y las asas saben a pollo. Se comen, sí. Pero menudo ruido hacen por la noche. Las ranas normales son un poco más elegantes, pero estas son estridentes, hacen un ruido muy desagradable y machacón, como si estuvieras atornillando una tuerca oxidada. Y me taladran el oído y no me dejan dormir. Y a veces hasta se ponen a cantar de día, quién sabe por qué. Las oigo incluso con la ventana cerrada; no me quiero imaginar cómo será en las plantas de abajo. Hoy parece que están calladitas. Tú las oíste también el otro día, ¿verdad, Kazumi?» «No lo recuerdo bien, puede que las haya oído, no estoy segura. Mariko, cierra la cortina, que entra mucha luz.» «Mamá, ¿tú sabes de qué se alimentan los renacuajos de las ranas toro?» Mi madre inclinó la cabeza,

pensativa. «No sé, ¿de plantas acuáticas?» «De rana.» «¿De rana?», dijo frunciendo el ceño. «Ah, ¿sí?», dijo mi abuela mirándome. «¿Los renacuajos comen ranas? ¿Quieres decir que se comen a sus padres?» «Sí.» «No, no es así.» «Sí, comen de todo», dijo mi abuela sin quitarme los ojos de encima. «Qué asco. Eso es canibalismo.» «No, porque los renacuajos y las ranas son cosas distintas. No tienen nada que ver los unos con las otras, no tienen ni la misma boca ni los mismos órganos. Para empezar, cuando un renacuajo ve a una rana no piensa que puede ser su padre o su madre. No lo piensa. Ni la rana piensa "anda, este es mi hijo", cuando ve a un renacuajo.» «¿No lo piensan?» «Abuela, ¿tú has visto alguna vez a una rana toro viva? ¿Son de verdad tan grandes?» Mi abuela abrió mucho los ojos y apartó una mano de la otra creando un espacio de unos treinta centímetros. «Son así de grandes.» «¿Tanto?» «Claro; si no, no valdría la pena comérselas, no para los humanos.» «Qué cosas», dijo mi madre. Cuando me senté en el asiento del copiloto, el dulce que tenía guardado en el bolsillo me rozó el muslo y me hizo un poco de cosquillas. Una vez en casa, subí a mi habitación en la planta de arriba y mordisqueé una esquina. Pensé que iba a saber a manzana verde o a melón o a alguna otra cosa verde, pero solo sabía dulce. Una vez traspasabas la barrera áspera del azúcar, el interior era muy blando. La esquina mordida adquirió un tono verde más oscuro, y al transparentarse al sol parecía una joya. Arranqué otro trozo con los dientes y lo mastiqué. Me daba rabia tragarme tan rápido el kanten que se me derretía meloso y blando en la lengua, así que me quedé chupándolo un buen rato. Pero el dulce fue desapareciendo inevitablemente en mi boca. Mi madre me llamó desde abajo. Me apresuré a inspeccionarme la lengua en el espejo de mano. No estaba verde. Volví a envolver el resto en el clínex y lo guardé en el cajón de mi escritorio.

La siguiente vez que fui a visitar a mi abuela al hospital, había una señora con gafas y la boca y el mentón prominentes. Le hablaba rápido a mi abuela y se reía. Ella le respondía riéndose también, pero me pareció que tenía peor cara y que había encogido. Al regresar a casa abrí el cajón de mi escritorio y saqué el dulce. La parte mordisqueada estaba pegada al clínex y no había forma de despegarla. Me lo metí en la boca con clínex y todo, y derretí el azúcar poco a poco moviendo la lengua arriba y abajo. El sol se estaba poniendo al otro lado de la ventana. Mi madre estaba esparciendo algo en el jardín. Escupí algo. Era una especie de cuerda arrugada teñida de verde pálido.

ARAÑAS DE CASA

Al mirar hacia arriba, vi por casualidad una araña. Era de color marrón ceniza, del tamaño de una mano, y estaba pegada a la pared. La luz del atardecer de otoño que entraba por la ventana dibujaba la sombra de sus ocho patas sobre el empapelado blanco de la pared. Las sombras de las patas eran más grandes que las reales. Se parecía mucho a una araña que solía ver en casa de mis padres. Allí las llamaban arañas de casa. Puede que fuera de la misma especie. Me mudé a este edificio residencial hace tres años, después de casarme, pero era la primera vez que veía una araña de casa, aunque sí había visto muchas otras más pequeñas, como las saltarinas… Fue mi abuela quien me las descubrió. Me dijo que en cada hogar habita una pareja y se encarga de comerse a las plagas y a los ratones que entran. Nunca jamás se ve a la pareja junta. Cuando desaparecen, algo malo ocurre en la casa. «A una casa sin arañas de casa no le puede ir bien. Por eso nunca puedes hacerles daño.» Ya de adulta oí dichos y refranes que decían que a las arañas de noche se las podía matar, pero a las de día no, o al revés. Mi abuela también me contó que las arañas de casa viven hasta cincuenta años. «Así que la que acabas de ver tú, Miyuki, lleva aquí desde que me casé.» «¿En serio?» «Pues claro, no tienes más que verle la cara.» «¿Cómo que la cara?» «Sí, la cara, mira…» Con la

cara no se refería a la cabeza de la araña, sino a las manchas que tenía en la barriga. Tenía unos lunares negros, entre los que destacaban tres círculos planos. Era verdad que podían parecer dos ojos y una boca, como una cara dibujada de forma muy simple. Cuando era pequeña, la casa tenía un doma[56] al fondo, que conectaba la cocina con la puerta trasera. Por entonces casi todas las labores diarias se hacían en la cocina, y el doma se usaba para lavar las verduras llenas de barro o para hacer umeboshi[57] o para cortar las piezas de carne de jabalí que alguien te regalaba. De hecho, podría decirse que constituía el centro de la cocina. En el suelo de tierra endurecida se veían los rastros de un antiguo horno de piedra, unas manchas negras y carbonizadas, como si hubieran quedado impresas. En la estantería del doma solía haber tarros de cerámica con verduras encurtidas y botes de plástico, y debajo del alero, protegidos de la lluvia, se tendían a secar los caquis y las setas y los nabos pasados por agua, y se guardaban cosas como los cartones de los packs de cerveza. Era una parte de la casa que se mantenía fresca, y en ella flotaba un olor a limpio y a moho. Siempre que mis amigas estaban ocupadas, yo me quedaba jugando ahí sola. Y era ahí, en el doma, donde solía estar la araña. Nunca la vi tejer telarañas. Estaba siempre quieta en la pared o en el techo. De vez en cuando la veía dentro de la casa, en el baño o en los dormitorios, y en esos casos sí me asustaba un poco. Era en el doma sombrío donde se la veía más tranquila. Cuando empecé la secundaria superior, renovaron la vivienda y el doma desapareció. Ahora que lo pienso, creo que tampoco volví a ver a la araña de casa. A lo mejor no se acostumbró a vivir en un nuevo hogar que ya no tenía doma y en el que la fosa séptica había sido reemplazada por un inodoro con cisterna y el trastero de madera había pasado a ser un cobertizo de metal. O quizá continuó por ahí y simplemente yo dejé de fijarme en

ella a medida que fui creciendo, ya demasiado mayor y ocupada con la vida como para quedarme jugando sola en un rincón. Tampoco recuerdo haberla visto ninguna de las veces que regresé a casa de mis padres después de independizarme, aunque sí seguían apareciendo las otras de toda la vida. De hecho, una vez mi marido se enfadó muchísimo al desgarrar sin querer una telaraña en el jardín con la cara.

¿Sería esta araña que veía ahora también la mitad de una pareja? Si se decía que tocaba una pareja por casa, ¿cómo ocurría ese reparto cuando se trataba de un edificio con muchos apartamentos? ¿O eso de dos por casa era mera superstición? Bien pensado, es frecuente que entre los insectos y arácnidos carnívoros la hembra se coma al macho una vez se aparean, como ocurre con las mantis. Dado que las arañas también son carnívoras, no habría sido de extrañar que el macho hubiera corrido la misma suerte. ¿Habría casos de parejas de arañas que permanecieran juntas durante años? No era posible que de verdad vivieran cinco décadas, ni que fueran monstruos. Podría ser que todo lo que me contó mi abuela fuera pura superstición. También esta araña tenía, en la barriga pequeña y regordeta, unos lunares negros que podían parecer una cara. Me quedé observándola un rato hasta que noté cómo una sombra grande de color azul ceniza vibraba en la parte superior de la pared. Según lo recuerdo, la araña de la casa de mis padres también se movía así cada vez que nuestros ojos se encontraban. Quizá sea raro decir que nuestros ojos se encontraron, pero era la única interpretación posible de la postura que adoptó en ese momento. Me puse de puntillas y me acerqué despacio. La araña estaba bastante arriba, ya cerca del techo, y justo en esa esquina había una alacena, de modo que no me podía colocar justo debajo, pero logré ponerme a unos cincuenta centímetros de ella. De nuevo

la sombra vibró ligeramente y la araña corrió moviendo cada una de las patas largas. Me acordé de lo rápido que caminaban. Cuando no se desplazaban, temblaban quietas, pero cuando se movían, avanzaban tan rápido que parecía que llevaban un motor incorporado, y en un instante eran capaces de atravesar la habitación de lado a lado. A cámara lenta tal vez podría apreciarse el movimiento coordinado de cada una de las patas, pero a esa velocidad parecía que cada una iba por su lado, demasiado largas y doblándose sin orden ni concierto. Además, se superponían con el movimiento de sus sombras. No me molesté en ir tras ella; la seguí con los ojos. Se colocó boca abajo en el techo y se trasladó del salón al pasillo y luego al genkan con tal celeridad que parecía una broma, y al final desapareció entre la mosquitera de la puerta. Me imagino que las personas que odian a las arañas también detestan su rapidez. Una amiga de la universidad, Tomoko, dice que no hay nada en el mundo que odie más que las arañas. Más que las serpientes y los monos (para mí, el ser vivo más terrorífico de todos es el macaco japonés: me da miedo que estén arrugados como ancianos y que nunca parpadeen, que tengan el culo rojo, como escocido, y que sean capaces de formar una sociedad). «Pero ¿por qué las arañas? Las arañas hacen unas telarañas muy bonitas. Y las arañas saltarinas son muy graciosas cuando brincan.» «No quiero ni imaginármelas», me dijo extendiendo su odio hacia mí por decir tantas veces la palabra «araña». «No quiero ni hablar de ellas. Las aborrezco a todas.» Si ella hubiera ido a casa de mis padres y hubiera visto a la araña de casa, probablemente se habría desmayado. «Será mejor que no te cases con alguien del campo.» «Ni en broma», dijo rotunda. Tomoko se había casado más o menos a la vez que yo (su marido no era del campo) y ahora estaba embarazada de su primer hijo. Justo hacía poco habíamos quedado en vernos pronto.

Desde entonces continué viendo a la araña dentro del apartamento. Por algún motivo solo aparecía cuando mi marido estaba fuera y yo me encontraba sola. Una mañana, mientras me ponía los zapatos para salir a trabajar, la descubrí en el techo, luego en el hueco estrecho entre la pared y la librería, después detrás de la barra de la que cuelgan los abrigos de invierno cuando abrí el armario para sacar uno; y, siempre que nos encontrábamos, su cuerpo temblaba un poco. El fin de semana, mientras me arreglaba porque había quedado con Tomoko, la vi reflejada en una esquina del espejo. Sentí que si me daba la vuelta para mirarla se escondería, así que me peiné y me maquillé como si nada. Estaba tan quieta que parecía una mancha en el espejo. Tuve la sensación de que también ella me miraba a través del reflejo. Si las arañas de casa eran deidades protectoras que traían prosperidad al hogar, era posible que no estuviera simplemente observándome, sino también protegiéndome. Al terminar de arreglarme me giré despacio. Como siempre, la araña tembló un poco. Me lo tomé como una señal, así que respondí soplando un hilo fino y largo de aire. Entonces se apresuró a escabullirse detrás de los sobres de recambio del detergente que tenía en una estantería. Su forma de moverse no era la de una divinidad protectora, pero era graciosa y hasta un poco torpe, como si fuera un espíritu guardián con el caparazón menos desarrollado que la que había habitado la casa de mis padres. Mi marido estaba viendo la televisión. Le pedí que, si llovía, metiera adentro la ropa que se estaba secando fuera. «No creo que llueva. No se prevén lluvias para hoy», dijo mientras toqueteaba el mando a distancia sentado en el sofá que teníamos cubierto con una funda de algodón de color crudo. «No va a llover.» «Yo tampoco creo que llueva, pero bueno, por si acaso, salvo que te pille en la calle.» «Vale.» Mi marido dio golpecitos en el suelo con sus pantuflas de

borrego. Cuando saqué los abrigos y las pantuflas de otoño e invierno, preparé de paso el salón para la temporada fría: coloqué una manta de forro polar con dibujos de nieve, un cojín con forma de oveja que venía con manos y piernas, y les puse unas gorras de lana a la familia de búhos de fieltrado con aguja que adornaban la cómoda. Con todo eso el salón tendría que haber quedado cálido y acogedor, pero no sé si era porque mi marido estaba tirado en el sofá con su barba de tres días y el cojín de la oveja debajo del culo, o por el movimiento nervioso de que hacía con las manos y las piernas, o porque se me escapaba algún detalle más importante que faltaba (o sobraba), pero el resultado era desordenado y tosco. «… ¿Qué?» «Nada, me voy.»

Mientras esperaba el ascensor oí una voz graciosa que decía «ah». Justo estaban saliendo de su apartamento las vecinas, una madre y una niña, cogidas de la mano. «Hola.» «Hola.» «¡Ho-la!» La niña vestía un abrigo blanco de lana peinada y la madre, uno gris muy estiloso. No iban iguales, pero algo en la vestimenta de ambas delataba que eran madre e hija. La madre llevaba un maquillaje ligero típico de una madre, pero los ojos que asomaban por la enorme mascarilla parecían cansados. Si no recordaba mal, la vecina era ama de casa. No me dio la sensación de que trabajara. Pensé en ese momento que era raro ser ama de casa hoy en día y que quizá se debía a que la niña se había quedado sin plaza en la guardería. Había unas cuantas escuelas infantiles en la zona, pero también muchos niños. La vecina no sería adinerada, pero tampoco tenía pinta de estar pasándolo mal económicamente, así que quizá incluso había decidido dedicarse al hogar voluntariamente. Por supuesto, no había hablado de esto con ella ni una sola vez. «¿Vas a dar un paseo con mamá?», le pregunté a la niña después de comprobar en la pantallita que el ascensor, que había subido en un primer momento

al segundo, regresaba a la planta baja. La niña tenía el pelo recogido y sujeto por delante con unas horquillas con pompones. «¡No vamos de paseo, solo vamos al supermercado!», dijo, toda contenta. «Qué bien.» «Y usted, ¿va a salir a dar un paseo?» «Sí, he quedado con una amiga, aunque me da cosa dejar a mi marido solo.» ¿Cómo que me daba cosa?, si lo más seguro es que estuviese encantado viendo una película. Además, le había dejado hecho arroz y solo tenía que calentarse la sopa de miso, aunque probablemente se prepararía algún ramen instantáneo o saldría a comer o se compraría un bentō y unos dulces y una coca cola en el kombini. Lo único que me preocupaba era la lluvia. Podría haber puesto a secar la ropa dentro, pero las toallas blancas necesitan airearse al viento para que no se queden negras, y si se quedaban negras, aunque fuera un poquito, mi marido se ponía de mal humor. A lo mejor la cesta de la ropa tenía moho. Y eso que de vez en cuando la lavaba con detergente. «Hoy el papá de Ri está trabajando.» «Anda, ¿también trabaja los sábados?» El marido de la vecina tenía la espalda un poco encorvada y era amable y parecía mimar mucho a su hija. Nunca le había oído enfadarse. Aunque no lo aparentaba, debía de irle bien si era capaz de mantener a su familia solo con su sueldo. La vecina sonrió con los ojos. «No es así todas las semanas, pero a veces le toca trabajar los sábados.» «Pobre.» Me di cuenta de que era la primera vez que intercambiaba tantas palabras con ella. El ascensor llegó por fin al séptimo y se abrieron las puertas. Entré y le di al botón de la planta baja. «¡Quería darle yo!», gritó la niña. Antes de que pudiera disculparme, sorprendida, la madre la reprendió. «¡Oye! No seas caprichosa. Disculpe a mi hija por ponerse así.» «No pasa nada. Yo sí que me disculpo, si lo llego a saber…» «Lo que le pasa es que Ri…, como ya tiene cuatro años, ahora llega a los botones y le hace ilusión.» Así que cuatro años. No sabía que con cuatro años ya

hablaban tan bien. Ella era todavía una bebé cuando mi marido y yo nos mudamos a ese edificio. La oíamos llorar a menudo. Cuando abría la ventana me llegaba la voz cansada de la vecina consolándola o al padre cantándole nanas desafinadas, lo cual me parecía tal intrusión en su privacidad que me daba un poco de pena. El edificio era ideal para familias con niños. Tenía un jardín común y se veían muchos bebés y niños pequeños. Yo también había elegido ese edificio con el mismo propósito. Mi marido se irritaba mucho cuando oía a los vecinos y cerraba enseguida la ventana, a veces con brusquedad, con la intención de hacer ruido. «Odio el llanto de los niños», me dijo un día. «Si fuera mi propio hijo, tal vez no me importaría, pero cuando se trata de niños ajenos, me agota mentalmente.» A mí me pasaba al revés. Podía estar escuchándolo todo el día. De hecho, me acercaba a la pared y pegaba la oreja de una forma que podía resultar hasta anormal. «¡Ya tengo cuatro años! ¡Al séptimo no llego, pero al bajo sí!» La niña alargó el brazo y tocó el botón del bajo. Llegaba a duras penas, de puntillas y estirando al máximo el dedo índice. Parecía estar presionando fuerte: las uñas se le pusieron rojas. «¡Es verdad! ¡Qué increíble!» «No le vuelvas a dar», dijo la vecina, preocupada. En ese ascensor, si se le daba dos veces al mismo botón, se cancelaba la orden. La niña se mantuvo de puntillas con esfuerzo. «¡No estoy apretando, solo lo estoy tocando!» «Bueno, otro día me enseñas cómo le das al botón, ¿vale?» «¡Vale!» «Disculpe, ¿eh? Ay, esta niña… Venga, déjalo ya.» La vecina la agarró fuerte de la mano y tiró de ella. La cría suspiró, resignada, pero enseguida me miró y me sonrió. Le devolví una sonrisa de oreja a oreja. El ascensor llegó al bajo y se abrieron las puertas. Pensé en ese momento que quizá a la niña también le habría gustado darle al botón de «abrir», pero no parecía tener interés en ese. Más bien salió con prisa del ascensor tirando de

la mano de su madre. Toqué el botón en el que había tenido el dedo puesto la niña. No estaba caliente. Salí del ascensor. Suspiré. Al atravesar el portal, la pequeña me dijo adiós y sacudió la mano. «Adiós.» «Disculpe las molestias, ¿eh? Que tenga un buen día.» «Para nada, no se preocupe.» La niña echó a andar y se dio la vuelta unas cuantas veces para volver a decirme adiós con la mano, y cada vez que lo hacía, su madre me hacía una reverencia sin saber qué decir. Yo le devolvía el gesto a la niña y la reverencia a su madre. La mano izquierda de la niña no se soltó de la madre ni un solo momento. Caminé deprisa hacia la estación. Afortunadamente, ellas se fueron en otra dirección. Me acordé de que, cuando me casé, pensé que preferiría tener una niña. Había hojas caídas en el suelo. Los árboles habían empezado a cambiar de color y el camino, que de ahora en adelante se iría volviendo cada vez más frío, estaba tan recubierto de hojarasca que resbalaba. Árbol de sebo chino, liquidámbar, arce tridente, todos ellos árboles que no son habituales en mi lugar de procedencia y que me aprendí cuando empecé a vivir en la ciudad. No es que los fuera memorizando poco a poco de manera natural; me los estudié a conciencia. Creo que quería ser capaz de enseñárselos a alguien. El cornejo florido y el árbol de las tulipas lucían, entre sus ramas, varias telarañas tejidas por unas arañas enormes, y al verlas desde abajo parecía que estaban atravesando el cielo en diagonal.

Llegué puntual, pero Tomoko no aparecía. Era un sábado a la hora de comer y en el restaurante italiano sin pretensiones que había frente a la estación había unas cuantas parejas, grupos de dos amigas y madres con sus hijos. Ya habían sacado el árbol de Navidad, decorado con algodón y muñecos de nieve. Había una niña de unos cuatro años, como mi vecina, mirando absorta a la pantalla del teléfono móvil que le habrían prestado y que ahora tenía entre

las manos, y a su lado varias madres charlaban muy cerca las unas de la otras. Había otro grupo de madres con bebés que tenían los carritos aparcados a un lado de la mesa. Una de ellas doblaba y desdoblaba y retorcía unas toallitas húmedas y hacía muñecos con ellas y los dejaba en la mesa o se los daba al bebé. Las toallitas asomaban de su bolso de tela, blancas y algodonosas. Sobre la mesa, un pingüino, un pulpo, un conejo, un pez luna y un pollito hechos de toallitas… Me quedé absorta mirándolos y tardé en darme cuenta de que Tomoko estaba ahí de pie con su barriga redonda. Llevaba puesta una chaqueta de punto en tono crudo y un vestido. Su barriga emanaba una especie de fuerza magnética intimidante y tragué aire. «Perdona que haya llegado tarde.» «No, no te preocupes. ¡Cómo te ha crecido la barriga!», dije tratando de que mi efusividad no resultara excesiva. La última vez que nos vimos ella ya estaba embarazada, pero casi no se le notaba. Ella asintió y se sentó en un sofá junto a la pared. «¿Qué tal te encuentras? ¿Estás bien?» «Sí, muy bien», dijo acercando los ojos al menú que yo había abierto y girado hacia ella. Seguía teniendo la cara y los hombros igual de delgados que antes, solo le había crecido la barriga, por lo que, así sentada, era casi imposible saber que estaba embarazada. «¿Cuándo salías de cuentas?» «Se supone que en dos semanas, pero me han dicho que el primer parto se suele retrasar, así que puede que sea un poco más tarde.» «A ver si justo hoy vas a empezar a sentir las contracciones», le dije en broma, pero no se rio. «Por lo visto varía mucho según la persona. Algunas perciben señales, otras nada. Y a veces, cuando empiezan a notar las contracciones, el bebé ya está naciendo. En todo caso, sí dicen que duele y me está empezando a dar miedo. Ah, por cierto, me han dicho que es niña.» «¿Te lo han confirmado?» «Sí, me dijeron que cuando son niñas no siempre está claro, pero se veía muy bien en la

ecografía. Y tú, Miyuki, ¿ya lo has decidido?» «¿Qué?» La miré a los ojos. Aparte de las cejas delineadas, su maquillaje parecía muy natural y, sorprendentemente, los ojos rasgados y alargados la hacían más joven ahora que había entrado en la treintena. «¿Qué pasta quieres?» «Todas parecen ricas, pero… No sé, a lo mejor una picante.» «Yo no sé cuál quiero…» Mientras hablaba, sacó un bálsamo labial transparente y se lo untó en los labios. Una cadena fina de oro se le había quedado enganchada a la manga de su chaqueta de punto. Eso y el anillo de bodas eran los únicos accesorios que llevaba. Ni siquiera tenía las uñas pintadas. Jugué con los pendientes grandes que me había puesto para la ocasión. Ella alzó la vista hacia mí. «Creo que me voy a pedir este menú. Con salsa blanca.» Estaba señalando un menú fijo de ensalada, pasta y bebida, sin postre. Yo pensé en pedirme uno con plato principal y postre, pero al final opté por el mismo, solo que con pasta al aceite. Una camarera que parecía todavía adolescente vino con su tableta electrónica y apuntó la comanda. «Dos menús. Uno de tagliatelle con crema de champiñones, y otro de espaguetis con huevas de mújol, aceite y ajo. ¿Y de beber?» «Yo un té frío.» «Y yo… un zumo de naranja.» Tomoko dobló el menú y se lo entregó a la camarera. «Las bebidas sin cafeína son siempre frías y dulces, no sé por qué será.» «Es verdad.» «¡Ah! ¿Quiere una bebida sin cafeína?», preguntó la joven camarera haciendo aletear sus pestañas postizas. «Tiene también infusiones si quiere, aunque tendría que pagar cien yenes más.» «¿Sí? ¡Qué bien!» A Tomoko le brillaron los ojos. «Entonces te voy a pedir un rooibos.» «Muy bien. Cancelamos el zumo de naranja y lo sustituimos por un rooibos caliente. ¿Las bebidas las quieren después de comer?» «Sí», asintió ella sin consultármelo. «Me gusta este sitio», dijo cuando ya se había ido la camarera. Yo me había encargado de buscar el lugar y de hacer la

reserva. «Me alegro.» «¿Y tú qué tal? ¿El trabajo? ¿Andas muy liada?» «Sí, un poco.» Inquieta, miré a mi alrededor. La madre que hacía muñecos con toallitas acababa de terminar otro. Parecía una obra maestra y las otras madres aplaudieron con admiración. Uno de los bebés estiró el brazo desde su cochecito. Era una mano muy pequeña que todavía no controlaba su fuerza. Las madres no se dieron cuenta. «¡Increíble!» «¡Qué bien te salen!» «¡A ver, haz otro!» «En internet…» «¿Miyuki?», me llamó Tomoko. «¿Te pasa algo?», me preguntó, preocupada. «No…» «¿Has visto a alguien raro o qué?» «No, no, qué va, perdona. El trabajo…» En mi sección éramos cuatro mujeres (una de ellas tenía un puesto temporal) y dos hombres, pero una de mis compañeras estaba en plena baja maternal y la otra tenía jornada reducida, y la que estaba contratada temporalmente se fue justo cuando ya se había adaptado porque se quedó embarazada, y ahora acababan de traer a otra temporal de diecinueve años, pero era una completa inútil y el trabajo estaba bastante parado. Cuando mi jefe (que tiene un hijo de tres años y cuya mujer está embarazada del segundo) me dijo que, bueno, que no me lo tomara a mal, pero que esperaba que no tuviera planes de quedarme embarazada en mucho tiempo, ni por un segundo se me pasó por la cabeza que aquello pudiera ser acoso maternal. Bueno, no es que no lo pensara. En realidad, no supe analizar bien ni ponerle palabras a la sensación negra y pesada que tuve en ese momento. «El trabajo bien, normal. Tenemos un poquito de lío. ¿Y tú qué tal? ¿Te has podido pedir la baja sin problemas?» «Sí, bueno, me preocupaba cargar a los demás con mi trabajo», dijo sacando del bolso una crema hidratante y untándosela en las manos. Olía a jazmín. «Es difícil delegar, ¿verdad? De vez en cuando me llegan mensajes de mi jefe por LINE preguntándome qué hacer con esto y con lo otro.» «Ah, ¿sí?» «Ya le he dicho que una vez tenga al bebé

no voy a poder responderle.» «Claro.»

De su ensalada con verduras, quiche, jamón semicurado, queso y salmón ahumado, sacó el jamón, el queso y el salmón, y me los dio a mí. «¿No lo quieres?» «No, estas cosas medio crudas no las podemos comer las embarazadas. El queso tampoco, salvo que esté procesado. Cuanto más naturales y de verdad, peor.» «Qué curioso.» También me pasó su pan untado en aceite de oliva. «No debo comer demasiados carbohidratos porque engordan, ya tengo suficiente con la pasta.» «Pero no estás nada gorda.» «No se nota, pero he puesto muchos kilos.» Se bebió casi un vaso entero de agua y picó con el tenedor la ensalada, que se le había quedado en nada. «Disculpa, me puedes traer otro vaso de agua? Sin hielo, por favor.» «¿Tampoco puedes tomar hielo?» «No es bueno enfriarse. Qué rica está esta ensalada, tiene un aderezo con zanahorias.» Yo empecé por comerme el jamón semicurado, luego el queso y por último el salmón, que tenía unas gotas de grasa tibia en la superficie. La misma camarera de antes trajo una jarra de agua sin hielo, le sirvió a Tomoko y la dejó en el centro de la mesa. «Muchas gracias.» La camarera miró la cara sonriente de Tomoko y le dijo con timidez: «Ehh…, ¿le importa que le pregunte de cuántos meses está?» «Estoy a punto de salir de cuentas.» «¡Qué maravilla! Mi hermana mayor acaba de tener un bebé.» «¿Sobrina o sobrino?» «Es niña.» «¡Qué monada! Dicen que las hijas de madres que solo tienen hermanas son monísimas.» «Pues es verdad. Ahora estoy preocupada, porque si algún día tengo una hija no sé si podrá ser más mona que esta.» «No te preocupes por eso. Si es tu bebé, te parecerá precioso, el más bonito del mundo.» «Ja, ja, ja», «Je, je, je», se rieron las dos. La camarera tenía los dientes frontales manchados de pintalabios. «Disculpe que me haya entrometido, ¿eh? No las entretengo más. ¿Me puedo llevar estos platos de

aquí?» Sin que me diera tiempo a responder, la camarera cogió los platos blancos y gruesos típicos de esos restaurantes. «Qué camarera más simpática», dijo Tomoko. Pinchó unas hojas verdísimas de su plato y las dobló en dos. «Es muy simpática.» Me mostré de acuerdo, me serví un vaso de agua tibia, bebí, desgajé un trozo de pan, lo unté en aceite de oliva y lo mordí. Le hablé mal de mi jefe, ella me habló mal de la nueva que estaba cubriendo su baja. Nos pusimos al día sobre amistades que teníamos en común. Que si una se casó, que si la otra tuvo un hijo, otra se cambió de trabajo, otra se volvió a casa de sus padres. «Por lo visto sufrió acoso laboral por parte de su jefe; fue una especie de abuso de poder y lo pasó fatal y entró en depresión, y dice que se pasa el día sin salir de la cama y solo se levanta por la noche y se activa un poco gracias a las pastillas.» «No me digas, ¡pobre!» «Es muy duro, ni que estuviera en el instituto.» También me contó que se enfriaba más fácilmente ahora que estaba embarazada y yo le conté que acababa de ver por casualidad a la niña que vivía en el piso de al lado y que era muy graciosa, y ella que la consulta del ginecólogo estaba siempre llena y que estaba cansada, y yo que tenía muchísimas ganas del chocolate caliente con nubes que vendían solo en invierno en una cafetería cerca del trabajo… «Aquí tienen.» La pasta humeaba. Tomoko y la camarera se sonrieron. Pinché con el tenedor una aceituna negra sin hueso y un trozo de guindilla. «Por cierto, el otro día vi en casa una araña gigante», dije. «¿Una araña?» Ella me miró mientras removía la pasta para mezclarla con la salsa blanca. «¿Una araña de verdad?» «Sí.» «Qué curioso.» No mostró ningún desagrado. El sabor salado y agrio de la aceituna me impregnó la lengua. «Y cuando digo araña…» «¿Sí?» Escuchaba con atención sin fruncir ni una pizca el ceño, enrollando la pasta en el tenedor. Las setas de haya asomaron la cabeza escurriéndose entre la salsa blanca y

resbaladiza. Por un momento dudé de si era ella quien odiaba a las arañas. Quizá la estaba confundiendo con otra amiga. Pero no, estaba segura de que se trataba de Tomoko. No me cabía duda. No sé si se lo había querido contar para ver su reacción, pero mi ánimo se desinfló por completo y me sentí como si estuviera hablando sola. «Me refiero a una araña enorme, del tamaño de una cabeza humana.» «Pues sí que es grande.» Ella tomó un bocado de sus tagliatelle. Yo intentaba enrollar los espaguetis en el tenedor, pero el aceite de oliva hacía que se resbalaran y se cayeran. «¿Sabes que dicen que cuando ves una araña te quedas embarazada?», dijo mientras masticaba. «¿Qué?» «Qué rico está esto… Delicioso. ¿Quieres probarlo?» «No…» «Sí, cuando aparecen muchas arañas en la casa o cuando sueñas con ellas, quiere decir que va a haber o un embarazo o un parto en el futuro próximo. No sé, es una superstición de esas típicas en torno al embarazo. Ojalá me encontrara yo con una.» Mordí los espaguetis que me colgaban de la boca y los dejé caer al plato. El ajo casi crudo despidió un olor fuerte al masticarlo. «Y encima, tratándose de una araña tan gigante, seguro que te trae muchas cosas buenas. Qué suerte… Yo también quiero ver una y ponerme de parto ya y dejar atrás ya toda la parte terrorífica.» Al decir esto dejó el tenedor en el plato, se llevó las manos a la barriga, cuya redondez apenas se vislumbraba por debajo de la mesa, se lamió los restos de salsa que tenía en la boca y sonrió. «Seguro que te esperan buenas noticias a ti también, Miyuki.» Sonó el teléfono móvil que llevaba dentro del bolso. «Te llaman.» Miré la pantalla: era mi marido. Alguien soltó un grito ahogado y de inmediato se oyó el inevitable estrépito de un plato o un vaso que cae y estalla en el suelo.

Mientras lavaba unas bellotas en la cocina, me sobresaltó un sonido

fuerte procedente del piso de los vecinos, como si alguien golpeara el muro que separaba las dos casas. Me asusté. El golpe se oyó tres veces más en distintos puntos de la pared y luego cesó. Cuando salí a hacer la compra por la mañana, coincidí en el ascensor con la vecina, que salía también, así que el del ruido tenía que haber sido su marido. Era alto y bastante apuesto, pero me costaba entablar conversación con él, había algo en su carácter que me parecía difícil. La pareja que vivía antes ahí, los Takayanagi, era muy afable y no me costaba nada hablar con ninguno de los dos. Pero un día se divorciaron y se fueron. Nadie elige a sus vecinos, ni ellos ni nosotros. Mi hija vino corriendo. Estaba desnuda de cintura para abajo y llevaba en la mano un pantalón dado la vuelta, con la ropa interior incluida. «Mamá, ¿me ayudas a ponérmelo?» «Shh», dije cruzándome la boca con el dedo índice. «¿Qué pasa?», preguntó mi hija a voz en grito. «No hables ahora. Calladita.» Me concentré en escuchar, pero ya no se oía nada. Cuando aporrearon la pared unos momentos antes, mi hija estaba en el baño y la tele estaba apagada. Antes de eso ella no había llorado ni había estado montando jaleo. Así que deduje que no eran golpes para pedirnos que hiciéramos menos ruido. Me relajé. En el suelo teníamos un sistema de aislamiento acústico para no molestar a los vecinos de abajo, pero era consciente de que el sonido también se podía propagar hacia los lados. Algunas noches oía con sorprendente nitidez las voces agudas y contenidas del matrimonio de al lado peleándose. Seguro que la voz de mi hija se oía con más fuerza aún. A la mujer de al lado parecían gustarle los niños, pero a su marido… Un día, hacía poco, mi hija y yo nos los encontramos a los dos en el ascensor. Después de que los adultos nos saludáramos, mi hija se presentó con entusiasmo. «¡Soy Ria Kanekori, del aula de los cerezos! ¡Buenos días!» Estaba casi gritando. Aquello les habría encantado a las

viejitas que se dedican voluntariamente a poner mallas alrededor de los contenedores de basura cerca de la parada de autobús de la guardería para espantar a los cuervos. La cajera joven del supermercado la habría aplaudido. «Ah, sí, interesante», se limitó a decir el marido con una mueca desagradable. «¡Claro, si es que a esta edad se está en lo mejor de la vida!», dijo la vecina, que por alguna razón en ese momento se llevó las manos a la barriga y le lanzó una mirada de odio a su marido. «Mamá, ¿qué significa estar en lo mejor de la vida? Sé lo que es lo mejor, pero no entiendo bien lo de la vida.» Mi hija continuó gritando, pensando que la habían elogiado, y yo, agarrada de su mano, sentí una vergüenza terrible. El trayecto del séptimo a la planta baja era muy largo, y encima alguien se subió en el camino. Le tengo dicho a la niña que no haga mucho ruido y sé que los vecinos cierran las ventanas por la mañana y por la tarde cuando están en casa, pero también eso es algo que se vuelve complicado en ciertas épocas del año, y a veces incluso pienso que, con todo el piso cerrado, la voz de mi hija retumba más en el interior. «¡Mamá!» Su grito me sacó de mis pensamientos. «Que hables más bajo.» «¿Por qué?» «¿Cómo que por qué?» Miré a la pared. Había un dibujo que había hecho la niña de nosotros tres en familia. A papá lo había dibujado con sus gafas y se parecía bastante, pero a mí me había dejado el pelo suelto y me había puesto un lazo y las pestañas muy largas, y no me parecía prácticamente en nada. No era que mi hija me viera así, sin duda se trataba del ideal de madre que ella tenía en la cabeza: delicada, con un vestido y un lazo pintarrajeados de rojo y rosa, algo que no me pondría nunca. Tener el detalle de dibujar las pestañas a su edad me pareció habilidoso. Cuando en la jornada de puertas abiertas de su escuela vi los dibujos de sus compañeros de clase, la mitad de ellos me resultaron mucho más pobretones. Incluso una de las madres

admiró las obras de mi hija. «¡Pero bueno! ¡Qué bien están los dibujos de Ri! ¡Y qué bien maneja las ceras! Mira los de mi hijo, todo un borrón de colores, se nota que no tiene ninguna paciencia.» «¡Mamáááá, que te estoy hablando!» «Ah, sí. Porque a lo mejor los vecinos quieren que hagas menos ruido.» Se quedó pensativa, como si le hubiera dicho algo muy inesperado. «¿Por qué?» «¿Que por qué…?» El muro estaba en silencio. Si no hubiera sido por los golpes, habría pensado que también el marido había salido y que no había nadie en casa. Me di cuenta de que mi hija seguía de pie con los pantalones y la ropa interior en la mano. «Da igual, vístete, que te vas a enfriar. Mira, las braguitas te las pones así.» «No puedo.» Mi hija ya podía ir al baño sola. Le enseñé a hacerlo antes de que empezara la guardería en abril. En la guardería no usan orinales, sino inodoros (aunque en miniatura), así que tuve que enseñarle a sentarse en la taza, a aguantar en esa posición, a usar el papel higiénico, a limpiarse, a lavarse las manos… Al principio tuvo algunos accidentes, pero ahora ya nunca se le escapaba nada. Se ve que en la guardería hay niños que sí se hacen pis encima de vez en cuando, por lo que en ese sentido va bien. Me siento orgullosa de ella. Pero parece que lo de darle la vuelta a los pantalones y a las braguitas y ponérselo todo es algo que todavía le cuesta. O al menos eso dice. «Mira, las sacas del pantalón, les das la vuelta, este lado va por delante y este por atrás, y te las pones. ¿Ves qué fácil?» «Pónmelas tú.» «Yo creo que tú puedes solita.» «Nooo, es que me duelen las piernas. Antes me caí en el baño y me di un golpe.» La miré a los ojos. Estaba muy seria. «¿De verdad?» «Sí. Mira, me ha salido una costra.» Mi hija se sentó pegando el culete desnudo al suelo, estiró la pierna y me señaló la rodilla. Sí, había una pequeña costra octogonal. Pero debía de llevar días ahí. No era posible que se hubiera caído unos minutos antes y que ya se le hubiera formado

una postilla. De hecho, acababa de venir corriendo del baño sin problemas. Últimamente, mi hija cuenta mentiras tontas. Para escaquearse, para que no la regañe, para hacer sus historias más interesantes. Y ocurre a menudo que no se sabe si lo que cuenta es verdad o mentira. Se supone que es normal a su edad. En el libro sobre crianza que leí durante el embarazo decían algo así como que las mentiras de los niños son señal de su desarrollo psicológico. Una prueba del desarrollo de su intelecto y de su imaginación. Y que no se podía asumir que era mentira todo lo que no sonara a verdad. Que no se les debía regañar mucho cuando eran pequeños, sino que había que tratar de entenderlos. «Claro, pobre, te habrá dolido mucho.» «Me dolió mucho. Iba a llorar, pero al final decidí aguantarme. ¿A que soy valiente?» Esa forma de mirarme desde abajo con los ojitos para arriba, su cara de corderito… «Qué valiente, muy valiente, sí.» Estiré las aberturas de las braguitas y se las puse delante. Mi hija se levantó y, apoyando una mano en mi hombro, metió una pierna, luego la otra. Su cara sonriente era sin duda la de alguien satisfecho de que se hayan tragado su mentira. Una gota de pis que no se había limpiado bien se le deslizó por el muslo y me cayó en la mano. «¿Estás orgullosa de que pueda ir al baño solita?» «Muy orgullosa, sí, mucho.» A veces pienso que soy tonta. «Ni tonta ni nada», oí a mi madre decir en mi cabeza. «Mientras la niña siga creciendo bien no te tienes que preocupar por nada más. Antiguamente las madres íbamos despeinadas y con pelotas de lana en los jerséis y sin maquillar, y poníamos siempre las necesidades de los demás por delante y no importaba mientras los niños crecieran sanos y a salvo.» «Vamos a jugar», dijo mi hija dando saltos. «¿Pero no te dolía la pierna?», me imaginé diciéndole. En mi cabeza, mi hija se quedaba cabizbaja, decepcionada, hasta tal punto que me daba pena y me dolía verla así. Pero, en la realidad,

estaba dando brincos de alegría. Sus calzas rosas tenían manchas oscuras de gotas de pis. Seguro que se secaban enseguida. Una vez secas, no se sabría que las calzas estaban sucias. Me había mentido. No pasaba nada, era una mentirijilla tonta. «Mamá, ¿me sacas las bellotas que tenías antes?» «Espera, que no las he lavado todavía.» «Pero ¿por qué?» «Cómo que por qué. Juega con las que tienes, que son suficientes.»

Como era otoño, mi hija recogía bellotas siempre que salíamos. No fui consciente hasta que la tuve a ella, pero resulta que no hace falta irse a un robledal para encontrar bellotas. Hay bastantes en barrios residenciales como este. Decoran las calles y los parques o crecen en los jinja[58] y en los jardines de las casas. Y, cuando llega el otoño, el suelo se llena de bellotas de distintos colores y tamaños. Algunas son verdosas, otras más pardas, otras negruzcas. Las hay con vetas, o puntiagudas, redonditas o con la cabeza aplastada, en forma de bala, gigantes, pequeñas, con sombrerito, con pinchos en el sombrerito, con caparazón. Cada una con su propio nombre: bellota de roble aserrado japonés, sudajii,[59] de roble castaño japonés, de roble oriental, de roble de piedra japonés, de encina de hoja de bambú. Mi hija las recoge todas. Las va buscando por el suelo con una concentración que solo puede describirse como instinto, y cuando encuentra una, se agacha y la recoge. No importa que vayamos con prisa o que ya tengamos tantas que no podemos llevarnos más o que el suelo esté sucio o que ya tengamos suficientes en casa. Las recoge. Aunque pueda dar la impresión de que las va recolectando a medida que las encuentra, sin orden ni concierto, en realidad sigue una cierta lógica. A veces las desecha después de haberlas examinado un rato. Otras veces cambia de opinión y recupera alguna que había descartado. La cuestión es que tarda muchísimo. El año pasado también lo hacía, pero no con la

pasión que este año. Cuando era más pequeña, siempre que veía bellotas en el suelo yo la cogía en brazos y aceleraba el paso o tiraba de ella y le decía que mirara al cielo, que había un avión (que era imposible de ver). Ahora, esos trucos ya no funcionan. Si le advierto que hay que darse prisa para no perder el autobús y no llegar tarde a la guardería, se pone nerviosa, pero si le digo simplemente que ya tenemos muchas o que ya ha recogido otras idénticas, me ignora e incluso se alarga la búsqueda. Prefiero dejarla a su aire hasta que se quede satisfecha mientras yo pienso en mis cosas. Si aprovechase para mirar el teléfono, la gente podría acusarme de negligencia, así que me quedo mirando al cielo. Como si no fuera lo mismo. Ese día el cielo tenía una capa fina de nubes. Pero no era humedad, sino una blancura un tanto inquietante, similar a la de la primavera, en la que se juntan partículas de todo tipo, y que envolvía las montañas y los edificios lejanos en una especie de bruma. «Mira, mamá.» Bajé la vista hacia mi hija. Me estaba enseñando una bolsa de plástico repleta de bellotas. «¿Todas esas?» «¡Sí!» Me la entregó como si nada y se puso a caminar dando brincos. Sé una madre buena, sé una madre dulce, sé una madre que hace feliz a sus hijos, que cría hijos seguros y fuertes, una crianza feliz. Metí en agua las bellotas que había traído y les eché jabón de manos. Las enjuagué y las puse a cocer. Había que hervirlas un rato. Así se matan los bichos que pueda haber dentro. Después, se ponen a secar sobre papel de periódico. Al cabo de unos días secan tanto los bichos como el moho y ya se puede jugar con ellas sin riesgos. Le había dado a la niña una lata de galletas vacía para que las metiera ahí. Oí un *staccato* y un *allegro* provenientes del salón. Era el ruido que hacía mi hija al sacar las bellotas de la lata y dejarlas caer en el suelo. Además del sistema de insonorización, teníamos el suelo acolchado, por lo que el ruido de las bellotas al caer sobre la superficie blanda era suave y

ligero. Mi hija empezó a moverlas mientras hablaba sola. Aunque intenté escuchar lo que decía, no entendí nada, pero era seguro que estaba hablando, quizá con algún amigo imaginario. Eso también venía en el libro sobre crianza, que decía que todos los niños del mundo juegan con amigos imaginarios a esta edad. La vi riéndose sola, mirándome de manera furtiva de vez en cuando como si estuviera conspirando. «¿Qué pasa?» «Nada.» Lo único que no venía en el libro de crianza eran mis sentimientos. Mientras observaba desde la cocina cómo hablaba y se reía y hacía rodar las bellotas por el suelo con las manos, recordé vagamente cuando yo era pequeña. Yo también me emocionaba cada vez que veía una bellota en el suelo, y me acuerdo muy bien de las ganas que me entraban de recogerlas. También acumulaba más de las que podía cargar. De vuelta en casa, las ordenaba. Sí, eso es, las ordenaba. Según el color, el tamaño o la forma, o en fila de mayor a menor, y repetía el proceso una y otra vez, y si alguna se partía o tenía polvo o tierra o bichos, la tiraba enseguida (eso quiere decir que seguramente mi madre no las desinfectaba como yo hago ahora). También desechaba las que estaban torcidas o tenían un color feo. Y, así, mi selección de bellotas buenas se iba reduciendo hasta que al final solo quedaban unas pocas preferidas, y un día de repente se esfumaban. Es verdad, mis bellotas no proliferaban. Más bien, se iban reduciendo. Competían entre ellas hasta desaparecer. El agua empezó a hervir. Tenía un olor sutil a árbol podrido. En cambio, las bellotas de mi hija no paraban de aumentar. A veces me parecía que su número se incrementaba más rápido de lo debería ser posible, teniendo en cuenta que tampoco las recogíamos con tanta frecuencia. Casi me daba la sensación de que se multiplicaban durante la noche, que de una nacía otra, o a lo mejor se juntaban dos y salían dos, tres, cuatro hijos. «¿Qué dices? Pero tíralas sin que

se dé cuenta», me dijo una madre de la guardería, extrañada cuando me oyó quejarme mientras esperábamos el autobús. «Seguro que no se entera si las vas tirando poco a poco mientras está en la guardería.» «Sí, no va a andar mirando en la basura», asintió otra. «Es que es un rollo, sobre todo cuando se meten en sitios raros y no hay quien las saque de ahí. De todas formas, qué fascinación tienen los niños con las bellotas, ¿verdad?» «Al mayor y al pequeño no tanto, pero a la mediana… ¡Cómo le gustaban! Supongo que depende de cada uno. O a lo mejor es cosa de niñas.» «Es una especie de instinto, ¿no? El instinto de conservar y ahorrar.» «Claro, ahorrar. En ese caso seguro que Ri será una adulta muy autosuficiente.» «Con Ri no tienes ni que preocuparte por su futuro.» Ja, ja, ja. Resultó que mi hija ahorradora y autosuficiente se dio cuenta al instante de que le estaban desapareciendo las bellotas. «Mamá, me faltan algunas, ¿no sabes dónde están?», me preguntó después de ponerlas todas en el suelo y desordenarlas, como si tuviera fichadas a cada una de ellas. Las bellotas que puse en el escurridor, hervidas y, en teoría, ya sin bichos, estaban humeando. Así, mojadas, carecían de brillo, como si hubieran perdido la grasa, pero una vez secas recuperaban el lustre. Ya no volví a oír ningún ruido de la pared de al lado. Quizá el vecino había salido. Mi hija se rio sola, giró el cuerpo y asintió. Volví a oír los golpes de antes en el fondo de los oídos.

Mientras hacía la cena, mi hija de repente se quejó a gritos de que le faltaba algo. «¿Qué pasa?» «¡No encuentro las pelotitas de goma!» Se refería a las bolitas semitransparentes y espolvoreadas de purpurina que le había comprado mi marido hacía poco. Habíamos decidido comprarle esas porque los abalorios y las canicas se pierden enseguida; aunque tenía para ellas una lata parecida a la de las bellotas, siempre se acababan perdiendo. Y ahora que cada

vez pasaba más tiempo jugando sola, yo ya no sabía dónde ponía las cosas. «¿Dónde las pusiste?» «No sé», dijo sacudiendo la cabeza exageradamente, como una mala actriz infantil. No es que los niños sean malos actores, es que, de forma natural, se expresan como malos actores. Los buenos actores infantiles interpretan bien a los niños que hablan y gesticulan como adultos, pero seguro que en su día a día también sacuden la cabeza como un mal actor para decir que no. «Ri, como eres tú la que estabas jugando con ellas, solo tú puedes saber dónde están. Nadie más en el mundo puede saberlo.» «Pero…» La niña puso morritos y cara de descontento como si ella fuera la víctima de la historia. «¿No te acuerdas de dónde las usaste por última vez? No las hemos sacado a la calle, así que tienen que estar en casa.» «No sé.» «Entonces tendrás que resignarte.» «No quieroooo.» Me senté a su lado. «A ver, vamos a buscar juntas. ¿Crees que pueden estar aquí?» Me asomé al interior de la caja de las muñecas. «No.» «¿Estás segura? ¿Has mirado bien?» Muchas de las cosas que había eran juguetes que le habían pasado niños más mayores o que le habían regalado. Casi no habíamos tenido que comprarle nada. Me puse a rebuscar entre los peluches, las muñecas de papel, las que eran monas, las que eran realistas, las que eran de buen gusto, las que eran de mal gusto, y de pronto noté algo arenoso y áspero en los dedos. Era duro, pero no tenía la textura de una pelotita de goma. Estaba seco y no era redondo. Metí la mano hasta el fondo y lo cogí: era una bellota. Había muchas bellotas en el fondo de la caja. «Te he dicho que no metas aquí las bellotas porque luego no las encuentras, para eso tienen su caja.» Procedí a rescatarlas. A mi hija se le tensó la cara. Las bellotas que tenía en la mano estaban recubiertas de unos polvos blancos, como hebras finas de fibra o partículas de polvo. Estaban sucias. Era obvio que no estaban lavadas. Suspiré. A veces mi hija se guardaba algunas en el

bolsillo o en la mochila después de recogerlas en la calle y sin decirme nada las escondía entre sus cosas. Las metía en sus cajas de juguetes, sin desinfectar. Quién sabe cuántos gérmenes podría haber en la tierra. No entendía por qué las guardaba a escondidas cuando yo le daba libertad para que recogiera todas las que quisiera. No me entraba en la cabeza. Sentí algo ligeramente pegajoso entre los dedos. «Te tengo dicho que me des todas las bellotas que recoges.» «Te las doy», dijo como si nada. Su cara ya no cargaba con la tensión de antes. «Pero estas no están lavadas.» «Yo qué sé.» «¿Estás segura?» «Ah, ya me acuerdo», dijo agrandando los ojos. Me ilusioné un poco. Si me decía la verdad, no pensaba enfadarme. «Ha sido papá.» «… ¿Papá?» «Papá metió las bellotas ahí, dijo que eran un regalo. Ayer por la noche, cuando te estabas cepillando los dientes.» «¿De verdad?» La escruté con toda la dulzura que pude, ocultando mi decepción. Vi mi reflejo en sus ojos marrones y firmes. Se me veía cansada, pero todavía tenía la sonrisa puesta, eso era lo que importaba, aunque no, en realidad eso me hacía parecer más exhausta. «Sí, de verdad.» «Pero entonces…» Dicen que cuando a los niños los regañan demasiado, cuentan mentiras para protegerse y evitar que los vuelvan a reñir; es decir, son medidas que toman para prevenir el enfado de sus padres. Cuando se los reprende o se les pega con frecuencia con la intención de educar, empiezan a mentir y a poner excusas para protegerse. «Ah, vale.» Desvié la mirada. «En ese caso hablaré con papá cuando vuelva; le diré que no guarde las bellotas sucias con los juguetes.» «Pero a lo mejor a papá se le ha olvidado ya.» «¿Qué?» La miré. «A lo mejor a papá se le ha olvidado que metió las bellotas aquí. Por eso es mejor que le regañe yo. No hace falta que le digas nada. Ya se lo digo yo. ¿Vale?» Mantuvo la cara impasible. Hasta el final. Había sido capaz de inventarse todo aquello en un instante. Una

niña de cuatro años, mi primogénita, mi única hija, que ya sabía ir al baño sola, que sabía jugar sola, que ya casi nunca lloraba porque no quería ir a la guardería ni montaba números para llegar tarde al autobús y poder quedarse en casa. Que tampoco me pedía brazos más que de vez en cuando. Sí, estaba obsesionada con las bellotas, pero por lo general me parecía que estaba creciendo sana y la crianza se me iba haciendo cada vez menos fatigosa. Ya casi no le costaba separarse de mí. Sabía expresar con palabras lo que le pasaba; cuando le dolía algo, cuando tenía hambre. Y ahora resultaba que sabía mentir. También los adultos mienten, todos mentimos. Antes de castigar las mentiras de los niños, habría que revisar cómo estamos interactuando con ellos. Pase lo que pase, los padres somos responsables, siempre responsables. «No te preocupes, yo creo que no pasa nada», me dijo un día mi marido con cara de agotamiento. «Es señal de que está desarrollándose mentalmente, y además no lo hace con mala intención ni para herir a nadie.» Pero a mí me hería. «No puede ser que te sientas herida por tu propia hija, encima tratándose de una niña tan pequeña», me había dicho un día mi madre, irritada. «Por supuesto que vosotras me dijisteis cosas hirientes durante la adolescencia, pero es que las madres de ahora sois demasiado cándidas. Todo os ofende, todo os duele. Tienes que ser más insensible, no es bueno para la niña.» «Vale. En todo caso, como no quiero que estén sucias, voy a ir a lavarlas ahora.» «Vale.» A mi hija se le iluminó la cara, debía de estar contenta de que no le hubiera pillado esa otra mentira. Supuse que su inocencia radicaba justo ahí, en esa ingenuidad encantadora. Le di la vuelta a la caja de los muñecos y volqué el interior. Las bellotas cayeron sucias, ásperas, llenas de tierra, de arena, de polvo, de pelos, de trozos de origami. Los ojos de mi hija se movieron con rapidez siguiendo el movimiento de algo. Quise saber qué estaba

mirando, pero no había más que bellotas esparcidas por el suelo del salón. Al final cayó algo blanco y redondo a una velocidad sorprendentemente lenta. Mi hija inhaló aire de súbito, sobresaltada. Era del tamaño de una moneda de quinientos yenes, con forma de pelota aplastada. En un primer momento pensé que era una flor de algodón, pero enseguida me di cuenta de que se trataba de otra cosa. Ahogué un grito. Era algo que pertenecía a un insecto. Y si había un insecto en la casa, era… «Ri. Esto no lo toques. No lo puedes tocar, ¿entendido? Está sucio.» «No está sucio.» «¿… Qué?» «Es un huevo», dijo mi hija con tranquilidad. Sí, aquello tenía que ser un huevo, de una cucaracha, de una polilla… «De araña», dijo mi hija. ¿De araña? ¿De nube?[60] Araña… «¿Cómo que de araña?» «Sí, de ahí van a salir bebés de araña pequeñitos y graciosos, van a salir muchos.» Me quedé mirando esa cosa blanca, blanda y pegajosa. Me pareció que vibraba un poco. O a lo mejor era yo la que temblaba. Sí, debía de ser yo, porque también vi a mi hija temblorosa. Y la habitación. Y el exterior que veía a través de la ventana. «¿Quién te lo ha dicho, papá?» «¿El qué?» «Que son huevos.» «No, me lo ha dicho la mamá araña.» «¿Qué?» «La mamá araña.» Mi hija me hablaba muy seria y con un resplandor en los ojos. «Que te digo que fue la mamá araña.» «¿Qué dices?» «La mamá araña.» «¿Qué dices?» «La mamá…» De repente arrugó la cara y se puso colorada. «¡Mamá, me das miedo! Estás poniendo una cara que me da miedo.» La sentí alejarse. Empecé a ver borroso. Tenía la sensación de que en cualquier momento iba a expulsar algo por la garganta. «¡Que me das miedo, mamá!» Logré enfocar la vista en la cara de mi hija y vi que de sus ojos caían unas lágrimas transparentes. Unas lágrimas límpidas, realmente transparentes, como si ella fuera inocente y no hubiera hecho nada malo, como si yo fuera la mala y todo fuera mi culpa. «¡No haces

más que contar mentiras!» Mi hija abrió los ojos como platos y pude ver cómo se iban llenando de lágrimas nuevas. «¿Por qué? ¡Pensabas que no me iba a dar cuenta! ¡Piensas que soy tonta!» *Qué buena es Ri. No da ningún trabajo y es honesta, nada que ver con cómo eras tú de pequeña.* «¡¿Y por qué lloras ahora?!» *No te pongas así, no es fácil ser madre, no hace falta que te culpes así a ti misma.* «¡¿Por qué te pones a llorar ahora y no antes?!» *Qué bien que Ri ya sabe jugar sola. La mía está todo el día llamándome, «mamá, mamá».* «¡Pero ¿por qué mientes tanto?!» *Es que es muy madura para su edad, ¿eh?* «¡¿Te gusta engañarme o qué?!» *Ri es una niña muy educada que trata muy bien a sus compañeros.* «¡Es todo mentira!» «¡No es mentira!», gritó mi hija con voz llorosa y entrecortada, ¡pero qué actuación tan convincente! También eso era mentira. «¡Mentira!» «¡No estoy mintiendo!» «¡Mentirosa!» Le estaba gritando a una niña de cuatro años, a una niña que estaba llorando. ¿Pero qué clase de madre era? Sabía que el problema lo tenía yo, y aun sabiéndolo, seguí gritándole. «¡No haces más que mentir!» Agarré el bulto blanco, abrí la ventana y lo lancé fuera. Ella chilló. El bulto que acababa de lanzar desde un séptimo desapareció en el aire negruzco del anochecer. Cerré la ventana con fuerza. Se me durmió la mano un instante. Me vi reflejada en la ventana convertida en espejo ahora que se había hecho de noche. También vi el reflejo de mi hija. Me estaba mirando con odio. Su expresión era la de un adulto. Una adulta pequeña, yo empequeñecida, ella una niña enorme. Cerré las cortinas de un tirón. Nuestros reflejos desaparecieron. Encendí la tele y me fui al salón sin mirarla. Ella se quedó callada. Las luces de la tele le iluminaron la cara. Se oían las voces alegres de un programa para niños, las risas de los niños actores. Abrí el agua del grifo y me sequé la cara con un trapo de cocina. Ya no recordaba qué había decidido hacer de cena. Tenía

algo en la cazuela, pero se me había pasado el tiempo de cocción. Apagué el fuego y vi que las verduras estaban ya descoloridas y flotaban fláccidas, cubiertas de espuma. La arrocera eléctrica escupía un vapor blanquecino. «Ya estoy en casa», oí decir desde la puerta, y por un momento la atmósfera se distendió. «¡Uf, qué cansancio!» «¿Qué tal?» «Hoy hace muchísimo frío. De quedarse tieso.» No pareció percatarse ni de mi semblante rígido ni de que mi hija no había ido corriendo a su encuentro como de costumbre. Mi marido continuó hablando como si nada y se metió en el salón. «¿Qué hay de cenar hoy?» «Uy.» Tenía en los hombros de la chaqueta azul marino unos polvos blancos similares a la caspa. «Hace un momento cuando estaba andando por aquí abajo me cayó algo blanco que parecía nieve. No puede ser nieve, ¿verdad? Estamos solo en otoño. Pero era igual que la nieve, flotando como unos copos suaves y ligeros… ¿Ri? ¿Qué te ha pasado? ¿Has estado llorando?» La cogió en brazos. Mi hija me miró por encima del hombro de mi marido. Yo le devolví la mirada, pero estaba equivocada. No me estaba mirando a mí, sino a los hombros de su padre, y acto seguido se frotó las mejillas manchadas de lágrimas contra los polvos blancos. «¿Qué ha pasado? ¿Te ha regañado mamá?» Ella sopló sin decir nada. Los polvos blancos salieron volando hacia todos los rincones del salón. Se me tensó el cuello. Al intentar despejarlos con las manos vi cómo unas arañas diminutas y con unas patas muy finas y muy blancas tejieron una pequeña telaraña, se colgaron de un hilo enredado entre mis dedos y enseguida desaparecieron.

Flores venenosas, animales inquietantes y jardines que esconden secretos. la autora de Agujero firma quince relatos donde lo cotidiano se vuelve ominoso.



Una mujer retorna al hogar familiar y acaba atrapada en un ritual ancestral; unas flores rojas ligadas a la muerte invaden un jardín y una genealogía; una salamanquesa adherida a una ventana convierte un embarazo en una experiencia casi alucinatoria; un niño descubre, en un jardín ajeno, un territorio salvaje y secreto. En *Jardín*, Hiroko Oyamada recoge quince relatos en los que insectos, plantas, perros, ranas, renacuajos, cangrejos o arañas no son simples presencias del mundo natural, sino fuerzas silenciosas que alteran la percepción, erosionan la rutina y abren una puerta a lo inexplicable. Con una prosa precisa, oblicua y adictiva, Oyamada compone un mapa de inquietudes íntimas —la maternidad, el

matrimonio, la infancia, el duelo, la presión familiar, la extrañeza del cuerpo— y las somete a una lenta contaminación fantástica. Lo doméstico, lo vegetal y lo animal se entreveran con una naturalidad escalofriante, hasta crear una atmósfera única, delicada y amenazadora. Dueña de un suspense sutil y profundamente japonés, Oyamada convierte cada relato en una grieta por la que se cuela lo insólito.

Tras el éxito de *Agujero*, Hiroko Oyamada vuelve con una colección de relatos donde lo doméstico se pudre lentamente y la naturaleza parece saber más de nosotros que nosotros mismos.

CITAS

«La originalidad de Hiroko Oyamada consiste en describir con limpieza y detalle el modo en que el misterio irrumpe en lo cotidiano.» —Pablo Martínez Zarracina, *El Correo*

«Una autora estupenda. En su narrativa se percibe la influencia de Kafka y Lewis Carroll.» —*Babelia*

«Una escritora que se instala en la imaginación como una presencia fantasmal.» —*The New York Times*

Hiroko Oyamada nació en Hiroshima en 1983. Tras graduarse, encadenó múltiples oficios precarios y desempeños mecánicos infructuosos, que coparon su mente durante horas y que quedaron irremediablemente reflejados en sus textos. Tal sería el caso de su primera novela, *La Fábrica* (2013), donde su experiencia en una cadena de montaje de coches le permitió reflexionar sobre la inquietud que le generó aquel trabajo y esbozar su preocupación literaria principal: la oscuridad de aferrarse a las percepciones. Su segunda novela, *Agujero* (2014; Impedimenta, 2021), coincidió en el tiempo con su traslado al campo, circunstancia clave que, en palabras de la autora, le proporcionó la imagen final del libro. Oyamada recibió el Schincho Prize for New Writers en 2010 por su primera novela, así como con el premio *Akutagawa* por la segunda, sin duda la mención literaria más relevante en Japón. Con el volumen de relatos *Jardín* (2018; Impedimenta, 2026), Oyamada afianza una obra inquietante y singular, en la que lo cotidiano se ve atravesado por una perturbadora sensación de extrañeza. Hiroko Oyamada es considerada heredera de autores como Franz Kafka y Mario Vargas Llosa, y muchos comparan su escritura con la de Yōko Ogawa. Actualmente vive en Hiroshima con su marido y su hija.

Título original: *Niwa* (庭)

Edición en ebook: mayo de 2026

Copyright © Hiroko Oyamada, 2018
Todos los derechos reservados
Primera edición en japonés publicada en 2018 por SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd., Tokio
Esta edición en español publicada por acuerdo con SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd., Tokio, a cargo de Tuttle-Mori Agency, Inc., Tokio
Copyright de la traducción © Tana Oshima, 2026
Imagen de cubierta: *Naturofilia Moderada VI*, Nader Sharaf
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-85-6

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] Juego de palabras intraducible. *Eitoku,* el nombre de la autoescuela, suena como *Ee, toku,* que significa «sí, sale bien de precio». *(Todas las notas son de la traductora.)*

[2] Tokyo Giants, el equipo de béisbol de Tokyo.

[3] El sonido «gyū» presente en uragyū suele referirse a «vaca».

[4] También conocida como bantam japonesa, la chabo es una variedad de gallinas autóctona de Japón.

[5] Masa de arroz prensado.

[6] Bon, también conocido como Obon, es la fiesta budista más importante de Japón. Se celebra en agosto en honor a los muertos.

[7] Casarse con un primogénito supone, según la tradición, que la mujer del primogénito debe cuidar a los padres de este y no a los suyos propios.

[8] Calzado tradicional para campesinos y obreros que consiste en una especie de calcetín con suela dura y con una separación entre el dedo gordo del pie y el resto.

[9] Palabra derivada del holandés *ransel.* Se trata de unas mochilas de cuero de uso exclusivamente escolar. Todos los alumnos de la escuela primaria están obligados a llevarla.

[10] Una actividad popular entre niños en la que se extraen boniatos de la tierra en época de cosecha, en otoño.

[11] Es el uniforme escolar para todas las alumnas de las escuelas públicas de enseñanza media y superior (hasta los dieciocho años).

[12] Kimono formal reservado para las jóvenes solteras.

[13] Pequeña jarra de cerámica que se usa para servir el sake.

[14] Una especie de delantal tradicional.

[15] Un dulce tradicional con forma de salchicha que consiste en una

fritura de azúcar de caña y harina.

[16] En la arquitectura tradicional, se trata de un espacio de madera habilitado en una de las cuatro paredes de una sala que se eleva unos centímetros sobre el nivel del suelo y que se emplea para colocar arreglos florales en agua (ikebana) o colgar del muro caligrafías o dibujos en tinta china.

[17] *Miscanthus sinensis.*

[18] Hostal tradicional, a menudo de lujo.

[19] Kimono ligero de algodón que se usa para dormir o como prenda de vestir festiva en verano.

[20] Puertas corredizas de madera empapelada que forman parte de la arquitectura tradicional.

[21] Un tipo de sushi en el que el alga nori se enrosca en forma de cono y se añaden distintos ingredientes. *Temaki* significa, literalmente, enrollado a mano, y es común que cada comensal se prepare el suyo en la mesa.

[22] Un tipo de alga secada y prensada.

[23] Es sinónimo de oniguiri. Se trata de un triángulo de arroz normalmente relleno de algo como umeboshi (ciruela en salmuera), konbu (un tipo de algas), salmón, atún enlatado, etc.

[24] Condimento para el arroz, normalmente a base de algas y polvos de pescado seco.

[25] Una especie de tortilla francesa compacta hecha con huevo batido y azúcar.

[26] Arroz que se hace con las sobras del día o con huevo, verduras y pollo, etc.

[27] Pequeños peces secos y en salazón.

[28] Espacio dentro de una casa o piso dedicado a quitarse los zapatos y guardarlos antes de entrar. Es común que sea de piedra, cemento o azulejos, ya que no se considera parte

habitable de la casa.

[29] Los genkan están a nivel del suelo y cuentan con un peldaño o escalón de madera por el que se «sube» al interior de la vivienda, ligeramente elevada.

[30] Una cucurbitácea autóctona de Japón.

[31] Baños termales.

[32] Baño termal al aire libre.

[33] Puede significar «Sin monos» o puede referirse al kiwiño.

[34] Una de las numerosas variedades de té verde que se toman en Japón.

[35] Un guiso de carne con fideos de konjac, verduras, carne y huevo crudo.

[36] Ideogramas de origen chino que también forman parte de la escritura japonesa.

[37] Baño de aguas termales (onsen) al aire libre.

[38] Un cubo con asa para echarse agua durante el baño.

[39] Dulce tradicional hecho con harina y azúcar de caña.

[40] Un tipo de pollo marinado y frito, generalmente con almidón de patata.

[41] En la arquitectura tradicional japonesa, especie de tarima elevada que separa por fuera de la casa el exterior del interior, a menos de un metro del suelo.

[42] Amuleto bendecido por un templo budista o un santuario sintoísta.

[43] Muñeco que se hace con pañuelos de papel blanco y que se cuelga en las casas los días de lluvia.

[44] Huevos cocidos a fuego lento que forman un líquido espeso.

[45] Un plato chino de dim sum que consiste en unas bolas de carne de cerdo envueltas en masa de harina y que generalmente es cocinado al vapor.

[46] Toallita mojada y caliente que dan en los restaurantes.

[47] Un tipo de aguardiente.

[48] Shōchū mezclado con agua caliente.

[49] En los colegios japoneses, los alumnos deben quitarse los zapatos en la entrada, colocarlos en unas estanterías y ponerse sus zapatillas de interior.

[50] Shōchū (aguardiente) mezclado con algún refresco.

[51] Shōchū (aguardiente) mezclado con té de oolong.

[52] Del inglés *convenience store,* se refiere a tiendas que están abiertas las 24 horas.

[53] Varillas de fuegos artificiales que se llaman de «tipo incienso» porque son finas y se sostienen con los dedos, y en cuya punta tienen unos flecos de papel para que prendan mejor.

[54] Una especie de portón rojo que anuncia una zona sagrada sintoísta.

[55] Gelatina de agar.

[56] En la arquitectura tradicional antigua, espacio de tierra que conectaba el exterior con el interior.

[57] Ciruela japonesa secada y conservada en salmuera.

[58] Templo sintoísta.

[59] *Castanopsis sieboldii, subsp. sieboldii,* una especie de roble endémica de Japón.

[60] Juego de palabras intraducible. Las palabras «araña» y «nube» son homónimos en japonés.

Índice

Jardín
Uragyū
Flores del infierno
Prórroga
Perdido en el zoo
Insensible
Visita a la tía
Pez dojō
El canto del jardín
Una perra buena
Un jardín grande
Pronóstico
Cuidados
Cangrejos
Dulces verdes
Arañas de casa
Sobre este libro
Sobre Hiroko Oyamada
Créditos

Notas